P. 8.

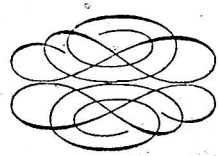
CURSO

DE

LITERATURA GENERAL,

ESCRITO

POR EL D.R D. JOSÉ M. FERNANDEZ ESPINO,
Abogado de los Tribunales de la Nacion, Sócio de número de la Academia Sevillana de Buenas Letras y Catedrático propietario por oposicion de Literatura general y española en la Universidad Literaria de Sevilla.



SEVILLA.
IMPRENTA DE DON J. M. GEOFRIN, CALLE DE OLAVIDE N.os 4 y 5, junto á la de la Muela.
1847.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA

X-61-119226-6

6104176231

AL SEÑOR

DON ALBERTO LISTA Y ARAGON.

Canónigo de la Santa y Metropolitana Iglesia de Sevilla, Doctor en Sagrada Teología y en Filosofía, Catedrático propietario de Matemáticas Sublimes de la Universidad Literaria de la misma Ciudad, Decano de la facultad de Filosofía, Sócio preeminente de la Academia Sevillana de Buenas Letras y Comendador de Isabel la Católica.

Por algun tiempo, mi querido maestro, hé titubeado en colocar al frente de esta obra su nombre respetable admirado con justicia por los sabios mas distinguidos de España y aun de otros paises, que ven en V. al matemático profundo, al historiador concienzudo y elegante, al excelente literato y al sucesor de Herrera y de Rioja. Hé titubeado, porque mientras mas esclarecido es su nombre, ménos digna es de llevarle esta produccion literaria. Pero mi gratitud es superior á estas consideraciones: por otra parte nadie verá en este homenage un recurso mezquino para alcanzar puestos ó distinciones, porque no vá dirigido á ningun magnate, sino al hombre modesto y virtuoso que há pasado su vida léjos del poder y de los negocios, entregado constantemente al estudio y á la enseñanza de la juventud española. No: nadie verá en este homenage mas que una muestra de amistad y de eterno reconocimiento.

¿Y á quién dedicaria con mas justicia el fruto de mis estudios? De sus labios he escuchado lecciones de literatura y de historia con una extension y una profundidad admirables: V. me ha resuelto con una bondad casi paternal cuantas dificultades le consultaba sobre la filosofia y las humanidades: V. me ha enseñado á apreciar el mérito de los clásicos sin fanatismo y sin desprecio, hijos casi siempre de la ignorancia: V., en fin, juzgándome mas ventajosamente de lo que merezco, me ha estimulado á emprender esta obra superior sin duda á mi ciencia y á mi talento. Ningun nombre, pues, mas que el suyo debia aparecer al frente de ella, en caso de aparecer alguno. Lo que contenga bueno pertenece á V. y á otro amigo de ambos respetable por sus virtudes, su inmensa erudicion y su excelente talento; él, con el zelo de un hermano cariñoso, dirigió desde el principio mis estudios, encaminándolos por la senda del buen gusto: lo que haya malo es puramente mio.

Reciba V., mi respetable y querido amigo, con la indulgencia que acostumbra, este trabajo literario, y permita que vuelva á manifestarle, con toda la efusion de un pecho agradecido, la sinceridad de estos sentimientos que no se borrarán nunca del alma de su afectuoso discípulo

J. M. FERNANDEZ-ESPINO.

ADVERTENCIA.

Publicado el programa de enseñanza para la literatura general, conocimos la imposibilidad de explicarla con provecho de los alumnos, sin una obra que abrazára todas las materias que aquel designa, y con el mismo órden que las presenta por ser el mas conveniente y el mas lógico. El Liceo de La Harpe, que es la mas completa en su género, no dice nada de la literatura de la edad media, ni de la estética, y le falta mucho de la parte preceptiva. La historia de la

literatura antigua y moderna de Federico Sehlégel, si bien bajo el aspecto filosófico es admirable, no ha presentado un cuadro histórico, general y circunstanciado, de todos los escritores de la civilizacion antigua, como lo hizo La Harpe. Las reflexiones profundas sobre la influencia que egerce la literatura en los paises, sobre su desenvolvimiento y sobre las causas que la modifican, son de sumo interes é importancia, cuando se conocen bien los autores y no débilmente por algunas pinceladas. De este modo no puede comprenderse si hay acierto ó falsedad en los juicios, puesto que los juicios mismos no son entendidos con la claridad necesaria. Tampoco habla nada de la estética ni de la parte preceptiva. El curso de Mr. Villemain abraza solo la literatura francesa y la de la edad media, aunque alguna vez haga tan acertadas excursiones, ya hácia los griegos y latinos, ya hácia los italianos, ingleses y españoles.

Tampoco pueden servir de testo Batteux, Blair, ni d' Alembert. En cuanto á

los preceptos, sin duda son dignos de estudio. ¿Mas que análisis de escritores hallamos en ellos á no ser rara vez y solo para corroborar la verdad y exactitud de las reglas que han sentado? Sus mismos tratados de la belleza, por mas que contengan tantas ideas luminosas, no pueden servir de modelo hoy que se ha apoderado la filosofía de este interesante ramo del saber humano. La experiencia adquirida en seis años de enseñanza de la literatura en la Universidad de Sevilla, nos ha hecho conocer que los esfuerzos de un profesor celoso son de infelices resultados, cuando los escolares no tienen un libro de texto que les auxilie para comprender sus explicaciones. En vano se afanará por dar á la ciencia órden y claridad; porque aun suponiendo en los alumnos una aplicacion constante (que no es lo ordinario) ni les sería fácil hallar todos los escritores citados por su profesor, ni aun cuando así fuese, podrian sobrellevar sus hombros carga tan pesada. La consulta de los autores sobre una materia cualquie-

ra es de suma utilidad, es necesaria para la comprension de ella, cuando ya existen algunos conocimientos, alguna luz que sirva de guia para hacer adelantos en su estudio. Esos conocimientos se adquieren en el libro de texto sin gran trabajo y con una regular aplicacion: cuando falta este, es casi imposible.

Esto supuesto, se conocerá facilmente cual es la causa que nos há impulsado á emprender tan grave tarea literaria. Llevados del deseo de que la juventud pueda adelantar mas fácilmente en esta clase de estudios, y fijos solo en este pensamiento, quizá no hayamos tenido presente la inmensidad de un trabajo superior sin duda á nuestras fuerzas; pero útil mientras no se publique otro de mas mérito.

En las oposiciones de literatura general y española celebradas en Madrid el invierno pasado, tuvimos ocasion de tratar á casi todos los dignos profesores que hoy enseñan esta asignatura en las

Universidades del reino. En aquella lucha literaria pudimos conocer la profundidad y notable extension de conocimientos de muchos de ellos, y el mérito de sus explicaciones y de sus talentos. Así pues, cualesquiera que sean las faltas de nuestra obra, estamos seguros que serán corregidas con acierto, si alguno de ellos ó de los eminentes literatos que hay en España se resuelven á escribir una completa de esta clase. Entre tanto juzgamos hacer un beneficio á la juventud, reuniendo en pocos libros las materias que solo pueden hallarse diseminadas en innumerables volúmenes. En la explicacion de ellas hemos empleado, como dijimos ántes, el método del programa publicado por el gobierno por su mayor claridad y lógica. Hemos tratado con extension la estética, la elocuencia, la historia, la novela, la poesía lírica, la epopeya y el drama, por ser las materias mas interesantes y mas difíciles en la literatura: las otras que juzgamos mas fáciles y aun de menor importancia, ó las hemos explicado

con rapidez, ó las hemos omitido, porque el estudio que hacen de ellas los alumnos en la retórica y poética, basta para su conocimiento.

La estética (que es la base del buen gusto y por consiguiente de nuestros juicios en toda composicion literaria y artística) hemos creido oportuno tratarla de una manera muy diferente que lo han hecho hasta aquí todos los humanistas nacionales y extrangeros. Para ello tuvimos presente cuanto desde Platon hasta nuestros dias escribieron filósofos profundos, en cuyas obras hemos hallado la solucion de muchas teorías importantes de que ó no han hablado jamas los humanistas, ó lo han hecho someramente. Kant, Hegel y el P. Andres nos han servido mucho para la explicacion de ciertas materias; mas con especialidad el filósofo griego ya citado, y Mr. Victor Cousin de cuyas doctrinas nos separamos pocas veces, no haciendo otras, mas que exponerlas sencillamente. Las que hay solo nuestras ó reformadas las presentamos con te-

mor por mas que sean hijas de la meditacion y el estudio de algunos años: unas y otras las hemos explicado siguiendo el sistema filosófico adoptado generalmente en las Universidades de España, para que puedan ser comprendidas con mas facilidad por los escolares. En la parte literaria hemos seguido mas constantemente á los Sres. Reynoso y Lista que á ningun otro literato, porque en los dos se encuentran las cualidades del gusto en su mayor perfeccion, cuanto se há escrito bueno anterior á ellos expuesto con suma claridad y brillantez, y son admirables ademas en sus propias doctrinas.

En la historia de la elocuencia griega hemos procurado ser mas extensos que Ciceron, Blair y otros humanistas célebres: no se puede formar una idea completa de los oradores con nombrarlos solamente, añadiendo cuando mas algunas palabras, muy pocas para caracterizarlos, sino se habla mas circunstanciadamente de sus talentos oratorios y se insertan algunos trozos de sus discursos. Ese

mismo método seguiremos en la elocuencia romana y en la de la civilizacion moderna; y para introducir toda la luz necesaria en estas materias, trazamos cuadros sobre el estado social y político de los diferentes paises que recorremos.

Tampoco nos hemos contentado con solo asignar las reglas al drama: hemos hecho ademas algunas reflexiones sobre su orígen y sobre los sentimientos y afectos humanos, al hablar de la expresion de ellos por los dramáticos antiguos y modernos; así como de la manera de describir por unos y otros los sufrimientos físicos y morales en la escena.

Finalmente, en nuestros juicios sobre los autores griegos, latinos y de la edad média, se notará que nos separamos muchas veces de la opinion de algunos críticos respetables. Pero debemos advertir que no lo hacemos por buscar reputacion apareciendo originales, ni porque haya en nosotros una parcialidad favorable ó adversa hácia ningun escritor. Lo hacemos así porque esa es la opinion que nos ha

sugerido el estudio, guiado siempre por el amor á la literatura y por el deseo del acierto. (1)

(1) Escrita ya esta advertencia hemos leido el Plan de Estudios novísimo, que deja circunscrito el estudio de la literatura antigua á la Universidad de Madrid, para optar al grado de Doctor en letras. Todavia, sin embargo, juzgamos de tanta necesidad las materias pertenecientes á la estética y á la parte preceptiva que publicamos, que no es fácil sin su estudio juzgar bien á los clásicos españoles.

CURSO DE LITERATURA GENERAL.

Parte filosófica.

CAPÍTULO PRIMERO.

RESÚMEN.

Definicion de la literatura: necesidad de su estudio.—La poesía.—La historia: ventajas de ella. La filosofía: beneficios que han hecho á la Religion Cristiana Platon y Aristóteles.—Estudios de los Santos Padres sobre esta materia. La elocuencia: influencia de esta en los juicios y deliberaciones de los hombres. El aislamiento de los sabios es perjudicial al progreso de la literatura.—Tambien le es perjudicial la publicacion de las obras en lenguas poco conocidas.

La literatura en su esencia es el arte que imita la belleza por medio del lenguage; es la ciencia de la poesía y de las artes, la historia razonada de los adelantos del género humano y sin su estudio es imposible alcanzar la perfeccion en las obras hijas del talento y de la

imaginacion. Las mismas ciencias físicas y exactas necesitan de su auxilio; porque si la belleza intelectual resulta del enlace, de la armonía y regularidad en las diversas partes que componen un pensamiento complicado, es imposible llegar á ella sin las reglas que nos manifiesten la senda del acierto. Schlegel dice en su tratado de literatura antigua y moderna «Comprendemos bajo este nombre (de literatura) todas las artes y ciencias, lo mismo que todas las obras y las producciones, que tienen por objeto la vida y el mismo hombre; pero que sin tener por fin ningun acto externo, no obran mas que por el pensamiento y por el lenguage, y solo se manifiestan con la ayuda de la palabra y de la escritura.»

¿Será necesario probar la necesidad de su estudio? El mundo entero anuncia sus beneficios. á ella debemos la construccion de poblaciones, la reunion de los hombres dispersos, la dulzura de sus costumbres y el cumplimiento de la ley moral que Dios les dictara, como seres inteligentes y libres, para vivir honestamente y no dañarse los unos á los otros. Pero entre todos los ramos que abraza la literatura, tiene el primer lugar las poesía. Ya tome de la historia lo mas interesante y elevado, ya arreba-

te sus secretos á la filosofía, ya suba á los cielos para observar el admirable concierto de la bóveda celeste, el giro de los astros y el poder inmenso del Todopoderoso, y ya finalmente baje al profundo abismo para describir el sombrío imperio de los muertos, siempre la vemos llena de una mágia seductora, interesar nuestro corazon y producir un placer purísimo en nuestro espíritu. Si quedase aun alguna duda sobre los bienes de que la humanidad le es deudora, el cuadro que tan maestramente traza Horacio al hablar de ella, bastaria para destruirla de todo punto. Él presenta á los poetas civilizando á los pueblos en la infancia de las sociedades: luego saliendo de esos siglos remotos, en que la verdad está envuelta en la fábula, coloca en primer lugar á Homero como la mayor lumbrera de la antigua Grecia, y á Tirtéo que con sus cantos guerreros consiguió animar á los Lacedemonios. Por último, acercándose á tiempos mas recientes, muestra á la poesía llena de gloria en los templos y en los palacios; unas veces sirviendo á los hombres de solaz en los trabajos y penalidades de la vida, y otras enseñándoles las artes y las ciencias mas profundas. Hé aquí el pasage de que hemos hablado.

Silvestres homines sacer interpresque Deorum
Cædibus, et victu fœdo deterruit Orpheus;
Dictus ob hoc lenire tigres rabidosque leones:
Dictus et Amphion, Thebanae conditor arcis,
Saxa movere sono testudinis, et prece blanda
Ducere quo vellet. Fuit haec sapientia quondam,
Publica privatis secernere, sacra profanis;
Concubitu prohibere vago; dare jura maritis;
Oppida moliri; leges incidere ligno.
Sic honor et nomen divinis vatibus, atque
Carminibus venit. Post hos insignis Homerus
Tyrtaeusque mares animos in Martia bella
Versibus exacuit. Dictae per carmina sortes,
Et vitae monstrata via est, et gratia regum
Pieriis tentata modis, ludusque repertus,
Et longorum operum finis: nec fortè pudori
Sit tibi Musa lyræ solers, et cantor Apollo.»

De Art. poet.

Intérprete del cielo el sacro Orfeo
De la vida salvage y mútuo estrago
Alejó con horror á los mortales;
Y por eso se dijo que su lira
Logró amansar los tigres y leones:
Cual á Anfion la fama le atribuye,
Porque de Tebas levantó los muros,
Que al eco de su cítara movia
Las piedras de su asiento y que do quiera
Con seductor encanto las llevaba.
El saber de los tiempos primitivos
Tuvo objetos augustos: poner límites
Al público derecho y al privado,

A las cosas sagradas y profanas;
Vedar la vaga union de entrambos sexos;
Dar al lecho nupcial fueros y norma;
Edificar ciudades, grabar leyes
En duraderas tablas..... Así un dia
Sacros honores y divina gloria
Alcanzaron los vates y sus versos.
Despues Homero en su inspirado canto.
Luego encendió Tirtéo con su lira
Bélico ardor en varoniles pechos;
En verso los oráculos hablaron;
En verso se enseñó la recta senda
De la sana moral; con su dulzura
Se cautivó la gracia de los reyes;
Con su grato solaz respiró el hombre
Y dió á largas empresas feliz cima:
¡Y pudieras jamás tener á mengua
Pulsar la lira de las sacras musas
Y el dulce canto acompañar de Apolo!

Traduccion de Martinez de la Rosa.

Mas la historia es el principal libro del hombre: nos presenta en un brevísimo espacio el transcurso de los siglos, las vicisitudes de las generaciones, las causas del engrandecimiento y decadencia de los imperios, su civilizacion y su ruina. ¿Ni como podriamos explicar lo presente sin el conocimiento exacto de lo pasado? Tambien es la pintura mas expresiva de las costumbres, y la mejor escuela para infundir en los

corazones generosos un santo entusiasmo por lo honesto y lo justo, y una implacable indignacion contra los crímenes y vicios que han afeado á la humanidad en todos tiempos. Si muchas veces nos presenta al delito triunfante y á la virtud cercada de infortunios, tengamos presente que el destino del hombre no se acaba en esta vida: que Dios con su sabiduria infinita reparte los premios y los castigos cuando cumple á su inalterable justicia; y que la inmortalidad del alma asegura al virtuoso en el cielo una felicidad eterna. Si vemos á Neron afligiendo á Roma con sus abominables maldades y complaciéndose en su incendio, tambien le vemos despues perecer por el puñal á manos de un esclavo. Mas preferible es el suplicio de Sócrates, que la muerte tranquila de Tiberio, y mas aun los padecimientos y el fin de S. Juan Crisóstomo, que el de Cromwel expirando en su lecho con la pompa y el fausto de un monarca. ¿Y que sería la gloria de las naciones sin la historia? Roma fué ennoblecida por la brillante pluma de Tito Livio, así como la severidad profunda de Tácito nos hace conocer sus desgracias y sus graves infortunios; y acaso á esos dos historiadores deba el pueblo romano uno de los lugares mas preminentes en la civilizacion antigua.

¿Y qué dirémos de la filosofía? Puede asegurarse que Sócrates, Platon y Aristóteles han contribuido tanto como Homero y Solon á la fama de la Grecia; y considerados bajo el aspecto religioso y moral, el mundo civilizado debe á los primeros inmensos beneficios. Cuando consideramos á Sócrates elevándose á la creencia de un solo Dios, y á la doctrina de una moral pura, que él mismo practicaba con modestia; cuando consideramos los dogmas fundamentales del racionalismo de Platon, su teoría sobre la union del alma y el cuerpo, sus admirables investigaciones del bien y de la virtud y las formas de sus escritos; y finalmente, cuando consideramos en el *Organo* de Aristóteles la teoría del razonamiento y la demostracion, y le vemos estender mas que ningun otro el campo de la filosofía en el cual introdujo una luz tan clara, el espíritu humano se abisma y apénas puede admirar bastantemente la elevacion de esos hombres estraordinarios y su influencia benéfica en la sociedad cristiana. Por eso Juliano el Apóstata prohibió á los cristianos el estudio de la filosofía griega, mientras que ellos, aunque eclécticos, se aplicaban con mas ardor al de las doctrinas platónicas por su afinidad con las de los judios y las suyas.

Los primeros Padres de la Iglesia pertenecian

á la escuela de Alejandría, y San Justino Mártir afirmaba que el Verbo se habia revelado ántes de su encarnacion á los sábios del paganismo. La Iglesia abrazó tambien la filosofía de Aristóteles, sobre todo cuando en la lucha encarnizada que sostuvo por tanto tiempo contra el Arrianismo, necesitó valerse de su dialéctica y sus distinciones, y esta misma filosofía siguió dominando al orbe civilizado hasta que Descártes libertó al pensamiento del principio de autoridad que le oprimia. (1) Ramon Obrera

Así; en una época en que iba desmoro-

(1) La filosofia griega fué empleada desde luego como medio de recomendacion y de defensa en favor de la doctrina cristiana para con los griegos que tenian instruccion; despues se aplicó á la refutacion de las heregias; en fin, se la hizo servir para desenvolver y propagar con precision la enseñanza de la Iglesia, con especialidad en los puntos relativos á la fé. En todos los cambios permaneció la misma relacion entre la Filosofia y la Teologia; esto es, que la última fué considerada siempre en el fondo como origen de los conocimientos, como la mas verdadera y mas alta filosofía: la primera al contrario como una esclava á las órdenes de la Teología, y como una ciencia mundana, *sciencia mundana*. La dialéctica estuvo destinada exclusivamente para el uso de la polémica. *Manual de la historia de la filosofía de Tenneman traducido por V. Cousin.*

nándose la sociedad griega y romana dirigida aun por las leyes de Solon, en que el imperio estaba en el mayor abatimiento y se acercaba á su total ruina, apareció enmedio de aquellos escombros otra sociedad, que sin mas armas que la predicacion, se hizo desde luego fuerte y poderosa, y extendió por todas partes las doctrinas de la Biblia. ¡Pero cuanto no debió á la literatura! La filosofía fué su mas eficaz defensora, la historia le enseñó á conocer los hombres, la legislacion á dirigirlos, la elocuencia á persuadirlos y la poesía inflamó su imaginacion y enalteció sus sentimientos. Léanse, si no, las vidas de los Basilios, los Crisóstomos y los Gerónimos, y no quedará duda alguna de la veracidad de nuestra opinion. Fuera por lo mismo inútil demostrar la grande influencia que egerce la palabra en todos nuestros juicios y deliberaciones, y cuan enérgica es la impresion que á veces causa en nuestra alma. Los que conozcan á Demóstenes y Ciceron, los que hayan leido las Filípicas del uno y las Catilinarias del otro, y hayan visto al primero sacando á los Griegos del abatimiento vergonzoso en que estaban en aquel tiempo: los que conozcan el terror que inspiraban en Roma Catilina y sus secuaces, y el trjunfo de Ciceron contra todos ellos, podrán

apreciar el influjo poderoso de la palabra sobre los hombres. Por eso no extrañamos que cuando el cónsul romano habla de la gloria de los oradores recuerde la suya.

Pero si la elocuencia es el principal poder en los estados republicanos; si en el púlpito hace triunfar á la religion católica y la virtud de las sutilezas de los impios, si en el foro defiende la inocencia y consigue que se adjudique la propiedad con justicia; las artes hijas predilectas de la poesía señalan el grado de civilizacion y de opulencia de las naciones. Recorramos la historia; y el siglo de Pericles, el de Augusto, el de Leon X y el de la casa de Austria hasta Felipe IV, serán ejemplos irrecusables de nuestro juicio. Pasadas las épocas de explendor y grandeza en las diferentes naciones que hemos citado, solo se descubre un desierto, cuya esterilidad ha sido interrumpida raras veces por algunos artistas felices, aunque aislados y sin dejar sucesores que conservárán viva su merecida gloria: pero nótese que ninguno de estos paises ha vuelto á llegar á la altura de su antigua civilizacion y de su preponderancia política.

Véase, pues, como el estudio de la literatura es no solo útil, sino una condicion necesaria para el progreso del espíritu humano, puesto

que la vemos siempre, unas veces como base y otras como un auxiliar imprescindible de todos nuestros conocimientos. Mas el aislamiento de los sábios, su separacion de las clases distinguidas y del pueblo, son un grave obstáculo para la propagacion de la literatura y hasta cierto grado para la perfeccion de sus obras; pues las producciones del saber no pueden hallar mejor medio de reforma y de adelantos, que los juicios y los elogios de los hombres. Viviendo los sábios aislados desdeñan regularmente á las demas clases á quienes no conocen ni saben apreciar, y hasta miran con poco afecto y aun con desvio la lengua patria. ¿Qué aconteció á nuestros escritores en los siglos 16 y 17? Muchos de ellos escribian sus obras en latin, y la historia de España del P. Mariana seria leida por muy pocas personas en su propio pais, si el autor, conociendo esto mismo, no la hubiese traducido al castellano. Lo mismo acontecia en Alemania: Keplero y Leibnitz publicaron sus escritos filosóficos en lengua latina y segun asegura Schlegel, durante la mitad del siglo 17 y los cincuenta primeros años del 18 vivian separados los sabios de la sociedad, lo cual hizo que los conocimientos fuesen perdiendo cada vez mas en extension, mientras que la ignorancia y el desprecio de las ciencias

cundia con rapidez por todas partes. Y no hay duda: reducida la literatura á tan estrecho círculo, no pueden participar las demas clases de su benéfico influjo, porque la ignorancia no crea la aficion al estudio, ni los escritores desconocidos pueden inculcarlo con su ejemplo ó sus consejos: pero cuando viven enmedio de la sociedad, que siempre los considera y respeta, cuando se les vé por premio de su mérito ascender á los puestos honoríficos del estado, ó ya en lugares ménos altos ser el blanco de la admiracion de cuantos les escuchan, entónces infunden en los demas hombres el noble deseo de imitarlos, y cunde por todas partes el estímulo y el ansia por conocer las obras maestras que han producido los antiguos y los modernos. Así es como se desarrollan los talentos que no tienen mas medios para perfeccionarse que el ejercicio, y este ejercicio no es otra cosa que el estudio detenido y reflexivo de las ciencias, las letras y las artes. Así es como ha progresado la humanidad y las naciones se han civilizado.

CAPÍTULO SEGUNDO.

RESUMEN.

El estudio de los escritores no debe ser desordenado, ni puede juzgarse con acierto de su mérito sin el auxilio de las reglas.—En que consisten las reglas.—Las reglas son principios fundados en la naturaleza de las cosas de donde emanan.—Cuando se desprecian las reglas, desaparece el buen gusto.—Causas de la corrupcion del buen gusto en la literatura española en el siglo 17.—Góngora.—Juicio de este poeta ántes y despues de ser culterano.

Hemos visto de que manera progresariamos en el estudio de la literatura. Mas téngase presente que seria de muy poca utilidad una lectura indigesta y desordenada. Por mas constantes que fuésemos en ella, por mas afán que tuviésemos en adquirir un conocimiento exacto de los clásicos; sin el método en las materias, sin el estudio de las reglas, que auxilien á la

razon y al buen sentido, ni seria posible juzgar debidamente las obras del genio, ni producir alguna que mereciese el aprecio de los hombres entendidos. ¡A cuantos delirios conduce al espíritu humano la imaginacion extraviada por la ignorancia ó el abandono de las reglas! Sabido es que esta facultad intelectual, que tiene por objeto la modificacion de los sentimientos, solo considera las ideas bajo el aspecto de las relaciones que tienen con ellos. Pues bien: cuando en sus trabajos intelectuales se propone el hombre escitar el sentimiento y aun el entusiasmo, por medio de la creacion de lo bello, la imaginacion es el instrumento principal; pero la razon es quien la dirige y la ilumina, á fin de que no se despeñe, semejante á un fogoso alazan sin rienda. La razon nos ha sido concedida por el criador, para el conocimiento de la verdad y de lo bello; pero ninguna de estas dos cosas puede ser alcanzada por ella con seguridad, sin la coleccion de reglas de la lógica y de la literatura, para conseguir el acierto de nuestros juicios, respecto á la verdad y la belleza. Podrá decirse que muchos son elocuentes sin haber estudiado las reglas del lenguage y de la oratoria, y tambien que algunos son poetas sin conocer la ciencia de la poesía: ¿Y por eso de-

ducirémos que el estudio de la elocuencia y de la poética son innecesarios? ¿Se ha visto jamas un orador eminente y un poeta perfecto ignorantes? Es verdad que sin facultades naturales en vano aspirará el hombre á ocupar por el estudio un lugar distinguido en la elocuencia y en la poesia; lo cual prueba que sin la reunion feliz del talento y del saber no se puede alcanzar la perfeccion ni en las ciencias ni en la literatura. (1) El buen sentido y sobre todo la experiencia demuestran esta verdad.

Algunos escritores faltos tal vez de los conocimientos necesarios para dorar ó justificar su ignorancia, han rechazado las reglas como unas trabas opresoras de la imaginacion, añadiendo que no tenian mas fundamento ni razon que el capricho de los preceptistas. Tan grosero absurdo apénas merece que nos detengamos á refutarlo. Esas leyes no han sido dictadas arbitrariamente por ningun hombre: son principios eternos fundados en la naturaleza misma de las cosas,

(1) Por reglas entendemos ciertas leyes destinadas á facilitar la ejecucion de alguna cosa útil y difícil, porque nos prescriben lo que debemos hacer ó evitar para el acierto en ella, asi como el arte es la coleccion de esas mismas reglas para conseguir el objeto indicado.

objeto de la literatura y de las artes, y por consiguiente tan fijas é inalterables como la base de donde emanan. ¿Se han rechazado alguna vez las reglas que sentó Aristóteles en su dialéctica para discurrir con acierto? ¿no se han considerado por los filósofos como aplicaciones prácticas de la ciencia que tiene por objeto la verdad? Pues eso mismo han visto los hombres conocedores de las obras del genio en su poética, que es el código fundado por la razon en la ciencia de la belleza. Si se ha pretendido desconocer en algunas épocas la autoridad legítima de Aristóteles y la de Horacio en esta materia, es porque la ignorancia ó el espíritu de secta literaria han tenido mas parte en ello que el juicio y el deseo del acierto. Obsérvese que cuando se niega la legitimidad de las reglas, desaparece el buen gusto en la crítica, y la belleza en las producciones del talento.

¿Cual fué, entre otras, la principal causa de la corrupcion del buen gusto en la literatura española en el siglo 17? La falta de conocimientos en la ciencia poética: porque, si bien comprendian la belleza los escritores de entónces, era como dice el señor Lista tan acertadamente, mas bien por instinto é inspiracion, que por exámen ó raciocinio. «El siglo 16, aña-

de este célebre crítico, no solo produjo grandes genios en todos los ramos de la literatura, sino tambien grandes humanistas, pero muy pocos filósofos. El Tostado, Nebrija, Simon Abril, Arias Montano y en general todos los que escribieron en aquella gloriosa época sobre gramática, retórica y poesía, lo hicieron copiando á Aristóteles, Horacio, Ciceron y Quintiliano, sin elevarse al principio filosófico de donde se derivaba la mayor parte de las reglas, que promulgaron aquellos insignes legisladores de las bellas letras; y no es extraño que pareciese incontestable el principio de autoridad, cuando lo era en los mismos estudios filosóficos.» ¿Qué debió suceder por efecto de esta misma creencia? Las reglas para los escritores de entónces no tenian mas valor que el que les daba la autoridad de los preceptistas antiguos, porque no eran miradas como una consecuencia precisa de la ciencia poética. Por eso al rebelarse contra ellas para sacudir un yugo que miraban tal vez como ignominioso, no pudieron conocer que se rebelaban contra el verdadero gusto. Despreciado el tipo de lo bello, faltó el modelo que debiera tener cada uno presente para sus juicios y sus creaciones, y desde entónces fué lícito llamar bellos á todos los partos de una fantasía raquí-

tica ó extraviada, por mezquinos ó ridículos que fuesen. Góngora puede servirnos de egemplo. ¿En cuál poeta, mientras él respetó las leyes del buen gusto, hallamos versos mas numerosos, mas gala y lozanía en la diccion poética, mas exactitud y robustez en los pensamientos y una imaginacion mas rica y vigorosa? Pero su genio indócil y altivo no podia sujetarse por mucho tiempo ni á las reglas ni á la imitacion de los buenos modelos: juzgó que el lenguage de la poesía, que sus contemporáneos usaban, debia ser mas elevado y ménos pobre, ménos sujeto y abandonado, y creó un dialecto para remontar la frase dislocándola, el cual consistia en el abuso de las palabras cultas, en el atrevimiento y abundancia del hipérbaton y de toda clase de figura poética. Citarémos algunos egemplos, entre muchos de gran mérito que en él se encuentran ántes que fuese fundador de la escuela culterana.

SONETO.

Raya, dorado Sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora;
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,

Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.
Para que desta vega el campo raso
Borde, saliendo Flérida, de flores:
Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Direis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Zelosa estás, la niña,
Zelosa estás de aquel

Dichoso pues lo buscas,
Ciego, pues no te ve,
Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él;
Que zelos entre amantes,
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Aurora de ti misma,
Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas,
Se eclipsa tu placer;
Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,
Y querellas despues,
Hoy son flores azules
Mañana serán miel.

Un ejemplo, tomado de la soledad primera: ya era novador.

Era del año la estacion florida
En que el mentido robador de Europa

(Media luna las armas de su frente
Y el Sol todos los rayos de su pelo,)
Luciente honor del cielo
En campos de zafiro pace estrellas.
Cuando el que ministrar podia la copa
Á Júpiter, mejor que el garzon de Ida
Náufrago, y desdeñado sobre ausente,
Lagrimosas de amor, dulces querellas
Dá al mar, que condolido
Fué á las ondas, fué al viento,
El mísero gemido,
Segundo de Arion dulce instrumento,
Del siempre en la montaña opuesto pino,
Al enemigo Noto,
Piadoso miembro roto,
Breve tabla, Delfin fué no pequeño
Al inconsiderado peregrino,
Qué á una Libia de ondas su camino
Fió, y su vida á un leño. etc.

No se crea que hemos rebuscado con esmero todas las poesías de Góngora para hallar esta ridícula gerigonza: es el principio de la Soledad primera que está escrita toda en el mismo estilo, así como la segunda, y la fábula de Polifemo y Galatea. (1) Véase ahora con cuanta

(1) Pellicer comentó estas estravagantes composiciones. Y en su juicio las metáforas y figuras más desatinadas son hermosas imitaciones de Virgilio y Horacio.

razon deciamos que la imaginacion estraviada por el abandono de las reglas solo produce mónstruos. (1) Y no es este solo el mal que causa, sino que la ignorancia siendo ordinariamente su principal sectaria, engendra una turba de pedantes, ó mas bien energúmenos, dispuestos á sostener todo lo que sea contrario al estudio, que martirizan á la poesía, destruyen su frescura y su belleza hasta que perece desacreditada en sus manos. Bien conocemos que al lado de esas reglas tan eternas como la naturaleza de donde toman su orígen, hay otras puramente convencionales, y por lo mismo tan variables como las costumbres y los sentimientos de los pueblos. Pero aun en ese caso ¡cuánto estudio y juicio son necesarios

(1) Credite, Pisones, isti tabulæ fore librum
Persimilem, cujus, velut ægri somnia, vanæ
Fingentur species: ut nec pes nec caput uni
Reddatur formæ. *Horat. de art. poet.*

Pues en todo, ó Pisones, le asemeja
El libro que de imágenes absurdas,
Cual delirio de enfermo, se compone,
Sin que unidad ni conveniencia guarden
El principio y el fin.

Trad. de Martinez de la Rosa.

para la libertad en esas alteraciones! (1) ¡Cuánto conocimiento del corazon humano y del carácter de la sociedad en que vive el poeta! Ya tendremos ocasion de hablar de esta materia con detenimiento, desenvolviendo nuestra doctrina cuando nos ocupemos de las diferencias esenciales entre la literatura antigua y la moderna.

---

(1) . . . . . Pictoribus atque poëtis
Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.
Scimus, et hanc veniam petimusque, damusque vicissim;
Sed non ut placidis coëant inmitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tigribus agni.

Horat. art. p

¿Mas no fué siempre
(Se dirá acaso) á vates y pintores
La mas ámplia licencia concedida?
Lo sé muy bien: y yo á mi vez la otorgo,
Y tambien á mi turno la demando;
Mas no tan estremada que consienta
Hermanar con lo fiero lo apacible
Aves y sierpes, tigres y corderos.

Trad. de Martinez de la Rosa.

CAPÍTULO TERCERO.

RESUMEN.

Division de la literatura en filosófica, preceptiva é histórico-crítica.—Estética.—Dos sistemas opuestos en esta materia, el de la *realidad* y el del *idealismo*.—Razones que dan los sectarios del uno y del otro.—Ambos sistemas considerados absolutamente son falsos: pruebas de esta opinion.—En qué consiste la imitacion: opiniones acerca de ella.—Juicio erróneo de Blair sobre la imitacion.—El verdadero sistema es elevarnos del conocimiento de la belleza material á la ideal.—Esta operacion se verifica por medio de dos abstracciones: una es *mediata* y la otra *inmediata*.—Cómo explica Platon esta teoría: ejemplos que la esclarecen.

Despues de estas nociones preliminares, dividiremos la literatura en filosófica, preceptiva é histórico-crítica. La primera tiene por objeto la explicacion de la estética, (1) que no es otra co-

(1) Estética. Voz derivada de una raiz griega; significa sentir percibiendo.

sa que la ciencia de la belleza, y por consiguiente la filosofía de las bellas artes: la segunda el dictar las reglas convenientes para toda clase de composiciones, ya estén escritas en prosa, ya en verso; y la tercera darnos á conocer el orígen y progresos de la literatura en general, la influencia que ha egercido en la sociedad en sus diversas épocas y el mérito de los escritores por medio de análisis filosóficas.

Al comenzar por la Estética, nos encontramos desde luego con dos sistemas opuestos sobre la teoría de lo bello; el de la *realidad* y el de la *idealidad*. Ambos han sido defendidos por sus partidarios con razones al parecer incontestables, negando los primeros la existencia de lo ideal, y haciendo completa abstraccion los segundos de los modelos que nos presenta la naturaleza. ¿Habrá en los dos sistemas algo que sea cierto? ¿serán ambos falsos ó podrá sacarse de los dos uno verdadero? Procuraremos resolver estas cuestiones, si no con la profundidad y claridad necesarias, con la imparcialidad, á lo ménos, que infunde en nosotros el deseo del acierto. Mr. V. Cousin entiende por real todo lo que no es una creacion del espíritu; de manera que si el obgeto que copiamos de la naturaleza, contiene algo que sea bello, tambien será bella la imitacion,

y entónces solo hemos producido una belleza real. Si no estando conformes con la copia de un solo objeto, reunimos un gran número de modelos, y tomamos de cada uno la parte que juzguemos mas perfecta y la trasladamos al papel ó al lienzo por medio del dibujo y los colores ¿habremos llegado á la belleza ideal? Todavia no sin duda alguna. Así es, que si para describir un paisage ameno tomamos los árboles de un jardin que háyamos visto, de otro sitio una cascada, de otro la variedad de las flores y de otro finalmente un arroyuelo cristalino con sus márgenes tortuosas, llenas de plantas y de verdura, el paisage será bello, pero nada tendrá de ideal, nada que no se encuentre en los originales. Pues ahora bien, los partidarios de la belleza real, niegan lo ideal y sostienen que la verdadera belleza consiste en escoger entre las diferentes partes perfectas que presenta la naturaleza: porque no pudiendo el génio crear sino impropiamente, no puede salir tampoco de los límites del mundo conocido.

Los partidarios de la escuela opuesta solo admiten lo ideal, y hacen una completa abstraccion de los modelos naturales. Su argumento principal es el siguiente. Hay artistas que trabajan solo con el auxilio de su mente, sin recoger nin-

guna belleza del mundo real: hay algunos poetas que siendo casi ciegos de nacimiento, han expresado en sus creaciones las formas, la luz, los colores, y sus diferentes matices de una manera sorprendente; y sin embargo, ninguna de estas cosas han podido conocer en la naturaleza, porque les falta el sentido correspondiente á las percepciones visuales. Estos son los principales argumentos en que se fundan las dos escuelas, y no hay duda que existe alguna parte de verdad en cada sistema, porque la belleza, tal como nosotros la comprendemos, es un resultado de ambos; mas considerado cada uno de ellos absolutamente, los dos son falsos y por consiguiente inadmisibles.

Echemos una ojeada sobre todo lo que nos rodea en el mundo moral y físico, y veremos que cuanto en él existe es susceptible de mayor perfeccion. Si le copiamos con acierto, bien en todas sus partes, ó bien tomando las mas bellas donde quiera que las hallemos, habremos producido buenos retratos, pero nada mas: habremos llegado á la belleza de los originales, pero estaremos aun muy lejos de la verdadera belleza. Los sectarios de la realidad nos dicen: pintad lo que es animado, lo que exalta el sentimiento; al niño por egemplo en el regazo de su madre, y

mientras mas fiel sea vuestra copia, y la pintura mas viva, mas bello será vuestro cuadro; porque el arte no es otra cosa que la imitacion de la vida. (1) ¿Y aun cuando esto sea cierto, no concebiremos una belleza superior en este mismo género? Un egemplo hará mas palpable nuestra doctrina. Suponiendo que fuese verdadera la entrevista de Hector y Andrómaca en las puertas Sceas, es seguro que no habrian ocurrido algunas circunstancias que hacen admirable la descripcion de Homero. Con efecto, un héroe que al salir por las puertas por donde no habia de volver á pasar sino muerto, halla á su esposa Andrómaca y á su hijo á quienes idolatra; que mira á este con una tierna sonrisa, pero sin poder hablarle, porque se le ahogan las palabras en la garganta; una muger cariñosa que derramando lágrimas y acosada de terribles presentimientos estrecha la mano de su esposo y le ruega que no vuelva al combate: y por último el sobresalto del hijo que se oculta en el seno de la nodriza al ver el penacho y las armas de su padre, que sonrie con Andrómaca de su terror infantil y por última vez le besa y le toma en sus brazos, forman un cuadro patético y bellísimo que es im-

(1) Véase á Mr. V. Cousin.

posible hallar en la naturaleza. (1) Si fuera tambien cierta la entrevista en la fingida Pérgamo de Eneas y Andrómaca, viuda ya de Hector, tampoco es probable que se le hubiesen ocurrido á esta las hermosas palabras que Virgilio pone en su boca, al regalará Ascanio un manto frigio bordado por ella.

Copiaremos el pasage por ser mucho mas corto que el de Homero. (2)

«Adcipe et hæc, manuum tibi quæ monumenta mearum
Sint, puer, et longum Andromachæ testentur amorem,
Conjugis Hectoreæ. Cape dona extrema tuorum,
O mihi sola mei super Astyanactis imago.
Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat;
Et nunc æquali tecum pubesceret ævo.

Recibe, Ascanio, este don, obra de Andrómaca, viuda de Héctor; toma el último presente que pueden darte los tuyos. Oh querida y única imágen de mi hijo Astianacte: estos serian ahora sus ojos, este su ademan y su semblante, y ahora, igual á tí en años, gozaria tambien, la flor de la juventud.

Si, pues, la belleza, segun el sistema de la reali-

(1) Iliada canto 6.º
(2) Eneida canto 3.º vers. 486 hasta 491.

dad, solo consistiese en las copias acertadas de la naturaleza, excluiria todo lo que pertenece á las creaciones del espíritu; y el mundo ideal que es ordinariamente el mundo de la poesía, porque es el de la inspiracion y la belleza, sería desconocido para nosotros. Aun hay mas: la misma experiencia es contraria á la opinion que refutamos. De dónde copió Homero la sublime descripcion de la cabeza de Júpiter que sirvió de modelo á Fidias para trasladarla al mármol,? ¿de dónde Virgilio la desgarradora agonía de Dido,? ¿de dónde Dante las terribles visiones de su infierno? y finalmente ¿de dónde Milton á Satanás arrojado en un mar de fuego, levantando la cabeza por en medio de las olas ardientes y contemplando con horror los restos de su armada de precitos? Nada hay mas sublime que este pasage. Satán sale del golfo y deja en él un gran vacio; su cuerpo gigantesco, la grandeza de su armadura, su terrible aspecto y su discurso á las potestades del abismo, anuncian de la manera mas enérgica la lucha del cielo contra el infierno.

Resulta, pues, que la experiencia y la razon están en contra de la belleza real en su sentido estricto. Esta cuestion aunque en materia diferente nos lleva á hablar de la tan debatida

disputa sobre el principio de imitacion en las bellas artes. Nosotros juzgamos que en el fondo todos han seguido la misma doctrina, y que la manera de comprehender cada uno el sentido de la palabra *imitacion* es la que ha dado lugar al debate mencionado. Por *imitacion* han entendido la mayor parte de los humanistas desde Aristóteles y Horacio hasta nuestros dias, una operacion por la cual, no copiamos, sino procuramos asemejar el obgeto creado al que nos sirvió de modelo, hermoseándole. Así, pues, Garcilaso imitó á Virgilio, el Maestro Leon á Horacio y Herrera á los Hebreos. Ninguno de ellos les copió literalmente, porque de otro modo pasarian, cuando mas, por buenos traductores pero de ninguna manera por poetas eminentes: porque la imitacion produce la semejanza y la copia la identidad. Todos se propusieron asemejar sus pensamientos á los de sus modelos, pretendiendo mejorarlos, y muchas veces lo consiguieron, pero nunca los copiaron. Eso mismo sucede en los pintores. los que imitan la naturaleza con acierto, obtienen siempre un nombre distinguido: los que la copian, solo el de retratistas. Si se desea conocer con estension y claridad la teoría de la imitacion, léase con detenimiento al abate Batteux y al Sr. Reinoso en sus principios generales

sobre las bellas letras, y especialmente al Sr. Lista en sus ensayos literarios. Otros juzgan que la *imitacion* consiste en la copia de la naturaleza, y entre ellos citaremos á Hugo Blair (1) por ser el mas notable de todos. Dice así este célebre humanista. «A la verdad, siempre que un poeta ó un historiador introduce personas actualmente hablando en su obra, y por las palabras que pone en su boca representa la conversacion, que se supone que ellas tienen, su arte se puede llamar imitativa: y esto es lo que sucede en las composiciones dramáticas. Pero no puede darse con propiedad este nombre á las obras narrativas ó descriptivas. ¿Quién, por egemplo, llamaria imitacion de una tormenta

(1) De la misma opinion es Mengs en sus obras sobre la pintura, publicadas por D. José Nicolás de Azara. En las páginas 88 y 89 dice así. «La cualidad mas necesaria es la imitacion que se puede representar y concebir en un momento. La segunda consiste en lo ideal, esto es, en la representacion de las cosas de que no tenemos originales y que el pintor expresa segun las ha concebido en su entendimiento y que no le han entrado el pintor por los sentidos. Para llegar al primer grado, que solo es la imitacion, basta tener la vista exacta, á fin de no engañarse en las cosas que se miran para copiarlas; y para llegar al segundo, se necesita mucho talento y grande imaginacion.»

á la descripcion que hace de ella Virgilio en el libro 1.° de la Enéida?

Si oimos hablar de la imitacion de una batalla, naturalmente debemos pensar que se habla de una batalla representada en el teatro: pero jamas debemos imaginar que se quiera dar á entender algunas descripciones que Homero hace de ellas en la Iliada.» Extraño es que encontrase Blair en su esencia diferentes la imitacion y la descripcion; porque ya raciocine ó pinte el poeta, no hace mas que expresar los pensamientos ó las pasiones de su alma, para lo cual ha de presentar los objetos y las cosas como él los vé en la naturaleza embellecida por su fantasía; y en eso consiste la imitacion. Solo en Dios existe la facultad de crear, y aunque decimos que tambien el génio crea, ninguno ignora que lo hace impropiamente y que en realidad solo produce imitaciones de la naturaleza, mas ó ménos acertadas. Eso hace la pintura, eso hace tambien la escultura y siempre se las ha dado el nombre de artes imitativas. ¿ Porqué es Homero superior á Virgilio en las descripciones de las batallas? Porque hay en ellas mayor vida y movimiento, porque hay mayor fuerza de colorido y de expresion; en una palabra, porque están mas conformes con la naturaleza. Y si á Virgilio se le

admira en la descripcion sublime de la tempestad, es por la misma razon que nos sorprende Homero en la pintura de sus combates; porque imitó á la naturaleza embelleciéndola. La imitacion no es la copia de las cosas; y están equivocados los que juzgan que la teoría de la imitacion en las bellas artes es defectuosa y mezquina.—Continuemos con la doctrina anterior.

Ya hemos visto que la escuela del idealismo puro en la ciencia de la belleza hace una completa abstraccion de los modelos que nos presenta el mundo real, y que esta opinion lo lleva al extremo opuesto. Pero aun suponiendo que nuestra imaginacion pudiera concebir lo bello sin que tuviese por fundamento la misma naturaleza, lo cual es muy controvertible, sería una belleza falta de vida y sin interes alguno, por lo mismo que es inaccesible á los sentidos corporales. Cierto es que las obras de dos poetas ciegos, Homero y Milton, uno perteneciente á la civilizacion antigua y el otro á la moderna, han sido la admiracion de todos los hombres entendidos: mas téngase presente que ninguno de los dos era ciego de nacimiento, y que ámbos habian conocido bien la naturaleza ántes de perder la vista. Y aunque así no fuese, bastaríales con el oido, que es el sentido mas fecundo en sensa-

ciones instructivas, y el correspondiente á la poesía. Todas aquellas cosas cuya existencia se conoce por la autoridad de otro, ó por la instruccion que suministra su lectura, exaltan mas la sensibilidad y la imaginacion, y ensanchan mas el mundo ideal que cuando las vemos y nos aseguramos por nosotros mismos de su existencia. ¡Cuántas veces hemos visto rebajar la idea que tenian algunos hombres de pueblos ó de personages que solo conocian por referencias, á la vista de ellos!

Parécenos haber demostrado suficientemente que las dos opiniones del sensualismo y el idealismo puros en la belleza, son falsas: réstanos ver si con la reunion de ámbas se puede fundar el verdadero sistema en la materia de que nos ocupamos.

Hemos dicho ántes que la belleza real es incompleta, y que por mas perfectos que parezcan los seres que hallamos esparcidos en la naturaleza, siempre nos elevamos á una belleza mas superior. Platon la llama con razon la verdadera idea de lo bello, y despues se le ha dado el nombre de belleza ideal. Si reconocemos diferentes grados en la belleza, es porque los comparamos insensiblemente con la idea perfecta de lo bello que tenemos en nuestra mente. Pero aunque

comparemos todos los objetos que en su rica variedad nos presenta la naturaleza, jamas nos darán por resultado la belleza ideal: porque así como la reunion de muchos ciegos no formaria uno solo con vista; ni muchas partes de hierro aglomeradas darian por resultado el oro; así las bellezas incompletas reunidas no compondrian una belleza perfecta, puesto que toda consecuencia es siempre un resultado de sus premisas. ¿Mas cómo alcanzar ese grado de belleza de que anteriormente hemos hablado? ¿cómo nos trasladamos de la belleza real á la ideal? Entre todos los filósofos y humanistas que se han ocupado de esta teoría, ninguno, en nuestro concepto, la desenvuelve con mas claridad que Platon en la antigüedad y Mr. V. Cousin en los tiempos modernos exponiendo la doctrina de aquel grande hombre: por eso le seguiremos en toda ella. Segun este sábio filósofo, la operacion se verifica por medio de dos abstracciones, una mediata ó comparativa, porque su instrumento es la comparacion y nace de la observacion de muchos seres, y la otra inmediata. La primera compara los objetos, separa sus diferencias para tomar solo sus semejanzas, y forma una idea general, á qué Cousin llama idea general colectiva y mediata; colectiva porque

de todos los individuos comparados se toma alguna cosa, mediata porque su formacion exige muchas operaciones intermedias. (1) La abstraccion inmediata se egerce sobre un objeto complexo; y separando de él la parte individual, lo elevamos á su forma pura y perfecta. De manera que todo objeto nos dará por resultado una idea general, abstracta é inmediata, separando de la parte individual la general por medio de la abstraccion. Se llama idea general, porque no es individual; abstracta porque es forzoso para conseguirla abstraer, en un ser cualquie-

(1) Platon en su diálogo del banquete ó el amor dice por boca de Diotimo, uno de los interlocutores. «Cuando de las bellezas inferiores se elevan los jóvenes por un amor entendido á la belleza perfecta y se la comienza á entrever, se llega casi al objeto: porque el camino derecho del amor, que debe seguir el hombre por sí mismo ó guiado por algun otro, es el principiar por las bellezas terrenales, elevándose hasta la belleza suprema, para lo cual pasará por decirlo así, por todos los grados de la escala, de un solo cuerpo bello á dos, de estos á los demás, de las bellas ocupaciones á las bellas ciencias, hasta que de ciencia en ciencia vengamos al conocimiento por excelencia, que no es otra cosa que la ciencia de la belleza y que concluye por conocer lo que existe por sí mismo.

ra, del elemento individual el general: y finalmente, se llama inmediata, porque se obtiene sin recurrir á la comparacion de muchos indivíduos. Así, mientras que la belleza real puede ser vista, la ideal que resulta de ella, solo es concebida, porque la razon que la percibe, la transmite al corazon y á la fantasía. Por eso el artista que fija atentamente su pensamiento sobre lo que es inmudable en el sér, alcanzará la perfeccion en la belleza, mientras que el que solo tenga presente lo que es transitorio y perecedero nunca llegará á conseguir tan buen resultado: porque la belleza ideal es la belleza depurada de las imperfecciones que tienen los objetos en la naturaleza. Algunos egemplos pueden esclarecer aun mas esta doctrina. Ciceron en su tratado *de Oratore* dice «Neque ille artifex, Phidias, cum faceret Iovis formam aut Minervæ, contemplabatur aliquem à quô similitudinem duceret; sed ipsius in mente insidebat species pulchritudinis eximia quaedam, quam intuens eâque defixus, ad illius similitudinem artem et manum dirigebat.» «Ni el artista Fidias, cuando hacia una estátua de Júpiter ó de Minerva, tenia presente un modelo del cual procurase sacar la semejanza, sino que tenia grabado en su mente un tipo de belleza perfecta, en la cual estaba fi-

jo, y para cuya semejanza dirigia sus manos y su arte.

Rafael en la carta dirigida al conde Baltazar de Castiglione, aludiendo á su Galatea, que pintó en casa de Agustin Ghygi, dice tambien: «Essendo carestia è de' buoni giudici è di belle donne, io mi servo di certa idea que mi viene á la mente.» Habiendo escasez de jueces y de jóvenes bellas, me sirvo de cierta idea que tengo fija en mi alma.

Mengs en sus obras citadas dice «que un pintor que solo imite á la naturaleza, (téngase presente que él juzga que la imitacion es copiar,) hará una cabeza ó una mano á una bella figura; pero la hará con todas las imperfecciones que se hallan ordinariamente en la naturaleza, y no sabrá escoger lo mejor entre lo bueno para hacer una obra que se acerque á la perfeccion ideal; y en iguales circunstancias el pintor de superior grado tomaría solamente lo bello del natural, desechando lo imperfecto y defectuoso, y aun las partes bellas, cuando no se acordasen bien unas con otras.» Mas adelante añade. «Lo ideal de la composicion consiste en imaginar una accion que no se haya visto; en dar expresiones que no se puedan copiar de la naturaleza; y en usar accidentes é ideas poéticas. En fin, lo ideal en-

tra hasta en el carácter que se da á las figuras que se presentan, en el gesto de las caras, postura y movimiento de las manos y pies, y aun de todo el cuerpo, segun el temperamento que se les quiere dar, para que haga mas efecto y den mas variedad al cuadro.» «Rafael mudó y mejoró la naturaleza en cuanto á la expresion; pero la dejó como la halló en cuanto á la belleza.» (1)

(1) La idea de este bello ideal es como una substancia extraida de la materia por la accion del fuego, á la manera que un espíritu trata de formar un ser á imágen de la primera criatura racional hecha por la suprema inteligencia de la divinidad. *Winkelmann.*

CAPÍTULO CUARTO.

RESÚMEN.

El estudio de lo bello debe hacerse de dos maneras: en los obgetos y en el alma humana.—Debe comenzarse por los obgetos.—Exposicion de esta doctrina.—Lo bello no es todo lo que produce una sensacion agradable, ni tampoco las cosas mas agradables son las mas bellas.—La belleza despierta, sin embargo, en nosotros un sentimiento agradable de la misma naturaleza que el placer producido por el descubrimiento de la verdad.—Graves males que resultarian de admitir la sensacion de lo agradable como fundamento de la belleza. Otro argumento en contra de esta doctrina errónea.—En qué consiste la belleza por las ideas y sentimientos que despierta en nuestra alma.—Diferentes opiniones sobre este punto.—Ninguna es verdadera.—La verdadera belleza consiste en la variedad y en la unidad juntas de una manera armónica.

El estudio de lo bello puede hacerse de dos maneras: en los obgetos y en el alma humana; esto es, en las ideas ó sentimientos que excita en el hombre la belleza. Comenzaremos por el

segundo, porque es mas conforme con la claridad y el método.

Nosotros experimentamos dos fenómenos diversos, aunque mezclados el uno con el otro en presencia de un objeto bello; una idea y un sentimiento: este envuelve á aquella, pero no la constituye: al contrario, ella mas bien despierta en nosotros el sentimiento, y es hija ó resultado de los juicios que formamos de todas las cosas. (1) Ahora bien, á la vista de algunas, decimos sin detenernos en meditar; esto es bello y á veces expresamos lo mismo por un grito de admiracion. Este juicio no solo le producen en nosotros los objetos pertenecientes al mundo físico, sino otra multitud de ellos que no son de ninguna manera accesibles á los sentidos corporales: porque el dominio de la belleza no solo abraza todos los seres que tienen existencia real, sino los que pertenecen al mundo intelectual y moral y al del idealismo. Así es que nos causan placer la vista de un her-

(1) Mr. V. Cousin. Tomo primero pág. 129, y en el tomo 2.º lec. 13 y 14. Laromiguière dice que toda idea es el producto de cierto número de juicios; y cuanto mas numerosos fueren, mas luminosa y completa será la idea. Despues desenvuelve con mucha claridad esta doctrina. *Leçon V.e tom. II.*

moso paisage, una accion heróica ó caritativa, la comprension de un pensamiento admirable por su sencillez y fecundidad, como el sistema planetario de Copérnico, y las creaciones maravillosas del espíritu.

Algunos han opinado que el placer que experimentamos, es resultado de la sensacion agradable que produce en nosotros la presencia de los obgetos bellos y no del juicio de que hablamos anteriormente; mas para que fuese cierta esta doctrina, sería forzoso convenir en que lo bello y lo agradable eran una misma cosa, á lo cual contradicen la observacion y la experiencia. Todas las cosas agradables no nos parecen bellas, ni tampoco las cosas mas agradables son las mas bellas: lo probaremos.

De los cinco sentidos corporales, solo dos, la vista y el oido, tienen la cualidad de despertar en nosotros la idea de la belleza, por lo mismo que tambien son casi los únicos que nos dan sensaciones instructivas. Porque si bien los filósofos colocan al tacto entre el número de los sentidos que proporcionan al alma esa clase de sensaciones ¿podrá compararse con los dos mencionados? juzgamos que no: mejor debia colocarse al lado del paladar y del olfato, con los cuales tiene mas semejanza por ser poco

instructivo y tan eminentemente afectivo como ellos. Jamas se ha llamado bello al sabor por exquisito que sea: tampoco al olor, ni á la grata impresion del calórico en el invierno; y por último tampoco es la belleza la que produce ciertos placeres vivísimos en los sentidos. La misma experiencia demuestra que nuestra sensibilidad se exalta mucho mas fuertemente con los placeres del olfato y del paladar que con las hermosas obras de la naturaleza y de las artes: y si sentimos el placer de la belleza á la vista de un jardin donde nos afectan los olores mas delicados, no es porque ellos le produzcan, sino por la variedad, la armonía y la unidad que notamos entre los diferentes árboles y plantas que lo componen.

Hemos probado que lo agradable no es el termómetro de lo bello, y que tampoco es la belleza misma, puesto que algunas veces existe el placer donde no hay la mas leve señal de ella. Pero debemos advertir que la idea de la belleza viene siempre acompañada de un sentimiento agradable de la misma naturaleza que el placer producido por el descubrimiento de la verdad. Este sentimiento, que es intelectual y moral, es el resultado de la idea de la belleza, pero no la misma idea, y mucho ménos

la sensacion que hemos combatido y que es anterior al juicio de ella. La admiracion que experimentamos con la lectura de las palabras, «fiat lux et facta est lux,» (1) con la de la muerte de Caton y con la de Codro rey de Atenas, por salvar á su patria; ¿será un resultado de la sensacion? ¿qué lugar puede tener en esta operacion racional? Cualquiera conocerá fácilmente que no es otra cosa que el sentimiento exaltado, producido por el juicio de la belleza. (2)

La sensacion, sin embargo, es necesaria, porque es la causa y la condicion esencial de los conocimientos pertenecientes al mundo físico, si bien la razon tomando la forma de juicio, es el principio de todos ellos. Sin los materiales con que auxilia la sensacion al juicio, jamas podria elevarse este á la idea de la belleza; pero supuesta aquella, la ra-

(1) Genes. cap. 1.º

(2) «Yo llamo bello, en una obra hija del espíritu, no á lo que agrada de pronto á nuestra imaginacion en ciertas disposiciones particulares de la facultad del alma ó de los órganos del cuerpo, sino á aquello que agrada á la razon y á la reflexion por su misma exelencia, por su claridad y órden.» *Obras filosóficas del P. Andres. Edi. Charpentier, pág. 45.*

zon es la que los aprecia, y solo ella es la competente en la materia. Mas aun: si la sensacion de lo agradable sirviese de fundamento para la belleza, no habiendo mediado aun juicio alguno, mal podríamos decir por qué razon tales cosas que nos agradan son bellas; y si nos dicen además, que á otros les causan disgusto, no nos admiramos, porque sabemos que la sensibilidad es el resultado de la constitucion orgánica y de la educacion de cada individuo, y por consiguiente casi tan variable como su número. Pero no sucede lo mismo cuando el placer es el efecto del juicio de lo bello, porque entónces no apelamos á nuestra sensibilidad solamente, sino á nuestra razon que es la que puede conocer y apreciar la belleza, así como lo bueno y lo verdadero. Si nos dice alguno que siente placer en presencia de un obgeto deforme, no lo extrañamos, porque es fenómeno que se repite con harta frecuencia, á causa de nuestra propia organizacion, segun dejamos indicado; pero si se nos niega que el sol alumbra, que un triángulo que tiene un ángulo recto es un rectángulo, nos reiremos de su delirio. Reducir, pues, la idea de lo bello á la sensacion de lo agradable, es confundir la razon con la sensibilidad, es destruir las leyes del buen gusto y los verdaderos

principios de las artes. Entónces seria lícito tambien confundir lo perfecto con lo defectuoso, lo bajo con lo sublime; Homero podria ser un mal poeta, el Apolo de Belveder una estátua de mal gusto, y Gracian y Gerardo Lobo de un estilo mas correcto que Herrera y Francisco de Rioja.

Réstanos aun otro argumento en contra de la sensacion de lo agradable. ¿No hemos dicho ántes que la belleza en el mundo real tiene siempre algunas imperfecciones de que solo pueden depurarla la fantasía auxiliada por la razon, y que por bello que nos parezca un objeto real, nos elevamos á la concepcion de otro mas perfecto? Por este solo medio conocemos á Dios como el modelo de toda belleza ideal; él es el único que satisface de todo punto nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, porque ofrece á la razon la idea mas elevada de lo bello, sin que conciba nada mas allá: él entusiasma nuestra imaginacion con sus perfecciones, y finalmente interesa nuestro corazon con su bondad, y su misericordia infinitas. (1) Así pues, por notable

(1) Es perfectamente bello: ¿mas no es sublime bajo otro aspecto? Si se extiende nuestro pensamiento por el horizonte, se confunde en el abismo de su grandeza. Si

que sea una belleza real, por admirables que nos parezcan las creaciones de la imaginacion, todavia concebimos algo mas superior y vamos así ascendiendo hasta llegar á lo infinito; esto es, á Dios que es el término y el tipo acabado de la belleza. Por eso comprendemos que podia ser mas perfecta la Iliada, y eso mismo decimos del S. Antonio de Murillo. ¿Y podriamos conocer esto sólo

---

el alma se recrea con el espectáculo de su bondad, no se aterra con la idea de su justicia, que la tiene tambien presente? Dios es á la vez dulce y terrible. Al propio tiempo que es la vida, la luz, el movimiento, la variedad, la gracia inefable de la naturaleza visible y finita, es eterno, invisible, infinito, inmenso, la unidad absoluta y ser de los seres. Y estos terribles atributos, tan ciertos como los primeros, no producen en el mas alto grado en la imaginacion y en el alma, la emocion melancólica que excitan los obgetos sublimes? Si; el ser infinito es para nosotros el tipo de dos grandes formas de la belleza, porque es á la vez para nosotros un enigma impenetrable y la palabra mas clara que podemos hallar en todos los enigmas. *V Cousin. Cours de l' histoire de la philosophie moderne, tome 2.° pag. 167 et 168.*

Platon en el mismo diálogo del Banquete ó el amor, habia expresado la misma doctrina, por Diotimo que dirige á Sócrates las palabras siguientes. «Préstame ahora, Sócrates, toda la atencion de que eres capaz. Aquel que en los misterios del amor se eleve hasta el lugar en que nosotros estamos, despues de haber recorrido con órden

con el auxilio de la sensacion que es tan variable como los seres que la excitan y que sólo puede alcanzar á lo que hace impresion en nuestros sentidos? Hemos visto que seria imposible.

Demostrado ya en que consista la belleza por las ideas y sentimientos que despierta en nuestra alma, réstanos examinar ahora que sea

---

todos los grados de lo bello, cuando llegue al término de la iniciacion, conocerá fácilmente una belleza maravillosa, aquella, oh Sócrates, que era el obgeto de sus trabajos anteriores: belleza eterna, increada y no perecedera; exenta de aumento ó de disminucion; belleza que no es bella en una parte y fea ó defectuosa en tal otra, bella solo en un tiempo dado y no en otro cualquiera: bella bajo un aspecto y fea bajo otro: bella para unos y fea para otros; belleza que no tiene nada de sensible como el semblante, ni manos, ni nada corpóreo: que no es un discurso ó una ciencia: que no reside en un ser diferente de ella mismá, en un animal, por egemplo, en la tierra ó en el cielo ó en otra cosa cualquiera; sino que existe eterna y absolutamente por ella y en ella misma; de la cual participan las demas bellezas, sin que su nacimiento ó su destruccion le cause el menor aumento ó disminucion ó la modifique de alguna manera.» Mas adelante: «si hay algo que dé valor á la vida humana, es la contemplacion de la belleza absoluta.» Pág. 503. Tambien se ocupa Platon de esta misma doctrina en el dialogo titulado el primer Hippias ó de lo bello.

la belleza en las cosas: mas para ello es forzoso fijar sus caracteres. Platon en su primer Hippias desenvuelve esta doctrina con una profundidad increible y V. Cousin la expone con brillantez y acierto.

Los obgetos son complicados, y es por lo mismo muy dificil descubrir la razon por la cual conozcamos su verdadera belleza, así como no es muy fácil separar con acierto la justicia en las acciones humanas. No comenzaremos á hablar de esta materia como lo hace el sofista Hippias, por los bellos discursos, por las bellas ocupaciones y por los obgetos fisicos, como el oro, el marfil y las piedras preciosas; dejaremos tambien á un lado la riqueza y nos detendremos en la definicion que hace consistir la belleza en la conveniencia, (1) ó sea en la perfecta relacion de los medios con el fin. (2) Nosotros juzgamos que no es bastante esa cualidad para

(1) El primer Hippias ya citado.

(2) Wolfio y los Leibnitzianos dicen que hay cosas que nos gustan y que son bellas, y cosas que nos disgustan y que son feas. Esta opinion confunde la causa con el efecto.

constituir la belleza de un objeto, aunque la creemos una condicion necesaria para la existencia de ella. Cuando un ser está compuesto de partes que se corresponden perfectamente las unas á las otras, le embellecerá sin duda esta conveniencia; pero no será verdaderamente bello, si cada una de las partes que lo componen no es bella por sí misma. Por eso aunque los diferentes miembros que forman el cuerpo humano, estén colocados con proporcion, no será bastante para que el todo sea perfecto, si ellos no están dotados tambien de belleza. De otro modo, todos los hombres que no tienen ninguna imperfeccion natural ó adquirida, serian bellos, y los ancianos lo serian tanto como los jóvenes.

No es necesario mucho esfuerzo para probar que la belleza no tiene por carácter esencial la utilidad. Vemos que no siempre es bello lo que es útil, que hay por el contrario muchos seres que no pueden servir al hombre de utilidad alguna, y sin embargo excitan en él un placer unas veces tranquilo y otras mezclado de admiracion y enagenamiento. Si llamamos bellas á algunas frutas, no es precisamente por el placer que proporciona al paladar su sabor, sino por sus formas y sus colores. La prueba mas

evidente es que hay algunas de un gusto exquisito y jamás se les ha dado el nombre de bellas. No negamos, sin embargo, la utilidad, no física, sino intelectual y moral, de que habla Horacio en los dos versos que insertaremos mas abajo; pero no la admitimos como principio, sino como consecuencia de la verdadera belleza.

«Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando pariter que monendo.»

Solo complace á todos el que uniendo
El provecho al deleite á un tiempo mismo,
Instruye y embelesa á los lectores.

Trad. de Martinez de la Rosa.

Kant separa tambien lo bello de lo útil y prueba claramente que las bellas artes no se proponen como principio fundamental el dar lecciones. Mas todo lo que es bello, debe escitar en nosotros sentimientos generosos; y estos sentimientos despiertan la idea de la virtud.

Otros hacen consistir la belleza en la regularidad sentida en las relaciones de las cosas, ó lo que es lo mismo, en el órden considerado bajo el aspecto sensible; pero el órden solo puede juzgarse como una cualidad necesaria para la belleza. Sin la regularidad no la hallaremos en ningun obgeto, como ya hemos dicho hablan-

do de la conveniencia; pero ella sola no la constituye. Nada mas regular que una figura geométrica, y sin embargo, no puede decirse que es bella. ¿Qué es lo que constituye la belleza en una oda? Ese aparente desórden producido por el entusiasmo y los vuelos atrevidos de una imaginacion ardiente. ¿Es la regularidad por ventura la que nos sorprende á la vista del Occéano, en las palabras del viejo Horacio, en las de Augusto á Cinna y en estas del Santo Rey David? «Hé visto al impio elevarse tan alto como los Cedros del Líbano; no he hecho mas que pasar y ya no existia; le he buscado y no hallé ni aun el lugar en que estaba.» Seria un absurdo el pretender que todas estas cosas se admiran solo por la regularidad en sus relaciones.

La verdadera teoría de la belleza consiste, pues, en admitir la variedad y la unidad juntas de una manera armónica, porque ni la una ni la otra separadas podrian constituirla; pero las dos reunidas forman los caracteres generales de ella.

CAPÍTULO QUINTO.

RESÚMEN.

Hay tres clases de belleza: física, intelectual y moral.—En todas ellas existen unos mismos caracteres esenciales, esto es, la variedad y la unidad.—Tambien rije el mismo principio en el sublime.—Las tres clases de belleza mencionadas tienen un vínculo comun: este vínculo es la belleza moral.

Conocemos tres clases de belleza. La perteneciente á los objetos sensibles, como son las figuras, los movimientos y los sonidos, á la cual llamamos *física*; la que corresponde á la region de las ideas y de la verdad, á las leyes que dirigen los espíritus y que producen los principios de las ciencias, á la cual decimos *intelectual*; y por último, la que tiene relacion con el mun-

do moral y sus leyes, con la idea de la libertad, de la virtud y de la justicia, que se llama *belleza moral.* (1) A estas tres mismas clases se reduce el sublime en los objetos, y solo se distingue de la belleza en que sus formas son

(1) El P. Andres, en sus obras filosóficas anotadas por Mr. V. Cousin, tiene un ensayo sobre lo bello, que divide en varias especies, y las define con una precision y una claridad admirables; pero cometió la falta de no definir la belleza en general, aunque le asigna el mismo carácter que nosotros, fundado en la autoridad de S. Agustin. Omnis porrò, pulchritudinis forma unitas est.

Luego distribuye su doctrina en cuatro partes. Trata en la primera de la belleza visible, en la segunda de la belleza en las costumbres, en la tercera de la belleza hija del espíritu y en la cuarta de la belleza musical, y todas las explica con profundo acierto. En la belleza producida por el génio, encuentra lo bello esencial, absoluto, independiente de toda institucion; lo bello natural dependiente del Criador, pero aun independiente de nuestro gusto y opiniones, y lo bello artificial ó arbitrario, aunque sujeto á leyes eternas. A lo bello esencial le asigna por caracteres la regularidad, el órden, la proporcion y la simetría considerados generalmente; á lo bello natural los mismos caracteres observados en los objetos de la naturaleza; finalmente, á lo bello artificial los mismos caractéres observados en las producciones mecánicas. Es forzoso estudiarlo, si ha de formarse un juicio exacto de su doctrina.

ménos determinadas, mas difíciles de comprender y despierta en nosotros la idea de lo infinito.

Hemos dicho que la variedad y la unidad son los caractéres esenciales de la belleza, y vamos á probarlo, destruyendo al propio tiempo las opiniones de los que están en contradiccion con esta doctrina. Blair, que es uno de ellos, dice así. «Sin embargo, hombres ingeniosos han fabricado diferentes sistemas para fundar la cualidad fundamental de la belleza en todos los obgetos; y particularmente han insistido en señalar por cualidad fundamental la unidad mezclada con la variedad. Convengo en que esto podrá dar razon de la belleza de muchas figuras, pero cuando tratemos de aplicar este principio á otras especies de obgetos bellos, al color, por egemplo, ó al movimiento, veremos luego que no tiene lugar. Y aun ciñéndonos á los obgetos exteriores figurados, veremos que su belleza no está siempre en proporcion de la variedad con la unidad; pues encontramos muchos obgetos sumamente bellos, que apenas tienen variedad alguna, y otros que son de una variedad harto intrincada.» Mas adelante. «El color presenta quizá el egemplo mas sencillo de la belleza y el mas oportuno por lo mis-

mo para dar principio por él. Aquí no puede señalarse, como fundamento de la belleza, ni la variedad, ni la unidad, ni ningun otro principio que yo sepa: no podemos referirla á otra causa que á la estructura del ojo, que nos determina á recibir ciertas modificaciones de los rayos de luz con mas placer que otras.» Despues habla de algunas figuras geométricas que considera bellas por su regularidad y su utilidad, y por la misma razon los gabinetes, puertas y ventanas hechos en forma regular; pero supone que la mayor variedad constituye la belleza de las plantas, las flores y las hojas.

Nosotros creemos que la doctrina de Blair y de los que como él opinan, además de introducir la anarquía en el principio de la belleza, es contraria á las cualidades constantes que advertimos en todos los séres bellos, ya pertenezcan al mundo físico, ya al moral, ó ya al de la inteligencia.

Si comenzamos por la belleza visible que es donde el Supremo Hacedor de todo lo creado ha esparcido con mayor riqueza la variedad en todos los séres, veremos, con el Sr. Lista que explica perfectamente esta doctrina, que la armonía y la proporcion en sus miembros se hallan en el hombre como en los demás anima-

les, y si no la comprendemos fácilmente en los feroces, dañinos é inmundos, ó en los que excitan en nosotros ideas asquerosas, es porque el terror, el miedo ó el asco son sentimientos tan enérgicos que perturban nuestra razon y la impiden juzgar con acierto de sus proporciones. (1) La misma armonía se nota en el reino vegetal, y respecto á los colores, ciertas mezclas nos agradan mas que otras, lo cual solo puede explicarse por la combinacion acertada de ellos. Pero la mayor dificultad está en un solo color, como dice Blair: con todo, si este humanista hubiera conocido que cada uno de los puntos inmediatos ha de ser diferente, porque presenta el rayo de luz que en él se refleja, una superficie diversa, no habria dicho que no podia señalarse como fundamento de la belleza en un solo color la variedad, ni la unidad. Respecto á la última opinion de Blair acerca de la belleza de las figuras geométricas y de los edificios por razon de su utilidad, ya ántes habíamos demostrado que la emocion de lo bello es extraña á lo útil: los artistas al producir la belleza, no

(1) Lista. Ensayos literarios y críticos. Véase en ellos esta materia.

tienen sin duda presente para crearla la idea de la utilidad, sino la de la unidad y la armonía; y el arquitecto que levantase edificios mas cómodos, no seria el mejor ni el de mas génio, ni aun mereceria el nombre de arquitecto, sino el que á la invencion rica y variada del todo, acertase á darle la proporcion y órden convenientes. Verdad es que Ciceron dice, que aquellas cosas que contienen en sí gran utilidad, tienen tambien mayor dignidad y casi siempre mayor belleza.—«Ut ea quæ maximam utilitatem in se continerent, eadem haberent plurimùm vel dignitatis, vel sæpe etiam venustatis.» Esta doctrina la repite en otra parte pretendiendo corroborarla con el egemplo de un capitolio situado en el cielo. (1) Sin embargo, en materias de razon, solo ella debe convencernos, y no la autoridad por mas que sea tan respetable para nosotros la de Ciceron, que cita Marmontel en su apoyo. El objeto único de las artes ha sido el producir la idea y el sentimiento de lo bello, ¿y lo habrian conseguido teniendo presente como carácter necesario de la belleza el principio de utilidad? No existirian los grandes

(1) Cice. de Orato.

modelos que conocemos, ni la admiracion y el placer que experimentamos en presencia de las maravillosas obras del arte, serian puros y desinteresados. Hemos dicho mal: no habria placer; porque excitaria en nosotros el deseo que es la necesidad, y esta siempre causa inquietud y disgusto. Entronicemos este principio absurdo y desaparece de todo punto la belleza, porque la poesía y las artes nada serán para nosotros.

¿Y quién negará la unidad en la música y en las demás artes? ¿No será preciso que los sonidos pausados ó rápidos, fuertes ó dulces, esten sometidos á una ley inalterable? ¿Será permitido, cuando suenan muchos instrumentos á la vez, que cada uno dirijido por una fantasía sin concierto siga un giro diferente, sin tener en cuenta la regularidad que es la que produce los grandes efectos en las armonías? ¿Será permitido este mismo desórden en la pintura, en la escultura, en la arquitectura y en la poesía? Cítesenos un egemplo de una sola composicion poética, de una estátua, de un cuadro, de un edificio perfectos en que falte la unidad, y entónces conoceremos la razon de los que han negado arbitrariamente este principio.

¿Qué cosa puede tambien elevar las verdades complicadas á la cualidad de bellas, sino la re-

gularidad y el órden que las reducen á un solo principio? ¿Podria el hombre raciocinar sin someter las cosas que conoce á un método que le vaya conduciendo de unas en otras y todas emanen de un solo principio? ¿Cuales serian sus conocimientos sin la induccion y la deduccion? Pues ámbas tienen por objeto el darles unidad, sin la cual es imposible conocer las verdades.

El mismo carácter, aunque de una manera mas alta, domina en la belleza moral. Dios ha grabado en el hombre, por medio de la recta razon, leyes eternas, á las cuales deben sujetarse sus acciones en esta vida. Pues bien: mientras esas acciones estén mas conformes con las leyes, mientras la caridad y la justicia estén llevadas á mayor grado de perfeccion; mas enlazadas y mas en armonía estarán con el órden moral, que no es otra cosa que el principio de unidad en esta materia. Hasta el sentimiento religioso, que es resultado de los demas, se forma por la contemplacion del órden moral y físico.

Despues de haber probado que la variedad y la unidad forman el principio que constituye la belleza, escusado seria demostrar esto mismo en las creaciones hijas del entusiasmo y la inspiracion. Ni la civilizacion antigua ni la moder-

na nos presenta un solo monumento literario ó artístico notable que no esté sometido á la misma ley: la razon nos enseña ademas que un mismo efecto debia ser hijo de una misma causa, así como las consecuencias iguales son siempre resultado de unos mismos principios.

La teoría de los humanistas contrarios al principio de unidad, podria tener algun fundamento siquiera en la apariencia, si se hubiesen limitado á negarla en el sublime, por ser ménos accesible á nuestros sentidos y á nuestra razon que la belleza propiamente dicha, y porque la unidad en estos obgetos es mas difícil de comprender. Pero aun en la sublimidad es sostenible el órden. (1)

(1) «Los obgetos bellos en moral son los que se forman con las leyes establecidas por el Criador en este órden; y en esta conformidad consiste la unidad que los hace bellos. Si llegan á ser sublimes, no por eso falta esta unidad. Nuestra alma, elevándose, al contemplar las acciones heróicas, conoce mejor la ley moral á que están sometidas y se halla capaz de imitar el sublime sacrificio de los Decios, ó la confianza, no ménos sublime, de Alejandro en su médico y amigo. La sublimidad física tiene tambien su unidad en la correspondencia de los efectos con los poderes que los han producido. La idea de la nada es sublime, porque nos muestra el poder soberano

Observemos que el sublime ya pertenezca al mundo físico, ya al moral, ya al de la inteligencia, despierta en nosotros el sentimiento de

---

que sacó de ella todas las cosas. El silencio y la oscuridad no serian objetos capaces de sublimidad para el sordo y el ciego de nacimiento: ¿por qué? Porque el hombre privado de aquellos dos sentidos, no podria formar el contraste entre la animacion y hermosura visible del mundo con la imágen de la nada que representan los parages oscuros y silenciosos.

«Pero ¿y el desórden? »Un monton inmenso de peñascos hacinados por un terremoto, es ciertamente un objeto sublime: ¿donde está su belleza? En las ideas del órden físico que asocia inmediatamente nuestra fantasía á aquel caos, á aquel monton de partes incoherentes.

Para convencerse de esto, basta observar que si encontramos en una habitacion todos los muebles acumulados sin órden ni concierto, este espectáculo no nos parecerá sublime, porque basta el poder y la travesura de un niño para producirlo; ni bello porque no nos recordará ideas de órden. No sucede así en los estragos de la naturaleza: el poder que los produce es demasiado grande para que no procuremos ligarlos con las ideas del órden físico á que está sometido el universo; y aun casi siempre hallamos en estas ideas la explicacion de aquel aparente desórden, como por egemplo, cuando nos convencemos de que las tempestades purifican la atmósfera». *Ensayos literarios de Lista tom.* 1.º *pág.* 13 *y* 14.

lo infinito, que no ha podido verificarse en nuestra alma sin habernos elevado á la contemplacion de un poder omnipotente, con el cual están ligados todos los fenómenos de la naturaleza como emanaciones suyas. Así pues, cuanto mas estraordinario y sorprendente sea el fenómeno, cuanto mas abisme nuestra imaginacion y confunda nuestra inteligencia, mas espontáneamente lo ligamos á la idea de Dios y á las leyes eternas con que rige el universo.

Aun las tres clases de belleza que hemos enumerado, tienen un vínculo comun que las reduce á un solo principio, porque de otra manera no podria señalárseles unas mismas reglas y habria entre ellas un completo desacuerdo. Ademas, la imaginacion, rodeada de las diferentes bellezas que observa en el universo, de las cuales toma lo que juzga conveniente para formar un todo perfecto ¿cómo les daria unidad si no la hubiera visto en alguna parte, si no hubiese descubierto esa armonía real que existe entre todas las bellezas que el mundo nos ofrece en su variedad inmensa? Pues bien: esa armonía, ese vínculo que liga no solo las diferentes clases de belleza, sino las del sublime, es la belleza moral, que es el principio de las demas, la que dá vida y embellece las otras;

por lo mismo que es la principal y la que mas inmediatamente asocia en nosotros la idea de Dios, que es la belleza suprema. (1)

La misma naturaleza inorgánica, si tiene para nosotros algun valor, si hallamos en ella algo que excite un sentimiento placentero ó de admiracion, lo debemos á las ideas que despiertan en nosotros todos los objetos por miserables y pequeños que sean. Pero si examinamos la naturaleza mas animada, si observamos la variedad infinita y la belleza de las flores y las plantas, el curso de los rios, el agitado hervir del Occéano, la aparicion del sol, el giro admirable de los astros, la augusta magestad de la noche y el cielo tachonado de estrellas, veremos que tienen una expresion moral, porque nos revelan tal vez nuestro destino en la otra vida, una inteligencia infinita, y el poder supremo del que los ha creado.

Si de aquí seguimos al reino animal, notaremos ese mismo enlace con la belleza moral aun mas claramente. El caballo es hermoso no solo por sus bellas proporciones, sino por su

(1) Véase á Mr. Cousin. *Cours de l' histoire de la philosophie tome* 2. Edit. Didier.

generosidad, por su valor y por su ligereza; y el leon es el mas bello de los animales, porque su presencia despierta en nosotros su fuerza extraordinaria, su ferocidad y su poder sobre todos ellos.

La expresion, pues, es el principal rasgo de la belleza: esto se vé todavía mejor en la raza humana, donde la expresion diferente en los sexos revela tambien la diferencia en la belleza. En el hombre expresa esta la dignidad, el valor, la prudencia y otros atributos morales del mismo género, mientras que en la muger solo nos revela la debilidad, la dulzura, la gracia y el encanto.(1) Siempre vemos envuelta en toda clase de belleza la moral. La fisonomia de un hombre vulgar aunque sea perfecta, apénas excita en nosotros sentimiento alguno, pero la de un hombre extraordinario, por egemplo, la de un gran filósofo, un poeta, un guerrero ó un artista, excitan un placer mezclado de admiracion, que en vano procurariamos reprimir. ¿Por qué esta diferencia? Porque el uno apénas revela la idea de la belleza moral; pero los otros todas las cualidades mas notables de la inteligencia y la

(1) V. Cousin.

moral; la imaginacion, el talento, el heroismo, la constancia y la fuerza creadora, cuyos caracteres los asemejan á Dios, que es, como hemos dicho ántes, el tipo de todas las bellezas.

Consideremos la muerte de Caton. Si hubiera sido natural, si en este personage no hubiese mucho de grande y extraordinario, la narracion de ella nos sería indiferente, y aun suponiendo que hubiésemos visto su cadáver, nos causaria el mismo horror que el de cualquier otro hombre. (1) Mas como no podemos separar de nuestra imaginacion la dura severidad de su carácter, su amor ardiente por la libertad de la patria, sus trabajos en el Africa, su constancia y valor para sufrirlos, y por último, su serenidad al darse la muerte, el sentimiento que experimentamos con su recuerdo pertenece al que excita la sublimidad en los demas objetos.

¿Regirá este mismo principio en la belleza, hija de la poesía y de las artes? Ya hemos dicho que sí; pero lo demostrarán con mas claridad los egemplos.

Mr. Cousin cita el Apolo de Belveder. (2)

(1) Véase á Cousin.

(2) «De todas las estátuas antiguas que han escapado al

Nosotros nos ocuparemos de la estátua del Cristo crucificado de Montañes que se halla colocada en la Sacristía de los Cálices de esta Iglesia Metropolitana. Es mayor que el natural, pero poco

---

furor de los bárbaros y á la mano destructora del tiempo, la estátua de Apolo es sin contradiccion la mas sublime. Se diria que el artista ha compuesto una figura puramente ideal, y que no ha empleado de materia mas que lo absolutamente necesario para ejecutar y representar su idea. Todo lo que sobrepuja la descripcion que há hecho Homero de Apolo, á las de los demás poetas sobre este asunto, es superior está estátua á las figuras de este mismo dios. Su estatura es mayor que la del hombre, y su actitud anuncia la grandeza divina que le dá vida. Una eterna primavera, igual á la que reina en los afortunados campos Eliseos, reviste de una agradable juventud su bello cuerpo y brilla con dulzura sobre la altiva estructura de sus miembros. Para conocer todo el mérito de esta obra maestra del arte, es forzoso penetrar en las bellezas intelectuales, y convertirse, si es posible, en creador de una naturaleza celestial; porque no hay nada en ella que sea mortal, nada que esté sujeto á las necesidades de la humanidad. Este cuerpo en el cual no interrumpe las formas vena alguna, y que no está agitado por ningun nervio, parece que lo anima un espíritu celestial, que circula como un dulce vapor en todos los contornos de su hermosa figura. El dios acaba de perseguir la serpiente Python, contra la cual há tendído por primera vez su arco terrible; y alcanzándola en su rápido curso, le h

mas que el tamaño ordinario de un hombre, y tiene la proporcion grandiosa que dieron á sus figuras los artistas eminentes. Suspendidas las manos por los clavos que las horadan, cae el

---

dado muerte. Lleno de la conviccion de su poder, y como abismado en una reconcentrada alegría, su augusta mirada penetra á lo lejos hasta lo infinito, y se extiende mucho mas allá de su victoria. El desden se asienta en sus labios; la indignacion que respira hincha su nariz y se manifiesta en sus cejas; pero una paz inalterable resalta en su frente y su mirada está llena de dulzura, como cuando las musas le acarician. Entre todas las figuras que nos quedan de Júpiter, no hay ninguna en la cual el padre de las diosas se acerque á la grandeza con la cual se manifestó en otro tiempo á la inteligencia de Homero; pero en los rasgos del Apolo de Belveder, se encuentran las bellezas individuales de todas las otras divinidades reunidas, como en la de Pandora. Su frente es la de Júpiter encerrando la diosa de la sabiduría, sus cejas anuncian con su movimiento su voluntad suprema; sus grandes ojos son los de la reina de las diosas, enarcados con dignidad, y su boca es la imágen de la de Branchus en que respiraba el placer. Semejante á los tiernos sarmientos de la vid, su hermosa cabellera flota al rededor de su cabeza, como si estuviese agitada ligeramente por el aliento del céfiro. Parece que está perfumada por la esencia de los Dioses. *Winkelmann del arte bajo los Emperadores tom. 2.° lib. 6.° capítulo 6.°, citado por Cousin.*

cuerpo naturalmente y con una verdad admirable, lo cual da una accion fuerte y expresiva á todos los músculos y á la posicion en que se encuentra. No es posible un conocimiento mas profundo del cuerpo humano, ni mayor inteligencia para expresarlo. La anatomía es tan perfecta y tan bien entendida, que manifiesta claramente la dilatacion de músculos y nérvios de un hombre que expira en la cruz, despues de una agonía lenta y dolorosa; pero sin exageracion, sin dureza ni sequedad en los contornos. Nada hay repugnante ni desagradable, y todo excita el sentimiento de la admiracion. La muerte no tiene como siempre un aspecto horrible, mucho mas cuando es larga y violenta, porque el artista ha conservado la belleza en el rostro del Señor sin disminuir en nada la expresion profunda de sus fuertes padecimientos. Dificultad increible que solo podia vencer un génio lleno de fé y de entusiasmo religioso. Mas la belleza que revela este crucifijo no es solo la de un hombre perfecto que muere con santa resignacion, sino la del escogido entre los escogidos. Su cabeza es hermosísima, la expresion de sus ojos casi cerrados es melancólica y dulce al propio tiempo, su boca entreabierta anuncia el último esfuerzo de la naturaleza al se-

pararse el alma del cuerpo, y su tez cárdena como el lirio, pero sin frescura como este cuando se agosta, manifiesta que la muerte ha reemplazado á la vida. En una palabra, es la fisonomía llena de resignacion y de ternura, de la divinidad que ha sucumbido por salvar al hombre, del que debia resucitar al tercero dia lleno de magestad y de gloria. Por eso al contemplarle atentamente se experimenta un sobrecogimiento lleno de terror religioso y de esperanza: por eso nos eleva con un enagenamiento profundo á considerar su sublime pasion, su amor al linage humano, su bondad infinita y los bienes inefables de la otra vida.

Lo mismo en esta estátua que en las demas de Montañes se observa grande analogía en el carácter y estilo con el gusto de Murillo. De manera que puede apellidársele el Murillo de los escultores. (1)

(1) D. Juan Martinez Montañes, fué natural y vecino de esta ciudad donde estudió la escultura. Murió en ella por los años de 1640. Fué eminente escultor como lo prueban el gran número de obras admirables que hay suyas en Sevilla. Entre ellas dos crucifijos que se conservan, uno en la Iglesia de la Universidad Literaria, y otro en la Parroquia de S. Miguel, que siguen en méri-

La belleza moral como hemos visto por la teoría que dejamos expuesta, es el vínculo que une entre sí á las demas, así como Dios es la Suprema belleza. Lo bello ideal es siempre indeterminado; porque concebimos bellezas mas perfectas que las que nos presentan la naturaleza y las artes. No hay creaciones por admirables y extraordinarias que parezcan á nuestra inteligencia, que no las veamos susceptibles de mejora y por consiguiente de mayor belleza:

---

to al que dejamos analizado. Otra de las mas notables es la Imágen de Jesus Nazareno, con el título de la Pasion: lleva la cruz á cuestas, con expresion tan dolorosa que arrastra los mas tibios corazones, y se asegura que el mismo autor cuando la sacaban en la Semana Santa salia para encontrarla por diferentes calles, admirándose de haber creado una efigie tan portentosa. Montañes compite con los mejores artistas antiguos y modernos, y al crucifijo de que hemos hablado, le hacen igual en mérito á las obras mas grandiosas de la antigüedad. Sin embargo debe tenerse en cuenta que los dioses del paganismo no pueden parecerse á la divinidad de los cristianos. ¡Lástima que un escultor de prendas tan sobresalientes sea tan poco conocido entre los estrangeros.!

La análisis del Cristo crucificado y las noticias de Montañes las debemos á nuestro amigo el excelente pintor D. Joaquin Dominguez Bécquer.

la prueba está en las críticas razonadas que de ellas se han hecho. En las mismas obras citadas sucede lo mismo. Lo bello ideal siempre va adelantando: su término está en el Ser Supremo.

CAPÍTULO SESTO.

RESÚMEN.

Definicion de la belleza y del sublime.—No podemos juzgar y sentir la belleza sin la imaginacion.—Definicion de la imaginacion.—Definicion del entusiasmo y de la inspiracion.—La imaginacion no es el sentimiento, pero este es sin duda alguna el orígen de sus inspiraciones.—El gusto es la mezcla del juicio, el sentimiento y la imaginacion: sin estas cualidades es imposible juzgar con acierto las obras del genio.—Hermosilla como crítico.—Boileau como poeta y como crítico.—Sus errores en los juicios del evangelio y del teatro español.—Diversas opiniones sobre la teoría del gusto.—Ciceron, Quintiliano, Batteux, Reynoso.—El genio: acepciones de esta palabra: no debe confundirse con el ingenio: cualidad del genio.

Hemos llegado al fin de nuestra doctrina: réstanos solo definir la belleza conforme á las cualidades esenciales que le hemos asignado. Lla-

mamos belleza á la propiedad que tienen ciertos objetos, en los cuales hay variedad y unidad, de excitar en nuestra imaginacion un placer tranquilo. Cuando este placer va acompañado con una mezcla de tristeza y de admiracion, porque los objetos que lo excitan, despiertan en nosotros al propio tiempo la idea de lo infinito á causa de su grandeza y de la dificultad que nos cuesta el comprenderlos; entónces le llamamos sublime. No es el mismo placer el que experimentamos á la vista de una agradable pradera que á la del mar, ni la presencia de un manso rio, cuyas orillas están llenas de árboles y de flores, produce el mismo sentimiento que ese rio al desembocar en el mar, perdiendo sus márgenes en el horizonte. ¿Nos afectamos lo mismo cuando vemos socorrer al indigente, que cuando vemos á un hombre que salva la vida á otro con grave riesgo de la suya? ¿Lo mismo con una oda de Horacio ó con las silvas de Rioja, que con la Divina Comedia ó el Paraiso perdido? ¿Lo mismo con la resolucion de un problema sencillo, que con el descubrimiento de las leyes de la gravedad por Newton? Siempre veremos que en la belleza propiamente dicha quedan la imaginacion y la razon completamente satisfechas; mas el sublime nos lleva á una region mas grande y elevada, que en

la que habitamos ordinariamente, y aunque enaltece nuestra inteligencia, la confunde. El sublime es siempre bello, porque reune las cualidades de la belleza, pero esta no llega á la sublimidad, porque jamas despierta en nosotros la idea de lo que no tiene límites.

Mas ¿como podremos juzgar y sentir la sublimidad y la belleza? Con la sensacion solamente ya hemos visto que no. Nuestro juicio y el sentimiento que de él resulta, nos llevarian cuando mas á conocer los objetos bellos, que tuviésemos presentes, ó á recordarlos en su ausencia, pero jamas los crearíamos. Forzoso es que exista una facultad intelectual auxiliada de la memoria y de la actividad, cuyo ejercicio consista en combinar de tal modo los recuerdos, que se forme un todo ideal, sin existencia efectiva en la naturaleza: á esta facultad llamamos imaginacion. Mas no sería bastante; es necesario el amor á lo bello y un gran fondo de sensibilidad para ser afectados fuertemente y que el entusiasmo acompañe á nuestros juicios y creaciones. Así es, que cuando la admiracion, que es un juicio animado por el sentimiento, llega al punto de arrebatar nuestra alma exaltada por aquel, y la transporta fuera de sí misma, fijándola en el objeto, entónces se produce en nosotros el entusias-

mo. (1) La inspiracion es hija de este: es la fuerza, la claridad con que vemos la combinacion ideal que ha concebido nuestra imaginacion extasiada por el mismo estusiasmo.

En esta teoría vemos que la imaginacion no es el sentimiento, pero que este es sin duda alguna orígen de sus inspiraciones. Con efecto, quitemos á la imaginacion su influjo, y ya sus concepciones serán frias y descoloridas; pero si la imaginacion recibe un auxilio tan poderoso del sentimiento, tambien esta la sostiene y alimenta: sin ella se extinguiria lentamente desde que nos separasemos de la presencia de los obgetos que lo producen.

Hemos visto de qué manera nos elevamos al juicio y al sentimiento de lo bello, así como en

(1) El Sr. Reynoso le define de la manera siguiente: Hay momentos felices para el genio, en los cuales, como si fuese inflamado por un fuego divino, comunica á sus obras aquel cálor y espíritu de vida que las anima, aquellos rasgos que nos embelesan y arrebatan.

Principios generales sobre las humanidades.

Ciceron la define: Mentis viribus excitari, divino spiritu afflari.

Ovidio de esta manera. Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

qué consiste la facultad que lo produce; réstanos hablar ahora de la que lo juzga. Seguirémos á Mr. V. Cousin en la exposicion de esta doctrina, el cual la trata mejor, en nuestra creencia, que ningun otro escritor. El filósofo francés juzga que el gusto es una mezcla feliz de las tres facultades que sirven á la percepcion y á la reproduccion de lo bello: esto es, el juicio, el sentimiento y la imaginacion. Con estas cualidades podremos comprender la regularidad, la armonía y unidad del objeto bello, elevarnos al grado de entusiasmo que tuvo el artista al concebirlo y representárnoslo, estando ausentes, con la misma fuerza y vivacidad, que si estuviésemos en su presencia. Aquel á quien falta imaginacion, desconocerá el mundo ideal: pero el mundo real parecerá defectuoso y sin vida para el que esté dotado de ella; porque las concepciones de la imaginacion, aunque ménos determinadas en sus formas que lo existente, conmueven con mayor fuerza nuestro corazon que la realidad de la naturaleza.

Hermosilla era un crítico sin imaginacion; por eso no podia elevarse hasta las creaciones de los poetas, que juzgó con tanta acritud como injusticia. Valbuena y Lope de Vega son para Quintana dos grandes poetas, aunque defectuosos, porque los comprende y los sabe apreciar; mien-

tras que para Hermosilla son detestables. Casi lo mismo juzga á Quevedo; y para Lista, sin embargo de que conoce sus faltas, es, con sobrada razon, un manantial riquísimo de gracias, de chistes y de agudeza. Pero Quintana y Lista son dos poetas eminentes, y Hermosilla era solo un mal versificador, aunque buen preceptista: y cuando el génio es juzgado por la fria razon de un gramático, que no puede comprender el sublime vuelo de sus creaciones y se limita á la exactitud de las formas, se le destroza, se le asesina cruelmente.

No por esto juzgamos que la imaginacion es la cualidad principal del gusto. Bien conocemos que sin representarnos vivamente los objetos, el juicio que sobre ellos recayese seria defectuoso; pero la imaginacion sin el auxilio de la razon, única antorcha que la ilumina y dirige con acierto en todas sus operaciones, no produciria mas que juicios desacertados y aun absurdos. Solo una imaginacion desencadenada ha podido crear algunos de los dramas horriblemente monstruosos de Dumas y Victor Hugo, así como solo han podido ser elogiados por fantasías abandonadas de la razon y del buen sentido. Mas cuando no existe ese divorcio entre estas dos facultades intelectuales, cuando la razon dirige á la imagi-

nacion y la sujeta á conocer la unidad en la composicion, y cuando ademas existe en nosotros el sentimiento y el amor de lo bello y la armonía en sus partes, entónces podremos juzgar y admirar como corresponde las producciones inmortales de Sakespeare y Calderon, Corneille y Racine, Schiller y Moreto. Quítese una de estas tres cualidades constitutivas del gusto, y el juicio será desacertado. Aun suponiendo que se unan el buen sentido y la imaginacion, si nos falta el sentimiento de lo bello, podremos demostrar que una cosa es imperfecta, mas no conseguiremos colocarnos jamas en la situacion del artista, no desentrañaremos profundamente las bellezas de su creacion, porque no llegando á su entusiasmo ni conmoverán nuestro corazon, ni exaltarán nuestra fantasía.

Boileau, ese poeta frances tan célebre, á cuya poderosa crítica fué concedido el privilegio, no solo de destruir ó levantar la reputacion literaria de algunos escritores, sino de naciones enteras, cuya fama como crítico ha sido la mas alta y extendida; tenia poca sensibilidad y entusiasmo. Léanse sus composiciones, medítense con detenimiento, y se verá que si bien bajo varios conceptos llegan á la perfeccion poética, apenas se halla en ellas alguna imágen y esa

descolorida y falta de vigor. (1) Pues bien: el alma de la poesía son los grandes cuadros que resultan de la invencion acertada en las imágenes que no pueden jamas ocurrir al escritor sin un sentimiento vivísimo de lo bello. Por esa razon se atrevió á decir que solo habia oropel en las bellísimas y delicadas concepciones de la Jerusalen del Tasso, aunque á pesar suyo haya sido y sea el rival mas poderoso de Homero y de Virgilio. Tambien dijo que el evangelio no es susceptible de poesía, porque no ofrece por todas partes mas que penitencia y tormentos merecidos. (2) En esta asercion aparece mas conocida aun su falta de sentimiento. Nosotros no le harémos la injuria de suponer que no hubiese leido la Biblia al hablar de esta manera. Pero el que leyendo á Moisés, á David, á Isaías y á Jeremías no se arrebata de entusiasmo religioso, es porque falta en su alma el sentimiento. ¿Y qué diremos de los tormentos

(1) Véase á Ranieri de Casalvigi, epístola á Alfieri sobre sus cuatro primeras tragedias, Filipo, Polinice, Antígona y Virginia, en la edicion de las tragedias de Alfieri.

(2) Boileau. Art. poetique, chant troisieme.

merecidos? La sola contemplacion de las penas del infierno nos abisma, nos llena de terror y exalta de la manera mas fuerte nuestra sensibilidad: y no sabemos como Boileau que aprobaría las descripciones del infierno de Homero y de Virgilio, cuando no las censuró, pudo encontrar vituperable la misma creencia, aunque hermoseada por el evangelio, si habia leido los tormentos del sublime infierno de Dante. Respecto á la crítica que hace por la introduccion de las deidades infernales aludiendo al Tasso, el Paraiso perdido de Milton puede responder por nosotros; pero si el crítico no le habia acaso leido, porque estaba recientemente publicado, bien bastaba para hacerle variar de opinion la *divina* comedia. Si: la Religion Cristiana encierra tesoros riquísimos de poesía; y si bien Boileau por la causa que ya hemos indicado, pudo desconocerlos, otro francés, Mr. de Chateaubriand en su Génio del Cristianismo y en sus Mártires, los ha hecho palpables hasta la evidencia. (1)

No olvidaremos, ya que por incidencia hablamos de Boileau, la injuria que hizo al teatro español en calificarle con el epiteto de *grosero*,

(1) Véase á Lista en sus ensayos literarios.

siendo entónces el mas culto de toda Europa; y no contento aun con esto, procuró zaherirle con lo del protagonista que en el primer acto aparece niño, y se muestra en el último con la bárba crecida. (1) Si con esto creyó decir una gracia, no tuvo siquiera el mérito de la invencion, porque ya lo habian dicho ántes en España con las mismas palabras Pinciano en su *filosofia antigua poética*, y despues Cervántes en el diálogo del canónigo y el cura, y en verso en una comedia suya titulada *Pedro de Urdemálas*. Pero Boileau no veia en su furor clásico mas que los estravíos de nuestro teatro y no sus innumerables bellezas; y el empeño desacertado de reducir toda composicion dramática á la estrechez rigorosa de las tres unidades y su falta de sentimiento poético, le condujeron hasta la ingratitud con los españoles. El teatro que habia inspirado á los genios de Corneille y de Moliere, como ellos mismos confiesan, presentándoles para que los imitasen y aun los tradujesen en parte, modelos admirables, y produ-

(1) En la comedia titulada *el conde de Saldaña* sucede esto; pero esta comedia y algunas otras de su especie no son la que forman el verdadero teatro español.

jo tantas buenas obras en Francia, bien merecia mas consideraciones del crítico de aquel pais; y sobre todo bien merecian Lope, Tirso, Calderon, Moreto y Rojas que no se les injuriase miserablemente con el título de copléros.

Véase, pues, como en la composicion del gusto deben entrar como necesarias las tres cualidades que le hemos asignado; ó sea el juicio, el sentimiento y la imaginacion: si falta una siquiera, nuestra crítica será defectuosa.

Concluiriamos aquí la teoría sobre el buen gusto, si no pensasemos ocuparnos de los diferentes sentidos en que algunos célebres humanistas han tomado esta palabra. Ciceron habla de esta materia en su tratado del orador de la manera siguiente.» Omnes enim tacitò quodam sensu, sine ulla artè, aut ratione, quæ sint in artibus de rationibus recta et prava dijudicant: idque cùm faciunt in picturis et in signis, et in aliis operibus, ad quorum inteligentiam á natura minùs habent instrumenti; tum multo ostendunt magis in verborum, numerorum, vocumque judicio; quod ea sunt in comunibus infixa sensibus; neque earum rerum quemquam funditus voluit natura esse expertem.» Todos los hombres por cierto oculto sentimiento y sin artificio ó razon alguna, disciernen lo bueno y lo malo en las ar-

tes: y esto lo hacen ya en las pinturas, estátuas y otras obras para cuyo conocimiento suministra ménos auxilio la naturaleza, ya mas claramente en el juicio de las palabras números y voces. Porque estas cosas estan como embebidas en el sentido comun de cada uno y la naturaleza no quiso que ningun hombre dejase de gustar de ellas.

Segun el juicio de Ciceron, el gusto viene á quedar reducido á la sensacion que ya hemos rechazado como insuficiente para el conocimiento de la belleza ideal. Ademas la sensacion es un fenómeno pasivo de nuestra alma, y cuando el hábito se une á los sentimientos, esto es, cuando los repetimos con frecuencia, los empobrece y aniquila. Pues bien, si el gusto consistiese solo en la sensacion de lo bello no se perfeccionaria como sucede con el ejercicio, mas bien se debilitaria, porque la sensacion es un fenómeno pasivo. Mas cuando á los sentimientos se mezcla nuestra actividad, entónces lejos de destruirlos el hábito, los hace mas enérgicos y poderosos. ¿Y en qué consistirá esta actividad? No puede ser aquí otra cosa que la atencion fijándose muchas veces en los objetos y la razon juzgándolos y conociéndolos. Una y otra son fenómenos activos. El sentimiento, pues de lo bello va adquiriendo mayor

intensidad á medida que vamos conociendo la belleza: por eso mientras mejor conocemos á los grandes poetas y oradores van haciendo mayor efecto en nuestra alma. ¿No vemos extasiarse á un pintor á la vista de un hermoso cuadro sin poder participar nosotros de su admiracion? Por qué? Porque él ha conocido su belleza, nosotros solo hemos tenido sensacion de ella: nos falta todavia el juicio que él ha formado de las bellezas del cuadro; por eso no se ha excitado en nosotros ese entusiasmo.

Quintiliano (1) dá al gusto el nombre de *juicio*. «Locus de judicio, dice, meà quidem opinione adeò partibus hujus operis omnibus connexus, ac mixtus est, ut nec á sententiis quidèm, ac verbis saltem singulis possit separári.» «Con efecto, tan estrecha conexion tiene en mi entender con todas las partes de esta obra el lugar del juicio, que es inseparable de las sentencias, y aun de cada una de las palabras.» Para Quintiliano es el gusto una facultad compuesta de sensacion y razon; porque aunque en el testo que hemos citado, solo se hable del juicio, añade mas adelante que ha de ser

(1) Lib. 6.º cap. 3.º de las Instituciones Oratorias.

obra de los sentidos que no reciben enseñanza, el evitar cosas contrarias y comunes, y la afectacion y oscuridad en la elocucion. (1)

El Abate Batteux se acerca mucho á nuestra opinion en esta materia, y estamos completamente de acuerdo en la doctrina del placer de lo bello. Dice así.

«Aunque este sentimiento parezca ciego (el de la belleza,) es sin embargo precedido á lo ménos de un rayo de luz con cuyo auxilio descubrimos las cualidades del obgeto. Es preciso que la cuerda haya sido herida ántes de dar el sonido.» Aquí se vé claramente que este sentimiento no es la sensacion. Esta precede siempre al juicio porque es su causa; el sentimiento de lo bello es el resultado de la razon, puesto que es el placer que la acompaña cuando ha descubierto la verdad ó la belleza. Batteux, pues, habla sin duda alguna del sentimiento de lo bello y no de la sensacion. ¿Mas queda por eso explicada la teoría del buen gusto? no. Batteux,

(1) Mr. D' Alembert dice que es el talento de distinguir en las obras del arte lo que debe agradar á las almas sensibles, y lo que debe causarle disgusto. Su opinion es igual á la de Batteux que esponemos en el testo.

le asigna dos de las cualidades enunciadas por nosotros, pero le falta todavia la imaginacion.

Concluyamos. Los caracteres de la belleza son fijos é inalterables como la naturaleza, como Dios mismo de donde emanan: consisten en la unidad y en la variedad, enlazadas armónicamente y cuando no se reunen estas cualidades falta la belleza: solo al gusto es dado juzgarla con acierto y el gusto para conseguir este resultado es forzoso que se componga de juicio, sentimiento é imaginacion.

Hasta aquí hemos hablado de la facultad que juzga la belleza, réstanos hablar ahora de la que la crea; á la cual se llama génio. (1)

(1) A la cualidad que forma las obras de las bellas artes y produce un órden nuevo de sensaciones é ideas le llamamos génio.

La palabra génio tanto en la acepcion griega como en la latina, significaba un espíritu que presidia á la creacion de los séres; y de aquí se trasladó á significar la mente del hombre. Mas no debe confundirse con la significacion de la palabra ingénio. Por ingénio entendemos la facultad de comprender las cosas difíciles y de discurrir con sutileza y perspicacia. La razon domina en las operaciones del ingénio; en las del génio la imaginacion y el sentimiento. La palabra génio no se tomó

El génio es el gusto en accion, esto es la facultad de inventar. Horacio define perfectamente el génio poético al llamarle

. . . . . Mens divinior atque os
Magna sonaturum.

Para que esta cualidad produzca los resultados que el hombre se proponga en sus concepciones, es preciso que las propiedades componentes del gusto lleguen á su mayor perfeccion, y que el génio no se separe jamas del arte. Por que así como la razon debe seguir las reglas que le dicta la lógica, sin las cuales se expone á admitir el error, á confundir lo verdadero con lo falso, así el génio sin el auxilio del arte llegará á producir en sus miserables extravíos creaciones monstruosas. Pero si el génio sin el arte se descarriaría de la buena senda, tambien el arte sin el auxilio del génio es estéril.

---

ni en griego ni en latin en el sentido de inventar. Solo la palabra *mens* tenia entre los latinos la significacion que hoy se le dá á la de génio, y en esa acepcion la usa Horacio. Entre nosotros la primera vez que recordamos haber visto usada la palabra génio en el sentido que hoy tiene, es en las anotaciones de Fernando de Herrera á la égloga segunda de Garcilaso de la Vega. Tambien la hace diferente de la palabra ingénio.

CAPÍTULO SÈPTIMO.

RESÚMEN.

Las artes: su obgeto es producir la belleza por medio de la expresion. Las artes se dividen en dos grandes clases: en artes del oido y de la vista.—La historia, la elocuencia y la filosofia no deben colocarse entre el número de las bellas artes: razones de esta opinion.—La primera de todas las artes es la que sea mas notable en la expresion; por eso corresponde la preeminencia á la poesía.—Juicio sobre la música, la escultura, la pintura y la poesía.—Diferencias entre la pintura y esta última.—Descripcion de Virgilio de la catástrofe de Laocoonte y sus dos hijos.—Análisis del grupo griego sobre el mismo asunto.—Paralelo entre el grupo y la descripcion.

Réstanos hablar de la artes: tienen por obgeto la expresion que es la cualidad esencial en toda obra, puesto que es la que mas conmueve nuestro corazon, y exalta nuestra fantasia. La expresion se

dirige al alma, como las formas á los sentidos; pero las formas son la gran dificultad que la expresion tiene que vencer para producir el efecto que hemos señalado, y al propio tiempo son el único medio de que puede valerse para conseguirlo. (1) Quítense al artista las formas, los colores, los sonidos, las palabras, y no le quedará recurso alguno para expresar esa emocion inefable que causa en nuestra alma la belleza.

Todas las artes tienen un mismo objeto; el de producirnos un placer por las ideas que despiertan en nosotros, sirviendo de órgano los diversos sentidos corporales, cuya diversidad es causa tambien de la division de las artes. Digimos ántes que solo dos sentidos, la vista y el oido, tenian la cualidad de despertar en nosotros el sentimiento de la belleza; pero que el tacto, el gusto y el olfato, solo la sensacion de lo agradable. Para esclarecer esta materia, pusimos los egemplos convenientes. Puede decirse que todo es material en los tres sentidos mencionados, mientras que en la vista y el oido hay algo de intelectual y contribuyen mas al embellecimiento y á los placeres puros de nuestra vi-

(1) V. Cousin. Vèase en él esta materia.

da, que al sostenimiento de ella. Exitan además mayor número de ideas y sentimientos en el alma, porque abrazan las relaciones de innumerables objetos; son tambien mas duraderas, porque hiriendo mas fuertemente nuestras facultades interiores permanecen mas fijas en nuestra memoria para reproducirlas. De aquí nace la division de las artes en dos grandes clases, la poesía y la música como pertenecientes al oido, y la pintura, la escultura y la arquitectura, como pertenecientes á la vista. Llámanse bellas artes, porque su objeto es producir la belleza; *liberales*, porque no están sujetas á ningun principio extraño á la misma belleza, como sucede con otras artes, que por ser su objeto la utilidad práctica y material, se les dá el nombre de *oficios*.

No hemos colocado de intento entre las bellas artes á la historia, la elocuencia y la filosofía, porque si bien tienen la mayor dignidad, si bien ninguna de las bellas artes les es superior en miras ni en elevacion, porque aspiran al progreso y al bien de la humanidad, no es su esencial objeto la belleza, aunque sea imposible que acierten con el fin que se proponen, sin que dejen de producirla.

Verdad es que la historia romana de Tito Livio es bellísima, por lo animado y dramático de

sus narraciones, por la pintura feliz de los personages, por la trabazon lógica de las diferentes partes que la componen; y por último por la elegancia y armonía del lenguage y por las gracias del estilo; pero fué este el principal objeto de Tito Livio? ¿se propuso tan solamente dejar al mundo civilizado una muestra de su raro talento para escribir con perfeccion la historia? Quien esto juzgara de uno de los primeros escritores de la antigüedad, calumniaría sus intenciones. El que no sienta con su lectura odio profundo al crímen, piedad por la desgracia, y admiracion por la virtud y el heroismo, ni tiene inteligencia ni tiene corazon. ¿Quién vituperará á Tácito el haber hablado de Helvidio y de Thrasea con una ternura melancólica y religiosa? (1) Lo repetimos, la historia no refiere solo para agradar, sino para ser el gran maestro de nuestra vida, (2) para instruir á los hombres con la descripcion de los acontecimientos, para hacerles amables la

(1) Ancillon. Revolutions du sisteme politique de l' Europe.

(2) Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis. Cic. de Oratore, lib. 2. cap. 9.

virtud, el estudio, la prudencia, el valor y la constancia, porque es la escuela mas estensa de toda clase de conocimientos, especialmente de la moral y la política.

Tampoco se propone la elocuencia como fin principal la belleza por mas que sea inseparable del acierto en sus fines. (1) Platon dice que el orador no imite á los Milciades, Temístocles, Pericles y otros grandes hombres que lisongearon los extravios de sus contemporáneos, y despues fueron víctimas de esta debilidad. Pero el Orador que como Demóstenes ó Ciceron inspira la virtud y defiende lo justo, nada tiene que temer, porque su conciencia le absolverá siempre. ¿Se propuso Demóstenes en sus admirables filípicas lucir sus talentos oratorios para oir las lisonjas de los Atenienses,? nó: propúsose un fin grande y augusto; el destruir á Filipo que amenazaba con la esclavitud á su patria. Pequeño parecería á nuestros ojos el gran Ciceron, si no hubiese pensado en sus Catilinarias y en sus Verrinas mas que en agradar con sus elegantes y patéticos periodos y no en defender la causa de la humanidad y de la justicia ¿Y que diriamos de S. Juan Crisóstomo, si en la homilia en fa-

(1) Platon. Gorgias ó de la retórica.

vor de Entrópio no se hubiera propuesto ser el amparo de la desgracia, amenazada con la muerte? Bien miserable sería la mision de la elocuencia si no tuviese mas fin que la belleza; sería ahogada por la poesía. (1)

Lo mismo diremos de la filosofía. Puede lle-

(1) El Sr. Reynoso en su obra citada incluye á la elocuencia en el número de las bellas artes. Dice así al hablar de la elocuencia y la arquitectura.

«El obgeto de estas artes tiene dos aspectos: uno de necesidad y otro de placer para la mas delicada y completa satisfaccion de la necesidad. Bajo este último aspecto tratan su materia la elocuencia y la arquitectura. Hablar y razonar solo para instruir y convencer es el oficio del gramático y del lógico: construir habitaciones seguras y cómodas, es la ocupacion del alarife: estas son obras de mera necesidad. Pero al orador y al arquitecto se le pide ademas el agrado: y solo se dan estos nombres á los que saben exitarle con sus obras, aunque en ese grado mismo se dirijan al uso mas cabal y provechoso de ellas.»

Al separar la elocuencia de las bellas artes tuvimos presente la doctrina que acabamos de citar, y titubeamos por algun tiempo en fijar nuestra opinion contraria á ella, por el respeto que nos merecen los juicios de un crítico tan eminente como el Sr. Reynoso.

Creemos, sin embargo, que la elocuencia no debe colocarse entre las bellas artes, porque todo su ornato, todos los recursos que hacen relacion á la belleza tienen

gar á la perfeccion en la palabra; pero su solo objeto es descubrir la verdad. Si alguna vez los filósofos se han elevado en la perfeccion del estilo hasta la altura de los grandes poetas y Oradores, no es por que se hayan propuesto esta cualidad principalmente, sino porque la verdad no excluye los adornos del lenguaje; al contrario la hacen mas interesante. Platon y aun

---

por fundamento la necesidad: un lógico y un gramático podrán instruir y convencer, pero no conmoverán, y esta cualidad es necesaria para el triunfo completo de la justicia. Por el contrario el arquitecto, consultadas la comodidad y la solidez del edificio, puede emplear el adorno que le sugiera su imaginacion y no sea contrario al órden arquitectónico que haya adoptado, sin tener ya en cuenta aquellos requisitos. Recórranse las oraciones mas notables de Demóstenes, de Ciceron y de otros oradores eminentes, y se verá que sus frases apasionadas, que la elegancia de sus giros y la clase de recursos oratorios que emplean, contribuyen á hacer una impresion mas profunda en el ánimo del lector, y por consiguiente mas completo el triunfo de su causa. Mas los adornos pertenecientes al exterior de un edificio y aun algunos interiores, no tienen la mayor parte de las veces relacion alguna con la comodidad, es decir, es libre el artista en la egecucion de ellos, y no vé delante mas principio que el de la belleza, mientras que el orador no puede separar su pensamiento de la justicia que defiende.

Ciceron, Malebranche y Cousin pueden servir de modelos en esta materia.

Vemos ya claro que si á ciertas artes se les dá el nombre de bellas es porque solo se proponen como objeto esencial la belleza y no están sujetas á ningun otro lazo, aunque entre ellas haya algunas como la arquitectura por egemplo, que se subordinen al principio de utilidad. (1) Pero aun en ese caso procura el artista unir lo útil con lo bello y cuando ménos en la parte del edificio en que no está reducido á esa necesidad ostenta su talento y su imaginacion. Si ni aun esto le es permitido, como sucede algunas veces, entónces no es arte sino oficio. Fuera de estas ligeras exepciones todas las artes liberales no tienen mas principio que el ya designado anteriormente; la ley que las une es la expresion: todas, como la poesia son obra de la imaginacion, y solo se diferencian en el instrumento que cada artista adopta para sus creaciones: por lo cual, si bien como emanantes de un mismo principio están sujetas á las reglas generales de la belleza, la diferen-

(1) Algunos no quieren colocar la arquitectura entre las bellas artes porque la suponen siempre sujeta al principio de utilidad.

cia de los medios de que se valen para producirla, es causa de que á cada una se le asignen reglas particulares, que no juzgamos propias de nuestro asunto.

¿Mas cual de las bellas artes merecerá el primer lugar? No es difícil clasificarlas, si tenemos presente que el fin de todas ellas es la expresion: así, pues, la que sea en esa cualidad mas notable será tambien la primera de todas.

Procuraremos recorrerlas, aunque ligeramente, y su análisis nos dará el resultado que deseamos. La música es el arte que despierta en nosotros sentimientos mas profundos y vehementes, aunque vagos é indeterminados. Sin duda existe entre los sonidos y el alma una relacion secreta, excitadora de los efectos maravillosos que produce en el hombre. Ella es de todas las artes la que exalta mas nuestra imaginacion, excita nuestras pasiones y nos lleva al sentimiento de lo infinito. Mas por lo mismo que nos conduce á un espacio sin límites, todas las ideas que trae á nuestra alma, son oscuras y vagas; nada hay fijo en ella, nada determinado ni individual; nos conmueve fuertemente, hace palpitar nuestro corazon; pero como no describe, no puede despertar en nosotros imágenes fijas y perceptibles con claridad. Mas si se la auxilia con la palabra, no vulgar y prosáica, porque destruye sus efectos,

sino con la diccion poética que sin rebajarlos los fija y determina, entónces su encanto es superior, porque los sentimientos producen en nosotros un placer mas vivo. Así se comprende bien el maravilloso entusiasmo que causaba la música de Orfeo y de Anfion, así tambien el de las tragedias griegas, (1) así el de las óperas modernas, en las cuales hemos visto derramar algunas veces lágrimas abundantes ó producir un entusiasmo frenético; así sobre todo el de la música religiosa. Cuando escuchamos el *Stabat Mater* de Rossini, en medio del placer melancólico que nos causan sus admirables armonías, nos elevamos á contemplar los sublimes momentos de la pasion de Jesucristo, y los dolores cruelísimos de su madre. Nada despierta esa música en nosotros que sea sensual: todo es puro, todo habla á nuestra fantasía y al corazon, y un éxtasis se apodera de nuestro espíritu, que lo eleva y lo absorve en las mas profundas contemplaciones.—V. Cousin se lamenta de no haber oido la música del Vatica-

(1) La declamacion en la tragedia griega consistia en un canto parecido á los recitados de nuestras óperas: los coros cantaban una música mas complicada. Para estos grandes efectos concurrian tambien otras muchas circunstancias de que en su lugar hablaremos.

no, de que habla M. Quatremere de Quincy en sus consideraciones morales sobre el destino de los obras del arte. Nosotros tampoco hemos tenido el placer de escucharla, pero podemos formar una idea, aunque lejana, por la música de nuestra catedral en alguna de sus grandes festividades. Tambien ella por otra parte despierta esos grandes recuerdos de la gloria de las artes, de que habla Quincy respecto al Vaticano. No nos recordará los genios de Rafael y Miguel Angel, pero sí los de Murillo, Zurbaran, Cano y Herrera; no excitará nuestra admiracion con una cúpula inmensa, pero sí con su rica variedad, su gusto y su grandeza. (1)

(1) Si hubiéramos de citar las veces en que un pueblo verdaderamente cristiano prosternado ante los altares escucha con recogimiento y devocion ferviente los cánticos religiosos, seriamos mas extensos de lo que nos permiten los límites de esta obra. ¡Cuántas veces al oir un oficio de difuntos hemos sentido ahogado nuestro corazon y nuestra alma elevarse al Dios de las Misericordias! No olvidaremos jamas un canto sencillo que hemos escuchado muchas veces en las festividades del Corpus y de la Pura Concepcion en un *alabado* al ocultarse el Santísimo. Cierto es que una reunion de circunstancias contribuyen á su mayor efecto. Así es que la suntuosidad del templo y del altar, los últimos reflejos de la luz del dia quebrándose en los hermo-

Mas no busquemos en la música esa multitud de sentimientos que producen las demas artes: su poder es inmeso sobre nuestra alma: los sentimientos que nos inspira, tienen una fuerza incomparable; pero su número es pequeño. En vano procuraríamos expresar por medio de ella las formas, los colores, sus matices y otras muchas cualidades de los objetos y los hombres. Si se quiere representar una batalla, podremos comprender el ruido de las armas, el estampido del cañon, los gemidos de los moribundos y los gritos de alegría de los vencedores; pero en

sos y admirables colores de las vidrieras, la luz de las lamparas estinguiéndose por grados al llegar á las altas bóvedas, todo prepara á la meditacion que se extiende hasta lo infinito. Oyese solo la voz de dos niños acompañada suavemente por el órgano, y la imaginacion nos hace oir la de los ángeles: la melodia de sus divinos acentos, lo bien concertado de sus cadencias penetra hasta el fondo de nuestra alma y parece que por un momento se entreabre el cielo y oimos los cantos de los serafines que alaban las maravillas y la bondad infinita del Supremo Hacedor. Un sentimiento de admiracion purísimo y reconcentrado nos separa de todo lo terreno y nos mantiene en una especie de enagenamiento religioso hasta que la conclusion pone término á nuestras reflexiones.—Es de un maestro de capilla de la catedral del siglo 17.

vano se empeñará el artista en expresar las maniobras felices ó desgraciadas de los combatientes, su grado de valor y de heroismo, sus acciones viles ó generosas, y muchos de los diversos sentimientos que les animan. Compárese el mejor trozo de música, que se conozca sobre esta materia, con cualquiera de las descripciones de las batallas de nuestro Ercilla; y si bien este último no producirá en nuestro ánimo un sentimiento tan vivo ni tan profundo, expresará mas, porque nada hallaremos en él indeterminado ni oscuro, y nuestra alma quedará mas satisfecha.

No sucede lo mismo con la escultura: es el extremo opuesto de la música, porque todo en ella tiene sus formas circunscritas y perceptibles; es un depósito permanente de las flaquezas y las virtudes de los hombres, y refleja todas las imágenes del mundo sensible; mas ni llega al patético de la música, aunque es mucho mas variada en los sentimientos, ni tiene la animacion que presta el colorido á la pintura.

Esta tiene un poder extraordinario para imitar la naturaleza inanimada, dando á cada objeto su misma figura, su respectivo carácter y sus colores verdaderos. Retrata los montes y los valles, el curso de los rios, la variedad infinita de los árboles y las flores, el inmenso Occéano

ya con sus ondas tranquilas, ya tempestuoso, el azul purísimo del cielo y sus argentadas ó encendidas nubes, la luz del sol, sus reflejos y sus diferentes colores: en fin, todo cuanto ha creado el Ser Supremo. (1) Pero donde mas entusiasma la pintura por su filosofía, es cuando nos presenta al hombre con sus diferentes actitudes, con sus dolores, sus placeres, sus pasiones, sus maldades ó virtudes mas elevadas, disputándo á la naturaleza y á la historia la verdad por su fuerza en la expresion.

Hace mas aun: se eleva á la esfera celestial, penetra en la mansion de los justos y de los ángeles, y nos los presenta con una expresion inexplicable, llenos de gloria divina y extasiados con la presencia de Dios. Lessing pretende probar en su *Laocoonte* ó de los límites respectivos en la poesía y la pintura, que mientras el cuadro que haya de presentarse sea mas superior á la naturaleza viviente, tanto mas inferior quedará en él la pintura á la poesía. Nosotros no juzgamos de la misma manera. No se crea por esto que no demos á la poesía el primer lugar

(1) Véase á Milizia traducido por D. Juan Agustin Ceán Bermudez, pág. 164.

entre las bellas artes: lejos de eso, como se verá cuando hablemos de ella, la hacemos superior á todas por lo mismo que tiene mayores recursos para la expresion. Mas no olvidemos que la pintura es tambien muy poderosa en la concepcion del idealismo y que produce á veces en sus creaciones un placer mas vivo y mas prolongado que la poesía. El mismo egemplo de Lessing, que es admirable, nos servirá de término de comparacion para nuestra doctrina. Es la bajada de Apolo del Olimpo, descrita por Homero (1)

Supone el poeta que Apolo desciende de la cima del Olimpo al campo griego, armado de su carcax lleno de flechas y de su arco terrible: en la descripcion no solo se le vé, sino que se le oye, porque á cada paso que dá el Dios irritado, le resuenan sus flechas en la espalda. Se adelanta semejante á la noche: se detiene no lejos de las naves y lanza un tiro fatal: el arco de plata hace un sonido fuerte y horrible, y varios animales son heridos. Nada falta en este cuadro; se vé al Dios inflamado el corazon de cólera, descender con rapidez, en su curso se le oyen resonar las flechas en la espalda, y al verle armar el ar-

(1) Iliada canto 1.°

co de plata contra los griegos, se teme que ha de serles bien funesto. Así fué: por espacio de nueve dias hizo en ellos una mortandad espantosa. Descripciones como esta siempre serán la admiracion de los que las comprendan, y la desesperacion de los que pretendan imitarlas. Nosotros citaremos un cuadro de Murillo en que tambien hay el descenso de Dios, aunque con intencion bien diferente de la de Apolo. A este lo dirija la cólera: al de Murillo la dulzura y la bondad y lo circunda la gloria. El cuadro de que hablamos, es el llamado de S. Antonio, que está en la Catedral en la Capilla del Baptisterio.

El niño Jesus, ya Dios con forma celestial, desciende del cielo para visitar en su celda á S. Antonio de Pádua. La figura de este niño es bellísima, aérea y llena de una expresion divina: brilla en su hermoso rostro una ternura inefable y en su actitud una magestad celestial, que anuncia al Todo-Poderoso. Se le vé descender del cielo con ligereza y al solo impulso de su voluntad absoluta: alguna parte de su cuerpo está envuelta en un paño delicado y trasparente, que se vá perdiendo en el flúido luminoso que le rodea. En el brillo glorioso de aquella atmósfera, vaga y trasparente vuelan al

rededor del Dios niño una multitud de ángeles y serafines, agrupados de una manera graciosa y encantadora. El idealismo está llevado á su mayor perfeccion en estos séres: tienen mas de espíritus que de figura humana: sus formas casi indeterminadas, parecen un compuesto de lo mas bello en la estructura infantil de los dos sexos, que les presta la vaguedad vaporosa de los espíritus celestiales. Es imposible describir esta gloria: la imaginacion y el sentimiento solos la comprenden y ven en ella la imitacion de la gloria como la concibe un cristiano; es un vapor celestial donde aparecen y se pierden los ángeles que vagan y se mueven. Fija la vista en la oscuridad, se distingue apenas la indeterminada forma de ellos, que se disipa en el vacío: en la parte luminosa aparecen otros grupos de ángeles llenos de gracia y de movimiento en sus actitudes; mas á pesar de tanta variedad y soltura en sus movimientos, se advierte en todos ellos el respeto y acatamiento debidos á la divinidad que rodean. Hácia esta vision sagrada se vé lanzarse á S. Antonio, que está arrodillado con los brazos abiertos y lleno de uncion religiosa. Su cabeza es noble y expresiva, y su actitud revela con naturalidad un éxtasis divino: el Santo apenas toca á la tierra:

parece que está próximo á dejarla para subir al cielo.

Ilumina la estancia el niño Dios que difunde por toda ella su lumbre purísima, la cual se reparte en grandes masas brillantes y en grandes masas de oscuro vigoroso y trasparente. La fuerza luminosa está en Dios y en su gloria, que al descender al suelo vá rebajando y perdiendo el tono, cuyo contraste produce un efecto inmejorable. La union del claro y oscuro no puede ser mas atrevida ni profunda: el aire repartido con abundancia por todo el cuadro, hace ver los objetos con verdad en sus diferentes distancias, porque la vista al examinarlos halla espácio y la ilusion es completa. El colorido es hermoso, variado, vivo y vigoroso: está pintado el lienzo con tal maestría y con toques tan valientes y ligeros, que parece ejecutado con el pensamiento. En este género no tiene Murillo rival, con especialidad en este cuadro, que es uno de los primeros del mundo, debido á la inspiracion de su fé pura y eminentemente religiosa. (1)

(1) La descripcion del cuadro de S. Antonio la debemos tambien á nuestro amigo D. Joaquin Dominguez Bécquer.

Ahora bien; si comparamos el descenso de Apolo con el del Niño de Murillo, aun suponiendo que este se hubiera propuesto expresar algun sonido, como por egemplo, los himnos sagrados que entonan los espíritus celestiales al Ser Supremo, ningun efecto habria conseguido, y en esta parte es inferior la pintura á la poesía. Al Apolo de Homero no solo se le vé, como hemos dicho ántes, sino que se le oye, y ese ruido anuncia su temible cólera: mas fuera de esa cualidad ¡cuán superior es Murillo en la bajada de Dios á Homero en la de Apolo! La actitud del niño descendiendo ligeramente por el espacio; la dulzura de su fisonomía, su grandeza y magestad, la luz brillante que le circunda y el sinnúmero de espíritus que le acatan, anuncian un poder bien superior al de Apolo, así como tambien le es muy superior en idealismo. La descripcion de Homero agrada por su perfeccion, por su energía y su belleza, pero el Niño de Murillo nos eleva, nos enagena y nos extasía. Nunca puede examinársele por poco tiempo; tal es su perfeccion y tan grande el encanto con que cautiva la fantasía, que una fuerza irresistible detiene enagenado al que le contempla. No debemos, sin embargo, olvidar que Apolo no era el supremo de todos los dioses, y el Niño

de Murillo es Dios mismo, el único, el solo Omnipotente. Mas aun cuando así no fuese, el olimpo del paganismo, si bien eminentemente poético, carece de la espiritualidad, de la magestad augusta y de la pureza santa del Cielo de los cristianos.

Pero ¿puede presentarnos la pintura en un asunto dado instantes sucesivos? El pintor que lo intentara, produciría en vez de la belleza desórden y confusion; porque no es fácil que el espectador fije su vista en dos cosas que representan diferentes tiempos, y porque el arte que se propone siempre como objeto lo bello, no puede faltar sin destruirlo al órden establecido por la naturaleza. (1)

El artista, pues, debe elegir el instante mas

(1) Hay por desgracia sobrados egemplos de haber los pintores modernos duplicado y triplicado los instantes de un suceso en un solo cuadro, lo que se debe atribuir á la condescendencia que hayan tenido con el que se le encargó, y que quiso tener á la vista todo lo acaecido, por egemplo, en el monte Calvario ántes de la crucificcion del Redentor, en el acto de crucificarle y despues de haberle crucificado como lo hizo Tintoreto. Semejantes composiciones son absurdas. *Milizia. Trad. de C. Bermudez, pág. 171.*

oportuno y mas interesante del asunto para caracterizar con el mayor acierto los personages: así presentará mas de bulto sus vicios ó sus perfecciones, y no resultará contradiccion alguna, si aparece verosímil que todos los particulares que presenta en su cuadro, ocurrieron en aquel instante.

Las cualidades que faltan á la pintura se han concedido á la poesía, que es el arte por excelencia, porque es superior á todas en la expresion. Así como la pintura se vale de los colores, la poesía se sirve de la palabra, adaptada á su idealismo con unas formas diferentes de las que tiene en la prosa. Por la medida de sus periodos y su armonía refleja los sentimientos como la música, pero no circunscritos como la escultura, sino variados como la pintura. ¡Con cuanta facilidad presenta frecuentemente en pocas palabras cuadros bellísimos y llenos de ternura! Véase, por egemplo, este del Sr. D. Juan Nicasio Gallego en su elegía al dos de Mayo.

Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mústio el dulce carmin de su megilla,
Y en su frente marchita la azucena;
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Trémula vírgen de amargura llena.

Mas con furor de hiena
Alzando el corvo alfange damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

Aun hay mas: á veces expresa el pensamiento con independencia de los sentidos y de los mismos sentimientos á lo cual no alcanza ninguna de las otras artes. Dígase á cualquiera de ellas, á la pintura, por egemplo, que represente con un solo rasgo la significacion sublime de las palabras *Dios, humanidad, alma.* Si lo consigue será en diferentes cuadros, pero no de una sola pincelada.

Mr. Cousin dice, que si las otras artes quieren imitar las obras de la poesía, suelen extraviarse con frecuencia sin conseguir el objeto que se proponen. La poesía edifica palacios (1) y templos magníficos como la arquitectura con todos los órdenes que tiene por conveniente: es determinada como la escultura, y expresiva como la pintura. (2) Homero, Virgilio, Dante y el

(1) Véase la descripcion que hace el Tasso del Palacio encantado de Armida en el canto 16 de la Jerusalen libertada.

(2) Horacio compara á la poesía con la pintura en los siguientes versos:

«Ut pictura poësis; erit quæ, si propius stes,

Tasso, son tan extraordinarios en sus pinturas como Rafael y Murillo, y tal vez ningun pintor pueda presentarnos cuadros tan expresivos y perfectos como el de Priamo, arrodillado delante de Aquiles, demandándole el cuerpo de su hijo Héctor, el de la agonía de Dido, el del conde Ugolino, ó el de la muerte de Clorinda. Nos dirán que la música es mas penetrante, pero en cambio es mas mas vaga y expresa mucho menor número de sentimientos; mientras que á la poesía obedecen las imágenes, las ideas, los sentimientos, en una palabra todas

---

Te capiat magis; et quaedam, si longius abstes.
Haec amat obscurum; volet haec sub luce videri,
Judicis argutum quæ non formidat acumen;
Haec placuit semel; haec decies repetita placebit.»

Art. poet.

«Pintura y poesía se parecen,
Y cuadros suelen presentar entrambas,
De que unos placen si se ven de cerca,
Y otros deben mirarse á mas distancia.
Este obscuridad pide, aquel no teme
Al mas severo juez, y la luz ama.
El uno agrada alguna vez, y el otro
Mientras mas repetido mas agrada.»

Trad. de Burgos.

las facultades del alma, el mundo real y el de las creaciones.

Hablando Horacio de la Comedia, establece los límites de la poesía y de la pintura, porque cuanto dice de la Comedia puede atribuirse á la última.

Segnius irritant animos demissa per aurem,
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus, et quæ
Ipse sibi tradit spectator.

Art. poet.

Lo que por los oidos entra, mueve
Ménos que aquello que á la vista pasa,
Y el espectador mismo por sí toca.

Trad. de Burgos.

Recordemos que la pintura es un arte que pertenece á la vista y la poesía al oido.

El aleman Lessing emplea un libro entero, de gran mérito por cierto, para señalar los límites entre la pintura y la poesía.

El grupo griego de Laocoonte, cotejado con la descripcion que hace Virgilio de este mismo suceso, nos servirá de egemplo para señalar con mas fijeza esta diferencia.

EL LAOCOONTE.

«Viejo, robusto y estrechamente enroscado por dos serpientes que le destrozan, y convulso

con el mortífero veneno que le introducen en las venas, corriendo el pasmo desde la cabeza á los pies. Aun es mayor la angustia que le acongoja, cual es la de ver á sus dos amados hijos en igual situacion, á quienes no puede socorrer á pesar de los grandes é inútiles esfuerzos que hace y aumentan su dolor.»

«En medio de tanto padecer es inimitable la dignidad con que caracterizó su semblante y su actitud sin señal alguna de deformidad, pues presenta la alta condicion del héroe que sabe sufrir y reconcentrar en el corazon la grandeza de su alma contra los tormentos que sufre é hinchan sus músculos y nérvios.... El padecer de sus hijos, aunque está representado con viveza, es de otro género puramente físico y propio de sus respectivas edades.»

Winckelmann citado por Lessing, juzga de la manera siguiente al Laocoonte griego:

«Como el mar permanece tranquilo en su hondo seno, por muy agitada que esté su superficie, así en las figuras griegas, en medio de las pasiones, nos anuncia su expresion un alma grande y tranquila.

(1) Milizia, la obra citada.

«Un alma igual está pintada en el semblante y en el cuerpo de Laocoonte enmedio de los sufrimientos mas crueles; el dolor que se descubre en todos los tendones y los músculos, y que la contraccion penosa del bajo vientre nos hace conocer, sin que observemos el semblante ni las demas partes de su cuerpo, no está mezclado con ninguna expresion de rabia, ni se nota en su fisonomía ni en su actitud. No se advierte en él el espantoso grito del Laocoonte de Virgilio, porque la abertura de su boca no lo indica; mas bien expresa un suspiro de angustia ahogada como la ha descrito Sadolet. El dolor del cuerpo y la grandeza de su alma están repartidos en fuerzas iguales en toda la construccion de la figura, y por decirlo asi equilibrados. Laocoonte sufre, pero como el Filoctétes de Sófocles; su miseria nos traspasa el corazon y desearíamos poderla soportar como él.»

«Expresar un alma tan grande, es hacer mucho mas que pintar á la naturaleza solamente. El artista ha debido sentir en sí mismo esa fuerza de espíritu que ha impreso en su estátua. La Grecia vió mas de una vez reunidos en una sola persona al filósofo y al artista, porque produjo mas de un Metrodoro. La filosofía en la Grecia extendia la mano al arte y le daba á los cuerpos

almas que no eran comunes.»

La comparacion que hace Mr. Winckelmann entre los sufrimientos de Laocoonte y el Filoctétes de Sófocles nos parece inexacta. En el primero no abate el dolor la dignidad y solo indica la angustia reprimida por la resignacion y la grandeza del espíritu. El segundo nos lo pinta Sófocles, no ya exhalando algunos gemidos ahogados, sino asombrando á la isla de Lemnos con sus tristes clamores. Léase la tragedia griega que lleva el nombre de Filoctétes, y se verá que no estamos equivocados. Ciceron juzga de la misma manera la expresion de sus dolores. (1)

Con la misma fuerza de colorido pinta Sófocles en las Traquinianas el dolor físico de Hércules producido por la túnica teñida en la sangre del Centauro Nesus, que le habia regalado su esposa Dejanira, porque creia recobrar su amor con aquel filtro. Las últimas escenas de la tragedia estan reducidas á pintar los crueles padecimientos materiales del héroe. Las artes griegas, to-

(1) «Quamobrem turpe putandum est, non dico dolere (nam id quidem interdum est necesse,) sed saxum ilud lemnium clamore Philoctetæo funestare. *Cic. de fin., lib. 2.*»

mo dice Winckelmann, expresaban enmedio de los sufrimientos un alma grande y tranquila; mas no sucedia así con frecuencia en los poetas especialmente en Homero. Este gran épico no solo describió el dolor físico en los héroes de la manera que dejamos referido, sino en los mismos dioses. Cuando sus guerreros son heridos caen casi siempre lanzando gritos de dolor. Diomédes mismo, herido en la espalda por la flecha de Pándaro, se queja de la agudeza de los dolores y le ruega Stkenelo que se la saque al instante. Vénus al socorrer á su hijo Eneas acometido por Diomédes es herida ligeramente en una mano por la lanza de este y dá gritos agudísimos, no porque sea la diosa delicada del placer, sino, como dice Lessing, porque cede á la naturaleza. Por último, Marte, el dios de la guerra, herido tambien por Diomédes, arroja un grito tan espantoso como si fuera producido por nueve ó diez mil guerreros á las vez, que llenó de espanto á los troyanos y los griegos. (1)

Virgilio describe la desgracia de Laocoonte de esta manera.

(1) Léase el canto 5.º de la Iliada donde estan todos los pasages que acabamos de referir.

«Hic aliud majus miseris multoque tremendum
Objicitur magis, atque improvida pectora turbat.
Laocoon, ductus Neptuno forte sacerdos,
Solemnes taurum ingentem mactabat ad aras.
Ecce autem gemini á Tenedo tranquilla per alta,
(Horresco referens) immensis orbibus angues
Incumbunt pelago, pariterque ad littora tendunt:
Pectora quorum inter fluctus arrecta, jubæque
Sanguineæ exuperant undas: pars cetera pontum
Pone legit, sinuatque immensa volumine terga.
Fit sonitus, spumante salo: jamque arva tenebant;
Ardentesque oculos suffecti sanguine et igni,
Sibila lambebant linguis vibrantibus ora.
Diffugimus visu exangues. Illi agmine certo
Laocoonta petunt: et primum parva duorum
Corpora natorum serpens amplexus uterque
Implicat, et miseros morsu depascitur artus.
Post ipsum, auxilio subeuntem ac tela ferentem,
Corripiunt, spirisque ligant ingentibus; et jam
Bis medium amplexi, bis collo squamea circum
Terga dati, superant capite et cervicibus altis.
Ille simul manibus tendit divellere nodos,
Perfusus sanie vittas, atroque veneno;
Clamores simul horrendos ad sidera tollit:
Qualis mugitus, fugit quum saucius aram
Taurus, et incertam excussit cervice securim.
At gemini lapsu delubra ad summa dracones
Effugiunt, sævæque petunt Tritonidis arcem:
Sub pedibusque Deæ, clypeique sub orbe teguntur.

Enei, lib. 2.º

«Un portento mayor y muy mas terrible ofende la vista de los troyanos sin ventura, y espanta sus incautos corazones. Laocoonte, elegido en suerte sacerdote de Neptuno, sacrificaba solemnemente al pié de las aras un toro corpulento. A deshora vimos dos serpientes de enorme magnitud (me horrorizo al contarlo) lanzarse al mar desde Ténedos, y por entre el piélago sereno dirigirse juntas á las opuestas márgenes; sus cuellos erguidos sobre las aguas y sus sangrientas crestas vencian la altura de las olas: con el resto del cuerpo sulcan el ponto y pliegan en arcos los miembros desmedidos. Resuena espumoso el mar salado. Ya ocupaban las playas, y sus ojos llameantes brotaban sangre y fuego: con sus vibradas lenguas lamian las bocas silvadoras. Huimos desmayados á su aspecto. Mas ellas con ímpetu certero se encaminan contra Laocoonte: primero contra los tiernos cuerpos de sus hijos, á quienes ciñen una y otra, los oprimen con lazos y devoran los miembros miserables. Despues arrebatan al padre, que vuela armado en su defensa: lo ligan en desusados nudos: Ya lo envolvian por enmedio con dos lazadas, y le circundaban dos veces el cuello en escamosos cercos: las cervíces y crestas aun sobresalian por encima. Él salpicadas las ínfulas

de sangre y denegrido veneno, lucha á un tiempo con ambas manos por romper los nudos: suben hasta el cielo sus alaridos, horrendos como el bramar del toro, cuando sacudiendo de su cabeza la segur vacilante, se escapa, ya herido, del ara. En tanto ámbos dragones huyen deslizándose á los encumbrados templos y se encaminan al alcázar de la cruel Minerva: las encubren los pies de la diosa y el disco de su escudo.»

Cuando Virgilio escribió estos versos no se conocia en Roma el grupo de Laocoonte y sus dos hijos devorados por las serpientes, de que habla Milizia.

Ya hemos dicho que la pintura, lo mismo que la escultura, solo nos presenta un instante dado, mas no así la poesía. Por eso ha podido Virgilio pintar á las serpientes, que saliendo de Ténedos y girando sobre las aguas, llegan á la orilla y ciñen con sus robustos y largos cuerpos á los dos hijos de Laocoonte á quienes atormentan horriblemente con sus mordeduras: al padre que yendo á su defensa con la lanza en la mano es ceñido con la misma fuerza por los mónstruos, dos veces por el cuello y otras tantas por el cuerpo, y sin embargo las cabezas de ellos se elevan mas altas que la suya: y por último cubierto de sangre y del veneno

de las serpientes haciendo esfuerzos extraordinarios por desasirse de ellas, y dando ahullidos horrendos á la manera de un toro.

El escultor ha hecho bien en escojer el momento en que el padre y los hijos estan ceñidos por las serpientes, llenos de dolores espantosos con sus mordeduras. Suponiendo que Virgilio haya podido servir de modelo al escultor griego, á este le fué imposible seguir todos los pormenores del poeta. Si hubiera presentado á Laocoonte con las serpientes enroscadas dos veces por el cuello y el cuerpo, elevando sus cabezas por encima de la suya, habria desaparecido una gran parte de sus formas bajo las roscas de los reptiles, y por consiguiente la expresion de sus padecimientos, que se advierte hasta en el desarrollo de su musculatura; y habria presentado una mala perspectiva, porque las dos cabezas salientes de las culebras serian de mal efecto para la regularidad del grupo, ademas de causar ménos lástima Laocoonte y sus hijos viéndose que no eran mordidos por ellas. ¿Qué diriamos de los gritos horribles del padre en el grupo griego? Destruiria la dignidad en su semblante, tan necesaria en un sacerdote de Neptuno y Apolo, en un hermano de Anchises. Eso mismo nos contestarán debia suceder en la descripcion de Virgilio.

Mas ya sabemos que lo que entra por los oidos no conmueve tanto como lo que vemos, y por eso en este caso no puede causar un efecto desagradable. Ademas Virgilio fija nuestro interes sobre varias cosas y todas nos conmueven hondamente: esto no era permitido al escultor, que solo podia escojer un solo instante. Él ha comunicado á su grupo todo el interes y variedad de que era susceptible; los hijos son de diferente edad, y eso dá diversa expresion á su fisonomia: el semblante del padre representa el sufrimiento y la piedad paternal: su dolor no es el de un hombre vulgar, porque sus facciones están contraidas, pero no horribles: el sufrimiento del hombre no destruye la dignidad del sacerdote. La descripcion y el grupo son admirables: sin embargo, lo que es bello en la poesía hubiera sido defectuoso en el grupo. (1)

(1) Fué descubierto en los baños del emperador Tito. Nosotros solo conocemos el vaciado de Lessing.

CAPÍTULO OCTAVO.

Parte preceptiva.

RESÚMEN.

La palabra: ventajas de ella.—El lenguage: cual debió ser su estado en los tiempos primitivos.—Su orígen es divino: no es arbitrario ni destituido de semejanza con las ideas que expresa.—Por qué se conservaron la accion y el gesto en las lenguas griega y latina en toda su fuerza cuando ya se habian enriquecido, siendo así que solo servian ántes para suplir la escasez de las palabras.—Solucion de esta dificultad. En la civilizacion moderna no podian sostenerse de la misma manera la accion y el gesto: razones de esta variacion.—Por qué destruyeron los bárbaros del norte el hipérbaton: por qué le usaron los antiguos.—Por qué se ha conservado el lenguage metafórico entre los modernos: el lenguage filosófico rechaza las metáforas; debe ser natural.—La escritura: su orígen y progresos: invencion de los chinos: invencion de Cadmo.—Ventajas de la escritura.

La palabra es el signo articulado que forma la voz del hombre: es la manifestacion sensible de nues-

tros sentimientos, de nuestros juicios, de nuestras intenciones, sin la cual no serian percertibles con claridad las ideas y los deseos de nuestros semejantes. Observemos que sin ella no se promoveria fácilmente la circulacion de los conocimientos y los afectos humanos, porque la accion y el gesto solos no bastarian para conseguir este importante obgeto. La inteligencia misma es estéril en sus operaciones, mientras que las ideas no se graban en el alma, y las ideas no serian comprehensibles si no estuviesen incorporadas á la palabra. Tampoco podriamos recordar las cosas ni generalizar, ni abstraer sin su cooperacion: ¿recordamos las ideas sin concebirlas envueltas en las palabras á que corresponden? ¿Generalizamos y abstraemos sin formar clases, dándoles nombres para determinarlas? ¿Meditamos sin hablar mentalmente con nosotros mismos por medio de la palabra interior? Lo repetimos: la inteligencia se desarrollaria muy poco y lentamente sin el poderoso auxilio que recibe de la palabra.

No hablaremos del lenguage con la extension que requiere la importancia de esta materia por no permitirlo el espacio concedido á una obra de esta clase, y porque las reglas corresponden á la gramática; así como sus progresos en España pertenecen á la literatura nacional.

Por lenguage han entendido unos la expresion de nuestras ideas por medio de sonidos articulados, geroglíficos, gestos, acciones etc. y otros la coleccion de palabras de que consta una lengua cualquiera. Ambas definiciones son admisibles, porque envuelven un mismo sentido y caracterizan la verdadera cualidad del lenguage.

Cualquiera que haya sido el estado del género humano en los tiempos primitivos, debia tener entónces un lenguage demasiado sencillo y grosero. La rudeza é ignorancia no producen ni muchas ideas ni deseos, y la falta de los placeres facticios debia hacer aun mas reducido el círculo de sus pensamientos. Si á esto añadimos el inmenso auxilio que le prestaba la accion y el gesto, porque los sentimientos dominantes entónces eran el amor ó el odio, nos convenceremos mas aun de la certeza de los hechos enunciados. No opinamos por eso con Tracy, que el lenguage no tiene orígen divino á causa de la irregularidad é imperfeccion con que le concebimos en las primeras edades del mundo. No: el argumento de ese gran filósofo nos parece bastante débil para hacernos partidarios de sus creencias: porque si bien es cierto que Dios no puede otorgar al hombre don alguno que sea insuficiente para producir el efec-

to que se propone en su sabiduría infinita, en lo cual consiste el argumento de Tracy, tampoco hay duda alguna en que el lenguage de entónces con toda su estrechez y rudeza bastaba para expresar el escaso número de sentimientos que los hombres tenian necesidad de comunicarse mútuamente.

Este lenguage no debió ser arbitrario, (1) esto es, destituido de toda semejanza con las ideas que expresaba; debia tener por el contrario una grande analogía con los obgetos, porque solo de ese modo se facilitaria su comprension con la claridad necesaria. De esta misma opinion fueron los Platónicos, y aunque sus argumentos no bastasen, las mismas palabras solo por sus sonidos demuestran esta verdad con evidencia. Leánse á Homero, Virgilio y el Tasso y se verá confirmada esta doctrina: (2) en los tres escritores se encuentran trozos admirables de armonia imitati-

(1) Véase á Blair sobre el orígen y progresos del lenguage.

(2) Iliada, canto 20. Enei. lib. 1.° y 2.° y Jerusalen cant. 4.° y 16. En los tres se hallan otros muchos egemplos en diversos lugares.

va, y no conocemos un poeta notable en que no se hallen egemplos mas ó ménos felices. ¿Mas se conseguiria esta cualidad en los escritos, si entre el sonido de las palabras y los pensamientos que expresan, no hubiese una conocida semejanza? ¿Podrá negarse esto mismo en muchas palabras de la lengua castellana, como el *susurro* de los vientos, el *murmullo* de un arroyo, el *estampido* del trueno, el *zumbido* de los insectos, el *rugido* del leon y otra multitud que pudiera tambien citarse? Aun en muchas palabras, cuyo sonido completo no parece análogo al objeto significado, hallamos al principio de ellas relaciones muy estrechas como *rana*, *cuclillo*, *grillo*, *pico*, *silvido* y otras ciento. Eso mismo sucede en las demas lenguas, y mientras mas antiguo es el orígen de las palabras, mas clara aparece la analogía entre sus sonidos y los pensamientos.

Algunos han querido suponer que esa semejanza solo existe en las palabras, que no expresan mas que sonidos y no en las pertenecientes á los objetos de la vista y mucho ménos todavía en las que significan puramente ideas intelectuales y morales: pero la experiencia es contraria á esta opinion. Sabido es que con los sonidos de las palabras expresamos tambien el movimiento físico de los cuerpos y los

afectos. Pues bien; nada de esto podría realizarse si tambien en este caso no resultase alguna semejanza. Sírvanos de egemplo Rioja en su cancion á las ruinas de Itálica. Su objeto es presentarnos á la mano del tiempo arruinando con lentitud las torres mas fuertes.

«Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

El señor Lista en su oda titulada La Vida humana. Habla de una fuente convertida en un arroyuelo.

Véla despues, cuando segura pisa
Del primer llano el floreciente suelo,
Con otras varias en alegre risa
Ya convertida en plácido arroyuelo.
Ora por los declives baja aprisa
Buscando el valle con risueño anhelo:
Ora lenta, la selva circundando,
Con las flores del márgen vá jugando.

Y el M. Leon en la profecia del Tajo al Rey D. Rodrigo.

Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada vá ligera.

Los dos primeros poetas citados se han valido de sílabas acentuadas que hacen mas pausado el sonido de las palabras para expresar de este modo movimientos tardos: el último por el contrario de sílabas breves para conseguir la rapidez.

Entre los latinos ayudaban á producirla los dáctilos, y los espóndeos la pesadez. En castellano los esdrújulos son mas á propósito para significar la velocidad, y los bisílabos con la primera acentuada ó las palabras largas con el acento en la penúltima la tardanza ó la grandeza. Citarémos algunos egemplos para ilustrar mas la materia. De rapidez. Melendez para expresar la ligereza con que para la vida dice:

. . . . . «Desparece
Cual relámpago súbito brillante.»

Este verso es parecido al *Leti corripuit gradum* de Horacio. (1)

Egemplos de pesadez y grandeza.

«Con tardo paso lánguida camina
La hambre desmayada.»
Reynoso.
Süave sueño, tú que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente

(1) Oda 3.ª

Bates, de adormideras coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo.»

Herrera.

Virgilio sobre todo puede servirnos de muestra en ambos casos en dos versos que citarémos tomados del libro 1.º de las geórgicas. El pasage á que aludimos se refiere á la guerra de los gigantes contra Júpiter. Supone el poeta que para acometer estos con mas facilidad y mas de cerca al padre omnipotente que estaba en el Olimpo, pretendieron por tres veces colocar al monte Osa sobre el Pelion para pelear desde allí; y que otras tantas los desbarató Júpiter con el rayo. Hé aquí los versos:

«Ter sunt conati imponere Pelio Ossam
. . . . . .
Ter pater exstructos disjecit fulmine montes.»

Si Virgilio, consultando solo alguna de las leyes de la versificacion, hubiera hecho sinalefa en la coalicion de las vocales *conati imponere* y *Pelio Ossam*, habria podido formar dos exámetros mas fáciles, pero destruiria el maravilloso efecto que así causan. De este modo se expresa perfectamente con solo el sonido de las palabras los grandes esfuerzos

que necesitaban hacer los gigantes para colocar un monte sobre otro. Mas obsérvese como la facilidad y fuerza del otro verso manifiesta lo fácil que era al poder supremo de Júpiter el desbaratar por medio del rayo cuanto habian preparado los gigantes á fuerza de fatiga y de trabajo para acometerle.

Lo mismo sucede respecto á los afectos: hay palabras cuyos sonidos tienen una simpatía fuerte con nuestra alma. Compárese la oda de Fernando de Herrera á don Juan de Austria por el triunfo contra los moriscos de Granada, con la del M. Leon á la vida del campo y se verá aun mas palpablemente la expresion de afectos por medio de los sonidos. Las dos están escritas en el mismo metro; y sin embargo ¡cuanta suavidad y melodia respiran los apacibles acentos del M. Leon! No hay una palabra que no exprese la dulce tranquilidad que dominaba el alma del poeta. Mas todo anuncia fuerza y vigor en Herrera; su entonacion es mucho mas elevada, mas fuerte y vigorosa y todas sus estrofas despiertan sentimientos enteramente opuestos á los del primero. Citarémos por si quedare aun alguna duda dos octavas tomadas de la egloga 3.ª de Garcilaso de la Vega. Supone que dos pastores cantan alternando sus amores y la belleza de sus zagalas.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando favonio y céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera:
En tal manera á mí, Flérida mia,
Viniendo reverde mi alegria.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento,
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
A la de Filis con Alcino airada.

En la Inocencia Perdida del señor Reynoso se encuentran tambien repetidos egemplos de este mismo género. No podemos resistir al deseo de citar algunos, que agradarán sin duda á nuestros lectores por su gran mérito.

Cual de Etna la alta cima vacilante
Tiembla encendida, el hondo seno brama,
Y el humo en pardas nubes ondeante
De luz cárdena en ráfagas se inflama:

Súbito de la boca honditonante
Raudal de turbio fuego se derrama,
Que hendiendo el árduo monte en ancha calle
Piedras y arboles vuelca al hondo valle:

Rápido corre la feraz campaña
Allanando las selvas; el arado
Y el buey tardo arrebata, y la cabaña
Y al pastor dentro arrolla descuidado:
Trastorna los palacios su impía saña;
Rueda estruendoso el arteson dorado:
Cae sobre el mar sin aplacar su ira
Y por las ondas encendido gira.

Tal ráudo sale del abismo horrendo
Envuelto en negras llamas el impio,
Y la garganta con rugido abriendo,
De fuego arroja ensangrentado rio.
Tembló abierta la sima con estruendo,
Y en ahullido espantoso el reino umbrio
Se oyó tronar. A la tranquila tierra
¡Ay! se lanza Luzbel, clamando guerra.

. . . . . .

En tanto la ovejuela en la llanura
Al verse que de presto goza vida,
Celebra á par del labo su ventura,
Y á triscar con halagos le convida.
Tal vez mirando acaso hácia la altura,
Vé las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares de ella no sabidos,
Responde simplecilla con balidos.

. . . . . .

Y hablando de Eva.

Mueve el pie terso hácia el nevado rio,
Que por cáuce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrio
Mecido el olmo por el aire blando.
Alzan las crestas sobre el lecho frio
De argentados vivientes mudo bando
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oir la alondra que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

No cabe mayor contraste que el que se advierte entre los sonidos de la primera octava y la segunda de Garcilaso, y entre las tres primeras y las demas citadas del Sr. Reynoso. Hasta las pasiones mas profundas y violentas pueden expresarse con el sonido de las palabras, como sucede en este pasage de Virgilio. Habla de la agonía de Dido.

«Illa graves oculos conata attollere, rursus
Deficit: infixum stridet sub pectore vulnus.

Ter sese attollens cubitoque innixa levavit:
Ter revoluta toro est: oculisque errantibus alto
Quæsivit cœlo lucem ingemuitque reperta.»

«Procura alzar los abatidos ojos y decae otra vez; fija la espada en su pecho, le resuena la herida. Tres veces se levantó apoyada en el codo y otras tres volvió á caer en el lecho: con la mirada errante buscó la luz en el alto cielo y gimió al hallarla.» Debemos confesar, sin embargo, que el calor á que ha llegado la imaginacion con la lectura de este hermosísimo pasage, tiene mucha parte en el efecto que causan en el alma los sonidos de las palabras citadas.

Pero aunque existia la relacion natural que hemos demostrado entre las palabras y los objetos en los tiempos primitivos, y aunque en todas las lenguas haya muchos vestigios de esa semejanza, no subsiste ya tan general en nuestros dias. Algunas de las palabras en el lenguage moderno son mas bien signos arbitrarios que naturales de las ideas, mas bien símbolos que imitaciones, por mas que se haya querido conservar la energía y exactitud de ellas; porque á medida que las lenguas se han ido enriqueciendo con la continua invencion de nuevas palabras, se han ido estas desviando cada vez mas de la analogia que conservaban las primitivas con los objetos

expresados. Así como en la música, á medida que se desvian las variaciones del tema, pierden mas con él la semejanza.

Y ¿como, enriquecidas las lenguas griega y latina, no desapareció de ellas la accion y el gesto de las primeras edades, siendo, como ya hemos visto, auxiliares del lenguage, para suplir la pobreza de las palabras? Esta aparente contradiccion está destruida, advirtiendo que si la necesidad dió orígen á la accion y al gesto, despues continuaron para ornato y fuerza en la expresion, como nos refiere la historia que acontecia á los hebreos, á los griegos y á los romanos. Entre los segundos y los ultimos era la prosodia mas musical que la nuestra, y hablaban dando á la voz una inflexion mas fuerte y variada; la cantidad de las sílabas era mas fija entre ellos que en las lenguas modernas, como se vé fácilmente cotejando su versificacion con la nuestra: colocaban ademas en las sílabas acentos agudos, graves y circunflexos, que servian para levantar ó bajar la voz de los oradores. Así es que la declamacion en el foro y en el teatro tenía mucha semejanza con el recitado de la ópera moderna, puesto que podia acompañársela con instrumentos. Aristóteles considera á la música en su poética co-

mo una de las partes mas interesantes de la tragedia griega.

Pues bien, la accion y el gesto es sabido que se unen siempre á los tonos ó expresiones fuertes: tanto la primera como el segundo son esenciales en la elocuencia y en la declamacion; y aun en esta época en que apenas podemos formar alguna idea del grado á que llegaron ámbos en la antigüedad, si un orador ó un cómico conserváran el semblante inalterable al querer expresar algun afecto vehemente no conmoverian, excitarian el sueño. Los romanos les dieron una importancia extraordinaria: por Ciceron sabemos la competencia que hubo entre él y el cómico Roscio, que pretendia expresar un pensamiento solo con la accion y el gesto de una manera mas variada que el orador romano con la palabra. Esto parecerá tal vez exagerado, y sin embargo no era nada en comparacion de lo que llegó á ser el lenguage de accion en los tiempos de Augusto y de Tiberio: la pantomima era la diversion favorita de Roma y producia el llanto ó la risa como la tragedia y la comedia.

Pero no era posible que el lenguage de accion se sostuviese del mismo modo en la civilizacion moderna. Extendidos los bárbaros del

Norte por Europa y habiendo llegado al fin á dominar en la capital del mundo, introdujeron lentamente reformas en la lengua latina conformes con la índole de la suya y con su carácter septentrional. Mas reflexivos que los orientales y tan frios de condicion como los climas que habian ántes habitado, solo procuraban en su lenguage la exactitud del pensamiento y olvidaban la armonía de la frase y la prosódia musical de los griegos y los romanos. La accion y el gesto que conservaron estos, de la manera que dejamos indicada, desapareció de entre los bárbaros, porque ni se esmeraban en la elegancia de la elocucion, ni su carácter les permitia expresarse con la vivacidad y fuerza que los antiguos. Hicieron mas: acabaron con el hiperbaton latino, cuyo orígen se remontaba á los primitivos tiempos y tenia por obgeto la colocacion de cada palabra en el lugar de la cláusula que por su importancia y mayor efecto le correspondia.

Analizemos cualquier periodo de Ciceron ó de Horacio, y veremos como colocaban comunmente primero la palabra que expresa el obgeto principal y que mas heria su imaginacion, á no ser que la claridad ó la armonía exigiesen una colocacion diferente, y despues la persona ó cosa que obra.

Entre los muchísimos egemplos que pudiéramos citar del segundo en comprobacion de esta doctrina, escogeremos la Oda 38 por ser muy corta. En ella se vé claramente que el poeta en la colocacion de las palabras no solo tuvo en cuenta la armonía, sino la mayor fuerza en la expresion. Adviértase como principia con la palabra *persicos*, que sin embargo de ser un adjetivo, es la mas notable en la cláusula, puesto que ella sola basta para mostrar el mayor grado á que puede llegar el lujo, y en seguida á *puer* que es el nombre ó la persona que hace.

ODE 38.

Ad puerum.

Se non magnu apparatu gaudere.

Persicos odi, puer, apparatus:
Displicent nexæ philyrâ coronæ;
Mitte sectari rosa quo locorum
Sera moretur.
Simplici myrto nihil allabores
Sedulus curo: neque te ministrum
Dedecet myrtus, neque me sub arctâ
Vite bibentem. (1)

(1) El metro de esta Oda y otras varias de Horacio que están escritas en los mismos sáficos y adónicos, lo

A SU PAGE.

Horacio le advierte que no gusta de lujo ni de aparato.

No me agrada, niño,
El lujo de Persia
Ni que mis guirnaldas
Anuden ó prendan
Del tejo frondoso
Sutiles cortezas;
Ni rosas tardias
Buscarme prentendas;
Mas de verde mirto
Ciñe mi cabeza;
Que bajo la parra
Sombría y amena,
Lo mismo á mí el mirto
Bebiendo me sienta
Que á tí que la copa
De vino me llenas.

Trad. de Burgos.

De esta manera conseguian no solo darle mayor fuerza á la cláusula, sino mayor elegancia

---

imitó acertadamente Villegas en su composicion al céfiro que comienza:

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando. etc.

y número. Los bárbaros, que, como ya hemos visto, se ocupaban por su espíritu reflexivo mas de la propiedad del pensamiento y del órden lógico de las ideas, que de su viveza y energía, destruyeron el hipérbaton, quitándo á los nombres sus diferentes terminaciones, y con ellas una gran belleza á la lengua latina. Por eso ninguna de la Europa moderna conserva las inversiones antiguas en sus cláusulas. Solo la poesía que tiene por obgeto la expresion de los sentimientos animados y las pasiones con sus periodos armoniosos y elegantes, no ha perdido del todo la antigua libertad en las transposiciones en cuanto se lo permite la índole del lenguage moderno.

Volvamos al origen de este. Al principio era, aunque enérgico, muy escaso de palabras, por cuya razon debia estar lleno de imágenes, recargado de figuras y de metáforas, sino correctas, pintorescas al ménos y nerviosas. Así debia suceder, porque la falta de nombres propios para cada obgeto, obligó á los hombres á expresar con una sola palabra muchas cosas que tenian unas con otras cierta analogía: de manera que podia considerarse cada palabra como una verdadera síntesis, puesto que representaban al mismo tiempo muchos obgetos. Los hombres

estaban además familiarizados con los séres materiales y sensibles que les rodeaban y todas las palabras primitivas revelan este fenómeno por que casi no representan mas que cosas materiales hasta que por traslacion fueron significando fenómenos de la inteligencia. Esto se vé claramente en los pueblos salvages que se han ido descubriendo. El lenguage de los primeros tiempos debia ser sumamente metafórico por que para significar una idea, un sentimiento ó un deseo no tenian los hombres palabras con que pudiesen conseguirlo, y de aquí el valerse de las ya inventadas, pero con alguna semejanza hácia estos obgetos, para expresarlos por medio de ellas. Obsérvese que las palabras *corazon*, *voz*, *cabeza*, *floreciente*, *vida*, en su primitiva acepcion tienen un sentido material y por traslacion se usan para expresar fenómenos morales ó intelectuales. Lo mismo podria decirse de otras muchas. Tambien influye la fuerza de la imaginacion y de las pasiones á que estan sujetos los hombres rudos é ignorantes, que lejos de los placeres que proporciona la inteligencia y el refinamiento de las sociedades, lo que sienten con mas frecuencia es el miedo, el amor, el odio, la sorpresa y la admiracion: por consecuencia el lenguage ha de participar de la misma exageracion

que esperimentan en los sentimientos. Si los griegos y los romanos y especialmente los hebreos conservaron en gran parte ese lenguage recargado de figuras, si aun queda todavia mucho de él en la civilizacion moderna es porque sin su auxilio no puede expresarse toda la intensidad de las pasiones, ni los vuelos de la imaginacion, con una frase concisa y elegante. Ciceron comprueba esta doctrina en su tercer libro del orador. (1) «Se extiende (dice) á mucho el uso figurado de las palabras, que tuvo su origen en la necesidad, pobreza é imperfeccion del lenguage: despues se le adoptó por el placer y la delicia que de él resulta. Por que así como los vestidos se inventaron primeramente, para guarecernos del frio, y despues se adoptaron para ornato y dignidad del cuerpo, así la traslacion de las palabras que al principio se hizo por precision, siguió despues usándose por deleite.»

(1) «Modus transferendi verba latè patet; quem necesitas primum genuit coacta inopiâ, et angustiis; post autem delectatio, jucumditasque celebravit. Nan ut vestis frigoris depellendi causa reperta primo, post adhiberi cœpta est ad ornatum etiam corporis et dignitatem; sic verbi translatio instituta est inopiæ causâ, frequentata, delectationis.»

Donde ha desaparecido mas el lenguage figurado ha sido en los escritos filosóficos. La filosofía no se propone mas objeto que la investigacion de la verdad: para ello es forzoso que la inteligencia esté despejada de las pasiones que en este caso solo servirian para ofuscar la razon en vez de iluminarla. El filósofo necesita una completa tranquilidad para que todas sus facultades intelectuales estén expeditas y puedan auxiliarle en sus meditaciones. Pues bien: esa misma claridad tan necesaria en todas sus inducciones y deducciones, es forzoso que la traslade al papel, si ha de hacernos partícipes de sus adelantos. Para ello necesita valerse de un lenguage sencillo y claro, y huir de las figuras que en vez de contribuir á su elegancia, lo harian hinchado y ridículo. Las figuras son un gran recurso en la poesía y la elocuencia; pero en filosofía no producen mas que afectacion y oscuridad, que son la muerte del estilo y del buen gusto.

Aun mas breves seremos en el orígen y progresos de la escritura por ser harto conocidos, y porque su estudio no tiene un interes tan inmediato para nuestro intento, como el del lenguage que abraza no solo la palabra propiamente dicha, sino todo lo perteneciente á los

escritos de cualquier clase que sean.

Los caracteres escritos son signos de las cosas ó de las palabras: á las primeras pertenecen las pinturas y los geroglíficos antiguos: á las segundas los caracteres alfabéticos empleados por los europeos. Las pinturas fueron sin duda alguna uno de los primeros ensayos que los hombres rudos hicieron de la escritura, como segun refiere Blair se advirtió en los megicanos al tiempo de su descubrimiento. (1) Para significar que un hombre habia muerto á manos de otro, trazaban la figura de un hombre tendido en tierra y la de otro que estaba al lado suyo con un arma ofensiva: tambien solian transmitir á la posteridad por medio de pinturas los acontecimientos mas importantes de su imperio. Los geroglíficos, cuya invencion fué debida á la necesidad y no al deseo de ocultar los sacerdotes egipcios su erudicion, servian para representar obgetos invisibles por la semejanza que suponian entre estos y los signos referidos. Así, la ingratitud era significada por una víbora, la sabiduria por una hormiga, y la imprudencia por

(1) Véase á Blair en la leccion 7.ª sobre el orígen y progresos del lenguage y de la escritura.

una mosca. Este modo de representar las cosas tenia en nuestro sentir el grave inconveniente de que no pudiendo señalar con exactitud todos los grados de la cualidad moral significada, habia de quedar precisamente alguna vaguedad en la expresion. Mas siempre notamos un grande adelanto en los geroglíficos: por medio de las pinturas solo se expresaban objetos visibles, mientras que por medio de ellos los invisibles, ya fuesen morales ó intelectuales.

Los chinos despues de haber pasado por las pinturas y los geroglíficos, adelantaron mas en la escritura, inventando una señal que correspondiese á cada palabra; pero necesitan tantos caracterés como palabras acostumbran usar en su lenguage, y aun tal vez mas, porque la variacion de tono en una palabra le suele dar diversas significaciones. Blair supone que tienen setenta mil signos; siendo esto cierto, solo el leerlos y escribirlos con perfeccion supone el estudio de una vida entera.

Las naciones no podian, sin embargo, permanecer estacionarias con estos descubrimientos tan imperfectos en la escritura, y el espíritu humano infatigable siempre por alcanzar en todo la mayor perfeccion posible, conoció que empleando signos para significar mas bien las pa-

labras que las cosas, se lograrian ventajas considerables. Con este obgeto se usó primero el alfabeto de sílabas que se conserva todavía en Etiopia, en las poblaciones árabes del África, en Siria y en algunas comarcas de la India. Esa es una de las causas de que no podamos entenderlos fácilmente y de que se mantenga por mas tiempo la incomunicacion entre ellos y la Europa. Despues se inventó por el Fenicio Cadmo (1) un alfabeto de letras, que aunque incompleto porque no contaba mas que diez y seis, con el transcurso del tiempo se le fueron agregando las que hoy le conocemos. Segun Blair el alfabeto romano que usamos, está formado sobre el griego con algunas ligeras alteraciones; porque los eruditos observan, que los caractéres griegos, especialmente los de las inscripciones mas antiguas, tienen una semejanza grande con los caractéres hebreos y samaritanos, que son los mismos que los fenicios ó el alfabeto de Cadmo.

Las letras se escribieron al principio en un órden opuesto al que usamos hoy, esto es, de derecha á izquierda, como sucedia entre los

(1) Platon en su Fedro atribuye la invencion de las letras á Theuth egipcio.

asirios, los hebreos y los fenicios. Tambien se valieron de este mismo órden los griegos en tiempos muy remotos: luego lo variaron alternando sus líneas de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, segun las muestras que se conservan del tiempo de Solon; hasta que adoptaron el método que usan hoy todos los paises europeos. (1)

Grandes ventajas tiene la escritura sobre el lenguage oral. Por ellas progresa la humanidad; á ellas se debe la conservacion de los monumentos producidos por la inteligencia y el estudio infatigable del hombre, que sirven á los demas de base para sus investigaciones: sin ella habrian dado las sociedades muy pocos pasos en la carrera de las ciencias y las letras. Es

(1) Al principio fué la escritura una especie de grabado. Se emplearon planchas de piedra y chapas de metales como el plomo. Luego se fueron empleando materias mas blandas y ligeras, se usaron cortezas de ciertos árboles y tablas cubiertas con una espesa capa de cera en la cual se hacia la impresion con un cincel aguzado por una extremidad y chato por la otra para borrar las letras, que se llamaba estilo. Mas adelante se usó del pergamino: y por último, no anterior al siglo XIV, se inventó el papel, para cuyo obgeto se valen de él hoy todas las naciones.—*Blair*.

verdad que un orador tranquiliza ó agita los ánimos, los arrebata y los dirige á su antojo para conseguir el fin que se propone; pero solo pueden participar de ese entusiasmo los que le escuchan: su voz significa poco fuera del recinto en que egerce su poderosa influencia, mientras que el recinto de la escritura es tan extenso como el orbe. A la escritura han debido Homero y Virgilio su fama eterna, y Demóstenes y Ciceron el que se les admire hoy al leer sus discursos como á los primeros oradores del mundo.

¿Qué serian Platon y Aristóteles para la posteridad, si la escritura no hubiera conservado sus investigaciones filosóficas.? ¿Conoceriamos la verdadera historia, las ciencias y la política.? La humanidad estaría envuelta en la mas profunda ignorancia, la barbarie seria su patrimonio.

CAPÍTULO NOVENO.

RESÚMEN.

Diferencias generales entre la prosa y el verso.—De todos los escritos prosáicos, ningunos son susceptibles de mayor elevacion que los oratorios.—Escollos que debe evitar el orador en el estilo.—La prosa es mas moderada en el uso de voces anticuadas y extrañas que la poesia: porque se usan con mas sobriedad en la prosa.—Debe evitarse el uso frecuente de versos largos en la prosa al principio y al fin del periodo: razon de esta doctrina.

Despues de haber examinado el lenguage desde su nacimiento hasta su perfeccion, réstanos decir de cuantas maneras debemos considerarle.

El lenguage puede ser poético y prosáico: esta diversa cualidad establece entre ambos diferencias muy notables. La prosa se emplea regularmente para expresar las necesidades ordinarias de la vida, los pensamientos y los raciocinios; no

sale del mundo real y conocido, sirve para la discusion seria y reflexiva y su objeto es la expresion de la verdad. De aquí debe deducirse como consecuencia legítima que el lenguage prosáico no puede elevarse jamás á la altura de la poesía y si lo pretende degenera en hinchado y ridículo. Sin embargo aunque la elocuencia, tiene por base la lógica, recibe la vida y el colorido de la imaginacion y de las pasiones, y le es permitido á veces aunque con sobriedad el uso de giros y de figuras adoptadas por la poesía, como vemos en Ciceron, S. Juan Crisóstomo, Cervantes, Granada, Bossuet y Massillon. Solo en estos casos es cuando puede llegar la prosa á su mayor nobleza, es decir, en los momentos especiales en que el orador fortalece el raciocinio con el auxilio de las pasiones para que produzca todo el efecto que en sus discursos se propone. Mas para conseguirlo, no debe valerse de ellas desacertadamente: necesita, ademas del talento, un gran fondo de juicio, mucho gusto y un conocimiento profundo de los oradores y de la causa que defiende. El abuso de las pasiones y de la imaginacion es la muerte de la elocuencia, porque nada rebaja y desacredita mas las cosas y los hombres que el ridículo; y el abuso de los recursos mencionados habia de producirlo precisamente. Fuera de estos casos há

de ser natural y sencillo el lenguage prosáico por las razones que ya dejamos indicadas. (1)

Debe usarse en él con economía de los epítetos, de las palabras nuevas, de las anticuadas y de las extrañas; ni se les dará una acepcion diversa de la que tienen, ni se suprimirán los artículos y las proposiciones como sucede á veces en la poesía. No se usarán las palabras compuestas de dos vocablos, como *altisonante, honditonante, ondinoso, flamígero, aligero, trifáuce, ondivago, flamigero, beligero, armipotente, ignífero*, etc. á no ser en las que hayan sido vulgarizadas por el uso, como *argentífero, bien nacido, reciennacido, boquirrubio, pelinegro cegijunto etc.* que entónces son comunes al verso y á la prosa. Se abstendrá tambien la prosa del aumento ó supresion de las sílabas, á lo cual

(1) Aunque la prosa se usa mas comunmente para el raciocinio, le pertenecen tambien á veces la imaginacion y las pasiones. En prosa está el Quijote, en prosa las Aventuras de Telémaco y las Oraciones Fúnebres de Bossuet. Las dos primeras con especialidad son partos de la fantasía, como cualquiera otra composicion poética: por eso participa su lenguage de muchas de las cualidades que corresponden al verso. Lo mismo sucede casi siempre en la novela.

llaman los gramáticos paragoge, aféresis, síncopa y apócope, como *feroce*, *infelice*, y *pece* por *feroz*, *infeliz* y *pez*: *nudo*, *tropellar* y *sangrentado* por *desnudo*, *atropellar* y *ensangrentado*: *espirtu*, *crueza*, *desparecer*, *enredor*, por *espíritu*, *crudeza*, *desaparecer* y *enderredor*; y *algun*, *do quier*, *entonce* por *alguno*, *dondequiera* y *entónces*. Estas licencias tal vez tienen su origen en la necesidad de conceder á los poetas mayor holgura, para que los versos constasen de la verdadera medida y fuesen mas armoniosos. Eso, pues, revela que la prosa debe abstenerse de usarlas, porque jamás puede encontrarse bajo este aspecto en la misma necesidad que la poesía, aunque muy rara vez admita algunas que haya tolerado el uso.

Respecto al hipérbaton debe ser tambien mas moderado el dialecto prosáico que la poesía. En esta, como vimos en el capítulo del lenguage, no se observa el órden lógico de las ideas, sino el del interés, y el de los sentimientos que aquellas inspiran, porque atienden mas á la expresion de ellos que al raciocinio. Ademas la poesía debe cuidar de la armonía de las cláusulas, en lo cual se han esmerado todos los buenos poetas; porque como dice Quintiliano nada puede interesar nuestro corazon que ántes haya

desagradado á nuestros oidos. (1) Con efecto, si el principal fin que se propone la poesía, es el de producir un placer en nuestra alma, habia de disminuirse considerablemente si fuese inarmónica y descuidada. Pero la prosa, cuyo objeto es la expresion de la verdad, huye casi siempre de las figuras y de otros recursos en los giros que adopta la poesía para cautivar nuestra imaginacion. Por eso cuando olvida la prosa que la claridad y la sencillez deben ser sus principales caractéres, es amanerada como en los *nombres de Cristo* del M. Leon por haberse empeñado en comunicarle la inversion latina, que no permite la índole de la lengua castellana; como lo es tambien en la historia del *levantamiento de España* del conde de Toreno por haber usado en ella con profusion de arcaismos, juzgando que así daba mayor magestad á la narracion histórica.

No podria tolerarse en la prosa esta transposicion del Sr. Quintana en la Oda á Melendez

«Tal en la noche de los siglos *densas*
Crecer las *nieblas* de ignorancia viendo
Natura, y sacudiendo

(1) Nihil potest intrare in afectum, quod in aure velut quodam vestíbulo, statim offendit.

El ócio letargoso en que yacía.
Dijo que Homero sea,
Y Homero nace y resplandece el dia.»

Ni esta del Sr. Lista en una composicion dirigida á Fileno.

Ya, mi Fileno, desde el rubio toro
Vierte el sol jóven sus calientes rayos
Y las *prisiones* que forjó el invierno
rompe *de nieve*.

Ni esta de Garcilaso de la Vega.

. . . . . Oh *mezquina*
Suerte la del humano estado y *dura*.

Todas son admisibles en la versificacion, pero la última citada nos parece un poco violenta aun en la poesía.

Debe ser la prosa ademas muy moderada en el uso de las imágenes, cuyo objeto es presentarnos las cosas, aun las inanimadas y abstractas, de una manera visible. Por este medio se dá á los pensamientos mayor viveza, mayor vida y energía; y hablando el poeta á la imaginacion y á las pasiones es forzoso que se valga con frecuencia de este recurso, si ha de sostener, sin que decaigan, la animacion y el movi-

miento. La Escritura en el libro 1.° capítulo 1.° de los Machabeos dice de Alejandro: «Siluit terra in conspectu ejus:» «calló la tierra delante de él». Esta sublime imágen presenta con una sola pincelada todo cuantò hay de extraordinario en el poder de Alejandro, lo cual no se habria conseguido con una locucion sencilla. Nuestro Rioja conoció eso mismo, y casi tradujo este pensamiento al hablar de la grandeza y de las conquistas del Emperador Trajano en su cancion á las ruinas de Itálica.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España
Pio, felice triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que vé del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.

¡Lástima que, ó bien por llenar la estancia, ó por amplificar acaso el pensamiento, añadiera los dos versos últimos, que sin duda debilitan mucho la sublimidad del tercero! La palabra *postró* dá una fuerza extraordinaria á la imágen, y en esto nos parece Rioja superior al original. En la Escritura se presenta á la tierra muda en presencia del héroe macedon; pero Rioja no solo

la supone muda sino postrada delante de Trajano.

Así como el uso de los recursos que hemos indicado, dan á la poesía la animacion conveniente y la auxilian en los sublimes vuelos con que camina por las regiones que crea la fantasía, así como esa entonacion elevada y magestuosa le es tan necesaria porque corresponde á su misma naturaleza; la prosa que no sale ordinariamente de la esfera de la realidad, y no tiene mas base ni mas auxilio que la razon investigadora de lo verdadero, debe ser sencilla y modesta, porque el atavío y la riqueza en vez de hacerla elevada mas de lo que se debe, producen la hinchazon y le dan un aire pedantesco é insoportable.

Por último, es conveniente no usar en la prosa con frecuencia de los versos, especialmente de los largos, al principio ó al fin de un periodo, y aun evitar los octosílabos cuando están muy repetidos, pues producen cierta simetría ó compás que desagrada mucho al oido y destruye la naturalidad de la construccion en el estilo. El Sr. Reynoso para probar la verdad de esta doctrina cita el siguiente pasage de Fr. Luis de Granada. «¡Oh muerte! eres un martillo que siempre hiere..... cárcel dónde todos entran, mar dónde todos peligran, pena que todos pa-

decen, tributo que todos pagan.» Esto parece el final de una relacion de comedia antigua y de mal gusto por cierto.

Tambien rechazaban los latinos en la prosa el uso de los versos al principio ó al fin del periodo, mas no sucedia lo mismo con los emistiquios y con los versos cortos, que, como dice Quintiliano, cuando no están repetidos no solo los admitian, sino que aun los elogiaban. Pero obsérvese que por el uso de los emistiquios es muy difícil que resulte la falta que hemos censurado respecto á los versos largos, así como tampoco puede ocurrir cuando se usen de diferente medida. De otra manera no podria escribirse en prosa. Recórranse nuestros mas célebres prosistas y hallaremos muy repetidos en ellos los versos, si prescindiendo del sentido gramatical juntamos las expresiones sin alterar su colocacion. Así lo hizo Quintiliano para hallar en Ciceron el exámetro que critica.

Hermosilla imitó en este trabajo al humanista latino y analiza la primera cláusula del Quijote de Cervantes: dice así. «Separémosla en porciones (algunas sin violentar el sentido) y tendremos versos de varias medidas. Aquí están.

En un lugar de la Mancha. . . .
de cuyo nombre no quiero. . . . } dos de ocho sílabas.

acordarme, no ha mucho tiempo. . uno de nueve.

que vivia. . . . . } dos de cuatro.
un hidalgo. . . . . }

de los de lanza. . . . . } dos de cinco.
en astillero. . . . . }

adarga antigua y rocin. . . . . } dos heptasílabos, que equivalen á octosilabos.»
flaco y galgo corredor. . . . . }

En este egemplo vemos que las palabras y la construccion están admitidas por el uso, y lo mismo sucede en el órden y en los giros que son claros y sencillos. Claridad y sencillez son las cualidades esenciales de la prosa; y aunque los poetas no deben olvidar la primera, bástale una claridad respectiva á los lectores ilustrados. Por eso no podrá tacharse de oscuro el estilo de la oda y del poema épico, que aunque incomprensible muchas veces para el vulgo, porque requiere para su inteligencia ciertos conocimientos, es claro para los hombres de estudio y entendidos. Mas la prosa debe ser comprendida de todos, porque no se dirige á ninguna clase de la sociedad especialmente, sino á todas, y por lo mismo debe estar al alcance de todas las personas. Sin em-

bargo, cuando se la emplea en tratados científicos, no podrá llamársele defectuosa, porque exceda á la inteligencia de la gente vulgar, siempre que sea clara para los que se consagran al cultivo de las ciencias.

CAPÍTULO DÉCIMO.

RESÚMEN.

Clasificacion de los escritos.—La elocuencia: su definicion —Division que hicieron los antiguos de la elocuencia: sus inconvenientes.—Otra division, defectuosa tambien.—Diferencia entre la oracion fúnebre de los gentiles y la de los cristianos.—Egemplo del género sencillo de la elocuencia, tomado de la filipica tercera de Demóstenes, llamada tambien segunda Olyntiaca.—Egemplo del género florido tomado de la oracion de Ciceron por *Marco Marcelo*.—Egemplo del género sublime, tomado de la oracion fúnebre de Bossuet por la reina de Inglaterra, esposa de Cárlos primero.—Otras divisiones de la elocuencia.

Llegamos ya segun el órden lógico á la clasificacion de los diferentes géneros de escritos. Unos requieren necesariamente la prosa, otros el verso y otros participan de ámbos, porque pueden escribirse en cualquiera de los dos, como sucede con especialidad á las composiciones

dramáticas. En la prosa puede proponerse el escritor la persuacion, y entónces recibe el nombre de elocuencia: el narrar hechos verdaderos y se llama historia: si los que refiere son fingidos, novela; si el objeto de su obra es instruir sobre las ciencias ó las artes, didáctica: y si habla con alguna persona que está ausente, epístola ó carta.

Siguiendo el órden establecido en la clasificacion de las composiciones escritas en prosa, comenzaremos por la elocuencia, explicando con detenimiento sus diferentes divisiones, su historia, sus requisitos, las cualidades con que debe estar adornado el orador y los varios géneros en que puede egercitarse. Materia es esta tratada con mucho acierto por algunos célebres humanistas, y en la cual no tenemos la vana pretencion de introducir ideas mas luminosas que las presentadas por ellos; sino la de extendernos, por lo interesante de ella, algo mas de lo que corresponde á esta obra. Sin embargo reuniremos lo que juzgamos mejor y se halla esparcido en los escritores sobre la materia, añadiendo las observaciones que nos ha sugerido su lectura, la de los oradores antiguos y modernos y el estado actual de la civilizacion.

La elocuencia, segun su origen latino se de-

riva de la palabra *eloqui* que significa *aperte eloqui* y en castellano hablar bien. Esta definicion, ademas de que solo es de palabra y no de cosa, tiene el defecto de ser demasiado genérica: así es que comprende la poesía que, aunque bajo cierto aspecto, sea una verdadera elocuencia, su principal fin no es sin duda alguna la persuacion. La elocuencia es para nosotros el talento unido con el arte de persuadir. Mr. d' Alambert dice que «ser elocuente, es hacer pasar con rapidez, é imprimir con fuerza en el alma de otros, el sentimiento profundo de que el orador está penetrado.»

Aunque aprobamos la definicion de este escelente humanista, nos inclinamos mas á la nuestra, no ya por espíritu de partido, sino por que siendo mas circunscrita, es al propio tiempo mas circunstanciada y precisa. Mr. d' Alambert llama en otro lugar á la elocuencia un *talento* y rechaza la palabra *arte*, que adoptaron muchos retóricos antiguos y modernos, dando por razon que el arte se adquiere con el estudio y el egercicio; que la elocuencia es un don de la naturaleza, y que las reglas jamás la producirán en una obra ó en un discurso. Sobre la necesidad del estudio de los buenos modelos nos hemos ocupado al principio de esta obra bastantemente para que volva-

mos á hacerlo otra vez con el mismo detenimiento. Diremos con todo que el talento desnudo del estudio y separado de las reglas, no ha presentado jamas ni oradores, ni poetas, ni artistas recomendables. Para la poesía y las artes, así como para la elocuencia, se necesita talento y facultades especiales: mas así como el diamante no brilla con toda su hermosa luz hasta que se le ha despojado de las capas toscas que lo envuelven, tampoco el entendimiento se manifiesta con toda su fuerza pensadora, hasta que iluminado por el estudio no ha sacudido la niebla que lo oscurece. Arte se llama á la poesia, arte se llama á la pintura, y ninguno ha creido que puede llegarse á la perfeccion en ellas con solo el estudio de los modelos y de las reglas, si faltan el talento, la sensibilidad y la fuerza creadora. Aun cuando por una feliz estrella lleguen á reunirse estas cualidades es bien seguro que sin el estudio y sin el conocimiento de las reglas quedarán oscurecidas y serán estériles. Si se las dá el nombre de artes, es porque reciben un poderoso é imprescindible auxilio de las reglas, así como la elocuencia lo recibe de la retórica. (1)

(1) La primera vez que se presentó Demóstenes en la Tribuna pública hizo reir, segun dice Plutarco, por la

Respecto á la persuacion, que tambien tiene d' Alembert por insuficiente para determinar la verdadera cualidad de la elocuencia, estariamos conformes con su juicio, si solo significara esa palabra, como algunos creen y entre ellos Blair, poner en egercicio la voluntad. Mas el orígen latino de la palabra *persuadir* y la acepcion de ella en castellano manifiestan bien claramente que significa convencer el entendimiento y mover la voluntad

---

extrañeza de su estilo entre cortado con largas frases y atormentado por un lujo exagerado de entimemas. Tenia ademas la voz débil y la pronunciacion mala. Tampoco quedó muy satisfecho en la segunda: y no volvió á hablar públicamente hasta despues de haber vencido por medio del arte todos los obstáculos que se oponian á que fuese, como al fin lo consiguió, el primer orador del mundo. ¿Cuando es Schapeare inimitable? Es cuando contra todas las reglas del buen gusto introduce á Hamlet filosofando con unos sepultureros sobre el destino de los huesos de ciertos hombres? No sin duda alguna: en escenas como la que acabamos de citar, en vez de admirar al genio, compadecemos sus lamentables extravios. Mas en algunas de las situaciones terribles y bellísimas de Romeo, Macbet y Otelo, en que no ha desnaturalizado los sentimientos ni quebrantado las reglas del buen gusto, le juzgamos extraordinario, tal vez el primer dramático del Universo.

hácia alguna cosa. La prueba está en que el verbo castellano *persuadir* se deriva del latino *persuadere*, el cual está usado por los clásicos latinos en el sentido de conocer. César dice «sibi quidem persuaderi,» lo cual significa estar convencido de alguna cosa ó creerla. Hasta en el trato comun se dice ordinariamente «estoi persuadido de la verdad;» «al fin logré persuadirlo.» (1)

Si, pues, la palabra *persuadir* hace relacion al entendimiento y á la voluntad, claro es que comprende el carácter esencial de la elocuencia, puesto que se propone el conocimiento de la verdad y el movimiento de la voluntad hácia algun objeto; cualidades que están inclusas, como ya hemos visto, en la persuacion. Estas son las razones que nos han movido á no colocar en la definicion de la elocuencia el verbo convencer, por juzgarlo redundante.

La elocuencia se dirige á instruir y á mover agradando: para conseguirlo debe adoptar el raciocinio, siempre que no sea descarnado y severo como en la lógica; tambien se valdrá de la con-

(1) Véase al Sr. Reynoso en sus principios generales de las humanidades. Mihi persuades. *Cic.*

mocion de afectos auxiliada con la fuerza de la razon y las bellezas del estilo. Si falta esta, podrá el orador excitar las pasiones de los oyentes, pero no conseguirá resultado alguno favorable, porque la voluntad no se habrá decidido á obrar de la manera que el orador pretende. Las pasiones son el medio mas poderoso en la elocuencia para apoderarse del corazon, si la verdad va envuelta en ellas; de ese modo las excitaron contínuamente Bossuet y Massillon; pero lo repetimos, siempre debe servirles de fondo el raciocinio y la verdad: cuando les faltan estos requisitos no se convence el entendimiento; cuando no se las coloca en el lugar debido, podrán conmover acaso nuestra alma, pero tambien la voluntad permanecerá impasible, si es que no produce el orador un efecto contrario.

Los antiguos, entre ellos Quintiliano y aun algunos modernos, han dividido la elocuencia en invencion, disposicion y elocucion. La primera consiste en la meditacion del asunto, en la reunion de las razones y argumentos y de todos los materiales necesarios para la formacion del discurso. La segunda en la distribucion de las partes de que se compone aquel, y en la colocacion de las pruebas. Cuando no hay un órden lógico, se confunden las materias unas con otras, des-

aparece la claridad y las razones pierden toda su fuerza. Lo que no se entiende, ni convence ni interesa; las razones de mas fuerza pueden pasar desapercibidas por el auditorio, y por el contrario la claridad y el órden acertado en la colocacion de los argumentos los hacen aparecer tal vez mas sólidos y fuertes de lo que son en realidad. Para la disposicion es de suma importancia el estudio de las reglas que dicta la retórica, porque en ella tiene tanto lugar el arte como el talento. Por último, consiste la tercera en las formas correspondientes al género oratorio, en la eleccion de las palabras y de las figuras, que sin destruir la claridad y armonía del estilo, le hagan mas enérgico, al propio tiempo que mas oportuno y elegante. Tambien son de grande importancia los preceptos del arte para la eleccion.

Pero no es aplicable esta division solamente á la elocuencia. En cualquiera composicion, ya pertenezca á la poesía, ya á la prosa, deberá tener el mismo lugar. ¿Pueden escribirse una epopeya, una tragedia ó una historia sin meditar con detenimiento el asunto para reunir las ideas que deben darles vida y elevacion? ¿sin que sus diferentes partes guarden una colocacion natural y ordenada que las haga inteligibles y les dé la

unidad necesaria, y sin un estilo correspondiente á su género.? Las palabras de Ciceron «quid dicat, et quo loco et quomodo» son aplicables, no solo á la elocuencia propiamente dicha, sino á cualquiera otra obra literaria, ya pertenezca á la prosa ya al verso.

Hay otra division que nace de los tres principales deberes del orador, ó sea de la necesidad de instruir, interesar y agradar, porque forman tres caracteres diversos de elocuencia. En la instruccion vemos una afinidad inmediata con las pruebas, así como en el interes y el agrado una relacion íntima con las pasiones y el ornato en el decir. De los tres deberes referidos nacen el género simple, el templado y el sublime. Esta division no debe confundirse con la que hacen de la misma clase los humanistas hablando del estilo. Ciceron, en su tratado del orador, compara el género simple á cierta clase de mugeres bellas á quienes sienta mal el adorno, añadiendo que ha de ser este agradable é interesante sin pretencion. Mas esa naturalidad no debe ser tosca y desaliñada, sino libre de pompa y gala, porque su oficio es presentarnos las cosas como son, con claridad y sin atavíos. De aquí se sigue que se limita á interesar y persuadir con frases, con pinturas y afectos sencillos: los sentimientos

que despierta, no conmueven hondamente nuestra alma, y los grandes rasgos y las pinceladas valientes están lejos de su competencia. El género templado ó florido, dice Ciceron en su mismo tratado referido, que tiene un lugar entre el sublime y el simple; que no llega á la elevacion del primero ni á la sencillez del segundo, y se distingue por una elocucion dulce y flúida, por la variedad de los giros, por su facilidad y armonía y por la riqueza del lenguage. Pero los grandes cuadros, la magestad, la vehemencia, la energía y las pasiones fuertes, esos brillantes recursos de la elocuencia que arrebatan el alma, que encadenan el corazon y el pensamiento y los dejan absortos y confundidos, son los que caracterizan el género sublime. Ciceron, á quien contínuamente citaremos en este tratado como al maestro mas perfecto sobre la materia, dice, que el género sublime es magestuoso, abundante y magnífico y reune en sí todo lo que el arte oratorio tiene de mas enérgico y mas vehemente. Supone ademas que es el que domina en las deliberaciones públicas, que despues de haber excitado los aplausos y la admiracion de los hombres, les deja en el desaliento por no poder alcanzar á la alta perfeccion á que él se eleva. En una palabra, que reina sobre los espíritus y los corazones, que

unas veces destroza todo cuanto le sirve de obstáculo, y otras se insinúa en el alma de los oyentes con un encanto secreto, estableciendo nuevas opiniones y arrancando de raiz las que parecen mas fuertemente establecidas. Quintiliano, en el libro doce de sus instituciones oratorias, compara el género sublime á un rio impetuoso que todo lo arrebata en su curso irresistible y supone que á una elocuencia de esta especie la resistencia de los jueces y del auditorio es vana.

¿Y que dirémos de esta division? Será fácil citar un solo discurso completo que pertenezca entero al género sencillo, al templado ó al sublime? ¿podrán sino distribuirse los tres géneros en las diferentes partes del discurso? De una y otra opinion estan en contra el buen sentido y la práctica. Prolónguese por mucho tiempo cualquiera de los tres géneros y producirán una monotonía insoportable. El sencillo hará el discurso trivial, pobre y mezquino; habrá pocas ideas que cautiven nuestro entendimiento y desaparecerá la variedad y la gradacion, que son las cualidades que mas suspenden el alma y la interesan y que son comunes á los tres géneros. El templado lo hará redundante, frio, débil y lleno de hinchazon: y el sublime no hay orador que tenga bastante genio para sostenerlo mucho

tiempo sin que decaiga. Además, cuando se prolonga el patético, produce dos fenómenos contrarios, pero ámbos desagradables: ó concluye por destruir la impresion fuerte y profunda que habia causado, reemplazándola con el cansancio y el fastidio, ó angustia el corazon y le oprime causando un mal-estar y un verdadero disgusto. Nadie es mas sublime que Bossuet en sus oraciones fúnebres, aunque no siempre, porque no ignoraba que la monotonía es la muerte del estilo y de los pensamientos. La division, pues, de que hablamos, es defectuosa porque vemos confundidos los tres géneros, y así debe ser casi siempre para que la elocuencia no pierda sus grandes recursos y las gracias que en ella nos cautivan.

Mas tendrá lugar esta division en las diferentes partes de que consta el discurso? es decir ¿podremos colocar el género sencillo en el exordio y en la narracion, el templado en las pruebas y el sublime en la peroracion ó el epílogo? No; por que resulta el mismo inconveniente. El exordio es casi siempre sencillo, pero tambien es á veces elevado y patético, como sucede en las oraciones fúnebres y cuando lo exige la naturaleza del asunto. La confirmacion es unas veces sencilla, otras apasionadas, y otras

florida. Ciceron nos confirma esta doctrina con bellísimos egemplos: y no siempre se recurre á la conmocion de las pasiones en el epílogo, puesto que con alguna frecuencia concluye el discurso por simples razonamientos.

Sin embargo la division de la elocuencia en los géneros sencillo, templado y sublime no es tan absurda en nuestro concepto como en invencion, disposicion y elocucion; por que, si bien, como ya hemos visto, se mezclan los géneros, es indudable, especialmente en la civilizacion moderna, que la elocuencia del púlpito requiere mayor magestad y elevacion que ninguna, y que en ella se emplean el patético y la uncion con mas vehemencia y mas repetidamente que en los otros géneros. Despues le sigue en dignidad y en el uso de los recursos oratorios la elocuencia parlamentaria, así como la del foro se distingue por la sencillez en la elocucion y por la templanza en todos los medios que adopta la razon para conseguir el obgeto que se propone.

Mas no puede decirse lo mismo de la oratoria entre los griegos y los romanos. Conocieron, es verdad, la oracion fúnebre, pero entre ellos no era religiosa: se referia á las virtudes militares pero nada mas; no representaban las acciones buenas como un camino para alcanzar la bie-

naventuranza, porque fuesen gratas á la divinidad, sino como buenos modelos que debian imitar los demas ciudadanos para ser útiles á la patria. Por eso no podia ser tan elevada y sublime como entre los cristianos, ni mucho ménos producir ese contraste extraordinario que resulta entre la pequeñez y vanidad pasageras de las humanas grandezas y la omnipotencia del Ser Supremo. En Atenas y en Roma por el contrario todos estos discursos se dirigian á realzar el poder del hombre, su valor y destreza en los combates y aun á adular á la multitud que los escuchaba; entre nosotros á presentar la nada de grandes potestades, á manifestar que todo al lado de la eternidad es humo, y ante Dios polvo el mayor monarca de la tierra. De aquí el que la oracion fúnebre que colocaban en el género demostrativo, de que mas adelante hablaremos, no tuviese mayor elevacion que las demas clases de la oratoria, porque era profana como ellas. Tampoco podia haber la diferencia que hoy entre la parlamentaria y la forense: los tribunales para fallar las causas eran sumamente numerosos y á veces los formaba el pueblo entero: á esta especie de jurado ó junta popular, que por lo comun decidia los negocios por la equidad y la prudencia, era necesario hablar en el mismo len-

guage y adoptando los mismos medios de persuacion, cuando se acusaba ó se defendia á un reo, que cuando se proponia una ley como útil al estado. Esto es, no solo se hablaba en ambos géneros al entendimiento, sino al corazon y á la fantasía. (1) Pues bien; entre esos medios de ata-

(1) En tiempos de Demóstenes y de Ciceron los estatutos municipales eran pocos, sencillos y generales; y la decision de las causas se dejaba en gran parte á la equidad y prudencia de los jueces. La elocuencia mas bien que la jurisprudencia era el estudio de los que se aplicaban á orar. Ciceron ha de decir en alguna parte que bastan tres meses de estudio para hacer un jurisperito completo: aun mas; se pensaba que podia uno ser buen abogado sin haber estudiado nunca las leyes. Y así entre los romanos habia ciertos hombres llamados *Pragmáticos*, cuyo oficio era suministrar al orador todos los conocimientos legales que requeria la causa; los cuales componia él despues en la forma popular, y vestia con aquellos colores de la elocuencia, que eran mas á propósito para influir sobre los jueces.

Lo segundo podemos observar, que los jueces civiles y criminales ya en Grecia ya en Roma, fueron ordinariamente muchos mas en número que entre nosotros; y formaban una especie de junta popular. El célebre tribunal del areópago de Atenas se componia de cincuenta jueces por lo ménos. Algunos le hacen constar de muchos mas. Sócrates fué condenado por doscientos ochenta votos. En Ro-

que ó de defensa entraba á veces el de lisongear la vanidad de la asamblea, elogiando en ella virtudes y cualidades de que acaso carecia, ó á la persona que era mas poderosa entre todos los que la formaban. Como debe suponerse con bastante razon los géneros habian de confundirse frecuentemente por esta causa, y de ello tenemos repetidos egemplos en Demóstenes y Ciceron. Léanse la Oracion de la Corona, la de *pro Archia poeta* y la primera Catilinaria, y se verá cuan cierta es nuestra doctrina.

No continuaremos hablando sobre las últimas divisiones de la oratoria sin citar ántes egemplos del género simple, del templado y del sublime para que puedan comprenderse mas claramente. Comenzaremos por el primero, citando

---

ma el Pretor que era juez tanto en las causas civiles como en las criminales, nombraba para las de importancia *jueces escogidos*..... de aquí es que se hizo tanto uso de las lágrimas y de la conmiseracion, como de instrumentos para ganar una causa: y que ciertas prácticas que entre nosotros se tendrian por teatrales, fuesen comunes en el foro romano; como no solo el introducir el reo vestido de luto, sino tambien el presentar á los jueces su familia, y sus tiernos hijos procurando moverlos con sus gritos y llantos.—*Blair pág. 4 y 5. 1.ª ed.*.

para ello un bellísimo trozo de la tercera filípica de Demóstenes, llamada tambien segunda Olynthiaca.

Filipo rey de Macedonia, habia introducido sus tropas en la Eubea, isla perteneciente á Atenas á quien se la hubiera arrebatado á no encargar esta república á Focion la defensa de aquella posesion importante. Arrojados los macedonios de la isla, para reparar Filipo esta derrota, llevó sus tropas al Helesponto, donde se apoderó de los fuertes de Gera, de Stagira, pátria de Aristóteles, de Myciberno y de Torona. Para acabar de cubrir sus fronteras, no le faltaba mas que apoderarse de Olyntho. Esta ciudad, hoy Olyntho ó *Hagios-Mamas* fundada en los tiempos del sitio de Troya por Brangas, hijo de Strymon, rey de Tracia, estaba habitada desde las guerras médicas, por griegos originarios de Chálcis, colonia ateniense de la Eubea. Era agrícola y mercantil y se elevaba sobre un canton fértil que llama Heródoto Sithonia, entre dos orillas cerca de una pequeña bahía que termina al N. O. el Golfo de Torona. (1)

(1) Stievenart, traduccion de las obras completas de Demóstenes y Esquines.

Convencidos los atenienses que la seguridad de Olyntho contribuia á la de ellos, enviaron á Cháres con treinta buques y tres mil soldados mercenarios para protegerla. Este general, en vez de amparar las posesiones de Olyntho de que se iban apoderando las tropas macedonianas, para calmar la rapacidad de sus tropas descendió á la tierra fértil de Palene y dispersó un cuerpo de ochocientos hombres mandados por Audeo. Esta victoria no solo no fué juzgada como importante, sino que escitó la burla de los poetas cómicos. Sin embargo Atenas ligera, como siempre, se llenó de alegria y de confianza: mas Demóstenes que la conocia profundamente subió á la tribuna para recomendarles la circunspeccion y la prudencia, advirtiéndoles que solo debia tratarse de castigar á Filipo, y de defender á los aliados.

«Conoced, pues, atenienses esta verdad: un decreto no sirve para nada sin la resolucion fuerte de ejecutar con energia lo que por él se dispone. A la verdad, si los decretos tuvieran la virtud de encadenaros a vuestro deber, ó de ejecutar lo que prescriben, es seguro que no los hubieseis prodigado para tan poco: ¿que digo? para no hacer nada, y Filipo no prolongaria sus ultrages por tantos años, por que, gra-

cias á vuestros decretos, ya haria largo tiempo que hubiera sufrido el castigo. Mas no sucede así: aunque sea la ejecucion posterior en órden á las deliberaciones y á los votos, es en realidad la mas eficaz y la primera. Ella solo nos falta, adoptémosla. Teneis ciudadanos capaces de aconsejaros dignamente y sois los mas penetrantes de todos los hombres para juzgar sus palabras. Hoy tambien es vuestro el poder de la accion, si sois sabios. ¿Y que época, que oportunidad mas favorable buscareis para ello? Si ahora no, cuando pensais cumplir con vuestro deber? ¿Acaso porque el usurpador no es todavia dueño de todos los baluartes de la república? Dejarle que se apodere de esa comarca (1) seria cubrirnos de una infamia vergonzosa. Porque aquellos á quienes juramos estar prontos á salvar si alguna vez se les atacaba ¿no son ya acometidos? ¿No es el agresor nuestro enemigo? ¿No es despojador de lo nuestro? ¿no es un bárbaro? ¿Quién podrá decir todo cuanto ha hecho contra nosotros? ¡Oh dioses! despues de haberle cedido todo, ¡nosotros que somos los

(1) Olyntho Chalanica, de la cual habian caido treinta y dos poblaciones en poder de Filipo.

cómplices de su fortuna, preguntaremos quien nos há vendido! Porque lo sé bien, no confesaremos que somos los culpables. ¿En el peligro del combate hay algun fugitivo qué condene su propia cobardia? Acusa á su general, á su compañero, acusa á todo el mundo escepto á él mismo.»

Este pasage está lleno de una elocuencia sencilla y fuerte, á la cual no conviene el ornato, porque el lujo de las palabras perjudicaria mucho á la lógica del raciocinio. Mas esta es la oratoria que dá los grandes trinnfos. Cuando á la inteligencia y á la voluntad se las encadena con la fuerza del pensamiento, llevándolas sujetas por una serie de argumentos sólidos y vigorosos, sin permitirle la mas leve distraccion, el auditorio queda sin réplica y profundamente convencido.

Respecto al género templado ó florido, nos servirán de ejemplo algunos periodos tomados de la magnífica oracion de Ciceron *pro Marco Marcelo.*

Marco Claudio Marcelo distinguido por su nacimiento, sus dignidades, sus talentos y valor se habia declarado durante su consulado adversario de César, y ninguno se habia opuesto en el senado con mas fuerza á sus pretenciones.

Habiendo sido contrario el resultado de la ba-

talla de Farsalia á su causa, se desterró voluntariamente á Mitilene en la isla de Lesbos, donde habia pensado concluir su vida lejos de la tirania y del tumulto de las armas, consagrándose al estudio. Pero las instancias de su hermano y las de Ciceron su amigo íntimo variaron su resolucion y consintió en que se hiciesen algunas diligencias para obtener de César el permiso de volver á Roma. Hé aquí como refiere Ciceron en una epistola dirigida á Servio Sulpicio la escena ocurrida en el senado con este motivo. «Despues de haberse quejado César del carácter duro de Marcelo (así era como le apellidaba) y de haber alabado de una manera muy honrosa vuestra moderacion y vuestra prudencia, de repente, cuando ménos se esperaba, declaró que no podia rehusar al Senado nada en favor de Marcelo á pesar de sus justos resentimientos.

En efecto el Senado á las primeras palabras de L. Pison (1) y cuando C. Marcelo (2) se arrojó á los piés de Cesar, se levantó unánime y apoyó la súplica. Os lo diré con franqueza; este dia me há parecido tan bello, que juzgué ver

(1) L. Pison padre político de César.
(2) Hermano de M. Marcelo

la nueva aurora de la república. Todos los senadores que hablaron ántes que yo dieron las gracias á César escepto Volcacio que opinó que Marcelo no debia admitir el perdon. Cuando llegó á mí la palabra, varié repentinamente la resolucion que habia adoptado de guardar silencio toda mi vida, no por inercia á fé mia, sino por conservar el prestigio de mi antigua dignidad. Mas la magnanimidad de César y la solicitud del Senado quebrantaron mi pensamiento: dí las gracias á César en un discurso tal que temo privarme ya en los demas negocios del ócio honesto que era el consuelo de mis pesares.» (1)

Algunos suponen que aunque César habia conocido bien las disposiciones del senado en favor de Marcelo, quiso que la votacion fuese nominal con el objeto de que Ciceron rompiese su largo silencio: dijo así.

«La fecundidad del génio, los esfuerzos de la elocuencia y de la historia serian inútiles, no digo para elogiar, sinó para narrar tus acciones guerreras. Ninguna de ellas, sin embargo, y esto no te ofenda, contribuirá á una gloria tan bri-

(1) Ep. f. 477. El año de Roma 707.

llante como la que en este dia has alcanzado. Muchas veces ocupa mi pensamiento una verdad que entre mis amigos repito con frecuencia y es que todos los altos hechos de nuestros generales, de las naciones extrangeras, de los pueblos mas poderosos y de los monarcas mas esclarecidos, no pueden compararse con los tuyos, sea que se considere la grandeza de las victorias, el número de las batallas, la variedad de los paises, la celeridad de la egecucion y la diversidad de las guerras. Ningun viagero ha recorrido con tanta rapidez regiones tan distantes las unas de las otras, como tu á la cabeza de tus legiones victoriosas.

La locura sola podria desconocer la magnitud de tus hazañas, que admiran á la imaginacion y apenas puede comprender el pensamiento: pero aun hay cosas mayores. Los triunfos militares suelen tener sus detractores; algunos rebajan á los generales mucha parte de su gloria y se la dan á los soldados; y ciertamente, el valor de las tropas, la ventaja de las posiciones, el socorro de los aliados, las escuadras, los convoyes contribuyen mucho á la victoria. La fortuna sobre todo reclama la mayor parte de derecho, porque considera el buen éxito como obra suya.

Mas la gloria que has adquirido en este dia,

C. César, no tienes con quien dividirla. Toda ella, cualquiera que sea su excelencia, que sin duda es grande, pertenece á tí mismo. Ni el Centurion, ni el Tribuno, ni la infantería, ni la caballería pueden arrogarse esta gloria. La fortuna misma, esa dominadora de las cosas humanas, no tiene en ella parte; te la cede y confiesa que es tuya solamente.

Has domado innumerables naciones bárbaras, de infinita extension, inagotables en recursos; pero esas naciones que venciste, ni la naturaleza, ni el destino las habia hecho invencibles. No hay ningun poder por fuerte que sea, que no pueda debilitarse ó destruirse por la fuerza y el hierro; pero vencerse á sí mismo, reprimir su cólera, moderar la victoria, tender una mano amiga á un adversario distinguido por la nobleza, por el talento, por la virtud, colocarlo aun en lugar mas alto; al que hace esto no ya le compararé á los héroes, sino le juzgo semejante á la divinidad.

Tus acciones, C. César, se celebrarán, no solo en nuestros fastos, sino en los anales de todas las naciones del mundo: eternamente se ocuparán las generaciones futuras en tu alabanza. Sin embargo, cuando leemos la narracion de tus batallas y tus victorias, parece que todavía nos estremece el sonido de las trompetas y el

grito de los soldados. Si por el contrario leemos ú oimos contar una accion clemente, dulce, de justicia, de moderacion, de sabiduria, egecutada con especialidad enmedio de la cólera, enemiga de la razon, ó en la victoria, de suyo soberbia é insolente ¿no nos sentimos inclinados por un dulce impulso, aun en las narraciones fabulosas á estimar á la persona que la egecutó, aunque jamas la hayamos visto?

Mas tú, á quien nuestras miradas contemplan, cuyos pensamientos y deseos no tienen mas objeto que el conservar á la patria lo que las desgracias de la guerra no le han arrebatado, ¿con qué aclamaciones te manifestaremos nuestro reconocimiento? ¡Ah! me parece que los muros de este edificio llenos de alegria, quieren hablar para darte las gracias porque dentro de poco tiempo han de ver á aquel varon virtuoso en estos asientos que él y sus mayores ocuparon.»

. . . . . .

«A tí, C. César, corresponde el restablecer todas las cosas que, como era necesario, habian sido maltratadas ó destruidas por el ímpetu de la guerra, el reorganizar los tribunales, el devolver la confianza, el reprimir la licencia, el favorecer la poblacion, en fin, el unir y sugetar por la severidad de las leyes todas aquellas cosas que es-

tán desordenadas y disueltas. En una guerra civil tan encarnizada, en una agitacion tan fuerte de los espíritus y las armas, cualquiera que fuese el suceso, era inevitable, que desquiciada la república, perdiese muchas cosas que eran el ornamento y el sosten de su dignidad y de su estable existencia; y que los dos gefes armados hiciesen lo que habrian prohibido en un estado de paz y de calma. Todas estas llagas de la guerra, deben ser curadas por tí ahora, porque fuera de tí, ninguno puede ponerle remedio.

Así es que te he oido con sentimiento pronunciar estas palabras llenas de grandeza y de sabiduría «He vivido bastante para la naturaleza y la gloria.» Pero si es bastante para la naturaleza y la gloria, es muy poco sin duda para la patria. Deja á los filósofos esa prudencia en despreciar la muerte y no quieras una sabiduría que nos seria funesta. Muchas veces te he oido decir que para tí has vivido bastante. Lo creo; mas yo estaria conforme, si solo vivieses para tí, ó solo para tí hubieses nacido. Hoy que tus ilustres hazañas han puesto en tu poder la salud de todos los ciudadanos y de la república entera, léjos de haber acabado tus grandes beneficios, no has asegurado aun sus fundamentos.? Y ahora mides la duracion de tu vida, no por la felicidad de la re-

pública, sino por la moderacion de tu alma?

¿Qué digo? ¿has vivido bastante para lo gloria, cuando apesar de ser sabio no podrás negarnos que la amas con pasion? Por extraordinaria que sea, todavía es tan pequeña cuanto grande es el espacio que debes recorrer. Si limitándote á tus acciones inmortales y al haber triunfado de tus adversarios dejases á la república en el mismo estado en que hoy se halla, tu valor sobrehumano habrá mas bien excitado la admiracion, que merecido la gloria: porque la gloria es el brillante y extendido renombre que se adquiere por grandes y repetidos servicios hechos á los suyos, á su patria y á la humanidad entera.»

No conocemos ningun discurso entre los antiguos y los modernos que en el género florido pueda compararse á este de Ciceron por Marco Marcelo. Mas es preciso leerlo todo para apreciar como se debe, tanta nobleza, tanto patriotismo y tanto reconocimiento expresados de la manera mas bella, mas delicada y mas brillante. Cuando consideramos que segun todas las apariencias y testimonios auténticos fué una verdadera improvisacion, porque el orador no podia estar preparado, es necesario creer que Ciceron era de un talento superior, casi sobrehumano, y que la costumbre de hablar en público le daba

una facilidad y una perfeccion que son el asombro de todos los hombres inteligentes. Verdad es que las pasiones son el primer móbil de la elocuencia animada, y en una república están conmovidas continuamente, ó por intereses poderosos, ó por grandes espectáculos y trastornos.

Réstanos un ejemplo del género sublime, para el cual hemos escogido el exordio de la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra, esposa del desgraciado Cárlos 1.º Este discurso fué pronunciado en la Iglesia de las Religiosas de Santa Maria de Chaillot, donde se habia colocado el corazon de la reina en presencia de las personas reales, de la grandeza y de una gran concurrencia. Bossuet adoptó por testo estas palabras del salmo 2.º del santo Rey David «*Et nunc, reges, inteligite; erudimini qui judicatis terram.*» «Aprended ahora oh reyes, instruios, jueces de la tierra.»

«El que reina en los cielos, y de quien dependen los imperios, á quien solo pertenece la gloria, la magestad, y la independencia, es tambien el único que se gloria de imponer la ley á los reyes, y de darles, cuando cumple á su sabiduria, grandes y terribles lecciones. Sea que dé magestad á los tronos, sea que los abata, sea que comunique su poder á los príncipes ó

se lo retire si le place, nunca les deja ver mas que su propia debilidad, y les enseña sus deberes de una manera soberana y digna de él: porque dándoles el poder, les previene que lo ejerciten como él mismo para el bien del mundo entero; y retirándoselo les hace ver que toda su magestad es prestada y que por estar sentados sobre el trono, no estan ménos que los demas hombres bajo su mano y su autoridad suprema. Así es como instruye á los príncipes, no solo por sus discursos y palabras, sino por hechos y por grandes egemplos. «*Et nunc, reges, inteligite; erudimini qui judicatis terram.*»

«Cristianos á quien la memoria de una gran reina, hija, esposa, madre de reyes tan poderosos y soberana de tres reinos, llama de todas partes á esta triste ceremonia, mi discurso os presentará uno de esos egemplos terribles que muestran á los ojos del mundo su vanidad entera. Vereis reunidas en una sola persona toda la grandeza y calamidades de las cosas humanas, la felicidad y las miserias sin límites; una larga y pacífica posesion de una de las mas nobles coronas del universo, cuanta gloria pueden dar el nacimiento y la grandeza reunidos en una sola frente; pero que es sumerjida despues en la infelicidad por los ultrajes de la fortuna. Primero

una buena causa coronada con éxitos brillantes, y despues llena de súbitos reveses y de trastornos inauditos; la rebelion comprimida largo tiempo, y al fin completamente vencedora; ningun freno á la licencia; las leyes abolidas, la magestad violada por atentados desconocidos hasta entónces; la usurpacion y la tiranía bajo el nombre de libertad; una reina fugitiva que no encuentra asilo en sus tres reinos, y para quien su misma pátria no es mas que un triste destierro; nueve viajes por el mar emprendidos por una princesa, apesar de las tempestades; el occéano asombrado de verse atravesar tantas veces, con tan diverso aparato y por causas tan diferentes; un trono indignamente destruido, y restablecido milagrosamente. Ved aquí las lecciones que Dios dá á los reyes: así es como hace ver al mundo la nada de sus pompas y de su grandeza. Si las palabras me faltan, si las expresiones no corresponden á un objeto tan vasto y tan elevado, las cosas hablarán bastante por sí mismas; el corazon de una gran reyna, criada en otro tiempo en una larga serie de prosperidades, y despues sumerjida de repente en un abismo de amarguras hablará mas alto; y si no es dado á los particulares el dar lecciones á los príncipes sobre acontecimientos tan estraños, un rey me presta

estas palabras para decirles «*Et nunc reges intelligite; erudimini qui judicatis terram:*» Oid grandes de la tierra, aprended árbitros del mundo.»

A las primeras palabras del orador le vemos entrar en el fondo del asunto, y lleva al alma absorta por enmedio de infortunios, de acontecimientos desgraciados y de revoluciones desastrosas. En este exordio no hay mas que ideas elevadas y religiosas, imágenes y grandes cuadros; no puede pensarse en el orador sino en lo que refiere porque la imaginacion y la sensibilidad se exaltan con tanto objeto de dolor y la razon entra en tristes meditaciones al considerar tantas calamidades y desventuras. La Harpe en su curso de literatura antigua y moderna dice en el tratado de la elocuencia del púlpito «seguid con la vista al águila en lo mas alto de los aires, atravesando toda la extension del horizonte; vuela y sus alas parecen inmóviles: se creeria que la llevan los aires. Pues ella es el emblema del orador y del poeta en el género sublime: ella es tambien el de Bossuet.»

Hay otra division de la elocuencia en demostrativa, deliberativa y judicial, de la cual hablan Aristóteles, varios retóricos antiguos y Quintiliano en sus instituciones oratorias. La primera tiene por objeto el elogio ó el vitupe-

rio; á ella pertenecen los panegíricos y la oracion fúnebre, que estaban en uso entre los antiguos, pero con las diferencias que ya indicamos al hablar por incidencia de la oracion fúnebre de Grecia y Roma y de la de los cristianos. Pueden citarse la que pronunció Perícles por los soldados muertos al principio de la guerra del Peloponeso, la de Demóstenes por los guerreros atenienses que perecieren en Cheronea, el panegírico de Trajano hecho por Plinio y varias oracions de Ciceron, como la ya citada y la segunda filípica.

La elocuencia deliberativa tiene lugar en los negocios públicos, como la guerra, la paz, la hacienda, la administracion, en una palabra, en todos los puntos generales de legislacion y de gobierno. En este género pueden servirnos de modelos perfectos Demóstenes y Ciceron. Las filípicas del primero, que pertenecen á esa clase de oratoria; así como las oraciones del segundo *pro lege Manilia* y *pro lege Agraria*, son, tal vez, superiores á todos los elogios que de ellas se han hecho. Tambien los historiadores de la antegüedad, como Tucydides, Xenofonte, Tito Livio, Salustio y Tácito presentan hermosísimos egemplos de ella en los diversos discursos políticos que insertan en sus historias atribuidos á algunos

personages célebres. (1) La forma de gobierno en que escribieron, á la cual pertenecian tambien los hombres á quienes se refieren, hacen verosímiles esos discursos, ademas de dar una gran belleza á la historia: muchos aun dejaron algunos manuscritos donde se conservaban trozos de las arengas que pronunciaron en el Senado ó delante del pueblo, cuando se deliberaba sobre los negocios públicos. Así, pues, si los que les atribuyen los historiadores referidos no son suyos, es al ménos verosímil que los pronunciasen, y por consiguiente cuanto puede exijirse en este punto respecto á la veracidad histórica.

La elocuencia judicial comprende los negocios que se litigan delante de jueces, ya se acuse á un reo ó se defienda, ó ya tenga por objeto asuntos puramente civiles. Egemplos antiguos de este género son las oraciones de Demóstenes y Eschínes sobre la corona, y las de Ciceron por Q. Ligario, por Milon y por Cluenio. Ya hemos visto que por la organizacion de los tribunales y la forma de gobierno antiguas en donde dominaba casi siempre la multitud, la animacion y las pasiones, debian dar á la elocuencia judiciaria un

(1) La Harpe. Curso de literatura antigua y moderna.

carácter muy parecido al de la deliberativa: pero debe rechazarlo hoy la gravedad de nuestros tribunales, compuestos de pocos pero entendidos jueces en la ciencia del derecho, y ante los cuales no puede resonar mas que la verdad, auxiliada con la fuerza del raciocinio y raras veces con las pasiones. Por eso Quintiliano observa, que los tres géneros oratorios de que acabamos de hablar, tienen cualidades comunes, de tal manera, que es frecuente hallarse los tres reunidos en un solo discurso. Nosotros recordamos ahora un egemplo muy conforme con esta doctrina, y este egemplo es la primera Catilinaria.

Cuando Ciceron convocó al Senado para darle cuenta de todos los pormenores de la conspiracion que habia descubierto, y de la cual era gefe Catilina, miembro de aquella ilustre asamblea donde se presentó inesperadamente, el cónsul no pudo contener su justa indignacion, y con una arenga enérgica y ardiente aterró la audacia de aquel malvado. Esta célebre improvisacion pertenece al género demostrativo, porque tiene por objeto el vituperio. ¿Mas no corresponde tambien al género judiciario y al deliberativo? El orador no se contenta con presentar un cuadro vivísimo de todos los vicios y crímenes

de Catilina; sino que ademas le prueba que es traidor á la patria y su enemigo mas encarnizado: le manifiesta todo cuanto hizo en la noche anterior, quienes son sus cómplices, en donde estuvo reunido con ellos, qué medios habian adoptado para apoderarse de la república, para degollar á los Senadores, para incendiar la ciudad y sublevar toda la Italia: y por último, cuanto tenia preparado el mismo cónsul para evitar tantos horrores y conservar el vigor de las leyes. Esta arenga dictada por la indignacion, el odio y el desprecio, comprende sin duda alguna los tres géneros. El demostrativo está en el cuadro que hace de las costumbres infames de Catilina, el judicial en la acusacion de conspirador ante el Senado que debia fallar sobre su suerte, y el deliberativo en que la causa no afectaba á un particular solamente, sino á la república entera, para cuya defensa manifiesta Ciceron las medidas que tenia ya adoptadas.

Sin embargo, aunque vemos confundidos con frecuencia los tres géneros, por la afinidad que tenian los unos con los otros, no sucedia siempre, porque tienen cualidades generales que los distingnen. Quintiliano ha podido decir con razon, que el panegírico, la oracion fúnebre y todos los discursos de aparato, son aquellos en que la elo-

cuencia puede desplegar mayor pompa y riqueza; porque no estando movido el orador por grandes intereses, su principal objeto es hablar con elegancia y correccion, adoptando para ello la magnificencia, el artificio de las figuras y la brillantez de los pensamientos: que la elocuencia deliberativa debe ser ménos adornada, mas severa y tener la dignidad correspondiente á los grandes asuntos de que se ocupa: y que la judicial se ha de distinguir por la fuerza de las pruebas, por la solidez de los raciocinios y por la destreza en la discusion.

La última division de que hablaremos, la produjo el cristianismo. Los antiguos, como ya sabemos, no conocieron la elocuencia sagrada, que fué desde su nacimiento la principal y la mas importante de todas. Con efecto, los intereses mundanos, ya afecten á una persona ó á una nacion entera, por mas extraordinarios que sean, siempre tienen un carácter ménos grave, si se comparan con la salvacion y con la eternidad. Ademas el orador sagrado que habla á nombre de la divinidad, de quien todo depende, y como inspirado por ella, debe conservar en sus pensamientos y en sus palabras la grandeza y la uncion, propias de un ministerio tan sagrado. Por eso mientras que con la abolicion de las repúblicas y la nueva

forma que se dió á los tribunales, agonizaba la elocuencia, la sagrada se elevó á una perfeccion y á una altura á que nunca debe ni puede aspirar la oratoria profana. La division indicada hecha por los modernos, consiste en elocuencia sagrada, parlamentaria y forense: de cada una hablaremos con algun detenimiento, cuando hayamos trazado la historia de la elocuencia en general, que creemos de suma importancia para conocer sus progresos, su carácter en las diversas épocas y civilizaciones, y los oradores mas eminentes. Así tambien es mas fácil infundir el deseo de estudiar los oradores, sin cuyo requisito todas las reglas de la retórica serán inútiles.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

RESÚMEN.

Historia de la elocuencia: debe limitarse á la Grecia desde los tiempos primitivos hasta el establecimiento de la república romana.—Solon, Pisistrato: Pródico de Ceos. —Pericles, su vida: recursos de que se valió para mandar esclusivamente: su elocuencia: medios de que se valieron sus enemigos para derribarle del poder.—Antifon: su vida: influencia en los negocios políticos.—Carácter de su elocuencia: su muerte.—Andócides: su vida, sus discursos.

La Grecia puede considerarse como la cuna de la elocuencia desde los tiempos mas remotos. Homero nos habla de la suavidad y dulzura en el decir de Nestor, de la sagacidad persuasiva de Ulises y de la concision de Menelao. La elocuencia unas veces política y otras guerrera fué el auxilio de los legisladores ó de los generales para llegar al blanco de sus pen-

samientos, ya en el gobierno ó ya en los campos de batalla. Mas no busquemos su perfeccion en las épocas remotas donde la Grecia estaba sometida al poder absoluto de los reyes. La monarquía pura esquiva la discusion pública: pero la libertad no puede vivir sin ella; en los gobiernos libres las decisiones políticas pertenecen á las mayorías: estas no reconocen mas poder que la persuacion. Por eso el establecimiento de las repúblicas dió á la elocuencia un impulso extraordinario.

La Grecia se hallaba dividida en pequeños estados dirigidos por reyes á quienes llamaban tiranos. Arrojados del poder por las guerras dispendiosas que sostenian, mas bien por amor propio que por utilidad ó decoro de los pueblos, se formaron de aquellos estados otras tantas repúblicas, establecidas casi bajo un mismo sistema de gobierno. La de Atenas que descollaba entre todas y donde floreció con mayor brillo la elocuencia, despues de haber rechazado las leyes de Dracon por su escesiva dureza, se sometió á las de Solon que la organizó formando una verdadera república democrática. Este hombre célebre, tambien poeta, moralista y de quien la tradicion y la escultura conservaron largo tiempo el recuerdo de la sencillez de su accion ora

toria, distinguido ademas por su nacimiento, por su virtud (1) y sabiduria, y por su zelo del bien público, dictó leyes á la república que aunque imperfectas, eran tal vez las mas á propósito atendido el carácter de aquellos habitantes. Para conciliar en lo posible los intereses de todos, que eran opuestos, porque los pobres querian la democracia, los ricos la aristocracia, y los instruidos y prudentes un gobierno mixto de ambas con los poderes equilibrados, concedió al pueblo el poder supremo: los ciudadanos principales obtuvieron las magistraturas. Mas esta constitucion no dejó á los magistrados la autoridad suficiente para contener los desmanes de aquel pueblo. En las asambleas públicas, en que se decidian los grandes negocios del estado, se hacian las leyes, se decretaba la paz ó la guerra y se elegian los magistrados. Cada ateniense por obyecto y miserable que fuese, tenia voto en todas las cuestiones de gobierno, y no estaba escluido de los mas

(1) Ciceron le cita como el orador mas antiguo de Atenas. De Claris Orat. cap. 7.°. Solon puede considerarse como el fundador de la elocuencia popular: Pericles representa sus adelantos, y Demóstenes su perfeccion.

altos cargos de la república. Así muchas veces la ceguedad y las pasiones decidian por mayoria los absurdos mas lamentables; De aquí la instabilidad en todas las cosas; de aquí la pena de destierro pronunciada con tanta frecuencia contra los hombres mas eminentes; de aquí varios de los asesinatos jurídicos que se cometieron en las personas mas virtuosas de Atenas, como Sócrates y Focion.

El Senado que establecido de otro modo hubiera podido servir de contrapeso á las asambleas populares; como por una parte era muy numeroso para deliberar tranquilamente y con acierto, además de no tener mas que el derecho de propuesta, y por otra carecia de ascendiente sobre el pueblo á quien competian las decisiones, era por lo ménos inútil para el bien. Por eso há dicho con harta razon Anacársis, *que entre los Atenienses los sabios tenian el derecho de deliberar solamente, mientras que el de decidir correspondia á los locos.*

Con estos elementos de gobierno no era estraño que un orador ambicioso ó corrompido pero de talento se apoderara á su antojo de los ánimos del pueblo, la mayor parte de las veces apasionados: la historia nos muestra que así acontecia. Mas por lo mismo que todos los negocios

públicos se ventilaban en la plaza por medio de la libre discusion, la elocuencia era el elemento mas poderoso para dominar á la multitud y llegar á los honores y puestos mas distinguidos del estado. Por eso vemos que se estudiaba en Atenas con esmero, aunque hubiese tenido Siracusa la gloria de abrir la primera escuela. La elocuencia, pues, era la carrera mas brillante; pero era tambien con frecuencia la senda mas segura del ostracismo y del patíbulo.

El segundo orador de que nos habla Ciceron es Pisistrato, pariente de Solon. Era rico y generoso, y se distinguió por una aplicacion infatigable á la oratoria. Habiéndose manifestado ardiente partidario del pueblo, para seducirle mas fácilmente, se hirió con su propia mano, se mostró al público cubierto de sangre y con el pretesto de haberle querido matar sus contrarios, pidió una guardia para la seguridad de su persona: esta fuerza le sirvió para apoderarse del gobierno supremo, que desempeñó sin embargo con bastante prudencia. En aquella misma época floreció Clisténes orador tambien muy distinguido, y algunos años despues apareció Temístocles, orador tan hábil como político. Aunque no se conserva ninguna muestra de su elocuencia, la célebre disputa que sostuvo con Eu-

ribiades sobre el plan de defensa de Atenas contra los persas, prueba que debia ser notable y que sabia dominar su grande alma por amor á la gloria y á la patria. Reunida la armada griega en el estrecho de Salamina, Euribiades, general en gefe, pero poco entendido, queria decididamente ganar el golfo de Corinto, para defender en caso necesario el Peloponeso. Temístocles en la reunion de gefes generales sostenia que era forzoso permanecer en el estrecho porque la flota enemiga mucho mas numerosa, no podia maniobrar allí libremente. Temístocles defendió su parecer con la fuerza que dá la conviccion hija de un talento militar extraordinario; mas la disputa se acaloró con las réplicas fuertes de Euribiades que irritado levantó su baston de general en gefe contra Temístocles. Este sin alteracion en su semblante le dijo sin detenerse «Pega pero escucha» Una expresion tan generosa y que revela hasta que punto podia reprimir el gran caudillo ateniense los ímpetus de su resentimiento, cuando se trataba del bien de la patria, llenó de respeto al espartano, que se dejó dirijir por él desde entónces. Temístocles habia conseguido una gran victoria con su elocuente expresion; á ella debió el gran triunfo de Salamina; á ella por consiguiente que la Grecia ente-

ra se levantase con veneracion al verle presentarse en los juegos olímpicos.

Mas puede decirse que los primeros triunfos de la tribuna pública los alcanzó Pericles, discípulo del filósofo Anáxágoras. Cuando Atenas habia perdido á Arístides y á Temístocles, cuando Cimon estaba colocado á la cabeza de la aristocracia y el partido popular se hallaba sin gefe, apareció Pericles y se apoderó de este puesto, que nadie pudo disputarle, resuelto á lisonjear hábilmente las inclinaciones de aquel partido para despues gobernar á Atenas. Ningun hombre habia entónces mas á propósito: sabia cuanto podia aprenderse en aquel tiempo; se ocupaba con teson de los negocios públicos, era tan capaz de las mas fuertes emociones, como de las mas suaves y tiernas, y poseia el arte de arrastrar á los atenienses ensalzándoles sus glorias. (1) Su oratoria no era sin embargo improvisada, y nunca hablaba sin haber meditado cuidadosamente sus discursos; mas oscureció á todos sus rivales, y con su auxilio y sus talentos políticos egerció sobre el pueblo una especie de dictadura por espacio de cuarenta años. La vehemencia y el calor

(1) Cesar Cantú, Histoire Universel.

de su lenguage fueron comparados al rayo, á Júpiter mismo; y á despecho de las burlas mordaces de algunos poetas cómicos, fué apellidado *Olímpico*. Cuando subía á la tribuna pública, suponen que se decia á sí mismo: «Ten presente que vas á hablar á hombres libres, á griegos, á atenienses.» Algunos creen que las gracias de su elocucion las debió á la célebre y bella milesiana Aspasia, de quien primero fué amante y luego esposo. (1)

Mas su larga administracion le atrajo graves disgustos y estuvo llena de obstáculos. Fué contrariado continuamente en sus proyectos por sus enemigos y vió acusada á su esposa de haber explicado la naturaleza de una manera contraria á la religion del pais. La muerte la amenazaba, y apenas alcanzaron á salvarla sus lágrimas y la elocuencia brillante y seductora de la misma acusada: vió tratado como impío á su maestro Anaxágoras, á quien libró de la pena por la fuga: vió perecer en una prision, á pesar de haber probado su inocencia, al célebre estatuario Fidias, á quien amaba, porque le suponian haber robado una parte del oro que debia entrar en la

(1) Coleccion de Oradores y sofistas griegos.

estátua de Minerva. Por último, se vió él mismo acusado por el mal empleo que hacia de los fondos públicos, de cuya acusacion le libró la guerra del Peloponeso. Pero mientras mas implacables eran sus enemigos, su habilidad política y su elocuencia eran superiores á cuantos medios inventaron para perderle. Una sola vez le vencieron; mas su estrella se eclipsó por un momento para volver á brillar con el mismo fulgor hasta su muerte.

El elogio fúnebre de los soldados muertos al principio de la guerra del Peloponeso, que inserta Tucidides en su historia, es en concepto de Mr. Villemain una ficcion del mismo historiador, porque lleva el sello de su estilo grave y severo, y solo puede darnos una idea del carácter de los panegíricos fúnebres que estuvieron en uso hasta el último dia de la libertad griega. El que cita Plutarco, pronunciado despues de la guerra de Sámos, produjo tal efecto en el auditorio, que segun el mismo célebre biógrafo, vinieron á besarle las manos las señoras de la poblacion, y le colocaban en la cabeza, ya sombreros adornados con flores, ya coronas, como se hacia con los vencedores en los juegos olímpicos.

Citaremos una muestra de su brillante elocuencia, tomada de un elogio fúnebre de los guer-

reros de Atenas. En él hace con gran maestría el panegírico de esta ciudad, presentándola superior á todas las de Grecia; despues consuela á los padres de los muertos, con tales recursos oratorios, de una manera tan seductora, que no concebimos medios mas oportunos para lisongear decorosamente los sentimientos y las inclinaciones de aquellos hombres.

«Atenas, para decirlo en una palabra, es la escuela de la Grecia. Parece que sus habitantes han escogido el talento, porque en todas las cosas tienen la misma facilidad y la misma gracia. Esto no es una vana pompa de palabras, porque la realidad de los hechos prueba nuestro poder adquirido por tales costumbres. Atenas, entre todas las ciudades existentes, es la única que examinada con detenimiento, aparece superior á su alta reputacion, la única que no dá al enemigo que la ataca razon para indignarse de su derrota, ni á los pueblos que le están sometidos el lamentarse de su dependencia.»

«Una grandeza tan positiva probada con acciones tan brillantes, nos asegura no solo la admiracion de nuestro siglo, sino la de la posteridad entera; y no necesitamos ni un Homero, ni otro panegirista cualquiera que publique nuestras virtudes por medio de agradables ficciones,

destruidas despues con la verdad. Serán bastantes la tierra y el mar forzados á someterse á nuestra audacia y esos monumentos eternos que hemos levantado por todas partes para muestra de nuestros beneficios y de nuestras venganzas.»

Despues hace el elogio de los guerreros que habian muerto en la campaña y continúa.

«Cuando Atenas os parezca grande y gloriosa, pensad que toda esa grandeza la debemos á estos hombres que han arrostrado los peligros, conocido el deber y sabido morir noblemente; á estos hombres que, cuando les abandonó la suerte, no quisieron frustrar á la patria al ménos de la gloria de su virtud y le hicieron noble ofrenda de su vida. Muriendo por el Estado han adquirido para sí mismos una fama que no perecerá nunca y la mas brillante sepultura: yo hablo ménos del lugar en que están sepultados, que de esa vasta tumba en que su gloria presente siempre en todas las grandes ocasiones del valor y la elocuencia, repose por una eternidad en la memoria de todos. Porque la tierra entera es el mausoleo de los hombres ilustres; y no son una columna ó una inscripcion solamente las que manifiestan los beneficios hechos á su patria: aun en los pueblos extrangeros se conservará su memoria inmaterial fija en el fondo de las almas, mas bien

por el recuerdo que por grandes monumentos. Vosotros á su egemplo, convencidos de que la dicha está en la libertad, y la libertad en el valor, no titubeeis en los grandes peligros de la guerra. Y ¿qué? ¿esperaremos que sacrifique su vida un desgraciado sin esperanza de un porvenir venturoso.? ¿No lo esperaremos mas bien de aquellos á quienes destruiria su existencia un desastre público, y tienen grande interés en prevenirlo? La humillacion que sigue á un momento de cobardia, hé aquí lo que no pueden sufrir los hombres de corazon, y no la perspectiva de una muerte rápida despreciada por el heroismo y la esperanza de la gloria.»

«En cuanto á los padres de nuestros guerreros que se hallan aquí presentes, yo tengo para ellos mas consuelo que lágrimas. Saben que han nacido bajo la ley de las vicisitudes humanas. Pero es al ménos una dicha el obtener de la suerte, como vuestros hijos un fin glorioso, como vosotros una gloriosa tristeza, de haber vivido y muerto con gloria. Sé que es difícil haceros olvidar las pérdidas que os traerán siempre á la memoria las felicidades de otros, y la carencia de aquellos placeres que en otro tiempo eran vuestro orgullo. La privacion de los bienes que no se han conocido, no produce dolor, sino la

privacion del bien que se ha gozado. Sin embargo, la esperanza de otra descendencia debe animar á aquellos que pueden tener hijos todavía. El nacimiento de otros harán olvidar en las familias los jóvenes que ya no existen, y servirán á la patria volviendo á poblarla y defendiendo sus murallas.

«Y vosotros, hijos y hermanos de nuestros guerreros, una gran lucha os espera. Todo el mundo está dispuesto á elogiar al que no existe; mientras que solo por un prodigio de valor conseguireis colocaros, no digo al mismo nivel, sino á alguna distancia de los que han muerto. Porque la envidia se rebela contra los vivos, mientras que la virtud cuando sucumbe, es honrada con benevolencia exenta de rivalidades.»

Así sabia lisongear este grande hombre á los atenienses: con una elocuencia tan apasionada, con sus grandes talentos para el mando y con su habilidad política, no es extraño que pudiese dominarlos por tanto tiempo. Por aquella época florecia Cleon, que aunque faccioso y arrebatado, fué un orador distinguido: Alcibíades demasiado libre en sus costumbres, Critias y Theraménes. Pero solo por los escritos de Tucídides, su contemporáneo, se puede formar una idea del gusto que reinaba entónces. Su estilo

era noble y sentencioso, lleno y preciso, y por lo mismo oscuro á veces.

Otro orador, que aunque no pertenece á la elocuencia tribunicia ni á la forense, es digno de mencion, porque nos ha dejado un buen monumento de la elocuencia y de la moral de los sofistas; es Pródico de Ceos, que fué uno de los maestros de Sócrates y que murió bebiendo la Cicuta poco tiempo despues de aquel sabio y por los mismos motivos. En una obra intitulada *las estaciones de la vida* en que habia escrito varios cuentos morales bajo una forma alegórica, se halla la *eleccion de Hércules* de la cual hablaremos. De ella sacó Xenofonte su célebre apólogo con el título ya referido, en sus memorias sobre Sócrates. (1)

Supone el sofista Pródico que Anfitrion habia enviado á Hércules al campo para apacentar rebaños, en cuyo egercicio llegó á la edad de diez y ocho años. Un dia se le aparecieron el *Placer* y la *Virtud*, ó sea Vénus y Minerva, y cada una le hizo un discurso para persuadirle que siguiese su senda, presentándosela agradable y con los co-

(1) Xenofonte. Lib. cap. 1.°

lores mas vivos y lisonjeros. La elocuencia de las dos Diosas es animada, concisa, vehemente, llena de argumentos sólidos, expuestos con fuerza y brillantez. Por no ser demasiado difusos, insertaremos solamente el discurso de la Virtud en contestacion al de Vénus.

«Desgraciada, respondió la Virtud, ¿de qué dicha acabas de hablar? ¿Qué placeres conoces tú, que no quieres hacer nada para merecer, que satisfaces todas las necesidades y gozas sin haber deseado? ¿tú, que comes sin hambre, que bebes sin sed, que para sazonar tus viandas delicadas, empleas las manos mas inteligentes; que para beber con mayor gusto acopias los vinos mas exquisitos y corres aquí y allí para buscar nieve en el estío; que para dormir mas dulcemente, piensas en finas telas y en ricos tapices extendidos sobre lechos magníficos? Tú buscas el sueño, no por necesidad de reposo, sino por ociosidad. En el amor ultrajas á la naturaleza; y tus amigos, instruidos por tus lecciones, pasan la noche en placeres culpables, y lo mas útil del dia en una miserable inaccion. Tú eres inmortal, mas los dioses te han arrojado del Olimpo, y todo hombre de bien te desprecia. Jamás has tenido el placer de oir tus elogios; jamás has visto el dulce espectáculo de una accion buena que proceda de tí. ¿Qué hom-

bre te creerá cuando le hablas, te socorrerá cuando le implores? ¿qué hombre sensato osaria mezclarse á tus viles aduladores? Jóvenes aun, arrastran un cuerpo lánguido; en la edad avanzada se extravia su razon; á los placeres seductores de una juventud ociosa, sucede el enojo de una vejez atormentada. Avergonzados de lo que han hecho, han corrido en su primera edad de placer en placer y reservado todos sus males para sus últimos dias. Pero yo soy la compañera de los dioses, la compañera de los mortales justos; sin mí no hay nada sublime ni en el cielo ni en la tierra. Recibo los mas grandes honores de las potestades divinas y de los hombres que tienen el derecho de honrarme. No tiene el artesano ninguna persona mas que yo que le consuele en sus penas; ni el padre de familia ninguna mas fiel ni mas económica; el esclavo ningun asilo mas seguro; los trabajos pacíficos, actividad mas eficaz; las hazañas militares, mayor seguridad del triunfo; la amistad, vínculo mas sagrado. Los que me aman encuentran en la bebida y la comida un placer tranquilo, mas esperan que la necesidad se lo exija. El sueño les es mas grato que á los ricos indolentes: despiertan sin pesar, y jamás las horas del trabajo les han sido ménos agradables que las del reposo. Los jóvenes tienen la dicha

de oir los elogios de los ancianos; estos obtienen los respetos de la juventud: se acuerdan con alegría de sus acciones pasadas, y hacen con placer las que les restan todavía. Yo les concilio el favor de los dioses, la afeccion de sus amigos, los homenages de sus conciudadanos. Cuando se acerca el término fatal, no les sepulta del todo el olvido del sepulcro, sino que su memoria, siempre pura, vive para la posteridad. Imita su grande alma ¡oh jóven héroe! Sé digno de la sangre generosa de que has nacido: yo te prometo la dicha y la gloria.»

Desde que se comprendió que podia causar mas placer un discurso compuesto con esmero y regularidad, apareció una multitud de profesores en el arte de hablar. Gorgias Leontino, Trasímaco de Calcedonia, Protágoras de Abdera é Hippias de Elis adquirieron una reputacion distinguida. Otros muchos, con una arrogancia presuntuosa, se jactaban en la misma época de enseñar que la causa mas débil podia convertirse en la mas poderosa con el auxilio de la palabra. Pero el mas célebre entre ellos fué Gorgias, que consiguió hasta que se acuñaran en su patria monedas con su nombre. En los últimos años de su vida se estableció en Aténas, donde murió ya muy anciano. Solo por el fragmento que se ha conserva-

do de su elocuencia, (1) podemos conocer su estilo que era en extremo sutil y lleno de antítesis agudas y de mal gusto. Sócrates se pronunció contra estos ridículos traficantes de palabras, y refutó sus absurdos sistemas con una lógica fuerte é ingeniosa. (2) Despojó á la elocuencia del ornato inútil con que la habia recargado la escuela siciliana, y la adornó solamente con la fuerza del buen sentido y el gusto de la verdad, que une la sencillez de lo bello á las gracias del aticismo. Platon fué el intérprete de esta elocuencia fuerte, diestra é irresistible.

Antifon, nacido en Ramnonte, poblacion del Atica, tuvo por maestro á su padre Sofilos, retórico de mérito y se perfeccionó con Gorgias. Llegó á ser tan célebre por su elocuencia, que el pueblo, de quien no era amigo, desconfiando del hechizero (así le apellidaba), le impidió muchas veces subir á la tribuna. Su grave escuela era frecuentada por los hombres mas eminentes, y en ella se formaron Sócrates, Eurípides y Tucídides. Este último, en su historia de la guerra de Peloponeso, dice, hablando de su maestro: «Antifon no cedia en virtud á ningun ateniense de su tiempo,

(1) Hermógenes de las ideas, lib. 2.º cap. 9.

(2) Cice. de claris orat. cap. 7.º

sobresalia en concebir y en expresar sus pensamientos. Su reputacion de severidad habia contribuido á hacerle sospechoso al pueblo: mas para los procesados, ya ante los tribunales ó ante el pueblo, el apoyo de este grande hombre solo valia mas que ningun otro.» Fué el primero que introdujo la costumbre de recibir honorarios por la defensa de los pleitos, y por este medio adquirió una fortuna muy considerable, que le atrajo, apesar de haberla ganado honradamente, los sarcasmos de los poetas cómicos. Hizo colocar en el frontispicio de la portada de su casa estas palabras: «*Aquí se consuela al desgraciado.*» Sus contemporáneos le daban el nombre de Néstor, sin duda por la dulzura de su elocuencia. En la guerra del Peloponeso mandó muchas veces algunos cuerpos de tropas atenienses, equipó varias galeras á su costa y alcanzó algunas ventajas sobre el enemigo. Mas tarde contribuyó poderosamente á abolir la democracia que aborrecia y á establecer en Aténas la oligarquía de los *Cuatro Cientos*. Suscitada una honda division en este cuerpo numeroso, sobre la vuelta de Alcibíades del destierro, con motivo de la guerra que Esparta sostenia contra Aténas, á que unos se oponian y otros deseaban con ardor, Antifon, que era del primer partido, fué acompañado de nueve ciuda-

danos á Lacedemonia, para obtener la paz. Pero no consiguió nada apesar de las condiciones que propuso, humillantes para su pais: ademas no siendo partidario el egército de los *Cuatro Cientos*, por haber disuelto el Senado y por el desprecio que hacian de las antiguas leyes, trajo á Alcibiades del destierro, le colocó á la cabeza de sus generales y le encargó que examinara á los tiranos. Uno de los primeros acusados fué Antifon con motivo de su embajada. Entónces pronunció un discurso en su defensa, que Tucídides le oyó y le juzgó superior á cuanto habia producido hasta entónces la elocuencia ática.

La antigüedad atribuia á este orador sesenta discursos, de los cuales solo restan quince: todos son relativos á procesos criminales, y de ellos tres nada mas indican haber tenido una aplicacion práctica; los restantes parecen discursos hechos por estudio, con objeto de egercitarse en la elocuencia. El mas celebrado es el que hizo en la defensa de Hélos de Mitylene, y del cual citaremos algunos trozos.

Hélos salió de la ciudad citada en un buque en que tambien viajaba un tal Herodo con direccion ambos á Ænos, puerto de la Tracia, el primero para ver á su padre y el otro para pagar unos esclavos á los Tracios.

Una tempestad les hizo abordar á Mitymna y cambiar de embarcacion porque llovia, y la suya no estaba cubierta. Despues de este contratiempo se pusieron á comer y á beber: Herodo salió ébrio de la embarcacion y no volvió á aparecer. En vano se le esperó hasta el dia siguiente: Hélos cansado de esperar retornó á Mitylene, y los parientes de Herodo le acusaron de haberlo asesinado. Mitylene estaba entónces sometida á Aténas y la causa fué llevada ante la asamblea popular de aquella ciudad. (1)

«Quisiera, atenienses, estar adornado del talento de la palabra y de la experiencia tanto como lo exije mi infortunio. Mas las lecciones crueles de la desgracia no me han enseñado la elocuencia que tan útil me sería hoy. ¡Cuántos ciudadanos verídicos, pero desprovistos de esta ventaja, pasan aquí por impostores, y son condenados por no haber conseguido probar la verdad de su inocencia! ¡Cuántos por el contrario diestros en la palabra, han podido conseguir que se les crea y han ganado su causa por medio de la mentira! El ignorante en la defensa de los pleitos, tiene que temer invenciblemente mas de las calamidades de una acusacion que esperar de la verdad y de la inocencia.»

(1) Oradores y sofistas griegos.

«La mayor parte de los acusados ¡oh atenienses! por desconfianza de sí mismos, ó por una preocupacion injuriosa á vosotros, suplican á sus jueces que les escuchen, como si los hombres de honor pudieran rehusar una atencion que obtienen los acusadores sin pedirla. Respecto á mí, hé aquí mi sola súplica: si durante esta sesion se extravia mi lengua, atribuidlo á falta de experiencia mas bien que á una intencion culpable; si mis palabras obtienen vuestra aprobacion, creed que la sola verdad, y no el artificio, las ha dictado.»

Nos parece este exordio pobre y trivial en las ideas, aunque lleno de mérito en las formas.

Luego expone con grande habilidad las faltas cometidas en su proceso tanto en el órden de enjuiciamiento, como respecto á las leyes: despues con una prueba clarísima demuestra el acusado que habiendo sido muerto Herodo fuera del buque de donde salió ébrio, y en donde permaneció siempre, era imposible que él hubiese sido su asesino.

Antifon que, como habia anunciado en la portada de su casa, fué el consuelo de los desgraciados, no consiguió defenderse á sí mismo; y la acusacion referida de cuya fórmula habla Plutarco, le condujo á la muerte. Triunfante la de-

mocracia y sedienta de sangre y de venganza, hizo arrojar su cadáver mas allá de la frontera de la república, arrasó su casa y degradó su memoria y la de su descendencia. Este es el pago funesto que alcanza la virtud en las épocas tristísimas de revueltas, en que dominan las malas pasiones y rara vez la razon y la justicia. Es verdad que casi siempre llega el dia del arrepentimiento, pero tardío para el perseguido, por mas que contribuya á dar despues de su muerte mayor brillo á su memoria.

Contemporáneo de Antifon y uno de los oradores mas notables de su tiempo fué Andócides, amigo de Alcibiades y de una vida tan disipada como la de aquel célebre guerrero. Como negociador en Lacedemonia, como militar, y como comerciante recorrió varias comarcas, y su vida fué un tejido de aventuras azarosas que le costaron unas veces la prision y otras el destierro. De los siete discursos que los antiguos atribuyen á este orador, solo restan cuatro. Entre ellos se conservan el de los *misterios* que se reputa por su obra maestra y en el cual brillan la sencillez y la claridad, pero falta casi siempre la animacion y movimiento oratorio escepto en la peroracion, que está llena de energia y de sentimiento.

Hé aquí la causa de la acusacion sobre los *misterios*. Resuelta por la república de Atenas una expedicion contra los Siracusanos, se nombró general en gefe de ella á Alcibíades. Cuando estaba ya para partir la armada, aparecieron las estátuas de Mercurio mutiladas y fueron acusados el general y á sus amigos de este sacrilegio. Mas no pudo verificarse en seguida el juicio porque sostenian á Alcibíades las tropas, y sus contrarios hubieron de ceder por entónces, aunque con despecho bajo el pretesto de que era urjente la expedicion. La escuadra salió al fin con direccion á Sicilia, y no bien habia llegado, cuando arrancaron á Alcibiades del mando para que viniese á dar cuenta á la asamblea popular del crímen sacrílego de que se le acusaba. Caminando ya hácia Atenas, logró escaparse de los que le conducian por huir de un pueblo supersticioso que solo veia en él un impío, y tuvo que expatriarse á Esparta y despues á Persia. De allí volvió llamado por Atenas que le recibió con aclamaciones de júbilo como hacia casi siempre con los grandes hombres á quienes arrojaba de su seno. Entónces se ordenó á los sacerdotes que levantasen los anatemas que contra él se habian lanzado, mientras que á los demas acusados se seguia el juicio con encarnizamiento.

Andócides expatriado tambien, creyéndose ya seguro por haber transcurrido algun tiempo despues de fallado el proceso contra los amigos de Alcibíades, volvió á Atenas y se renovó su acusacion. Lisias afirma que se habia revestido con las insignias sagradas, y que habia remedado las ceremonias santas, y revelado públicamente los Misterios delante de personas que no estaban iniciadas. El orador Ceficios, contrario de Andócides, fundó su ataque en dos puntos principales. El acusado es culpable de sacrilegio; el acusado fugitivo de la prision y desterrado voluntariamente, por este hecho, no es ya ciudadano. Créese que Lisias apoyó la acusacion, porque se conserva una oracion suya sobre este asunto. Entónces fué cuando Andócides pronunció en su defensa el discurso á que aludimos. En él prueba con testigos, que aunque supo quienes eran los que mutilaron las estátuas de Mercurio por confesion de ellos, no habia tenido sin embargo participacion ninguna en aquel crímen. Insiste sobre todo en manifestar el encono de sus acusadores, como se conocerá por el exordio y la peroracion que insertaremos.

«Las intrigas y animosidad de mis enemigos que me persiguen con encarnizamiento desde que volví á Atenas, os son conocidas, ciudadanos, y

serian por consiguiente inútiles largas reflexiones sobre este objeto. Yo me limito á una justa demanda fácil de conceder para vosotros y muy preciosa para mí. Pensad que compareciendo ante vosotros libremente sin caucion, sin haber estado preso ántes, me apoyo en el verdadero derecho y en vuestra equidad, seguro que en vez de dejarme entregado á mis enemigos, me arrancareis de sus manos por una sentencia conforme á las leyes y á vuestro juramento. En todas partes me han repetido estas palabras de esos hombres: «Andócides no se arriesgará á esperar el resultado de su juicio; se alejará y tomará la fuga. ¡Qué! ¿se atreverá á arriesgar un proceso peligroso cuando puede partir libre, llevarse consigo abundantes provisiones y volver á la isla de Chipre donde tiene riquezas considerables dadas por la munificencia de un príncipe? ¿Qué consideraciones le retendrian aquí? ¿no vé el triste estado de la república?» ¡Qué lejos están esos pensadores ¡oh atenienses! de conocer mi corazon! No. Cualesquiera que sean los placeres que me ofrezca un pais extrangero, por muy humillada que pueda estar Aténas, me sería imposible vivir lejos de mi patria: el título de ateniense me parece muy preferible al de indivíduo de las ciudades mas florecientes. Penetrado de estos sen-

timientos, pongo mi vida en vuestras manos.»

En seguida entra en el fondo del asunto: mas no desperdicia una sola ocasion para vengarse de sus enemigos: no hay defecto de que haya tenido noticia, que no les eche en cara, ni crímen de que no les acuse. Se conoce que su corazon estaba lleno de hiel, porque la derrama con profusion en todo su discurso: hasta en los momentos en que se recomienda á la clemencia de sus jueces no olvida las diatrivas, ni las imprecaciones contra sus acusadores.

«Mis calumniadores me han perseguido hasta en los mares. Los dioses, dicen ellos, no han salvado á Andócides sino para castigarle á su vuelta por conducto de Ceficios»

«Atenienses, si yo hubiese ofendido á los dioses, me hubieran castigado cuando me rodeaban tantos peligros. He navegado en el rigor del invierno por mares que revolvian continuas batallas navales y los piratas infestaban; por sitios que habian visto despojar muchos pasageros y reducirlos á la esclavitud: he costeado varias comarcas bárbaras en que tantos náufragos han perecido entre los tormentos mas espantosos: y despues de haberme librado de tantos peligros ¿habria el cielo encomendado el cuidado de su venganza á un Ceficios el mas perverso de los atenienses? ¡No; no

es vuestro compatriota Ceficios, á quien ninguno de nuestros jueces queria confiar el menor de sus negocios personales! ¡Ah! mas bien, si nos es permitido interpretar los sentimientos de los dioses, ¿no se indignarán contra cualquiera que se atreva á atacar á quien han distinguido con su proteccion?»

«¡Que no pudiera yo inspiraros, atenienses, en mi favor una parte de los sentimientos que conservais por la memoria de mis antecesores! No olvideis que se les vió siempre entre el número de los mas celosos por el bien de la república. Anhelando merecer vuestra benevolencia, esperaban que alcanzase tambien esta un dia á su posteridad entera. Pensad tambien en el valor de vuestros abuelos, salvadores ilustres de la patria. Aténas habia perdido su marina; muchos pueblos querian destruir de todo punto esta ciudad desgraciada; pero Lacedemonia, su enemiga, la dejó vivir en consideracion á esos grandes hombres que habian defendido con valor en ella la independencia de la nacion. (1) Así, pues, vuestros heróicos antecesores han salvado dos ve-

(1) Esto ocurrió despues de tomada Aténas por Lysandro. Los mismos aliados de esta ciudad se habian declarado en contra de ella.

UNIVERSIDAD

ces la república, ¡ojalá que yo deba tambien mi salvacion al recuerdo de mis abuelos.»

. . . . . .

«Figuraos que todas esas grandes sombras me rodean en este momento, y os ruegan que me absolvais ¿á quién haré aparecer para solicitar mi absolucion? ¿á mi padre? ya no existe; ¿á mis hermanos? ya no me queda ninguno; ¿á mis hijos? no los tengo tampoco. En vosotros solo encuentro toda mi familia: por eso me dirijo á vosotros: sed á la vez mis intercesores y mis jueces.»

En esta última peroracion hay momentos llenos de una elocuencia insinuante y poderosa. El apelar á los hombres ilustres y á sus ascendientes, que habian sido el sosten de la república, cuyo recuerdo se conservaba con veneracion en el alma de todos, es un recurso feliz que muestra el talento de Andócides. Agotados todos los medios para persuadir por el raciocinio, no le restaba mas que excitar la generosidad y la conmiseracion de los jueces, y eso lo hace con gran maestría é inteligencia del corazon humano. Sin embargo, para escapar á la muerte tuvo que recurrir al destierro que duró muchos años.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

RESÚMEN.

Lísias: su vida azarosa: sus estudios.—Carácter de su elocuencia.—Su acusacion contra Eratóstenes: motivos de esta acusacion.—Su oracion fúnebre en elogio de los guerreros atenienses muertos por socorrer á los Corintios.—Isócrates.—Paralelo que hace Dionisio de Halicarnaso entre Isócrates y Lísias.—Carácter de Isócrates y de su elocuencia.—Su panegírico de Aténas: análisis.—Muerte de Isócrates.—Isco: sus discursos forenses: su mérito.

Hemos visto que Lísias sostuvo tambien la acusacion contra Andócides. Era ateniense de nacimiento como este: su padre, natural de Siracusa, fué uno de los ricos extrangeros atraidos á la capital del Atica por el gusto de las artes y por la política hábil de Pericles. Platon coloca sus diálogos de la república en casa de este hombre muy considerado en el Pireo. Huérfano Lí-

sias á los quince años, formó con su hermano Polemarco y el historiador Herodoto parte de la expedicion que iba á la Lucania para poblar á Thurio, ciudad levantada sobre las ruinas de la antigua Síbaris. Vivió en este pais largo tiempo aprovechándolo en el estudio de la elocuencia bajo la direccion del siracusano Tisias, y permaneció en esta ocupacion pacífica hasta la derrota de Nicias y de Lámaco, generales atenienses, en el sitio de Siracusa. Engreidos con este triunfo los siracusanos, persiguieron de muerte á los partidarios de Aténas, y Lisias uno de ellos, se vió precisado á volver al Atica para salvar su vida. Mas aquella ciudad, agitada por una democracia tempestuosa, presentaba entónces un tristísimo cuadro, que poco mas tarde llegó á ser horrible y espantoso con el régimen del terror adoptado por los treinta tiranos.

En esta época estableció en ella Lisias con su hermano Polemarco una fábrica de armas, que les producia ganancias considerables. (1) Pero el ser rico y de orígen extrangero era mirado como un doble crímen, y los nombres de los dos hermanos fueron inscritos en la lista de los sospechosos. Polemarco fué condenado á muerte

(1) Oradores y sofistas griegos.

y bebió la cicuta; Lisias logró salvarse huyendo: los bienes de ambos fueron confiscados. Deseoso el ilustre orador de librar á Aténas de tan atroz tiranía, auxilió á Trasíbulo con los pocos bienes que le quedaban. Este con algunos miles de los expatriados y Tebanos, marchó al Pireo y de allí á Aténas, á la cual libertó de los *Treinta*, estableciendo el gobierno de los *Diez*. Mas habiendo imitado estos el despotismo de sus antecesores, fueron arrojados del poder y sustituidos por el régimen popular. Desde entónces fijó Lisias su residencia en Aténas, donde murió á los ochenta años.

Fué reputado como uno de los mas excelentes oradores griegos, y se distinguió por la claridad, pureza y dulzura de su estilo. Pero aunque trataba los asuntos con gran maestría y superioridad de talento, raras veces se notan esos rasgos que hacen la elocuencia enérgica é irresistible. Era, dice Ciceron, delicado y elegante y un orador casi perfecto. (1) Quintiliano le califica de la misma manera, y añade, que si bastase al orador el instruir, no podria hallarse ninguno mas éminente, porque nada hay inútil ni afectado en sus discursos; aunque su estilo sea mas semejante

(1) Fuit Lysias... egregiè subtilis atque elegans, quem jam propè audeas oratorem perfectum dicere.—Cicc. in Brut.

á un manso arroyo puro y cristalino, que á un rio caudaloso. (1)

De todas sus arengas solo nos restan treinta y dos y algunos fragmentos. Las mas notables son la que pronunció contra Eratóstenes, la oracion fúnebre de los guerreros de Aténas muertos por socorrer á los Corintios y la que escribió para defender á un tal Eratóstenes, por haber dado muerte al que adulteraba con su esposa. No conocemos el discurso que escribió en defensa de Sócrates y que tanto elogia Plutarco. Sabido es que las leyes prohibian en Aténas que los abogados defendiesen á los procesados y litigantes: el medio de que se valieron para eludirlas, fué el escribir aquellos los discursos que entregaban á los interesados para que los recitasen ellos mismos delante de los jueces. Así es que Lísias pronunció muy pocos de los suyos. El que compuso para Sócrates cuando fué llamado al tribunal para dar cuenta de sus ideas religiosas agradó sobremanera al sabio, mas no lo admitió, porque le juzgaba poco conveniente al carácter de fuerza y

(1) Lysias subtilis atque elegans, et quo nihil, si oratori satis sit docere, quæras perfectiùs. Nihil enim est inane, nihil accersitum: puro tamen fonti, quàm magno flumini, propior.—Quintil. X, I.

valor que debia manifestar un filósofo.

La acusacion contra Eratóstenes por haber dado muerte á su hermano Polemarco, es uno de los pocos discursos que pronunció el orador. Eratóstenes perteneció al gobierno de los *treinta tiranos*, y fué el que mandó prender y dió muerte á Polemarco. No se sabe qué resultado tuvo la acusacion, aunque si, segun el antiguo biógrafo de Lísias, no perdió en su larga carrera oratoria mas que dos procesos, es probable que fuese condenado Eratóstenes. Toda la acusacion está reducida á pintar la injusticia con que fué muerto su hermano y los horribles y repetidos crímenes cometidos por los *Treinta*. Hay razones, sin embargo, para creer que Eratóstenes fué tal vez el ménos sanguinario de sus cólegas. Aun en la muerte de Polemarco aparece mas bien en él una debilidad hija del miedo, que maldad de corazon. El fragmento que citamos á continuacion, y que es acaso lo mas bello del discurso, lo probará.

(1) «Aproxímate, Eratóstenes y respóndeme. ¿Has mandado prender á Polemarco?

—Temia á mis compañeros, y por eso egecuté sus órdenes.

(1) Este derecho era reciproco entre el acusador y el acusado.

—¿Estabas en el Consejo cuando se trató de nosotros?

—Allí estaba.

—¿Opinaste por la muerte ó combatiste aquella opinion?

—La combatí.

—¿Querias tú que se nos condujese al suplicio?

—No.

—¿Creias que se nos perseguia injustamente?

—Sí.

Y qué, miserable, si para salvarnos te opusiste á los tiranos ¿cómo en seguida nos prendias para darnos muerte? Si cuando tú y los tuyos disponiais de nuestra vida, te levantaste, segun dices, contra los que opinaban por la muerte ¿cómo pudiendo salvar á Polemarco le arrastraste á los calabozos? si tu mentida oposicion fué inútil ¿Cómo quieres pasar ahora por un excelente ciudadano?

«Por último, jueces, ¿si su vociferada oposicion hubiese sido verdadera, creeis que se habria dado á él la órden para prendernos? ¿Sería el escogido por sus cólegas para ensañarse contra los extrangeros? ¿A quien debia confiarse ménos este encargo que á aquel cuya oposicion era conocida? ¿Quién debió prestarse ménos á este

ministerio que el hombre que podia decir, *lo que vosotros quereis, lo repruebo.*

«Mas aun: los demas atenienses, segun yo creo, disculpan suficientemente su conducta pasada pretestando el mandato de los *Treinta.* ¿Mas tolerareis que los individuos de este gobierno se disculpen los unos con los otros? Si hubiese existido entónces en Aténas un poder superior al que ejercia Eratóstenes, tal vez podriais perdonarle; ¡pero cuando castigareis, si es permitido á los tiranos disculparse alegando que no han hecho mas que egecutar los decretos de los tiranos!

Eratóstenes no se justificará por mas que diga «*Yo no arresté á Polemarco en su casa, sino en una calle pública; se me habia mandado prenderle y si no lo egecutaba debia responder con mi cabeza.*»

. . . . . .

«Pero, tú, Eratóstenes podias responder que no le habias hallado, que no le conocias. Ninguna investigacion mas se hubiera hecho: á pesar del encarnizamiento de tus enemigos, no hubieran podido condenarte. Sí, eran buenas tus intenciones no debias haberte apoderado de la víctima; debias por el contrario advertir del peligro al desgraciado que amenazaba una muer-

te inicua. Lejos de eso brillaba una alegría cruel en todos tus actos. Ahora bien, los jueces no deben fallar por palabras sino por hechos evidentes; los hechos solo pueden dar probabilidad á lo que se dice, puesto que es imposible presentar testigos: pero todo el mundo sabe que no estabamos en seguridad ni en público ni en nuestras propias casas. ¡Y se atreven á llamarse bienhechores los verdugos de la patria! Tú dices que te opusiste á tus compañeros: sea, puesto que lo pretendes. Y bien ¿qué habrias hecho de acuerdo con ellos, cuando siéndoles contrario, diste la muerte á Polemarco? Y vosotros ¡oh jueces! si fueseis los hijos ó los hermanos de aquel desgraciado, absolveriais á Eratóstenes? Exijid, pues, que el acusado pruebe que no lo encerró en una prision, ó que lo hizo con justicia: porque confesando Eratóstenes haber preso á un inocente, ha destruido la duda con su misma culpabilidad.» ¡Qué lógica tan irresistible y cuanta energía se encuentra en esta serie de raciocinios!

Hé aquí como concluye su discurso en que acusando á los demas cólegas de Eratóstenes denuncia todos los crímenes cometidos por ellos.

«Los tiranos prendian á los particulares en la plaza pública, ó los arrancaban de los tem-

plos, para entregarlos á los verdugos. Otros separados violentamente de un hijo, de un padre, ó de una esposa, se veian en la terrible necesidad de quitarse la vida con sus propias manos. Hasta se habia prohibido dar sepultura á las víctimas, como si aquel poder odioso estuviera al abrigo de la cólera del cielo. Los que escapaban á la muerte, errando por todas partes, expulsados en todas partes, faltos de sustento, reducidos á dejar sus hijos en una patria enemiga, ó en una tierra extraña, luchando contra mil obstáculos, expuestos á mil peligros, penetraron al fin en el Pireo. Allí, siempre intrépidos en numerosos y vivos combates, volvieron á vuestros conciudadanos la libertad y la patria. Si hubiesen sido derrotados, les esperaba el destierro para no renovar otra vez sus mas acerbos y crueles dolores. En vano por escapar á la crueldad de los déspotas, habrian corrido á los altares, á esos santuarios donde hoy hallan ellos un asilo. ¿Y cuál seria la suerte de vuestros hijos? Los que permaneciesen en Aténas, serian ultrajados por los tiranos; los otros, desprovistos de socorro en el extrangero, hubieran recibido por innobles servicios el pan de la esclavitud.

«¿Mas porque referir lo que habrian podido hacer los *Treinta*, cuando no puedo esponer

todo lo que han hecho? Un solo acusador no basta; serian necesarios ciento. Al ménos he desplegado todo mi celo por los templos que despojaron los tiranos, ó profanaron con su presencia; por la ciudad que han arruinado, por nuestros arsenales de marina que han destruido; por los ciudadanos muertos que no pudisteis defender, pero que vengareis ahora. Ah! sin duda oyen mi voz, y verán vuestra sentencia. Si absolvierais á sus verdugos, seria matarlos por segunda vez: si los enviais al suplicio, será una loable y justa venganza.»

Pocos periodos podran hallarse en los discursos de este orador en que haya tanta animacion y movimiento como en los citados, ni mas fuerza en los argumentos. Concluiremos traduciendo un trozo de la oracion fúnebre que pronunció por los guerreros atenienses muertos por socorrer á los de Corinto. (1)

«Juzgo que no debemos derramar lágrimas por ellos. Sé que no hemos nacido inmortales.

(1) Despues de la guerra del Peloponeso y durante las victorias de Agesilao en Asia, se habia formado una liga entre Corinto, Tébas y Aténas para sacudir el yugo de Esparta: los guerreros atenienses muertos en esta empresa son los que celebra Lisias.

¿Y cuando llega al trance fatal que preveemos deberemos indignarnos contra esta ley, no sabiendo soportar con serenidad los males á que está sujeta nuestra débil naturaleza? Sé que la muerte arrebata lo mismo á los hombres mas viles que á los mas poderosos; que no perdona á los cobardes, que no respeta á los valientes; que es igual para todos. Si fuese posible que escapando á los peligros de la guerra, se convirtiera el hombre en inmortal, los vivos debian llevar siempre luto por los que mueren en los combates. Pero nuestra naturaleza está sometida á las enfermedades y á la vejez; y la divinidad que dispone de nuestros dias es inexorable. Forzoso es, pues, mirar como afortunados á los que despreciando el peligro por la causa mas bella y mas noble, han terminado su vida, sin dejar sobre ellos nada á la fortuna, sin esperar la voluntad de la muerte, sino escogiendo á su agrado el fin mas grande y mas glorioso. Por eso no envejecerá su memoria, y su fama será envidiada por todos los hombres. Por la ley de la naturaleza son llorados como inmortales; pero por sus virtudes obtienen himnos de gratitud y admiracion como los dioses mismos. Se les honra con una sepultura pública; se abre en su gloria una lid, donde en

vano combaten el genio, la fuerza y la riqueza, para mostrar que aquellos que han terminado sus dias en la guerra es justo que reciban los honores de los inmortales.»

Tanto por el trozo de esta oracion fúnebre, como por los que insertamos ántes de una de Pericles, se habrá podido conocer la verdad de la distincion que hicimos entre la oracion fúnebre de los gentiles y la de los cristianos. Los romanos sin embargo no se contentaban como los griegos con elogiar solamente las virtudes militares: para ellos las virtudes pertenecientes á la moral y á la política eran de gran mérito y las elogiaban con el mismo entusiasmo que el heroismo en los combates.

Concluiremos con Lísias insertando el paralelo que hace Dionisio de Halicarnáso, de su diccion oratoria y la de Isócrates, del cual vamos á ocuparnos.

(1) «Es pura la diccion de Isócrates, no inferior en esta parte á la de Lísias, y no hay en ella colocada ninguna palabra sin meditacion. Es correcta, se vale del dialecto mas frecuente y comun

(1) D. Antonio Rauz Romanillos cita este paralelo en su traduccion de Isócrates.

y huye de la extravagancia de voces anticuadas y oscuras. Usa siempre de un estilo templado al que distinguen, como al de Lísias la perspicuidad y claridad acompañadas de la persuacion. Mas en el uso de las figuras le es algo inferior, porque su frase no es tan numerosa ni tan llena como la de aquel, ni á propósito para las contiendas forenses, sino llana, sin viveza y demasiado cargada; ni es tan breve, sino ántes lenta y mas tarda que lo justo (cual sea de esto la causa lo diremos luego); ni guarda una composicion natural, sencilla y viva como la de Lísias, sino que se inclina á una brillantez pomposa y varia, que algunas veces es graciosa, pero otras manifiesta demasiado el estudio y la afectacion. Este orador anda siempre en busca de los adornos, y pone mayor estudio en ser elegante que sencillo; huye con cuidado el concurso de las vocales por parecerle que destruye la armonía de las voces y hace desabrida la pronunciacion. Tambien procura cerrar, digámoslo así, los pensamientos con cierto rodeo tan numeroso, que no distan mucho del metro poético, y así es mejor para leido que para oido en público. Sus oraciones, si bien se acomodan á la pompa de los debates públicos y á una leccion ostentosa, no tienen, sin embargo, el calor y la vehemencia que requieren las que se hacen

para el público y para la contienda de los tribunales. Aquí debe reinar la conmocion de afectos y para conseguirlo no sirven los periodos numerosos. Muchas veces por atender demasiado al regalo de los oidos, destruye el órden de la oracion, y las comparaciones, las antítesis, los finales llenos de ornato y cuanto corresponde al uso de las figuras los usa con demasiada frecuencia. En fin, siendo tres las cosas que en sentir de Teofrastro hacen la frase grande y sublime, á saber: la eleccion de las voces, su armoniosa colocacion y las figuras con que se dispongan: tiene una excelente eleccion, busca siempre las voces mas propias y las coloca con mucho artificio, el cual produce una armonía musical, pero es algo nimio en las figuras, y por lo mismo bastante frio á veces. Su diccion es difusa con frecuencia, porque expresa siempre las sentencias con periodos numerosos, usa una misma especie de figuras en las cláusulas y busca con mucho estudio el número y la armonía. Porque no pidiendo todos los asuntos una misma grandeza, ni igual uso de figuras, ni un mismo número, recarga la oracion de voces que no hacen falta ninguna y la dilata y alarga mucho mas de lo que convendria. No es esto decir que lo haga siempre, ni llega á tanto mi preocupacion: hay ocasiones en que coloca sencillamen-

te las voces, construye noblemente el período y evita las figuras exquisitas é hinchadas, principalmente en las oraciones persuasivas y judiciales; pero he hablado en general de él, porque todo lo sacrifica al número, á la armonía y redondez de los períodos, y hace consistir la hermosura de la diccion en el exceso y redundancia. En esto sin duda cede la frase de Isócrates á la de Lísias, como tambien en suavidad y dulzura. Porque aunque Isócrates es muy florido y halaga y recrea á los oyentes, no tiene tanta gracia como el otro. En esa cualidad le es tan inferior, como á los cuerpos naturalmente hermosos, aquellos que deben su belleza á los adornos sobrepuestos. La diccion de Lísias tiene gracia naturalmente, pero la de Isócrates anda en busca de ella. Estas son las virtudes en que cede á Lísias, á lo que yo entiendo; pero le aventaja en las que voy á referir. Es mas elevado en su expresion y mucho mas grave y sentencioso: es grande y admirable su sublimidad y mas propia de una naturaleza heróica, que humana: me parece que no iría descaminado el que comparase la elocuencia de Isócrates á la habilidad de Policleto y Fidias, por su brillantez, grandeza y gravedad; y la de Lísias á la destreza de Calámides y Calímaco, por su gracia y delicadeza. Porque así como entre estos, los dos

últimos exceden á los demas en las obras pequeñas y humanas, y los dos primeros son mas diestros en las grandes y divinas, así tambien entre nuestros oradores el uno es mas feliz en las cosas ligeras y el otro es mas excelente en las cosas excelsas, quizá por ser naturalmente de ánimo mas elevado, ó cuando nó, porque de intento aspira siempre á lo grande y maravilloso.»

Nada puede añadirse respecto á las formas oratorias de Isócrates y Lisias, leido el brillante paralelo de Dionisio de Halicarnaso. Despues le continua con el mismo acierto, al hablar del talento y artificio de ambos oradores en su discurso. Les hace iguales en la invencion y abundancia de argumentos: mas en la disposicion y distribucion de cada cosa; en la exposicion de las razones, en la habilidad de presentar un mismo pensamiento bajo varios aspectos siempre de un modo nuevo, y en todas las gracias y prendas que realzan la disposicion práctica hace muy superior á Isócrates. Luego, fijándose en este, juzga sus talentos oratorios bajo el aspecto moral y político, en los cuales lo cree tan notable que supone su lectura sumamente provechosa para la moral, la política y la filosofía.

Con efecto, ¿quién no se aficionará á las virtudes políticas leyendo su panegírico de

Aténas? Las acciones y máximas de los antiguos que en él refiere, son la leccion mas provechosa que puede recibir el hombre público. ¿Qué general entendido, no admirará sus teorías en la oracion que dirigió á Filipo? Sus consejos á Demónico, jóven ateniense, que quizás tuvo presente Ciceron en su tratado de los *Deberes*, contienen preceptos generales los mas á propósito para formar un hombre virtuoso y un buen ciudadano. Si Isócrates no reunia todas las condiciones de que debe estar adornado el orador, tenía al ménos la primera y mas preciosa cualidad, es decir, el amor á la virtud y el gusto por la filosofia que mas tarde la juzgaron Platon y Ciceron como un requisito indispensable en la elocuencia. Orador cumplido y sentencioso, maestro perfecto, huyendo de los debates públicos, quizás por carácter mas bien que por temor, y sin salir del interior de su gabinete, Isócrates alcanzó sin embargo una reputacion y una gloria en la elocuencia, á cuya altura no habia podido elevarse ninguno hasta entónces.

Si echamos una ojeada sobre su vida, le veremos tomar lecciones de Pródico, de Gorgias, de Tisias Siciliano y del orador Teraménes, individuo del gobierno de los *Treinta*: le vere-

mos despues que la guerra del Peloponeso destruyó la fortuna de su padre, dar lecciones á sus discípulos, llorando porque juzgaba que la miseria le habia vendido á ellos: le veremos en fin lamentarse de la debilidad de su voz y de su timidez que le cerraban la entrada á la carrera brillante del foro. Mas le veremos tambien con admiracion vencer estos obstáculos, una vez para defender á su maestro Teraménes condenado al suplicio por oponerse con entereza á las violencias y crueldades de sus colegas: otra vez presentándose en público vestido de luto al dia siguiente de la muerte de Sócrates. Tal vez nunca produjo un rasgo de elocuencia mas enérgico y sublime: el color de su vestido era una protesta fuerte contra aquella iniquidad jurídica, la honra de la virtud que habia sucumbido á impulso de la calumnia y el desprecio, el insulto hecho á la mas infame tiranía. (1)

En medio de las facciones violentas que desgarraban el corazon de su patria, siempre se le vió firme en la máxima que ántes le habia inculcado su maestro Gorgias de que la Grecia necesitaba un gefe, porque solo seria fuerte reu-

(1) Véase á Cesaroti en su curso de literatura griega.

niendo sus fuerzas para atacar á Persia. Mas para este puesto ninguno, segun él, reunia cualidades tan elevadas como Filipo, rey de Macedonia.

El elogio de aquella república que es el mejor de sus discursos, no tiene otro objeto. En él aconseja á los griegos que dén al olvido sus disenciones y reunan sus fuerzas para marchar contra la Persia, siendo el mando de Aténas. Esta magnífica oracion costó al orador diez años de trabajo; algunos críticos aumentan el número hasta quince. (1) Si es cierto que Nicócles, rey de Chipre le pagó por un discurso veinte talentos, esto es, mas de cuatrocientos mil reales, parecía mas regular que en este hubiera empleado todo ese tiempo para perfeccionarlo. Mas esto prueba que el dinero no podia interesar tanto su corazon generoso como el amor constante que conservó hasta en sus últimos momentos á la ciudad en que habia nacido. Veamos con que entusiasmo habla de sus virtudes.

«Las hazañas de nuestros antecesores son ad-

(1) Ranz Romanillos, apoyándose en un anónimo francés, afirma que solo empleó un año en componer la oracion referida, aunque despues invirtió nueve en la lima. Trad. de Isócrates en castellano pag. 79 tom. 1.°

mirables sin duda y muy dignas de un pueblo que tiene la primacía; las acciones por las cuales nos hemos señalado en las guerras contra Xerjes y Darío no las desmienten y son tales como debian esperarse de los ascendientes de estos héroes.

«En aquella guerra, la mas crítica que ha existido, en que corrimos toda clase de peligros, en que los enemigos y sus aliados se juzgaban invencibles, estos por el valor y aquellos por la multitud, vencimos á los unos y los otros como debian vencer los Atenienses á los bárbaros y sus auxiliares. Nuestra bravura mereció por todas partes el precio de su valor y nos alcanzó en seguida el imperio del mar, que ya nos habian otorgado todos los griegos, sin reclamacion de los pueblos que querrian hoy arrebatarnoslo. No ignoro sin embargo lo que Lacedemonia hizo en aquellas circunstancias peligrosas: sí; conozco los servicios que prestó á la Grecia: y para Aténas fué un nuevo triunfo haber tenido á la vista rivales tan poderosos y haberlos podido superar.»

Procede despues á elogiar las virtudes de los griegos sus antecesores.

«Debemos mirar á los griegos que expusieron su vida por la salud de la patria,

como á los autores de nuestras mas brillantes prosperidades: mas no es justo olvidar los hombres célebres que florecian ántes de esta guerra y gobernaron las dos repúblicas. (1) Ellos formaron los pueblos, infundiéndoles el valor y prepararon á los bárbaros sus mas temibles adversarios.

«Lejos de descuidar los negocios públicos, lejos de servirse de los fondos del tesoro como de sus bienes propios y de abandonar el cuidado de ellos, como cosas extrañas, los administraban con el mismo celo que si fuesen su patrimonio y los respetaban como deben respetarse los bienes que son agenos. No colocaban la felicidad en la opulencia. Para ellos ninguno poseia riquezas mas sólidas y brillantes que el que egecutaba acciones mas honoríficas y legaba mas gloria á sus hijos. No se les veia combatir con terquedad entre ellos, ni abusar de sus fuerzas para volverlas contra sus compatriotas; temian mas el vituperio de sus conciudadanos que una muerte gloriosa en medio de los enemigos, y se avergonzaban mas de las faltas cometidas en la administracion pública que se avergüenza hoy

(1) Aténas y Esparta.

cada uno de las suyas propias. Las leyes llenas de sabiduria tenian por objeto mas bien que reglar las discusiones, el interés de mantener la pureza de costumbres. Sabian que era inútil multiplicarlas para los hombres virtuosos, porque un corto número de reglamentos basta para hacerlos obrar concertadamente en los negocios públicos ó particulares. Ocupados exclusivamente del bien general, se dividian para disputarse mutuamente, no la ventaja de vencer á sus rivales para dominar solos, sino la gloria de sobrepujarles en los servicios hechos á la patria; se unian y se ligaban, no para aumentar su crédito ó su fortuna, sino para acrecentar el poderío del estado. El mismo espíritu animaba su conducta respecto á los demas griegos: no les ultrajaban; querian mandar y no tiranizar, conciliarse el amor y la confianza de los pueblos, ser llamados gefes mas bien que señores, libertadores mas bien que déspotas, y ganarse las ciudades mas bien por los beneficios que por la violencia. Sus palabras mas insignificantes eran mas firmes que nuestros juramentos; los contratos por escrito eran para ellos decisiones del destino. Ménos ansiosos de manifestar su poder, que de mostrar su moderacion, eran tan benévolos con los débiles, como deseaban que lo fuesen

con ellos los poderosos. En fin, cada república no era á los ojos de cada hombre una ciudad particular; Grecia era la patria comun de todos.

Poseidos de estos nobles sentimientos que inspiraban á la juventud con una educacion virtuosa, formaron sus valientes guerreros, que en los combates contra los pueblos del Asia se distinguieron por tales hazañas, que ni los oradores ni los poetas pudieron celebrarlas jamás dignamente. Yo les dispenso el no haberlo conseguido. Elogiar una virtud extraordinaria, no es ménos difícil, que hacer el elogio de un mérito mediano. En este caso faltan las acciones al orador; en el otro faltan los discursos á las acciones.

«Y con efecto ¿qué discursos podrian igualar las hazañas de nuestros héroes? ¿Qué son junto á ellos los vencedores de Troya? Estos fueron detenidos por espacio de diez años en el sitio de una sola ciudad: los nuestros han triunfado en breve tiempo de todas las fuerzas del Asia; y no solamente salvaron á su pais, sino que libraron a la Grecia entera de la esclavitud que le amenazaba. ¿Qué clase de trabajos, qué clase de combates no hubieran sostenido aquellos hombres que despreciaron la muerte, para asegurarse despues de ella una memoria gloriosa? Sin duda al-

gun dios amigo de nuestros padres, admirado de su virtud, les suscitó esos peligros, para no permitir que hombres tan extraordinarios viviesen en el olvido ó muriesen ignorados. Quisieron que por sus acciones, mereciesen los mismos honores que los héroes de origen divino, á quienes llamamos semidioses. Como estos, es verdad; entregaron á la naturaleza el cuerpo que habian recibido de ella, pero nos han dejado un recuerdo eterno de su heroismo. (1)

Por este pasage lleno de dignidad y del entusiasmo que le inspiraban las acciones gloriosas, se podrá formar una idea de su elocuencia. No hay una palabra que no esté colocada en el lugar preciso para hacer la frase mas enérgica y armoniosa, y el artificio en esta parte está llevado á una perfeccion admirable. Tampoco hay un pensamiento que no sea natural y elevado y propio del asunto, y se conoce por este elogio, que las glorias de Aténas exaltaban su noble corazon mas de lo ordinario. No conocemos en el género laudatorio mas que la oracion *pro Marco Marcelo*,

(1) No hemos copiado la traduccion de Ranz Romanillos, porque cualquiera que sea su exactitud con el original, la juzgamos un poco descolorida y falta de animacion.

superior é este panegírico tratándose de la elocuencia profana.

Sin embargo, aunque nuestra opinion parezca extraña, preferimos á Lísias para los debates de la tribuna y del foro. Estaremos equivocados; tal vez le juzguemos por sentimiento, y no por un juicio hijo de la meditacion; pero su elocuencia nos persuade y nos conmueve mas que la de Isócrates. En Lísias se descubre ménos el artificio oratorio; hay mas concision y los argumentos irresistibles, por su lógica, están mas repetidos y presentados, sin que les desvirtue la pompa del lenguage. (1) En Isócrates por el contrario nos parece verle mas afanado por agradar á los oidos, que por satisfacer á la sensibilidad y á la razon. Para la elocuencia académica, para el ornato, para la moral y la grandeza, le juzgamos superior á todos los oradores de su tiempo, mas

(1) Aunque Lísias es ménos afectado que Isócrates en la elocuencia forense, es mas artificioso en los discursos de aparato. Léase con detenimiento su oracion fúnebre por los guerreros de Aténas muertos socorriendo á los corintios, y se verá, que aunque es mas rico en pensamientos, le falta la elevacion que á este, y ha esparcido con mas profusion las antítesis y el ornato.—Véase al abate Auger en la trad. de las obras completas de Lísias, discurso preliminar.

para alcanzar el triunfo de la verdad y de la justicia, que es el fin de la verdadera elocuencia, le juzgamos inferior á Lisias.

Hemos dicho que nuestra opinion parecerá extraña, porque es contraria á la del gran crítico Dionisio de Halicarnaso. Ahora veremos que lo es tambien á la de Platon y Ciceron, y esto, que probará en nosotros quizá el desacierto, probará tambien la imparcialidad de nuestros juicios.

Platon dice al fin del diálogo titulado Fedro ó de la belleza, hablando de Isócrates.

«Sócrates.—¿De quién deseas hablar?

Fedro.—Del bello Isócrates. ¿Qué dirás de él ó cómo debemos juzgarle?

Sócrates.—Isócrates es todavía jóven, Fedro; mas, sin embargo, quiero decirte lo que de él pienso.

Fedro.—Qué.

Sócrates.—Me parece que hay en su elocuencia mas talento natural que en los discursos de Lísias, y un carácter mas elevado: no extrañaré, que á medida que adelante en años, se haga superior á todos en el género á que ahora se aplica.»

Ciceron en su tratado del *Orador*, dirigido á Bruto, dice así: (1)

(1) El orador á Bruto, cap. XIII.

«El siglo siguiente vió nacer á Isócrates, á quien insisto en elogiar como el primer orador en su género.» Mas adelante y en el mismo capítulo dice: «que los que no reconocen en Isócrates tanto mérito, me permitan equivocarme con Sócrates y Platon.»

Con todo, tanto en el juicio de Platon como en el de Ciceron, creemos descubrir, que la superioridad de la elocuencia de Isócrates, la refieren solo al género demostrativo: si esto fuera cierto, nuestra opinion estária entónces conforme con la de estos dos grandes escritores. Respecto á la filosofía, la moralidad y la elevacion, no juzgamos que puede compararse Lisias á Isócrates. La virtud, sobre todo, que respiran sus discursos y se advierte en su conducta, es digna de los mayores elogios. Recordemos que él queria á Filipo para gefe de toda la Grecia y que le escribia siempre con una especie de ternura mezclada de admiracion. Pero el dia en que se sepultaron los guerreros muertos en Cheronea, el elocuente anciano, que llegaba ya á los noventa y nueve años de su vida, lleno de amargura por no saber como obraria Filipo despues de su victoria, no quiso tomar sustento y murió por no sobrevivir á la esclavitud de su pátria.

El general Timoteo, de quien fué secretario y

amigo, reconocido á sus servicios, le erigió en vida una estátua de bronce. Sobre su tumba se elevaba una columna, encima de la cual se colocó una sirena de diez y ocho pies de altura, como símbolo de la armonía seductora de su elocuencia.

Contemporáneo de Isócrates y de bien merecida fama, pero de juventud depravada y turbulenta y despues de una vida egemplar, fué Iseo. Formado orador excelente en las escuelas de Lísias é Isócrates, tambien fué el primero que dió nombres á las diversas figuras retóricas en la escuela que abrió en Aténas, y donde alcanzó una reputacion muy distinguida. La vehemencia de su oratoria (1) le proporcionó la honra de ser elegido por Demóstenes para su maestro; y habiendo conocido muy en breve el mérito de su nuevo discípulo, cerró su escuela para dedicarse á su instruccion con mayor esmero.

Iseo no vale sin duda tanto como Demóstenes, porque ni tiene su gracia ni su elevacion, ni sus pensamientos fuertes y extraordinarios, ni es tan imponente y magestuoso: pero es pre-

(1) Juvenal en su sátira tercera, refiriéndose á los nietos de Quirino, habla de la fogosidad de la elocuencia de Iseo.

ciso, enérgico y grave y superior á su discípulo en la elocuencia del foro. Es verdad que las oraciones forenses que nos restan de Demóstenes, las compuso en la juventud y abandonó en seguida este género de elocuencia para consagrarse á la parlamentaria; mas no así Iseo, que se ocupó toda su vida de los negocios judiciales. Imitó á Lisias de quien habia sido discípulo, y le es semejante en la pureza del estilo, en la precision, en la claridad, armonia y redondez de la frase; pero el maestro es mas delicado é ingenioso, mas variado y mas noble, así como tambien le es superior en la vehemencia y en el artificio para variar y disponer las pruebas. (1) Dionisio de Halicarnaso le atribuye el ser astuto é insidioso, pero como de los sesenta y cuatro discursos suyos solo se conservan diez, por estos no se puede conocer si tenia razon ó no el crítico griego.

Los discursos que conocemos de Iseo nos parecen convincentes sin esa sofistería ó astucia que le atribuye Dionisio de Halicarnaso. El abate Auger, traductor muy recomendable de la ma-

(1) Véase en Dionisio Halicarnaso el juicio que hace de Iseo.

yor parte de los oradores griegos, y entre ellos de Iseo, le juzga de esta manera. «Este orador me parece ocupado incesantemente en instruir y en convencer á los jueces, se apodera de su atencion desde el principio de su discurso y les obliga á escucharlo hasta el fin. Apoyándose siempre en la ley y en la razon, argumenta con la una ó con la otra sin colocar una sola palabra para agradar á la imaginacion ó á los oidos. Ataca á su adversario, y le confunde por todos los medios imaginables, por lo que há dicho y lo que há callado, por lo que há hecho ó ha dejado de hacer. ¡Que me sea permitido el decir cuan lejos están nuestros abogados de este método! ¡Cuanta pesadez en las oraciones, cuántas palabras perdidas! Los discursos mas largos de Lisias, Iseo y Demóstenes no duraban mas de una hora, aun con el tiempo que se empleaba en la deposicion de los testigos» Nosotros añadiriamos á Ciceron, que es en la oratoria judicial el modelo mas acabado. Pues bien, su admirable discurso en defensa de Avito Cluencio, cuya causa es la mas complicada y llena de incidentes que acaso haya podido presentarse en el foro, apenas tardaria dos horas en pronunciarlo. En nuestra Audiencia hemos oido alegatos en que se han invertido seis dias, hablando en cada uno

mas de dos horas y media. Ya tendremos ocasion de volver á ocuparnos de esta materia en la elocuencia forense; allí manifestaremos nuestra opinion sobre los referidos defectos, de los cuales, aunque sea dicho anticipadamente, no tienen los abogados toda la culpa.

Hemos dicho que se conservan diez discursos de Iseo. (1) Todos versan sobre succesiones, y en ese género son modelos bellísimos que deben estudiar los que se dedican á los debates forenses. Es necesario leerlos: de otro modo no es fácil formar una idea de su talento en la oratoria judicial, porque no puede comprenderse por la insercion de algunos periodos, la habilidad con que presenta sus razones, ni la fuerza poderosa de su lógica: mas para que pueda conocerse cuando ménos la calidad de su estilo, citaremos el final del discurso pronunciado en favor de dos jóvenes que reclamaban una herencia á título de parientes colaterales del difunto. (2)

(1) En la biblioteca Lorenziana del Duque de Toscana, se ha descubierto despues un manuscrito que es un discurso de Iseo: trata de la herencia de Menécles.

(2) Los personages que figuran en este litigio son: el gefe de la familia que no se nombra, Trasímaco y Tra-

Despues de haber probado la inexistencia del testamento en que se apoyaba su contrario, despues de haber presentado con evidencia el derecho que sus defendidos tenian á los bienes, concluye así:

«Ademas de estas razones, es conveniente considerar lo que son en realidad las dos partes que disputan la herencia. Se há visto mas de una vez á Trasipo contribuir para los fondos de la república y cumplir con todos los cargos del Estado, ademas de ser un excelente ciudadano. Sus hijos no se han alejado jamás de Aténas sin vuestro permiso, y son útiles á su país: llevan las armas; contribuyen con sus bienes, cuando se les exije; hacen, en una palabra, cuanto el Estado les previene para el bien comun; su conducta es sábia é irreprehensible como todo el mundo sabe: de manera que tendrian mucha mas razon que su adversario para reclamar los bienes de Nicostrátes á título de donacion. Respecto á Cariades, cuando residia en esta ciudad, fué sorprendido en el acto de robar y conducido á una prision

---

sipo, sus hijos; Nicostrátes hijo de Trasímaco, cuya herencia reclaman Agnon y Agnoteo hijos de Trasipo, como parientes de Nicostrátes: Cariades, que invoca un testamento hecho en su favor.

por los *Once*, (1) con otros á quienes habeis impuesto la pena de muerte á nombre del pueblo. Citado despues como malhechor delante del Senado, se ausentó por no atreverse á tomar su propia defensa. Ausente de Aténas durante diez y seis años, no volvió á ella hasta despues de la muerte de Nicostrátes. No os ha servido en ninguna guerra, ni ha pagado contribucion alguna hasta que se presentó á reclamar los bienes en cuestion; tampoco ha desempeñado ningun cargo público. ¡Y este hombre, aun no contento con haber escapado á la pena de los malvados, tiene valor para disputar los bienes que pertenecen á otros! Si los que yo defiendo deseasen hacer daño; si se pareciesen á otros muchos, quizá Cariades, en vez de pretender la sucesion de Nicostrátes, se veria acusado criminalmente y tendria que temblar por su persona. Mas que atraiga otro sobre su cabeza la venganza pública. Vosotros, Atenienses, tomad bajo vuestra proteccion los dos jóvenes á quienes defiendo; no prefirais un hombre injusto, que quiere usurpar los bienes

(1) Los Once eran unos magistrados ú oficiales públicos, á los cuales se entregaban los que eran condenados á alguna pena corporal.

á los próximos parientes del difunto, que le han servido aun despues de su muerte, haciéndole los últimos honores. Tened en memoria las leyes y el juramento que habeis prestado, las deposiciones de los testigos que hemos presentado, y decidid como previene la justicia.»

Iseo habia probado ya la inexistencia del testamento que alegaba Cariades hecho en favor suyo, pero necesitaba aun mas; queria destruir hasta la mas leve idea favorable hácia él, y para ello traza con rapidez, pero con fuerza y valentia, el cuadro de las costumbres de sus defendidos y de su adversario. ¡Qué contraste tan notable resulta entre ellas! No podia haber imaginado un golpe mas poderoso contra Cariades. Toda su prueba era testifical, y acaso podian haber dado los jueces algun crédito á las declaraciones de los testigos presentados por él: mas cuando vieron que esos testigos habian venido á abonar á un ladron ¡qué debian juzgar de sus testimonios! ¡qué juicio debe formarse de la imparcialidad y honradez de los hombres que apoyan á los malvados! Este último rasgo de Iseo debia arrancar á Cariades de todo punto la esperanza de alcanzar lo que pretendia.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO.

RESÚMEN.

Partidos políticos de Aténas en tiempo de Demóstenes.—Gefes de ellos.—Focion.—Demóstenes.—Carácter de Focion.—Carácter de Esquines; sus opiniones políticas: sus cualidades como orador.—Opinion política de Demóstenes.—Filipo concurre con Demóstenes á la escuela de Platon.—Cualidades físicas de Demóstenes.—Malos resultados que tuvieron sus primeros ensayos en la elocuencia parlamentaria. Medios que empleó para destruir sus defectos como orador.—Es dudoso que en su tiempo se le juzgara el primer orador de la Grecia.—Sus discursos: sus exordios sueltos.—Opinion sobre estos exordios.—Las oraciones mas notables de Demóstenes y Esquines son las pronunciadas en el célebre proceso de la *corona*.

Por estos tiempos existian tres grandes partidos en los veinte y seis mil ciudadanos con voto de que se componia Aténas: el monárquico, el aristocrático y el democrático. El gefe del primero

era Isócrates; del segundo Focion, y del tercero Demóstenes. Ya hemos visto como pensaba Isócrates respecto á la monarquia. Focion dotado de un gran fondo de juicio, de virtudes extraordinarias, pero sin aspirar al mando á pesar de sus numerosos amigos, aborrecia la democracia por sus escesos. Sus expresiones concisas y fuertes eran un golpe de hacha que destruian las del contrario, y sus victorias las contaba por sus expediciones militares. En la tribuna permanecia inmóvil é impasible envuelto en su manto esperando á que pasáran las injurias y los gritos de sus adversarios; mas luego volvia á continuar tranquilamente sus lacónicos consejos para retardar con ellos la caida de la libertad republicana. Tal era la conducta de este hombre admirable, del Sócrates de la tribuna que tambien acabó sus dias con la cicuta, como aquel célebre filósofo. A este partido pertenecia Leodamas, orador notable, y Dinarco sectario de la política macedoniana, que pagó con la muerte su fidelidad á Focion. Tambien estaban en el mismo partido Eubulo y Esquines, adversario de Demóstenes. El primero, disipado, sospechoso por su adhesion á Filipo y por juzgársele enemigo de la república: el segundo de origen oscuro, primero cómico, des-

pues aristocrata por buen tono, y por venalidad (1) amigo tambien de Filipo, puede considerarse como el modelo de los traidores parlamentarios: orador dulce y elegante, empleando la astucia ó la audacia segun convenia á sus miras, dotado de una figura bella y de un acento sonoro é insinuante, llevaba en estas cualidades físicas una ventaja inmensa á Demóstenes. (2) Así los partidarios de la oligarquia, fuera de Focion, eran macedonianos ya por ambicion, ya por seduccion ó por codicia de honores y riquezas. Opuesto á estos partidos, enemigo formidable del poder absoluto, de la aristocracia y de la preponderancia macedoniana, Demóstenes aparecia como el escudo del poder popular y de las antiguas leyes.

Juzgaba de buena fé que solo una democracia fuerte y activa podia hacer frente á un monarca conquistador, y esa creencia que estaba

(1) Se cree que Esquines se corrompió en el tiempo que estuvo de embajador de la república de Aténas cerca de Filipo. Cesar Cantú, en su historia universal, supone que Esquines no llegó á venderse nunca al oro macedon.

(2) Nació en Pæania poblacion del Ática: fué hijo de Demóstenes, rico y dueño de una fábrica de armas.

arraigada en su alma hondamente, prestó á su elocuencia una energía, una vehemencia y una lógica tan irresistibles que ántes de él ni despues han tenido iguales. Su entusiasmo popular era tan ardiente que mas bien deseaba ver las armas republicanas vencidas á la cabeza de sus aliados, como sucedió en Cheronea, que vencedoras bajo el estandarte de Filipo. Con este carácter casi es inútil decir que llegó á ser fácilmente el ídolo del pueblo, á quien si alguna vez elogiaba, lo hacia sin bajeza y mas frecuentemente reprendia con la severidad estóica de un Sócrates ó un Focion.

Algunos años ántes, Filipo, príncipe y muy jóven todavia, recorrió las principales ciudades de la Grecia para estudiar sus costumbres, su administracion, su poder y sus medios de gobierno. En Tébas estudió á Epaminondas: en Aténas aprendió á estimar á los Atenienses, pero tambien á no temerlos. En la escuela de Platon, á donde concurria, estaba Demóstenes, que aunque aprendia la elocuencia con Iseo, (1) tam-

(1) Cantú supone á Isócrates maestro de Demóstenes: Ranz Romanillos refiere una que él juzga anécdota sobre esta materia. Dice que no teniendo Demóstenes mas

bien era discípulo del gran filósofo. Allí Filipo, de figura simpática y hermosa y rodeado de la lisonja que siempre acompaña á los poderosos, no podia fijar su atencion en un jóven sencillo en el vestido, de fisonomía poco agradable, de complexion defectuosa, con la voz débil, y con la palabra embarazosa que pronunciaba el griego ménos puramente que el príncipe Macedon. Sin duda, por tales cualidades exteriores no podia este adivinar que aquel jóven sobre el cual echaria tal vez una mirada desdeñosa ó indiferente seria algun dia rival suyo muy peligroso, porque su voz debia disponer de una gran parte de la Grecia que armó en contra suya.

¡Mas cuanto afan y constancia no le costó

---

cantidad de dinero que doscientas dracmas se las ofreció á Isócrates para que por este precio le enseñara la quinta parte de su facultad y que le desechó diciéndole «que no acostumbraba dividir su arte, así como en el mercado no querian los regatones partir los peces grandes. Plutarco duda si escojió á Iseo por su guia en la elocuencia por ser mas nervioso que Isócrates, ó por no haber tenido las diez dracmas que habia fijado á cada alumno. Plutarco. Vida de Demóstenes.

Otros suponen que estudió una retórica ó instruccion escrita de Isócrates mas todos convienen en que su maestro fué Iseo.

el llegar á un punto tan eminente en la oratoria! Disgustado del foro, hizo reir la primera vez que se presentó en la tribuna delante del pueblo; no quedó mas satisfecho en la segunda, y se retiró á su casa dolorosamente afectado. Oigamos lo que dice Plutarco sobre este acontecimiento. «Un cómico amigo suyo, llamado Sátiros, le siguió y entró con él en su casa. Demóstenes se lamentó de su desgracia y le dijo: Yo soy entre todos los oradores el que trabaja con mas ardor; el estudio casi há consumido mis fuerzas, y sin embargo no puedo agradar al pueblo. Hasta marineros de vida borrascosa ocupan la tribuna y son escuchados, mientras á mí se me oye con desden.» Es verdad, dijo Sátiros. Mas yo destruiré la causa de ese desvio, si quieres recitarme de memoria un trozo de Eurípides ó de Sófocles. Demóstenes lo hizo. Despues repitió Sátiros los mismos versos; pero les prestó tal encanto por la exactitud en el sentimiento y en la accion, que los halló ya aquel muy diferentes en boca de su amigo. Convencido de la belleza y la gracia que dá la declamacion á la elocuencia, juzgó que valia poco meditar bien una composicion, que aun no valia nada, si se descuidaban la accion y la pronunciacion. Desde entónces mandó construir un gabinete subterráneo

que existia íntegro en mi tiempo: allí bajaba todos los dias para ensayar su voz. Frecuentemente permanecia en la misma habitacion sin salir de ella en dos ó tres meses consecutivos; y para no quebrantar su propósito se raia la cabeza, para que la vergüenza le hiciese resistir á las mas vivas tentaciones.» Mas adelante añade, hablando de la manera que tuvo Demóstenes de corregir otros defectos físicos:

«Su lengua embarazosa tartamudeaba, pero le dió facilidad metiéndose en la boca algunas guijuelas, y recitando así grandes trozos de versificacion. Para ejercitar su voz, subia con una carrera rápida sobre los sitios mas escarpados recitando y declamando al propio tiempo algunos pasages en verso ó en prosa»

Así, á fuerza de trabajo y de estudio, en el que prefirió á Tucídides, logró que su elocuencia adquiriese la energía de este historiador (1) la magnificencia y gravedad de Gorgias, la magestad y la armonía de Isócrates, la riqueza y abundancia de Platon y la sagacidad y la precision de Lísias. Mas la impetuosidad y

(1) Véase al abate Auger en la trad. de Lisias. Disc. prelim.

la vehemencia le son tan propias como al hombre la razon: en ellas no ha tenido rival. (1) Dionisio de Halicarnaso, hablando de la fuerza admirable de la palabra de Demóstenes, dice: «Cuando leo una arenga de Demóstenes, se exalta mi alma de entusiasmo y me obliga á pasar por diferentes impresiones: me hace desconfiar, temer, dudar, menospreciar, aborrecer, compadecerme, amar, temblar, envidiar; en suma, despierta en mí alternativamente cuantas emociones hay capaces de afectar profundamente el corazon del hombre.» Con todo, esta superioridad eminente que ha dado la posteridad con justicia á Demóstenes sobre todos los oradores, no estaba decidida en su tiempo. Preguntado Teofrastro como pensaba de él, contestó, que *era digno de Aténas, y que Démades*

(1) Cic. en su tratado del Orador juzga así á Demóstenes.....Nihil Lisiæ subtilitate cedit, nihil argutiis et cacumine Hyperidi nihil lenitate Æschini, et splendore verborum. Multæ sunt ejus totæ orationes subtiles, ut contra Leptoinem; multæ totæ graves, ut quædam Philipicæ; multæ variæ, ut contra Æschinem, falsæ legationis, ut contra eumdem pro causa Ctesifontis. Iam illud medium quoties vult, arripit, et á gravissimo discedens, eo potissimum delabitur, clamores tamén tum movet, et tum in dicendo plurimum efficit, quum gravitatis locis utitur. Cap. 31.

era superior á Aténas. Con efecto, segun dice Plutarco refiriéndose á sus contemporáneos, á Démades lo hacia invencible su talento natural; y sus súbitas inspiraciones eran de mas valor que las arengas mas bien meditadas de Demóstenes. (1) Polieuctes de Sphetos, uno de los que gobernaban la república en tiempo de Demóstenes y Focion, decia, que el primero era un gran orador, pero que el segundo era superior en la concision y en la fuerza de la palabra. (2)

No nos es posible juzgar de la exactitud é imparcialidad de estas opiniones, porque no se conservan monumentos de estos oradores. Solo conocemos algunas expresiones de Démades, que hemos encontrado diseminadas en Plutarco y en algun otro escritor: cuando despues de la batalla de Cheronea le preguntó Filipo: *Y bien ¿qué se há hecho ahora el encomiado valor de los Atenienses? Ya lo hubiéseis visto, si Cháres* (3) *hubiera man-*

(1) De advertir es que Teofrastro pertenecia al partido de Filipo.

(2) Plut. vida de Demóst.

(3) Cháres mal general y exaltado demagogo.

dado á los macedonios y Filipo á los atenienses. Negándose estos á la apoteósis de Alejandro les dijo: *Tened cuidado no perdais la tierra cuando cerrais tan solícitamente el cielo.* Tambien decia: *«el pudor es la ciudadela de la hermosura.»* (1) Todos estos pensamientos revelan imaginacion y gran talento, pero no bastan para juzgarle como orador.

La posteridad há conservado de Demóstenes muchos discursos, ya forenses, ya políticos: entre estos últimos están los once pronunciados contra Filipo; tambien existen suyos un elogio fúnebre de los guerreros muertos en Cheronea, varias cartas y algunos exordios. Las primeras palabras que pronuncia un orador ante una asamblea numerosa, que turba y sobrecoge algun tanto su ánimo, son las mas difíciles y en que se encuentra mas embarazado, hasta que su alma adquiere el temple y el vigor necesarios para continuar el discurso. Por eso Demóstenes, cuya frase era perfecta, y como dice Longino, no hay en ella una palabra que pueda variarse sin destruir la energía del lenguage, conservaba esa coleccion de exordios, destinados sin duda á algunos discursos que debia pronunciar sobre la misma materia,

(1) César Cantu. Histoire universel.

(1) y para los cuales habia hecho anticipadamente las introducciones. Esta precaucion era ya un precepto en tiempo de Ciceron: dice este padre de la elocuencia, que el orador debe estar asegurado desde el principio de su discurso, y que en seguida, animado por la palabra misma, acabará bajo la inspiracion del momento. Despues compara el orador que comienza un discurso á los re-

(1) El abate Auger en su traduccion de Demóstenes al ocuparse de este pnnto dice: «Voy á exponer mis conjeturas sobre el motivo que pudo tener Demóstenes para componer estos exordios, que todos son suyos ciertamente. Estaba muy ocupado con los negocios públicos y sabemos que tenia por máxima hablar lo ménos posible sin preparacion. Los que están acostumbrados á formar discursos, saben que nada suele ser tan difícil como la entrada. Es de inferir que cuando prevía Demóstenes que podia hallarse en el caso de hablar sobre algun asunto y el tiempo no le permitia escribir el razonamiento, escribia sin embargo el exordio para no titubear en el principio.

. . . . . .

Pero me dirá alguno que en sus discursos se hallan muchos exordios de esa coleccion, lo cual prueba al parecer que los tomó de ella para acomodarlos allí. Yo creo mas bien, que estrechado por las circunstancias y pensando no tener tiempo para componer el discurso, los escribió separadamente, segun los negocios que se les ofrecian, pero diferidos estos, como podia suceder, extendió luego los discursos y tomó los exordios, dejándolos escritos aparte.

meros que hacen vogar una barca á fuerza de brazos, que aunque despues suspendan los remos, continúa el movimiento por el impulso ántes comunicado. El encontrarse en algunos discursos de Demóstenes varios de esos exordios sueltos, el no hablar en ninguno de ellos con generalidades, prueba que los habia escrito para una materia determinada, con el objeto de estar mas sereno y mas seguro sobre lo que habia de hablar al principio de su discurso.

El que se ha juzgado entre todos ellos, no solamente como su obra maestra, sino como lo mas perfecto que ha producido la elocuencia profana segun el dictámen de Dionisio de Halicarnaso, de Ciceron y de Quintiliano, es su arenga de la *Corona*. Algunos críticos modernos, sin embargo, han juzgado la acusacion de Esquines (1) sobre este asunto de igual mérito, y otros la creen preferible. De cualquier manera es evidente que son las producciones mas notables de estos dos célebres rivales: por esta razon y porque es mas fácil conocer el mérito respectivo de su elocuencia, les juzgaremos en estas dos magníficas arengas.

(1) Se conservan de Esquines una acusacion contra Timarco, su defensa en el proceso de la Embajada, su acusacion contra Ctésifon en el proceso de la Corona y varias cartas.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO.

RESÚMEN.

Causas del proceso de la Corona.—Acusacion de Esquines: puntos que abraza: medios que emplea para el triunfo de su causa: su injusticia.—Justicia de la de Demóstenes.—Trozos escogidos de la arenga de Esquines: juicio de ellos.—Plan de defensa adoptado por Demóstenes: grandes recursos de su elocuencia: su triunfo. —Esquines se retira á Rodas.—Lectura que hizo á sus discípulos de ambas arengas: sus palabras.

Hé aquí el orígen del ruidoso proceso de la *Corona*. Encargado Demóstenes de la reparacion de los muros de Aténas, lo verificó gastando una suma considerable de su propiedad. Ántes de rendir cuentas, propuso Ctésifon, su amigo, por un decreto el honrarle con una corona de oro en el teatro y delante del pueblo. Su objeto era manifestar á Aténas, que Demóstenes recibia aquella recompensa por sus virtudes y por los bene-

ficios hechos á la misma república. Esquines acusa á Ctésifon de haber propuesto ese premio para Demóstenes, que aun no habia rendido cuentas de su administracion. Las leyes prohibian toda clase de recompensa á los que habiendo manejado bienes del fisco, estaban aun sujetos á esa obligacion indispensable. La acusacion, pues, abrazaba tres extremos: haber agraciado con un honor á Demóstenes, sin dar cuentas de los fondos empleados en la reparacion de los muros: destinar el teatro para sitio de la ceremonia, cuando por la ley debia ser el Senado: y haber exaltado falsamente su virtud y su patriotismo. Esquines se propuso vengar la ofensa que juzgaba haberle hecho Demóstenes por su acusacion en el proceso de la embajada, (1) en el cual pidió contra él la pena capital. La acusacion de la *Corona* se hizo por Esquines en tiempo de Filipo, dos años ántes de su muerte: mas el juicio, á causa de las agitaciones continuas de Aténas, no comenzó hasta seis años despues en los tiempos de Alejandro. Anun-

(1) Demóstenes le acusó de haber causado con ella el despojo del rey de Tracia Kersoblepto, y la devastacion de la Fócida, por haberse vendido á Filipo y haber hecho traicion á la democracia.

ciado el proceso, concurrió á Aténas la Grecia entera, atraida por la curiosidad que excitaba una causa tan importante, y en que iban á lidiar con todo el fuego del odio y con armas bien preparadas los dos oradores mas grandes de aquella república. Natural era que despues de Esquines, hablase Ctésifon para sostener el decreto aprobado, defendiéndose por haberlo propuesto: el silencio de Demóstenes en su arenga respecto á Ctésifon lo comprueba: mas la posteridad ignora lo que pudo ocurrir sobre este punto.

Esquines comienza su exordio en el que manifiesta la esperanza de que la intriga no triunfe contra las leyes: prueba en seguida que á pesar de las liberalidades de Demóstenes en la reparacion de las murallas, estaba sujeto á la rendicion de cuentas, porque reunia en su persona los empleos mas considerables de la república. Pretende probar, que el lugar destinado á la ceremonia no es el que previene la ley: despues presenta á Demóstenes como la causa de la mayor parte de los males que aflijian á Aténas, por sus consejos, por su política viciosa y por estar vendido secretamente á Alejandro. Luego entra en varias consideraciones generales sobre las opiniones de Demóstenes, sobre las diferentes clases de gobierno, sobre el peligro de repartir con profusion las re-

compensas, para que Ctésifon se defienda solo, y si habla Demóstenes, para que siga el mismo plan de la acusacion: opone su vida á la de su enemigo, y despues dice, que absolver á Ctésifon sería animar á los opresores del pueblo, deshonrar á Aténas, ultrajar á los héroes muertos por su causa, pervertir la juventud y desconocer los derechos de los ciudadanos y de las leyes. En la peroracion apela á los grandes hombres de la república que evoca de sus tumbas, y concluye, que habiendo hecho su deber, toca á los jueces hacer tambien el suyo. (1)

¡Cuánta animacion y osadía desplegó Esquínes en esta admirable acusacion! Unas veces habla al juicio, otras al corazon, otras á la fantasía: su talento es inmenso y toma todas las formas convenientes: sus sentimientos son tan vários como las materias de que se ocupa, y las palabras contribuyen á la energía y brillantez de la frase. ¡Lástima que un talento tan grande se empleara en tan mala causa! Algunas veces tiene que dar á las leyes un sentido forzado, y cuando acusa á Demóstenes de crímenes que sin duda no habia cometido porque

(1) Stiévenart. Obras completas de Demóstenes y Esquínes.

parecen inverosímiles, mientras mas se nota la falta de pruebas mas exagera las expresiones. Demóstenes por el contrario, defendiéndose á sí propio, defendia una causa justa, sostenia la verdad misma, pero necesitaba, no solo justificarse ante la Grecia entera de tan terribles acusaciones, sino aparecer merecedor de la lisongera recompensa que por sus grandes servicios juzgaba haber merecido. La defensa no era muy fácil: á un ataque vigoroso dirigido por la envidia y la venganza, debia unirse la malignidad natural en el hombre, ménos crédula para la verdad que para la calumnia. Demóstenes, para sostenerse á la altura en que le habia colocado el decreto propuesto por Ctésifon, necesitaba recordar sus beneficios á la patria, cuyo papel, ademas de ser sobremanera difícil, era peligroso. Pero su génio se agrandaba con las dificultades para vencerlas. Varios pasages de uno y otro orador nos darán á conocer todavía mejor su mérito respectivo, aunque no del todo, porque para ello es forzoso leer íntegras las dos arengas. Oigamos á Esquines y veremos con cuanta sagacidad principia su exordio, en el cual reclama la observancia de las leyes.

«Ved, oh Atenienses, qué aparato se presenta, qué armada se ordena en batalla. Ved á cier-

tos hombres solicitar en la plaza pública la abolicion de las reglas y de las costumbres de Aténas. Mas yo me presento lleno de confianza en los dioses, en las leyes y en vosotros mismos, persuadido que no triunfa jamas en vuestras almas la intriga sobre las leyes y la justicia.»

. . . . . .

«En presencia de tales desórdenes, enmedio del triste abatimiento en que veis á la patria, os queda, sino me engaño, un solo resto de autoridad; el perseguir al autor de una proposicion tan ilegal. Si renunciais á ella, si permitís que os la arrebaten, os pronostico que entregais poco á poco la constitucion á un puñado de ambiciosos. Bien sabeis, Atenienses, que los pueblos tienen tres clases de gobierno: monarquía, oligarquía y democracía. Los dos primeros no tienen mas reglas que la voluntad de sus gefes, pero la democracía las leyes que se dá ella misma. Pues bien, no olvideis que el dia en que sube cada uno al tribunal para juzgar una infracion de ley, vá á decidir sobre su misma libertad. Por eso el legislador que ha escrito al frente del juramento de los jueces: «*yo decidiré conforme á nuestras leyes*» conocia bien que el culto de esas leyes es la salvaguardia del poder popular. Convencidos de esta verdad, sed severos contra aquel que que-

branta una ley por un decreto; no veais faltas ligeras donde hay un grave crímen; no os dejeis arrebatar por nadie el derecho de castigar; rechazad las pretensiones de esos generales que trabajan hace largo tiempo con ciertos oradores para la ruina de nuestro gobierno, y las súplicas de los extrangeros para libertar á los culpables de la justicia de los tribunales. Cualquiera de vosotros que se avergonzaria de abandonar el puesto que le tocase en la batalla ¿no tendrá ahora vergüenza de abandonar el que le há confiado la patria para la defensa de la libertad y de las leyes? Debeis tener tambien en memoria que todos vuestros conciudadanos, los unos presentes y fijos los ojos en este juicio, y los demas ausentes en sus asuntos, os han confiado la constitucion. Consultad el respeto que les debeis, el recuerdo de vuestros juramentos y de las leyes, y si yo convenzo á Ctésifon de haber propuesto un decreto contrario á ellas, contrario á la verdad, contrario al bien público, anulad ¡oh Atenienses! esa mocion culpable, afirmad nuestra democracía y castigad á aquellos cuya política es hostil á la legislacion, á vuestro bien estar y á la patria.»

En seguida entra en la discusion jurídica.

«En cuanto al argumento que Demóstenes califica de invencible, voy á responder anticipada-

mente en pocas palabras. Dirá «soy director de fortificaciones; mas hé hecho un regalo de cien minas y por consiguiente mejorado los trabajos. ¿Qué cuentas debo yo dar de un beneficio?» Subterfugio. Escuchad mi respuesta que es justa y útil.

. . . . . .

«La ley sujeta á rendicion de cuentas á los Trierarcas, (1) que léjos de haber manejado los fondos de la república, léjos de consumir en pequeñas obras una parte considerable de vuestros fondos y de jactarse de haceros donaciones, han sacrificado unánimemente su patrimonio á la ambicion de serviros.»

Explana en seguida esta doctrina presentando otros muchos casos. Despues pasa á la segunda parte de la acusacion.

. . . . . .

«Voy á demostrar que el decreto es tambien ilegal en cuanto á la proclamacion de la recompensa. Con efecto la ley ordena que la proclamacion se haga precisamente en el Consejo, si quien corona es el Consejo, y si el pueblo, en la asamblea del pueblo; pero *jamás en otra parte*. Que se me lea la ley.—Se lee la ley.

(1) Gefes de una nave de tres remos.

«Tal es la ley ¡oh Atenienses!: ley excelente sin duda: su autor juzgaba que sienta mal á un orador el presentarse á los ojos de los extrangeros, (1) y que satisfecho con los honores recibidos en su ciudad por mano del pueblo, no debia especular con tales proclamaciones. Pero ¿qué há propuesto Ctésifon? Léase su decreto.»

DECRETO.

«Ya lo ois, Atenienses, segun el legislador, se proclamará en el Pnix delante del pueblo convocado, la corona dada por el pueblo; mas *en otra parte jamás.* Segun Ctésifon que cambia el lugar y huella las leyes, será en el teatro en las nuevas tragedias, no en la asamblea de los ciudadanos delante del pueblo solamente, sino en presencia de los Helenos, para que conozcan como nosotros al hombre á quien coronamos.»

Luego en la tercera parte de su acusacion, hace una breve pero enérgica reseña de la vida privada de Demóstenes, la cual, si hubiera sido cierta, habria bastado para destruir completamente su reputacion: de su vida pública habla

(1) Concurrian de todas las ciudades á las representaciones teatrales.

con mucho detenimiento. Oigamos como se expresa sobre el desastre de Cheronea, cuya batalla aconsejó Demóstenes.

«Aquí debo tributar un justo recuerdo á los valientes, que á pesar de tan siniestros presagios, precipitó Demóstenes en un peligro manifiesto: ese desertor cuyos pies fugitivos sirvieron á su cobardia en Cheronea, (1) se há atrevido, hollando su sepulcro, á celebrar el heroismo de sus víctimas. Oh tú, el ménos capaz de una accion grande y generosa cuando es necesario obrar, pero el mas extremadamente audaz en la palabra: ¿te atreverás á decir ahora á la faz de tus conciudadanos que se te debe una corona de oro por los desastres que has causado á la república? Y si lo dice ¿lo sufrireis, Atenienses? ¿Os quitará este impostor el juicio y la memoria como há

(1) Demóstenes huyó en la batalla de Cheronea arrojando su escudo. Virgilio en el libro XI. de la Enéida, pone en boca de Turno que se dirige á Drances estas palabras:

¿An tibi Mavors
Ventosa in lingua, pedibusque fugacibus istis
Semper erit?

No tiene nada de extraño que Virgilio recordara en estos versos las palabras enérgicas de Esquines.

quitado la vida á vuestros conciudadanos? ¡Ah! transportad por un momento vuestra imaginacion desde este tribunal al teatro; ved al heraldo adelantarse, oid la proclamacion que vá á hacer en virtud del decreto, preguntad despues si los parientes de los muertos verterán mas lágrimas por los infortunios de los héroes que aparecerán en la escena, que por el olvido, por la ingratitud de la patria. ¿Hay un griego siquiera, hay un hombre alimentado por la libertad, que no gima al recordar las ceremonias que se verificaban en otro tiempo sobre el teatro, en un dia como este ántes de comenzar la tragedia, cuando Aténas tenia mejores gefes y mejores leyes? El heraldo se adelantaba y presentando á los huérfanos, cuyos padres habian muerto en la guerra, vestidos con una armadura completa, pronunciaba estas palabras, que eran á un tiempo el elogio y el estímulo de la virtud. *Ved aquí á los jóvenes hijos de los valientes que han perecido en los combates. El pueblo los ha alimentado hasta la pubertad; y ahora les dá la armadura de los guerreros, los envia bajo la proteccion de la fortuna á sus trabajos particulares y les concede en este lugar un asiento de honor.* Así hablaba entónces el heraldo; pero hoy cuando tenga presente al que há hecho huérfanos á esos mismos jóvenes ¿qué

proclamará? ¿qué nos hará entender? En vano recitará todas las disposiciones del decreto, la triste verdad hablará mas alto y levantará su voz contra la del heraldo: *A este hombre, dirá, si acaso es digno de tal nombre, le corona el pueblo de Atènas por su virtud, (siendo un ciudadano vicioso y malvado,) y por su noble carácter (siendo un cobarde desertor.)* ¡Ah! por Júpiter, por todos los dioses, os conjuro, Atenienses, no erijais sobre la escena de Baco un trofeo á vuestra vergüenza; no mostreis á todos los griegos que el pueblo de Minerva está delirante; no volvais á abrir las profundas, las incurables llagas de estos Tebanos, fugitivos por su causa y recogidos por vosotros. ¡Desgraciados! todo lo han perdido; sus templos, sus hijos, sus sepúlcros, gracias á la codicia rapaz de Demóstenes y al oro del gran Rey. (1) Y ya que no habeis visto su desastre con vuestros propios ojos, vedlo con el pensamiento, representaos una ciudad tomada por asalto, sus

(1) Darío habia enviado dinero á Demóstenes para excitar mas vivamente á los Tebanos contra la guarnicion que Filipo habia puesto en su ciudad, y con el objeto de distraer á Alejandro para que dejara tranquila la Persia. Véase á Plutarco. Vida de Demóst.

muros destruidos, sus casas envueltas en las llamas, las madres y los hijos arrastrados á la esclavitud. Ved á los ancianos bañados en lágrimas, teniendo que olvidar al fin de sus dias que han sido libres, implorando, exhalando su cólera, no contra sus enemigos, sino contra los autores de una venganza cruel: vedlos suplicaros con una voz moribunda que no coroneis al azote de la Grecia y que os sustraigais al génio maléfico que acompaña á ese hombre de perdicion. Porque ninguna ciudad, ningun hombre sin arruinarse se han entregado á los consejos peligrosos de Demóstenes. ¿Y qué, si cuando uno de los pilotos que os conducen del Pireo á Salamina, tiene la desgracia de chocar contra un escollo, le privais de su profesion, aunque haya sido sin culpa suya, para que no ponga otra vez en peligro la vida de ningun griego, dejareis el timon del Estado sin avergonzaros al que ha sumergido en un abismo á Aténas y á la Grecia entera?»

Si este admirable pasage hubiese sido pronunciado poco tiempo despues del desastre de Cheronea, creemos que la causa de Demóstenes era perdida. Mas transcurridos ya algunos años y tratándose de un pueblo ligero é inconstante, no podia producir yá Esquines el efecto que se habia propuesto. Por lo demás ¡donde po-

dremos hallar un trozo de elocuencia profana mas acabado y mas sublime! solo Demóstenes podia contestar á tan graves argumentos.—Concluiremos con Esquines citando otro pasage que puede rivalizar con el anterior y donde se halla acaso mas solidez en los argumentos.

«Pues que hé hablado de coronas y de recompensas, os predigo, Atenienses, que si no reprimís esa profusion de honores esparcidos tan fácilmente, no obtendreis ni el reconocimiento de los agraciados, ni ventaja alguna para la causa pública, porque no corregireis á los malvados, y desalentareis á los buenos. Lo demostraré con pruebas sólidas. Si se os pregunta cual época os parece mas gloriosa para Aténas, la de nuestros antecesores ó la nuestra, respondereis unánimemente que la de nuestros antecesores.—Los hombres eran entónces mejores que hoy. Entónces eran distinguidos, hoy han degenerado.—¿Las coronas y las proclamaciones y todas las recompensas eran frecuentes? fueron por el contrario muy raros esos honores, mas la palabra virtud era gloriosa; (1) ahora

(1) Ut populi nostri honores fuerunt rari tenues, ob eamque causam gloriosi, nunc autem effussi atque obsoleti, sic olim apud atenienses.—Cornelio Nepote.

está envilecida; la costumbre prodiga las coronas, no la reflexion. En este estado ¿no es estraño que sean ahora mas numerosas las recompensas y que estuviese entónces mas floreciente la patria? ¿que los ciudadanos tuvieran entónces tanto mérito y tan poco hoy? Esplicaremos la causa.

«¿Pensais, Atenienses, que se hubiera querido ejercitar un atléta en la lucha y el pugilato, ó en cualquier otro combate terrible para ganar la corona en Olimpia ó en los otros juegos, si se diera el premio no al mas digno sino al mas intrigante? De ningun modo. Pero como es raro el premio de una conquista difícil y gloriosa, como la victoria es inmortal, hay hombres que exponen su vida, sufren mil penas, arrostran mil peligros. Y bien; ved en vosotros los jueces del campo donde combate la virtud cívica. Si dais á un pequeño número las recompensas y á los mas dignos segun las leyes, se presentarán en gran número los rivales del patriotismo. Si premiais al mas ambicioso, corrompereis los mas nobles caractéres.

«Aun mas claramente os quiero demostrar todavia la verdad de mi raciocinio. ¿Cuál os parece de mayor precio, Temístocles que mandaba vuestra armada, cuando vencisteis la Persia

en Salamina, ó Demóstenes que es un desertor cobarde? ¿Designaré á los que trajeron de Phylos al pueblo fugitivo? (1) á Arístides el justo cuyo sobrenombre es muy diferente por cierto de los que dan á Demóstenes? Mas no, ¡dioses del Olimpo! sería una profanacion nombrar en este mismo dia á aquellos grandes hombres y á este mónstruo. Que cite en su discurso uno solo entre ellos que hubiese obtenido los honores de una corona. ¿Será tal vez porque Aténas fué ingrata con ellos? No; fué magnánima y aquellos ciudadanos sin coronas eran dignos de ella. Colocaban su gloria no en el texto de un decreto, sino en la gratitud de una patria de quien obtuvieron un merecido recuerdo, que existe todavia en nuestras almas, y que será sin duda eterno.

¿Qué recompensas recibieron? justo es que las mencionemos. En aquellos tiempos hubo ciu-

(1) Cuando estaba Aténas oprimida por los treinta Tiranos que habian dejado mandando allí los Lacedemonios, Trasíbulo tuvo valor para sacudir el yugo. Se retiró á Philos, fortaleza del Ática, seguido de algunas tropas que aumentadas poco á poco formaron un ejército, y venció con él á los treinta Tiranos.

dadanos que á las orillas de Strimon vencieron á los Medos despues de largos trabajos y de grandes peligros. (1) A su vuelta solicitaron un premio, y el pueblo les concedió uno magnífico para la época, tres Hérmes de piedra en el pórtico de Mercurio; mas con la prohibicion de colocar allí sus nombres, para que la inscripcion pareciese hecha por el pueblo y no por los generales. Hé dicho la verdad y juzgareis si es cierto por los versos que se grabaron en el pedestal de la primera estatua, (2) de la segunda y de la tercera. ¿Se encuentran allí por ventura los nombres de los generales? No: el de Aténas solamen-

(1) Cimon venció en el Strimon, rio de la Tracia, á los Persas.

(2) Tenian un gran corazon estos guerreros que vió el Strimon encadenar por primera vez el furor imponente de los Persas orgullosos con el espanto que producian su ferocidad y sus armas.—En la segunda. «Perpetuando Aténas la memoria de sus ilustres gefes, ofrece un modelo á sus descendientes. ¡Ojalá que estos sirvan así á la patria y con sus acciones eternicen su gloria!»

Sobre la tercera. «Menesteo, digno compañero de los Atridas mandaba en los campos frigios á sus combatientes: sus rápidas victorias ilustraban á los atenienses, Homero, tú cantaste sus talentos y sus glorias.»

te. Echad una ojeada sobre el pórtico de las pinturas; porque allí están los monumentos de vuestras grandes acciones. ¿Qué digo, Atenienses? Allí está pintada la batalla de Maraton ¿cuál era el general? A esta pregunta todos contestareis que Milcíades: sin embargo, su nombre no está allí. ¿Fué porque no pidió ese honor? No; pero el pueblo no accedió á su demanda; solo le permitió ser representado el primero exhortando á los soldados. Véd en el templo de Cibéles, cerca del Consejo la recompensa que disteis á los que trageron desde Phílos al pueblo fugitivo. Arquínes de Celos, uno de los libertadores, propuso el decreto que fué aprobado. Se les dieron desde luego mil dracmas, para sacrificios y ofrendas, (es decir ménos de diez dracmas por cabeza) y despues, no la corona de oro, sino la de olivo. Entónces era un honor grande la corona de olivo: hoy aun la de oro está despreciada. Mas aquella distincion no se hizo sin discernimiento; el Consejo premió á los que despues de haberse fortificado en Phílos, sostuvieron el sitio contra los Lacedemonios y los *Treinta*; hoy premia al que al acercarse el enemigo huyó cobardemente en la batalla de Cheronea.»

La Harpe se lastima de que en este magnífico trozo de elocuencia esté reducido el arte

oratorio á la calumnia. No estamos conformes con la opinion del célebre crítico. Esquines establece un paralelo entre Demóstenes y los hombres mas grandes que sirvieron á Aténas en los bellos tiempos de la república. Cierto es que le desenvuelve hábilmente, pero con hechos irrecusables, porque Milcíades, que vale por lo ménos tanto como Demóstenes, no alcanzó una recompensa tan alta por haber salvado á su patria en Maraton. (1) Demóstenes contesta victoriosamente el argumento de Esquines, no porque haya mentira en el paralelo, sino porque siendo muy diferente la época en que vivía y las costumbres, le quedaban todavía por sus servicios al Estado grandes medios de defensa. Mas nadie podrá negar la veracidad de los hechos presentados por Esquines en este pasage: nadie podrá rebajar la gloria que adquirió Milcíades en las llanuras de Maraton, ni disculpar la fuga vergonzosa de Demóstenes en Cheronea.

(1) El premio que consiguió por esta distinguida victoria consistió en retratarle á la cabeza de los demas generales, exhortando á los soldados á la pelea. Pero habiendo solicitado que se le adjudicase una corona de olivo, le fué disputada en la asamblea por Socáres que le contestó: *Alcanzarás esos honores cuando venzas tú solo.*

Oigámosle, sin embargo, y desaparecerá en nuestros lectores la opinion desfavorable que hayan formado de él por la magnífica acusacion de Esquines. Este, porque temia al gran talento de Demóstenes, habia pedido á los jueces que siguiera en su defensa el mismo órden que en la acusacion. Demóstenes principia por una súplica á los dioses, para que los Atenienses le escuchen con benevolencia y le permitan seguir libremente en su defensa el órden que juzgue oportuno: habla despues de las desventajas de su posicion, que le precisan á hacer su apología, para lo cual apela á los jueces entre los cuales ha vivido: prueba su inocencia de los crímenes y faltas de que le habia acusado Esquines: demuestra que el decreto de Ctésifon no infringe las leyes por mas que le haya dado Esquines una interpretacion violenta: hace su apología que la convierte indirectamente en una acusacion fuerte contra su adversario y hasta el desastre de Cheronea le sirve de un arma poderosa para aniquilarlo. Su peroracion consiste en una súplica á los dioses en favor de los Atenienses y contra sus enemigos. Esquines, que conocia quizás mejor que nadie el génio de su adversario, habia pedido á los jueces que puesto que acusaba el decreto de Ctésifon, á este solo correspondia la defensa y no á Demós-

tenes: pero ya hemos visto la acusacion: los Atenienses fueron justos concediendo á Demóstenes el uso de la palabra. Comenzó así:

«Antes de todo, Atenienses, pido á los dioses y las diosas que os inspiren por mí en este debate el mismo celo y consideraciones, que siempre he tenido por la república, y para que me permitais, no el órden de defensa que pretende mi adversario, porque no seria justo, sino el que me dan las leyes y vuestro juramento, en lo cual se interesa vuestra religion y vuestra gloria. Habeis jurado escuchar igualmente á las dos partes, esto es, no solo concederles el mismo favor, sino dejar á cada combatiente que adopte el plan y el género de defensa que á sus intereses mas convenga.

«Esquínes tiene sobre mí en esta lucha grandes ventajas, dos sobre todo muy notables, Atenienses. Primero, la desigualdad en el peligro: si no gana su causa, nada pierde: respecto á mí..... Mas no pronunciarán mis lábios una palabra siniestra al conmenzar á hablaros. La otra ventaja consiste en que es propio de la condicion humana escuchar con placer la acusacion y el vituperio, mas con disgusto la apología personal. A Esquínes há tocado la materia que mas agrada á los hombres; á mí la que mas des-

agrada y ofende. Si por este justo recelo callo mis acciones, juzgareis que no puedo destruir los cargos que se me han hecho, ni mostrar los títulos que me hacen acreedor á esa recompensa. Si recorro mi vida pública y privada, me veré obligado á hablar de mí con frecuencia. Procuraré, con todo, hacerlo con la mesura posible, y si mi lenguage es alguna vez exaltado, imputadlo al provocador de lucha tan extraña».

Demóstenes, como ya há anunciado, no sigue el órden que le habia prescrito Esquines. Conocia muy bien, que siendo la cuestion jurídica sumamente árida, si comenzaba por ella, comenzaba tambien por producir el fastidio en el auditorio, cansado ya por lo mucho que sobre la materia habia hablado su adversario. Por esta razon se propuso tenerlo ya destruido al tratar el punto legal. Así sucedió: no habia llegado á él todavía y ya se muestra victorioso y elevado á una altura inmensa, mientras que vemos aniquilado á Esquines. Así debemos considerarle al escuchar estas palabras:

«La corrupcion se habia apoderado de las repúblicas: los ministros, los magistrados, todos estaban vendidos: los particulares y los pueblos, ó no previan nada, ó se adormecian un dia y otro en un reposo indolente. Todos padecian una

misma dolencia: cada uno se persuadia que la tempestad no descargaria sobre su frente y que en el peligro de los otros hallaría su propia seguridad. Así, por premio de este abandono extraordinario é imprevisto, los pueblos han alcanzado la servidumbre y los gefes que juzgaban venderlo todo, escepto ellos mismos, conocieron que se habian vendido los primeros. En vez del título de huéspedes y amigos que recibian con el oro, el nombre de aduladores, el de impios y otros mil resonaban en sus oidos. Porque el oro no se dá al traidor para enriquecerlo: cuando se ha obtenido de él lo que se pretende, no se le consulta mas: de otro modo nadie sería mas dichoso que un traidor. Pero no; eso es imposible. Léjos de eso, cuando el ambicioso llega á dominar, se convierte tambien en déspota de los infames que se le han vendido: entónces, conociendo su perfidia, les odia y desconfia de ellos. Véd los hechos que el tiempo nos há conservado y que pueden consultar los sábios. Lasténes se llamó amigo de Filipo hasta que le entregó á Olynto; Timolaos hasta la ruina de Tébas; Eudikos y Limos de Larisa hasta que sujetaron la Tesalia. Mas despues, arrojados, cercados de males y cubiertos de ignominia, han errado por toda la tierra. ¿Qué hallaron Aristrá-

tes en Sicion y Perilaos en Megara? el horror y el desprecio. Eso prueba, Esquines, que tú y tus codiciosos cómplices, debeis al ciudadano mas celoso por la patria y al mas elocuente contra la traicion, vuestra abundancia y obsequios: si vivís, si se os paga todavía, lo debeis á la multitud que lucha contra vuestras intrigas y perfidias. Abandonados á vosotros mismos, ya hace tiempo que estariais perdidos.

«Mucho tendria que deciros todavía sobre aquella época; ¿pero no hé dicho demasiado? La falta está en ese hombre, que há esparcido sobre mí la antigua hez de sus traiciones y sus maldades, y me obliga á purificarme delante de ciudadanos mas jóvenes que los acontecimientos. Tal vez os hé cansado cuando ántes que pronunciase una sola palabra, sabiais cual fuese su venalidad. Ved aquí á lo que él llama *hospitalidad, amistad.* Há dicho en alguna parte que le echo en cara el *ser huésped de Alejandro.* ¡Yo vituperar tu amistad con Alejandro! ¿Cómo la habrias adquirido? ¿con qué título? No; yo no puedo nombrarte ni el amigo de Filipo, ni el huésped de Alejandro; no soy tan insensato ¿Los trabajadores, la gente asalariada se llaman los amigos ó los huéspedes de quien les paga? Nada de eso. Antes mercenario de Filipo, ahora

mercenario de Alejandro: así es cómo yo te nombro y todos los ciudadanos que están presentes. ¿Lo dudas? Pregúntalo.... ó lo haré yo por tí. Atenienses, que os parece ¿Esquínes es huésped de Alejandro ó su mercenario? Ya oyes su respuesta.» (1)

Observemos con cuanta habilidad há preparado Demóstenes el corazon de sus jueces para hacer á Esquínes la pregunta que debia llenarle de humillacion y de vergüenza. El abate Auger dice con razon, que el orador no ha querido arriesgarla hasta despues de haber atacado vivamente á los traidores, y haber dispuesto al auditorio á responderle conforme á su deseo.

Aun con mas facilidad refuta la acusacion en la parte jurídica.

«Respecto á la proclamacion en el teatro, no os citaré muchos ciudadanos que se han coronado allí: no os recordaré que he sido coronado allí tambien mas de una vez. ¿Pero estás, Esquínes, tan desnudo de razon que no comprendas que es igual la gloria, donde quiera que un ciudadano es coronado y solo para los que

(1) Stoke cree ver aquí á Esquínes silbado y escarnecido por la multitud y cubierto de aplausos á Demóstenes.—Stiévenart.

le coronan se hace la proclamacion en el teatro? A los que presencian la ceremonia les sirve de estímulo para merecer bien de la patria y es un objeto de alabanza, mas para los que distribuyen estas recompensas que para los que las reciben. Tal es el espíritu de la ley dada sobre este punto. Leedla. *Si alguna de nuestras ciudades municipales corona á un ciudadano ateniense, la proclamacion se hará en la ciudad que hubiere concedido la corona: si es el pueblo de Atenas ó el Senado quien la otorga, la proclamacion podrá hacerse en el teatro en las fiestas de Baco.*»

Esquines habia citado una ley que era opuesta á la que acabamos de traducir: ¿diria él la verdad ó Demóstenes? ¿acaso la que cita este será posterior en fecha á la de Esquines? Sin embargo, el haber recitado Demóstenes literalmente las palabras de la ley, lo cual no vemos que haga Esquines en la acusacion, y el haberse verificado así otras veces las coronaciones, nos inclina á creer que Demóstenes decia la verdad y que Esquines daba un sentido violento á las leyes ó las truncaba, como dice el mismo Demóstenes.

«Atenienses, entónces me coronásteis por mis servicios; Aristónico redactó el decreto en los mismos términos que el de Ctésifon; la coro-

na fué proclamado en el teatro, y este honor le recibia por la segunda vez. Esquines estaba presente y no reclamó ni acusó al autor de la mocion. Leed el decreto.

DECRETO.

Bajo el Arconte Caerondas, hijo de Hegemon, el dia seis de la tercera década de Gamelion, presidiendo la tribu Leóntida, dijo Aristónico de Phrearrha:

En atencion á que Demóstenes de Paeania, hijo de Demóstenes, há hecho numerosos é importantes servicios al pueblo ateniense; socorrido á muchos aliados ántes y ahora por sus decretos, y libertado á muchas ciudades de la Eubea; que amante siempre del pueblo, procura de palabra y de hecho, en cuanto está á su alcance, el bien de los Atenienses y de los demas Helenos.

El consejo y el pueblo de Aténas decretan:

Demóstenes de Paeania, hijo de Demóstenes será elogiado públicamente, coronado con una corona de oro y proclamado en el teatro en las fiestas Dionisias el dia en que haya tragedia nueva. Serán encargados del cuidado de la proclamacion la tribu que presida y el agnoteta. (1)

Propuesto por Aristónico de Phrearrha.

(1) El presidente de las fiestas.

«Y bien ¿quien entre vosotros ha visto á Aténas cubierta de oprobio por este decreto y siendo obgeto de la burla y los sarcasmos que predice ahora este hombre?»

No puede ya caber duda en que el decreto de Ctésifon no era en este punto contrario á las leyes: con los datos que presenta Demóstenes queda probado con evidencia. Del mismo modo prueba la injusticia de la acusacion respecto á las cuentas no rendidas.

«Solo me resta hablar de la proclamacion y de las cuentas: mis buenos servicios al Estado mi afeccion, mi adhesion á vosotros quedan bien demostradas con lo que ya he dicho. Omito, sin embargo, mis acciones mas importantes, por que ya es tiempo de responder á otro punto de ilegalidad; pero aunque calle el resto de mi vida, suplirán los recuerdos que teneis de ella.

«Todas las palabras inútiles y confusas que há aglomerado Esquines sobre la infraccion de las leyes, no os han enseñado nada ¡lo creo por los dioses! yo mismo no hé podido comprenderlas. Siguiendo el camino mas recto, discutiré puramente la sencilla equidad. El impostor ha afirmado cien veces que estoy sujeto á rendicion de cuentas. Si: estoy tan lejos de negarlo que me confieso responsable toda mi vida de los fon-

dos y de los negocios, cuya administracion me habeis confiado; mas de lo que yo dí espontáneamente sostengo que no soy responsable ni un solo dia. ¿Lo oyes, Esquines? aunque fuera uno de los nueve Arcontes. Cuando por generosidad ó por patriotismo dá un ciudadano al estado una parte de su fortuna; ¿donde existe una ley tan inícua, tan cruel que pueda robarle vuestro reconocimiento y someter sus beneficios á exámen y responsabilidad? Pero no existe, Atenienses. Sin embargo porque yo fuí tesorero del teatro, aunque hice donacion de cien minas, (1) dice el calumniador.—El consejo le otorga un elogio público y está sujeto á cuentas!—No; este honor no hacia relacion á nada en que fuese yo responsable, si no á mis liberalidades, vil calumniador.—Estabas, dice, encargado de las fortificaciones. Por eso merezco elogios: porque por una liberalidad hé completado el dinero que faltaba sin contar con Aténas. La administracion de fondos exije responsabilidad, revision de los contadores. ¿Pero las liberalidades que pueden exigir? el reconocimien-

(1) Nueve mil ciento sesenta y seis francos y sesenta y seis céntimos.

to, los elogios: tal ha sido el motivo del decreto de Ctésifon.

«Estos principios estan fundados en vuestras leyes y en vuestras costumbres. Algunos egemplos lo probarán fácilmente. Nausicles, siendo general recibió muchas coronas por sus liberalidades. Despues de él Diotimo y Caridemo fueron coronados por una donacion que hicieron. Encargado de muchas obras públicas Neoptolomeo, obtuvo los mismos honores, porque suplió mucho de sus fondos. Sería cruel en efecto que el desempeño de un cargo privase del derecho de hacer un don á la patria, ó que por todo reconocimiento se sometiesen sus larguezas á una revision escrupulosa. Para fijar los hechos que se lean los decretos expedidos entónces.»

Los decretos á que se refiere Demóstenes dicen literalmente lo que él habia referido. No hay en ellos una sola palabra contraria á sus aserciones, su lenguage es el de la verdad.

Mas donde nos parece inimitable es en la contestacion á Esquines, en que le hace responsable del desastre de Cheronea. Ese cargo, uno de los mas fuertes de la acusacion, por el talento y sagacidad con que está presentado, por sus admirables rasgos oratorios y que tal vez seria indestructible para cualquier otro orador

por notable que fuese, dá un triunfo completo á Demóstenes; no tiene otro pasage en nuestro concepto, en que aparezca con un patriotismo tan noble y tan sublime, ni presente á Esquínes mas pequeño.

«Despues de haber sembrado Filipo la discordia entre las dos repúblicas, altivo con nuestros decretos y sus respuestas, avanza con sus tropas y se apodera de Elatea, (1) persuadido que cualquier cosa que suceda en adelante, es ya imposible una liga entre Aténas y Tébas. Vosotros sabeis la confusion que se exparció por la ciudad: escuchad, sin embargo, algunas palabras indispensables.

«Era por la noche; llega un hombre y anuncia á los pritanos que Filipo se há apoderado de Elatea. Estaban entónces en la cena: al momento se levantan de la mesa; los unos despiden á los compradores que estaban en sus tiendas levantadas sobre la plaza pública: los otros avisan á los generales y suena la trompeta: cunde el tumulto por toda la ciudad. Por la mañana al aparecer el dia convocan los pritanos al Consejo en

(1) Ciudad de la Fócida que abria paso á Filipo hasta el Ática.

su local, y ántes que se reuniera, ya habia ocupado todo el pueblo las gradas superiores. Entra en seguida el Consejo; los pritanos repiten la noticia, introducen al mensagero; este hombre hace relacion de lo ocurrido y el heraldo dice ¿quién desea hablar? Nadie se presenta: reitera su pregunta: nadie tampoco. Allí estaban, sin embargo, todos los generales, todos los oradores, y la voz de la patria pedia un consejo para salvarla, porque el heraldo que pronuncia las palabras dictadas por la ley, es la voz de la patria. Con todo, si para presentarse no se hubiese necesitado mas que desear la salud de Aténas, vosotros y los demas Ciudadanos se hubieran levantado todos, todos hubieran corrido á la tribuna; porque todos, bien lo sé, queriais ver salvada á Aténas: si solo se hubiese necesitado ser rico los *Trescientos* habrian hablado. Si la riqueza y el zelo, se habrian levantado los que han hecho al Estado grandes donaciones por puro patriotismo. ¡Ah! pero en aquel dia, en aquella crísis era necesario, no solo un ciudadano rico y zeloso, sino que conociese desde el principio á fondo los negocios y razonase con acierto sobre los motivos de la conducta de Filipo y sobre sus designios. Cualquiera que no los conociese por una larga y atenta observacion, aunque fuera so-

lícito y opulento ni podia conocer la resolucion que debia adoptarse, ni debia dar consejo alguno.

«Y bien; yo fuí el hombre de aquel dia, yo: subí á la tribuna: lo que os dije entónces, escuchadlo atentamente por dos razones: primero, para convenceros que yo solo, entre los oradores y los gobernantes, no hé abandonado durante la tempestad el puesto del patriotismo, sino que enmedio de aquella crísis terrible, el objeto reconocido de mis discursos y de mis decretos fué el salvaros: segundo, porque lo que hice en aquellos breves instantes os ilustrará sobre el resto de mi administracion.

. . . . . .

«Despues de mis consejos descendí de la tribuna; nadie me contradijo, todos aplaudieron. A mis palabras añadí un decreto; el decreto exijia una embajada á los Tebanos, me encargué de ella y los persuadí á que nos auxiliasen. Comenzé, continué, hé consumado la obra: por vosotros expuse mi cabeza á todos los peligros que amenazaban á la república; redacté el decreto que fué entónces promulgado. Y bien; ¿quieres, Esquínes, que diga cuáles fueron tus servicios y los mios en aquel dia memorable?

. . . . . .

«Tú no hiciste nada por la patria, yo hice

todo lo que puede esperarse de un buen ciudadano.

. . . . . .

«Entónces era, lo repito, la hora mas á propósito para manifestar tu celo y tus sábios consejos. Aun digo mas: si se puede indicar hoy todavía un partido mejor que el mio, que hubiera sido posible, me confieso culpable: si; porque si habia algun camino mas útil en aquel tiempo, debia yo haberlo descubierto. Pero sino lo hay ahora, sino le hubo jamás, si nadie pudo mostrar ningun otro en aquel memorable dia, ¿qué pudo hacer el consejero del pueblo? Entre las medidas practicables que se ofrecian ¿no debia escojer la mejor? Hé ahí lo que hice, Esquines.

En aquellos momentos, permaneciste mudo, inmóvil en el seno de la asamblea; yo me levanté y hablé. Si entónces no dijiste nada, habla hoy al ménos; muestra que debí hablar de otro modo, ó que hé perdido alguna ocasion favorable al Estado. Qué otra alianza ó qué empresa debia yo aconsejar á los Atenienses?

. . . . . .

«Examina mi administracion durante aquella crísis, y no me calumnies por el resultado. Los sucesos están en manos de la fortuna; la intencion del que aconseja se manifiesta en el consejo mis-

mo. No me acuses, pues, por la victoria que alcanzó Filipo: el éxito del combate estaba en el poder de Dios, no en el mio. Pero muestra que no hé tomado todas las medidas de la prudencia humana, que no hé tenido buena fé en la egecucion, ni un celo y ardor superiores á mis fuerzas; que no han sido gloriosas mis empresas y dignas de la república, muéstramelo, y en seguida puedes acusarme. Si un rayo mas fuerte que nosotros y que todos los griegos fué lanzado sobre nuestras cabezas, ¿qué podia yo hacer? El ciudadano que prepara todo lo necesario para la seguridad de una nave, y que sin embargo hace pedazos la tempestad ¿será responsable del naufragio? No dirigia yo el timon, contestará. Tampoco mandaba yo el egército ni era dueño de la suerte; la suerte, por el contrario, es el árbitro de cuanto existe.

«Ten presente, Esquines, y abre los ojos. Si nuestro destino há sido infeliz combatiendo los Tebanos con nosotros ¿qué debiamos esperar, no siendo nuestros aliados, sino auxiliares de Filipo? Si despues de la batalla dada á tres jornadas del Ática, la consternacion y el peligro fueron en nuestra ciudad extremos ¿qué esperanza nos quedaba si se hubiese perdido en nuestro mismo territorio. ¿Piensas que Aténas estaria en

el mismo estado? ¿que nos seria permitido reunirnos y respirar? Pero un dia, dos ó tres, nos han dado medios para salvarnos. Sin esta dilacion..... ¡Mas para qué hablar de las desgracias de que nos há preservado alguna divinidad tutelar, y esta alianza que há sido el baluarte de Aténas, aunque sea objeto de tus acusaciones!

. . . . . .

«Si cuando deliberaba la república se presentaba para tí claro el porvenir, debias revelárnoslo entónces. Si no lo previas, eres como todos solo culpable de ignorancia. ¿Por qué, pues, acusarme cuando yo no te acuso?

. . . . . .

«Mas aun cuando el porvenir se hubiera revelado á todos, aunque todos le hubiesen previsto, aunque tú, Esquínes, le hubieses previsto y publicado con tus gritos, tú que no abristes la boca, Aténas no debia obrar de otro modo, por poco que pensara en su gloria, en sus ascendientes y en la posteridad. Cierto es que la fortuna nos fué contraria, ¿mas cómo teniendo Aténas el primer lugar entre las repúblicas, renunciaria á él entregando á Filipo la Grecia entera? Si hubiera abandonado sin combate lo que nuestros antecesores compraron á costa de tantos peligros ¡qué oprobio para tí, Esquínes, porque no recaeria sobre mí ni sobre

la república! ¡Con qué frente, gran Dios, veriamos llegar aquí los extrangeros, si Filipo hubiera sido nombrado gefe de la Grecia, y para impedir este deshonor hubiesen los demas combatido sin nosotros, sin nosotros, cuya patria habia preferido siempre el honor de los peligros á una seguridad sin gloria!

. . . . . .

«Si yo me atreviera á jactarme de haberos inspirado sentimientos dignos de vuestros ascendientes, podriais ofenderos con razon de mis palabras. Mas vuestras grandes resoluciones os pertenecen, porque ántes de mí há tenido la república siempre tan nobles pensamientos: yo añado solamente lo que ella há hecho, debido en cierto modo á mis servicios. Sin embargo, Esquines acusa toda mi administracion, os irrita contra mí y me presenta como el autor de todos vuestros peligros y disgustos: ¿y por qué? Por arrebatarme una corona que es honor de un momento. Mas esto seria reprobar los elogios de todos los siglos. Porque si condenando á Ctésifon, condenais mis servicios, se creerá que os habeis engañado siguiendo mis consejos. No, Atenienses, no os habeis engañado arrostrando el peligro por la salud y la libertad de toda la Grecia. Lo juro por los manes de nuestros antecesores que des-

preciaron la muerte en Maraton, por los que Platea vió ordenados en batalla, por los combatientes en Salamina, y en Artemisa y por tantos otros héroes que reposan en los monumentos públicos. A todos indistintamente concedió Aténas los mismos honores, la misma sepultura, sin limitarse á los dichosos ó á los vencedores. Y así era justo, porque todos habian cumplido con el deber de ciudadanos valientes; pero la suerte de cada uno fué reglada por el cielo.»

No creemos posible mayor genio oratorio, mayor lógica, ni un conocimiento mas profundo del corazon humano. La fuerza de estos razonamientos es tan poderosa como admirable la rapidez en el movimiento de las pasiones: tiene algunos momentos en que es eminentemente dramático: no habla como un escritor elegante, sino como un hombre inspirado y apasionado por la verdad: por eso hay tanta fuerza, tanto calor y vehemencia en sus pensamientos: habla, en fin, como un buen ciudadano calumniado y herido profundamente, que no puede contener su indignacion contra los traidores á la patria.

Esquines le habia acusado de falta de pudor elogiando á los guerreros muertos en Cheronea, de cuya desgracia habia sido causa: esfuerza el

argumento con tanto mas calor cuanto que habia solicitado la honra de ser el orador en aquella ceremonia y no habia podido conseguirlo. La contestacion de Demóstenes es digna de él y humillante para Esquines.

«Cuando fué necesario elegir despues de nuestra desgracia un orador que hiciese los últimos honores á las víctimas de la patria, no se te escojió, á pesar de tu voz sonora y de tus intrigas, ni á Démades que acababa de obtener la paz, ni á Hegemon ni á ninguno de tu partido. Vióse entónces á tí y á Pitócles vomitar contra mí las invectivas que acabas de repetir con tanto furor como impudencia, y eso sirvió á los Atenienses para insistir en su eleccion. Tú sabes la causa tan bien como yo; sin embargo quiero decírtela. Los Atenienses conocian mi amor á la patria y los crímenes que tú has cometido contra ella. Sabian que solo debias tu impunidad á sus desgracias, y que si tus sentimientos contra ella no los has manifestado sino en las épocas de revueltas, estaban convencidos que fuiste en todos tiempos enemigo secreto de la patria. Y convenia sin duda, que el que celebrase la virtud de sus conciudadanos, no hubiese sido el comensal de sus enemigos, ni hubiera celebrado con ellos los mismos sacrificios y las mismas libaciones. No

se podia otorgar un cargo tan honroso á los que se habian visto mezclados con los vencedores, participar de la alegria insultante de sus festines y triunfar de nuestras calamidades. En fin, no era una voz falsa la que debia deplorar el destino de aquellas víctimas ilustres. Ese pesar sincero solo podia aparecer en la boca del que tenia tambien dolor en el alma, y se sabia que ese dolor estaba en mi corazon y no en el tuyo. Hé ahí lo que há decidido al pueblo; y cuando los padres de los muertos, encargados del triste cuidado de su sepultura, celebraron la ceremonia de sus funerales, lo hicieron en mi casa, porque me juzgaban mas afecto que nadie á aquellos cuya pérdida deplorabamos. Cierto es que estaban ligados mas de cerca por los vínculos de la sangre, pero nadie lo estaba mas por los sentimientos de ciudadano; nadie habia tenido que llorar mas que yo en la pérdida comun.»

No hémos querido citar de intento ningun pasage en que los oradores recurren á las injurias personales. Esquines acusa á Demóstenes de delitos y de actos vergonzosos, y este en cambio no solo le acusa de crímenes, sino que le zahiere por su oscuro linage, por la vileza de sus ocupaciones y por lo que debia serle aun mas doloroso, por la lubricidad y mal vivir de su

madre. Tales insultos y miserias no solo no se permiten entre nosotros en el santuario de las leyes, sino en cualquier otro lugar, aun que esten profundamente ofendidos los adversarios y á sus ofensas haya de seguirse un duelo á muerte: Mas la civilizacion antigua no rechazaba estas demasías. Los héroes de Homero se insultan casi siempre ántes de pelear; Ciceron insulta á Antonio y á Pison: y es bien seguro que si en los tiempos de Demóstenes y Esquines no se hallasen autorizadas por las costumbres las injurias verbales, no habrian recurrido á tales medios en un debate solemne que presenciaba no solo el pueblo de Aténas, sino toda la Grecia.

Despues de este análisis no es dificil prever cual sería el resultado del proceso. Ctésifon fué absuelto por una gran mayoria: el acusador debia reunir cuando ménos la quinta parte de los votos, y sino era condenado al destierro: Esquines tuvo que sufrir esta pena. Retirado á Ródas, abrió allí una escuela que fué despues muy célebre. Un dia tuvo el valor singular de principiar su conferencia por la lectura de las dos arengas. Concluida la suya exclamaron los oyentes entusiasmados ¿es posible que hayas sido vencido con una acusacion tan admirable. Tened paciencia, les contestó, y en se-

guida leyó la arenga de Demóstenes (1) Entónces creció el entusiasmo en todos.—«Qué seria, les dijo, si hubieses oido al leon mismo. Desde aquella ciudad escribió algunas cartas á sus amigos y á Ctésifon que revelan la amargura de su alma, pero tambien la resignacion del hombre que juzgaba haber cumplido con los deberes de un buen ciudadano. Demóstenes permaneció en Aténas oponiéndose á Alejandro, como lo habia hecho con Filipo hasta que fué desterrado. (2) Vuelto á Aténas despues de la muerte del jóven conquistador, no cesó de oponerse á la tirania de Macedonia; pero Antipatro su rey, consiguió que los Atenienses le entregáran todos sus oradores demócratas. Demóstenes huyó y se refugió en el templo de Neptuno. Allí le persiguió Arquias acompañado de unos lanceros para llevarle á la presencia del rey macedon: Demóstenes se libró tomando el veneno y cayó muerto en el mismo

(1) Si Esquines leyó integra la arenga de Demóstenes, debia ser muy despreocupado.

(2) Plutarco refiere que Demóstenes se dejó corromper por una copa de oro que le envió Harpalos partidario de Alejandro, con veinte talentos; la copa pesaba otros veinte. Todo importaba sobre novecientos mil reales.

templo lanzando un profundo suspiro. (1)

Así pereció este grande hombre, príncipe de la elocuencia tribunicia. Licurgo, amigo suyo y alumno de Platon que amaba con entusiasmo á la patria, administró por espacio de quince años los fondos de la república con la misma integridad que Arístides; recorrió con Demóstenes el Peloponeso, suscitando por todas partes enemigos á Filipo. Alejandro despues de haber destruido á Tébas incluyó á Licurgo, ya anciano, entre los Atenienses cuyas cabezas demandaba, pero fueron salvados por la habilidad de Démades.

Existian quince discursos de este autor: la mayor parte consistian en acusaciones; ya no se conserva mas que uno, cuyo objeto es acusar á Leocrátes de traidor á la patria, porque con desprecio de las leyes, despues de la derrota de Cheronea habia abandonado el Ática, fijándose con su familia en Ródas. Su estilo nos

(5) Plutarco refiere que Arquias para hacer que Demóstenes le acompañase le habló con mucha bondad; pero que este le contestó: «¡Oh Arquias! jamás me has agradado como actor, hoy no desempeñarás mejor tu papel con las promesas que me haces.» Arquias habia sido cómico.

parece duro generalmente y repite sin necesidad unos mismos pensamientos: pero respira su elocuencia el amor á la verdad y la noble y sencilla franqueza que distinguian su carácter.

«En cuanto á mí, hé intentado esta acusacion justa y lejítima por socorrer á la patria, á la religion y á las leyes; pero sin tocar al resto de su vida, sin hacer mension de ningun hecho extraño á la acusacion. Cada uno de vosotros debe pensar que perdonando á Leocrátes decide la muerte de la patria y la esclavitud de todos sus conciudadanos; que de las dos urnas que estan colocadas delante de vosotros, la una debe juzgar de la traicion y la otra de la salvacion del acusado; que vuestros votos van á servir para la destruccion de la patria ó para su salud y prosperidad. Si absolveis á Leocrátes, animais á los traidores con vuestra resolucion á entregar la ciudad, los obgetos del culto y la marina del estado; mas si le condenais á muerte manifestareis el deseo de salvar y de conservar á la patria los tesoros que posee y la prosperidad pública.»

. . . . . .

Hiperides mas jóven que Licurgo luchó contra Filipo con la espada y contra Alejandro con la palabra: como discípulo de Platon é Isócra-

tes, era valiente é incorruptible, aunque de costumbres poco dignas de su patriotismo. Contribuyó con la defensa dramática que hizo de la cortesana Frinea á introducir la elocuencia vehemente en el seno del impasible Arcopago. Se conservaban suyos cincuenta y dos discursos: hoy solo resta uno cuya autenticidad es contestable y cuyo mérito nos parece bastante débil. Desterrado de Aténas, le persiguieron Arquias y los satélites de Antipatro, le arrancaron del templo de Céres á donde se habia refugiado y le llevaron á Corinto donde se dió la muerte. Su odio á la Macedonia le sobrevivió con su talento en Glaucipo y Alfinos hijo y nieto suyos.

Contemporáneo de Demóstenes y de las mismas miras políticas fué Hegesipo. La vivacidad de su talento se advierte en algunos pasages que nos há conservado Plutarco. Hablando un dia contra Filipo, le preguntó un Ateniense que si proponia la guerra. Hegesipo le contestó con estas palabras salidas del fondo de su alma *¡sí, por Júpiter! Quiero mas; los funerales, los entierros públicos, los elogios fúnebres; en una palabra todo lo que debe hacernos libres y rechazar de nuestras cabezas el yugo Macedoniano.* No conocemos de este orador mas que la arenga que pronunció sobre el Haloneso contra Filipo en la

cual tiene momentos felices hijos de la fogosidad de su espíritu y de su imaginacion ardiente.

Dinarco, rival de Demóstenes, enérgico y brillante en el decir era amigo de Teofrastro y de Demetrio Falereo, que como él seguian el partido de Alejandro. Como nacido en Corinto no le permitia su cualidad de extrangero hablar en público y se dedicó á la carrera del foro. En este ejercicio tuvo ocasion de ensañarse contra Demóstenes en el proceso que se le formó por haber recibido la copa y el oro que le envió Harpálos. El Areopago le habia condenado á una multa de cincuenta talentos (1) y á la prision de la cual logró escaparse. Su causa fué llevada despues á la asamblea popular. Oigamos como le trata Dinarco.

«Cuando las acusaciones contra Demóstenes y sus cómplices se han hecho con grande imparcialidad, cuando el tribunal supremo, despreciando á tantos oradores de crédito, há tomado consejo solamente de la verdad y de la justicia, Demóstenes vá por todas partes exparciendo contra él la calumnia y prodigándose elogios que vá á repetir aquí sin duda para extraviar vues-

(1) Mas de un millon: doscientos setenta y cinco mil francos.

tra opinion. «Hé conseguido, dirá, que Tébas sea aliada vuestra.—Mentira; tú has consumado la ruina de las dos repúblicas. (1) Hé reunido en Cheronea bajo vuestros estandartes á toda la Grecia. No es cierto: y en Cheronea solo tú abandonastes el puesto con la fuga.—Hé desempeñado en favor vuestro muchas embajadas.—¿Qué mas haría ó diría si hubiesen tenido un éxito dichoso? ¿Qué; por haber recorrido la Grecia entera llevando consigo la desgracia, reclama favores extraordinarios, reclama el privilegio de la venalidad, el derecho de vender á Aténas con sus palabras y sus acciones?

«Vosotros no tuvísteis en cuenta á Timoteo, su atrevida navegacion al rededor del Peloponeso, ni la victoria naval que consiguió contra los Lacedemonios en Corcira, ni su título de hijo de Conon, libertador de la Grecia, vencedor de Lámos, de Metone, de Pidna, de Potidea y de otras veinte ciudades poderosas. Estos grandes servicios no bastaron á perdonarle sus malversaciones: léjos de eso le impusísteis una multa de cien talentos, porque confesó haber recibido dinero de Ródas y de Chio. Y un hombre corrom-

(2) Aténas y Tébas.

pido, un Escita..... (1) ¡Ah! la indignacion me arrebata. ¡Un traidor denunciado por haber vendido su palabra, el acusado por todo el Areopago quedará impune! ¿Y qué, no dareis un egemplo necesario, no castigareis á un pérfido, convencido no solo de haber recibido el oro de la Persia, sino de haber traficado con su patria, tomando una parte de los tesoros que trajo Harpálos á Aténas? ¿Qué son en comparacion de las hazañas de Timoteo las embajadas de Demóstenes en Tébas? ¿Quién, comparando los hechos de que se gloría Demóstenes con los servicios inmensos de Conon y su hijo, no se reirá de vuestra paciencia escuchando á ese orador presuntuoso? ¡Pero qué digo! ¿Puede compararse jamás un infame con los ilustres ciudadanos que se distinguieron por hechos dignos de vosotros y de vuestros antecesores?» (2)

(1) Segun Esquines, el padre de Demóstenes se habia casado con una Escita.

(2) Pausanias refiere, que muerto Harpálos, un esclavo suyo se apoderó de sus riquezas. Caido en las manos del macedon Filoxénes, le dió tormento para que declarase á quienes habia dado dinero Harpálos en Aténas; mas entre los nombres que pronunció el esclavo no estaba el de Demóstenes. «La providencia, dice Niebuhr,

Dinarco pedia contra Demóstenes la pena de muerte: no sabemos cual habria sido el resultado sin la fuga del orador. El ataque de su adversario es enérgico y violento, y aunque lleno de injurias, está presentado con bastante artificio oratorio y lleno de talento. Verdad es que no presenta pruebas claras de la corrupcion, pero la conviccion de todos bastaba; el Areopago se habia pronunciado contra Demóstenes, y despues de esta sentencia mas bien convenia á Dinarco hablar á las pasiones, que á la reflexion y al buen sentido. Su discurso bajo todos aspectos es muy notable y muy digno de estudio. La vehemencia de su palabra se acerca mucho á la de Demóstenes, pero nunca es tan profundo ni de tanto génio.

Desde esta época principió á decaer la palabra en Aténas. Dominada primero por el poder opresor de Macedonia, y mas tarde por los Romanos, que no fueron mas generosos, los griegos pasaron de vencedores á vencidos, de señores á súbditos. Las asambleas populares, aquel vasto teatro en que dominaban los grandes oradores y

há permitido que esta infame calumnia sea tan evidente para nosotros como si fuésemos contemporáneos de aquellos sucesos.»

se disputaban con encarnizamiento el mando de la república, desde donde imperaban en los pueblos vecinos y mandaban á los guerreros mas esforzados, habian desaparecido. Enfrenaba la ambicion y las pasiones la fuerza del conquistador, y aquella contínua agitacion de espíritu que hacía la elocuencia enérgica y sublime, habia cesado con el cambio de las instituciones. Solo en los tribunales de justicia se escuchaban algunos acentos débiles, contaminados frecuentemente con el mal gusto introducido por los sofistas; y los esfuerzos de algunos oradores para devolver á la elocuencia su antiguo esplendor, solian degenerar en hinchados y declamatorios.

Sin embargo, hácia la mitad del siglo primero se vió aparecer en Bithinia á Dion Crisóstomo, que desterrado despues de su patria, se ocupaba entre los Escitas en leer y meditar una arenga de Demóstenes. Allí con el fingido trage de mendigo, se instruia en la elocuencia del grande orador para hablar mas tarde á las legiones romanas y persuadirlas á que entregasen la diadema imperial á Nerva. Su discurso sobre los deberes de un príncipe, dirigido al emperador Trajano, está lleno de máximas, de egemplos y de consejos muy notables. En su estilo manifiesta bien el estudio que habia hecho de Platon.

El último orador estimable que produjo la Grecia en la elocuencia profana, es Máximo, nacido en Tiro en el siglo segundo. Se conservan de este orador sofista y filósofo platónico cuarenta y una disertacion sobre las cuestiones mas elevadas de la filosofía. Máximo de Tiro se distingue por su amor á la verdad: su estilo, aunque artificioso, es siempre fácil y correcto. Nosotros juzgamos su estudio de mas provecho para un filósofo que para un orador. Su disertacion mas notable es la que tiene por epígrafe: ¿Debemos pagar con mal el mal que nos hacen?

ELOCUENCIA ROMANA.

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO.

RESÚMEN.

Roma no presenta durante el gobierno de sus reyes ningun vestigio del poder de la palabra. Junio Bruto. —Valerio Publícola su cólega, dió orígen en Roma á la oracion fúnebre.—Constitucion de la república.—Los tribunos: sus atribuciones.—Doble carácter de la elocuencia romana.—Caton el censor.—Tiberio y C. Graco: carácter de su elocuencia.—Carbon. —Craso y Antonio: mérito de estos dos célebres oradores.—Improvisacion de Craso contra Bruto acusador de Planco. Recuerdos de Ciceron sobre Craso, Antonio, Sulpicio y Cota.—Paralelo entre la república romana y las demas que han participado de los mismos vicios.—Fin prematuro que suelen tener los oradores parlamentarios. Carácter de la elocuencia de Sulpicio y Cota.—Curio: su mérito.—Juicio de César como orador: su oracion pronunciada en el Senado sobre la conjuracion de Catilina.—Mérito de Caton en la elocuencia: juicio de su oracion pronunciada sobre el mismo asunto.—Retrato de Hortensio: sus triunfos en la elocuencia.

Roma estuvo gobernada por reyes desde su

fundacion: ya hemos visto que la monarquía pura y la elocuencia política son incompatibles. Durante el mando de sus siete reyes no nos presenta la historia de aquel gran pueblo un solo orador, ni aun vestigios del poder de la palabra: mas abolida la potestad real por la sagacidad y el valor de Junio Bruto, á quien sirvió de instrumento para sus miras la muerte de Lucrecia esposa de Colatino, se convirtió la monarquía en república, y desde aquel momento comenzó á producir la república oradores. El elogio de Bruto que despues de su muerte pronunció Valerio Publícola su cólega, dió orígen á la oracion fúnebre en Roma. El colorido agradable con que presentó las virtudes políticas y militares del cónsul muerto, conmovieron al pueblo que le escuchaba: desde entónces quedaron establecidos esos elogios públicos, no solo para que sirviesen de estímulo á los ciudadanos, sino para honrar la memoria de los grandes hombres que habian contribuido al bien de la patria.

Mas la república establecida por Bruto no era igual á la de Aténas; como la monarquía habia sucumbido á impulsos de la aristocracia y no de la plebe, la república de Roma era por lo mismo aristocrática: el poder estaba en el Senado: la ley *sagrada* creó despues la potestad tribunicia; los

que la egercian eran inviolables y su autoridad se limitaba á impedir la promulgacion de los decretos del Senado que juzgaban perjudiciales á la plebe. Para ello usaban la fórmula *veto*. Mas tarde adquirieron tambien el derecho de proponer leyes y de convocar al pueblo, y comenzaron á formar empresas con el fin de llegar al mando, no por medios reprobados, sino legales, no apoderándose exclusivamente del poder, sino dividiéndolo con los patricios. Estos dos partidos políticos, la aristocracia y la plebe, produjeron con frecuencia en la oratoria de sus gefes un carácter diverso. En el Senado se discutian con templanza los negocios mas graves del Estado. Las consideraciones personales que necesariamente debian guardarse los patricios, la prudencia que dominaba en aquel cuerpo respetable y el saber de que muchos de sus indivíduos estaban adornados, hacian imposible algunas veces los recursos de que se vale la elocuencia impetuosa para acalorar la imaginacion ó conmover el ánimo. No así los tribunos: aunque hablaban á las masas populares con el lenguage de la razon, excitaban sus pasiones para mover su voluntad y alcanzar mas seguramente el fin que se proponian. La historia de los oradores romanos, aunque mucho ménos abundante que la griega, probará esta verdad.

Despues de haber hablado Ciceron en su tratado de los oradores ilustres de Bruto y de Cétego, que son los primeros que cita, se ocupa de Caton el censor, que fué cónsul nueve años mas tarde que Cétego. Le compara á Lisias en la elegancia y en la precision del lenguage; y añade que sus discursos están llenos de ideas y de expresiones brillantes, aunque su estilo no sea castigado y haga desear una cosa mas perfecta.

Luego habla de Carbon y de Tiberio Graco, en los cuales nota alguna rudeza en la expresion; pero elogia el vigor de su espíritu y la solidez de sus pensamientos. Graco, de familia ilustre, instruido en las letras griegas por el cuidado de su madre Cornelia, recibió lecciones de Diofánes de Mitilene, el mas elocuente entónces de la Grecia: mas sus pretenciones exageradas en favor de la plebe de quien era tribuno, le atragerón una muerte violenta y prematura cuando arengaba al pueblo reunido en el capitolio, y le impidieron perfeccionarse y desplegar su génio. Carbon se distinguió en un gran número de causas y en diferentes tribunales. Pero el que aparece dotado en aquellos tiempos de un génio mas brillante, nutrido desde la infancia con un estudio profundo, es C. Graco hermano de Tiberio: ninguno hasta entónces, si esceptuamos á Caton,

habia llegado á una elocuencia tan rica y tan abundante. Su temprana y desastrosa muerte, fué una pérdida para la república y para las letras latinas. Si hubiese amado ménos á su hermano, sino se hubiese propuesto rebajar el poder del Senado, le hubiera sido fácil, viviendo mas tiempo, igualar la gloria de su padre y de su abuelo, y tal vez no habria tenido rival en la elocuencia. Sus expresiones son nobles; sus pensamientos sólidos y admirable el conjunto de su composicion. (1)

Ciceron supone á C. Graco superior á todos los oradores que le habian precedido y tambien á sus contemporáneos: en tiempo de Aulo Gelio pasaba por un orador enérgico y vehemente y algunos le juzgaban mas vivo, mas fuerte y mas abundante que Ciceron. Esta última opinion es ridícula y aun la de Ciceron, si hemos de juzgar por los pasages que nos há conservado Aulo Gelio en sus noches áticas, nos parece demasiado favorable al célebre tribuno. Veamos uno de ellos tomado de su discurso sobre

(1) Eloquentia quidem nescio an habuise parem neminem. Grandis est verbis, sapiens sententiis, genere toto gravis:.....Cic. de Claris, orator. C. 33.

las leyes promulgadas. Deplora en él con indignacion el ultrage hecho á Mario y algunos hombres principales de los municipios itálicos por algunos magistrados que sin delito los hicieron azotar con varas.

«Hace poco que el cónsul llegó á Teano ciudad de los Sidicinos: su esposa dijo que queria bañarse en los baños destinados á los hombres. M. Mario previno al Qüestor de los Sidicinos que hiciese salir á todos los que estaban en ellos. La esposa del cónsul refirió á este que le habian detenido alguna cosa y que habia hallado los baños mal preparados. Al instante se mandó levantar una columna en la plaza pública: el hombre mas distinguido de la ciudad M. Mario fué atado á ella, despojado de sus vestiduras y azotado con varas. Al saber este atentado los habitantes de Carinola prohibieron por un edicto la entrada á los baños mientras permaneciese en su ciudad algun magistrado romano. En Ferontino ordenó el pretor por la misma causa el arresto de los qüestores. El uno se precipitó desde lo alto de las murallas y el otro fué azotado»

Aquí hay precision, sencillez y gracia en el estilo ¿pero qué encontramos de interesante y de patético, ¿donde está la elocuencia animada

por la indignacion que debia despertar en el orador un asunto tan triste, una injuria pública tan atroz y tan deplorable? El mismo orador dice en otro lugar.

«¿Quereis saber hasta donde llega la desenfrenada licencia de nuestros jóvenes? Os lo enseñará un egemplo. En estos últimos años uno que no habia ejercido todavia ninguna magistratura fué enviado al Asia en cualidad de embajador. Iba en una litera y un rústico de Venusa le encontró y preguntó por broma no sabiendo lo que contenia la litera si llevaban un muerto. Entónces hizo detener el jóven la litera: mandó que se desatasen las cuerdas de ella y le hizo azotar hasta que expiró entre los mas crueles tormentos»

Un pasage de Caton el Censor citado tambien por Aulo Gelio (1) nos manifestará que fué mas vigoroso, mas patético y mas abundante que C. Graco y que de todos los oradores romanos antiguos es el que mas se acerca á la elocuencia que Tulio llevó mas tarde al colmo de la perfeccion. Graco habla el lenguage de la verdad, y Caton el de la verdad y el de las pa-

(1) Noctes atticas. Lib. 10 cap. 3.

siones. En el libro titulado *de los falsos combates* habla así de Q. Termo.

«Dijo que los Decemviros se habian ocupado muy poco de sus alimentos y les hizo despojar de sus vestiduras y azotarlos. Los Decemviros fueron azotados por los *Brutianos* (1) en presencia de numerosos testigos. ¿Es soportable ese mandato, esa esclavitud, esa afrenta? Ningun rey se atrevió jamás á una cosa semejante. ¿Y vosotros ciudadanos honrados ¿aprobareis que sean tratados así hombres buenos y de noble linage? Donde estan los derechos de la alianza? ¿donde la buena fé de nuestros mayores? ¡Qué! ¿has llevado tu audacia hasta la injuria mas deshonrosa; hasta los golpes, las heridas, los dolores, el ministerio de los verdugos, el ultrage y la infamia, en la ciudad misma de esos desgracia-

(1) Durante la permanencia de Annibal en Italia y despues de algunas batallas desgraciadas para el pueblo romano los *Brutianos* fueron los primeros que siguieron la causa de Annibal. Despues de su retirada de Italia y de la derrota de los Cartagineses no quisieron los romanos admitir mas en sus estandartes á los Brutianos por resentimiento y por desprecio los destinaban como á los demas esclavos al servicio de los magistrados en las provincias.

dos, en presencia de sus conciudadanos y de testigos sin número? Pero de cuanto duelo, de cuantos gemidos, y de cuantas lágrimas fué acompañado ese suplicio? Si los esclavos sufren las injurias con el mayor disgusto ¿de que manera juzgais que las recibirian y que sentimiento conservarán toda su vida los que pertenecen á una casa ilustre y estan además adornados de grandes virtudes?

Mas ningun orador se habia elevado á la altura de Craso y Antonio: ambos dieron á la elocuencia la perfeccion que llegó á alcanzar el génio griego. Nada oportuno, nada interesante se escapaba al talento de Antonio: en la invencion de las pruebas, en la colocacion de ellas fué inimitable y nadie produjo mayor efecto. Su lenguage fácil y elegante, parecia indicar que hablaba sin preparacion, porque no descubria señales de trabajo: pero meditaba detenidamente sus expresiones y los jueces temian su elocuencia irresistible. Reunia ademas á sus brillantes cualidades un mérito particular en la accion y el gesto. Su voz era firme aunque un poco ronca: pero este defecto aumentaba su perfeccion en los periodos patéticos, porque su acento era entónces tan melancólico, que inspiraba confianza y llenaba de emocion al auditorio. Unos le compa-

raban á Craso, otros le hacian inferior; pero todos convenian en que teniendo al uno ó al otro por defensores, no podia hallarse ninguno de tanto mérito. Ciceron juzga á Craso mas perfecto: añade que era grave y alguna vez satírico pero sin bajeza: que hablaba con pureza y correccion, exentas de amaneramiento; que desenvolvia sus ideas con una claridad admirable, y que cuando discutia sobre el derecho civil ó sobre la equidad natural, brotaban de su boca en abundancia los egemplos y las pruebas. (1)

Pero si Antonio tenia un gran talento para aprovecharse de las conjeturas, ó para escitar ó disipar las sospechas, Craso sobresalia en el arte de interpretar, de definir y desenvolver con una fecundidad increible los principios de la equidad. Así lo manifestó mil veces especialmente en el tribunal de los Centumviros en la causa de M. Curio. Entónces hizo valer la equidad natural contra un documento escrito, de tal ma-

(1) Erat summa gravitas; erat cum gravitate junctus facetiarum et urbanitatis oratorius, non sacrilis, lepos; latinè loquendi accurata, et sine molestia diligens elegantia; in disserendo mira explicatio; quum de jure civili, quum de æquo et bono disputaretur argumentorum et similitudinum copia. Cic. de Claris orator. C. 38.

nera, que destruyó bajo el peso de su argumento á Q. Scevola el mas hábil y mas profundamente versado en el derecho civil. Estos dos grandes hombres, de la misma edad sobre poco mas ó ménos y ámbos Consulares defendieron cada uno su doctrina en este asunto con tal profundidad que se juzgó á Craso el mas hábil jurisconsulto entre los oradores y á Scevola el mas grande orador entre los jurisconsultos. Su talento, pues, parecia mas á propósito para la elocuencia judiciaria que para la deliberativa; pero ya sabemos cuanta semejanza existia entre la tribuna política y el foro. Veamos un egemplo de Ciceron tomado de la causa de Planco, ciudadano considerable que se juzgó en el *forum*. Aquella plaza reflejo del Pnix de Aténas, donde se reunia con frecuencia el pueblo rey, presenció esta discusion célebre. Un gran número de jueces se habia reunido para decidir de la suerte del reo: enfrente estaba colocado Bruto que era el acusador, joven disipado, de malas costumbres y temido por la violencia de sus invectivas. Craso habia principiado la defensa de Planco: mas de improviso se presentó una ceremonia imponente, y el pueblo que habia acudido al combate judiciario y los jueces se sobrecogieron de respeto religioso. Junia descendien-

te de los Brutos habia muerto y conducian su cuerpo con gran pompa hácia la hoguera fúnebre: un numeroso acompañamiento la seguia llevando delante las imágenes respetables de los abuelos de Junia hasta el primer Bruto (1) El aspecto de esta solemnidad de la muerte suspendió la discusion por un momento: Craso aprovechó súbitamente esta ocasion y se dirigió á su adversario lanzándole miradas terribles.

«¿Qué haces ahí, Bruto, sentado tranquilamente? ¿Qué quieres que esa anciana vaya á anunciar á tu hermano, á esos grandes hombres cuyas imágenes ves pasar, á tus antecesores y á L. Bruto que libró al pueblo del yugo de los reyes? ¿De qué trabajo, de qué empresa gloriosa, de qué virtud dirá ella qué te ocupas? ¿Del cuidado de aumentar tu herencia? aunque es lícito no sería propio de tu nacimiento. Pero no, nada te resta de tu patrimonio; lo han devorado tus vicios. ¿Del derecho civil? En lo mismo se ocupaba tambien tu padre; pero al vender su casa no has conservado siquiera entre los restos de sus muebles ni el asiento en que se co-

(1) En Roma habia la costumbre de llevar las imágenes de todos los ascendientes ilustres del difunto.

locaba para escuchar á sus clientes. ¿Acaso de las armas? En tu vida has visto el campo: ¿de la elocuencia? No tienes ninguna. Solamente has prodigado tu fuerza en la palabra para el tráfico vil de acusaciones y de calumnias. ¡Y te atreves á ver la claridad del dia, á mirar tus jueces, á presentarte en el *forum*, en la ciudad, á la vista de tus conciudadanos!, ¿no te há horrorizado la presencia de esa muger difunta, ni las imágenes de tus ascendientes? No solo no has imitado esas gloriosas imágenes en tu vida, pero ni aun tienes un asilo en que recogerlas» (1)

Este pasage está lleno de movimiento, de pasion y de sublimidad y es una muestra brillante de improvisacion, tanto mas necesaria cuanto mas expuesto se halla un orador á los atentados de la fuerza. En medio de la agitacion continua de las pasiones en que los ataques son casi siempre inesperados y violentos, el orador que tiene necesidad de tiempo para meditar su discurso es perdido sin remedio. Por la energía de esta terrible apóstrofe puede juzgarse si Craso tenia el genio de la elocuencia.

Ciceron al principio de su tercer libro del

(1) De Orat. Lib. 2.º cap. 55.

orador há consagrado á la memoria de Craso, Antonio, Sulpicio y Cota que son los principales interlocutores de sus diálogos los recuerdos mas tiernos, tan propios de las grandes almas y de los espíritus superiores.

«Cuando me disponia, querido hermano Quinto, á referir en este libro tercero los discursos que despues de Antonio nos habia recitado Craso, un recuerdo cruel renovó la antigua tristeza de mi alma. Su genio digno de la inmortalidad, aquella dulzura de costumbres, aquella virtud que brillaba en Craso, todo fué destruido por una muerte súbita, diez dias despues de lo que acabas de leer en los dos primeros libros. Vuelto Craso á Roma el último dia de los juegos escénicos, se conmovió vivamente cuando supo que el cónsul Filipo habia dicho en una arenga que era necesario otro Consejo á la cabeza de la república, porque no podia gobernarla con aquel Senado. En la mañana de los idus de Setiembre se reunieron Craso y otros muchos Senadores convocados por Druso, allí se quejó amargamente este tribuno del consul y rogó que se deliberara sobre las expresiones ofensivas que habia proferido contra el Senado en la asamblea del pueblo. Hé oido decir con frecuencia que siempre que ha-

blaba Craso con algun cuidado, parecia que no se habia expresado nunca con mayor perfeccion; pero esta vez se convino por consentimiento unánime, que si Craso eclipsaba ordinariamente á todos los oradores, en aquel dia habia sido superior así mismo. Deploró el infortunio y abandono del Senado, que encontraba en el cónsul, en vez de un buen padre, de un fiel administrador, un ladron nefando y veia robarle el patrimonio de su gloria y de su dignidad. Añadió que no era de extrañar que un hombre, cuyas determinaciones habian destruido la república, quisiese rechazar lejos de ella los consejos del Senado.

«Craso encendió con estas palabras la cólera de Filipo que era impetuoso, elocuente, terrible en la defensa y no las pudo sufrir. Enolerizado mandó secuestrar los bienes de Craso, juzgando que así le contendria. En aquel momento parece que Craso fué inspirado por una elocuencia divina: declaró que no reconocia como Cónsul al que no veia en él un Senador y le dijo« ¿Piensas tú, cuando has condenado con una confiscacion odiosa toda la autoridad del Senado, cuando le has ultrajado indignamente delante del pueblo que podrás aterrarme con el secuestro de mis bienes? No es

en ellos donde tú debes arruinarme. Si quieres encadenar á Craso es preciso que arranques esta lengua y aun entónces mi mismo espíritu hallará acentos para rechazar tu tirania y defender mi libertad.» Muchas cosas añadió con gran talento y energía y alcanzó que se dictase por el Senado esta declaracion, con las palabras mas fuertes y elegantes »Que en los intereses del pueblo romano, jamas habia faltado á la república la prudencia y la fidelidad del Senado» Segun consta de los registros se halló presente Craso á la redaccion del decreto. Mas esta arenga fué para aquel hombre divino el canto del cisne, el último acento de aquella voz, que esperábamos todavia cuando íbamos al Senado, despues de su muerte al ver el sitio en que se habia colocado la última vez. Se nos dijo que cuando hablaba sintió un dolor en un costado, que fué seguido de un sudor abundante: sobrecojido por un fuerte temblor, volvió á su casa con la fiebre; y al séptimo dia le arrebató el mismo dolor. ¡Oh esperanzas falaces de los hombres! ¡oh fragilidad de la condicion humana! ¡oh vanidad de nuestros esfuerzos que se estrellan en medio de nuestra carrera y desparecen en la tempestad ántes de haber visto el puerto! Mientras que la vida de Craso

se habia ocupado en la carrera parlamentaria, se distinguió mas bien por los servicios hechos á los particulares y por la superioridad de su genio, que por los empleos y las dignidades. El año despues de su censura, cuando los sufragios unánimes de sus conciudadanos le designaban para la primera autoridad vino la muerte á destruir toda su esperanza y todos los pensamientos de su vida. Fué una pérdida amarga para su familia, dolorosa para la patria, irreparable para todos los buenos. Mas tan desgraciados fueron despues los destinos de la república, que parece mas bien que los dioses inmortales, no le quitaron la vida á L. Craso, sino que le concedieron la muerte. Él no há visto la Italia ardiendo en guerras civiles, al Senado dividido por odios implacables, á los principales ciudadanos de Roma acusados de maldades nefandas, no há visto el duelo de su hija, el destierro de su yerno, la desastrosa fuga de C. Mario, la matanza horrible que siguió á su vuelta; no há visto finalmente degradar en todos sentidos esta ciudad, en la cual alcanzó tan distinguida gloria cuando ella estaba floreciente.

«Mas puesto que hé pensado en los caprichosos golpes de la fortuna no necesito ir lejos

en mi discurso; bástame el egemplo de los grandes hombres que se contienen en estos diálogos. ¿Quién no creerá dichosa la muerte de L. Craso sin embargo de que escita en nosotros justos pesares, recordando la suerte de los interlocutores que escucharon su último discurso? Sabemos que Cátulo, varon digno del mayor elogio y que imploraba por único favor no la conservacion de sus derechos, sino la fuga y el destierro, tuvo que recurrir á la muerte. La cabeza sangrienta de M. Antonio, á quien tantos ciudadanos debian su salvacion, fué colocada en la misma tribuna desde la que durante su consulado habia defendido con firmeza á la república y adornado con los despojos de nuestros enemigos. Poco despues cayó tambien la de C. Cesar, vendido por un Etrusco huesped suyo, y la de su hermano Lucio. El que no há sido testigo de tantos horrores parece haber vivido y muerto con la república. Craso no vió á su próximo pariente Publio, varon de ánimo elevado darse muerte con sus propias manos; ni la estátua de Vesta teñida con la sangre de su cólega el gran pontífice Scévola: aquel corazon generoso que respiró siempre el amor de la patria, habria derramado lágrimas á la muerte de C. Carbon, su mayor

enemigo, asesinado de una manera horrible en aquel infausto dia. No vió la suerte desastrosa de los dos jóvenes que se habian consagrado á él. Cota á quien dejó al morir en un estado brillante, pocos dias despues fué excluido del tribunado por el odio de sus enemigos, y mas tarde arrojado de Roma. Víctima del mismo odio fué Sulpicio: se propuso en su tribunado quitar las dignidades á aquellos con quienes habia vivido privadamente siendo amigo suyo; y este hombre en justo castigo de su política insensata pereció por el hierro: pero su muerte causó una pérdida irreparable á la república. Así, Craso, ya por la gloria de tu vida, ya por la oportunidad de tu muerte, creo que los dioses te han protegido desde tu nacimiento hasta que exhalastes el último suspiro: porque tu valor y la firmeza de tu alma te habrian entregado á la crueldad de las espadas enemigas; ó si la fortuna te hubiera preservado de tanta atrocidad, habrias sido espectador de los males de tu patria. No solo aflijiría tu alma la tiranía de los malvados, sino la victoria de los buenos porque estaba manchada con sangre romana.»

Quién no vé en la descripcion de los asesinatos y destierros ocurridos en la dictadura de Ma-

rio una imágen tristísima de las repúblicas, agitadas por las pasiones de la muchedumbre, cuando les faltan las virtudes ó cuando se someten al fin á la tiranía odiosa de un dictador. ¿Qué há sucedido en nuestros dias á las repúblicas de Méjico y de Buenos Aires? Sufrir el dominio horrible de la espada, y la primera tras la dictadura la conquista. Y no puede suceder otra cosa, porque ese suele ser el resultado de la tiranía de muchos ó de la tiranía de uno solo. Aténas sucumbió al poder macedon; mas tarde al de Roma: y el pueblo rey que con sus águilas victoriosas habia llevado el espanto al universo, se humilló temblando á las plantas de Mario y Sila y ante el poder casi siempre tiránico de los Césares. La tribuna ademas, que en los gobiernos representativos es la esperanza de los hombres brillantes, ¡á cuántos lleva al cadalso en sus tempestades civiles! ¡á cuántos arrebata en su agitacion contínua! Mirabeau murió como Craso: así tambien murió Lord Chatan; mas jóven aun nuestro Marques de Gerona; y Barnave jóven como Sulpício, pereció como él en el patíbulo.

Sulpicio, el mas patético de los oradores, tenía la voz agradable y sonora, su gesto y su accion estaban llenos de gracia y su elocucion era impetuosa y rápida, sin tener nada de supérfluo

ó redundante. Cota brillaba por la finura de su invencion, por su estilo puro y fácil, aunque su acento era un poco débil. No habia en sus discursos nada que no fuese correcto y de buen gusto: y aunque su elocuencia no era bastante enérgica para subyugar los ánimos, tenia tal destreza y sagacidad, que los atraia insensiblemente á su objeto con tanta seguridad como Sulpicio con la vehemencia y fuego de sus razonamientos. Cota se propuso por modelo á Antonio, pero no se encontraba en sus discursos la fuerza del maestro; Sulpicio, si bien tenia la energía y pasion de Craso, no pudo nunca llegar á su elegancia. (1) Los discursos que se le atribuyen estan en sentir de Ciceron escritos despues de su muerte por P. Canucio de gran mérito en la elocuencia.

Al lado de Sulpicio y Cota aunque inferior á ambos puede colocarse á Curio, brillante y correcto en el decir, cuyas cualidades habia adquirido de su mismo padre. Así lo opina Ciceron, el cual afirma que jamas habia leido ni oradores ni poetas, ni sabia el derecho civil ni las

(1) Cic. de Claris orat. Cap. 55 y 56.

leyes del estado ni aun tenia conocimientos de la historia.

Hemos visto ya los crímenes horribles y la proscripciones que presenció Roma en la dictadura de Mario: la de Sila fué aun mas sangrienta; y el pueblo romano habia ya manifestado que podia someterse fácilmente á la osadia de un general ambicioso. La austeridad y las virtudes antiguas habian desaparecido de la república en gran parte: el desinteres habia sido reemplazado por la codicia, la abnegacion y la verdadera gloria por la ambicion: no existian ya los Camilos: las riquezas venidas del Asia habian desarrollado un lujo escandaloso y el lujo habia corrompido las costumbres, entronizado las maldades y tornado los espíritus fuertes y severos en espíritus licenciosos. La historia nos muestra que nacen en todas épocas hombres que simbolizan los sentimientos y las ideas de la sociedad en que viven, que son por decirlo así una síntesis de cuanto se siente y se piensa en su tiempo. Caton era el representante de los pocos que conservaban todavia en Roma la pureza de los antiguos sentimientos republicanos; Catilina el representante de la corrupcion y de todos los delitos. De familia senatorial pero empobrecido y abrumado de deudas por su disi-

pacion y vida escandalosa era el gefe de una multitud de jóvenes caballeros y aun Senadores que como él habian consumido su patrimonio en liviandades y desórdenes. Solo un trastorno podia mejorar sus intereses y Catilina concibió con ellos el proyecto de apoderarse de la república. Mas Ciceron destruyó sus ilusiones, en Roma con sus acertadas medidas y en los campos de Pistoya con la muerte de todos los conjurados.

César, que florecía por aquel tiempo, descendiente de una familia patricia antiquísima en Italia, dotado de un valor increible, de un alma elevada, de un genio extraordinario, de hermosa figura y de maneras insinuantes, pero pródigo y disipado como casi todos los jóvenes de su época, habia formado tambien el designio de apoderarse de la república. Cuando Sila llegó al poder supremo, César, jóven aun de diez y ocho años, se atrevió á resistirle. El dictador le perdonó á ruego de sus amigos, y les dijo. *En solo este jóven estoi viendo muchos Marios.* César habia estado en el secreto de la conjuracion de Catilina; y si bien no habia entrado en las maquinaciones de los conjurados, la veia cundir entre los patricios sin la zozobra que los demas romanos, tal vez porque con aquellos trastornos esperaba au-

mentar su influencia. Cuando Ciceron reunió el Senado para que decidiese de la suerte de los compañeros de Catilina, que se habian quedado en Roma, Silano, designado Cónsul para el año siguiente, opinó por la muerte de todos. Pero César por favorecerles y hacerse partido, juzgó que debian condenarse á una prision perpetua y á la confiscacion de todos sus bienes. Como hablaba con mas elegancia que ningun otro orador (1) á causa de sus profundos y variados estudios, como sus razones eran claras y lógicas, como su declamacion era brillante, como su voz su gesto y su esterior tenian algo de noble y magestuoso; y como su estilo era sencillo, puro, gracioso y despojado de pompa, se atrajo la opinion de muchos senadores que aprobaban de palabra y de otros modos su dictámen. (2) Salustio nos há conservado el discurso á que nos referimos en su historia sobre la conjuracion de Catilina. Oigamos á César: hemos dicho que le habia precedido en la palabra Silano.

«Padres concriptos: los que han de dar dictámen en negocios graves y dudosos, deben estar

(1) Cic. De Claris orat cap. 52 usque ad 55.
(2) Salust. conjurat. Catili.

desnudos de odio, de amistad, y de compasion. No es fácil que el ánimo descubra entre estos estorbos la verdad, ni nadie acertó jamas, siguiendo su capricho. Prevalece el ánimo, cuando se aplica libremente: si nos preocupa la pasion, ella domina, el ánimo nada puede. Gran copia de egemplares pudiera yo traer, Padres conscriptos, de reyes y repúblicas que por dejarse llevar de la compasion ó del enojo, tomaron resoluciones muy erradas; pero mas quiero acordaros lo que nuestros mayores, sabiamente y con grande acierto ejecutaron contra lo que les dictaba su pasion.»

César procede en seguida á presentar una série de egemplos con los cuales prueba que el Senado no solo no habia adoptado en ellos ninguna medida rigorosa, sino que habia sido sumamente benigno. ¿Querria salvar á Léntulo, Cétego y los demas conjurados porque así conviniese á sus miras políticas? Nada tendria de extraño á pesar de su gran clemencia. El que siendo de familia tan ilustre lisongeaba al pueblo sosteniendo sus pretensiones contra la nobleza, el que afectando siempre una sumision ciega á las leyes, dijo despues que no las respetaba estando armado, hace sospechar que su indulgencia era en aquellos momentos mas bien hija del cálculo que de la piedad.

Concluyó así:

«Despues que fué creciendo la república, y con la muchedumbre de ciudadanos se engrosaron los partidos, caian en el lazo los que no tenian culpa y se hacian muchas tropelías. Para atajarlas se publicó entónces la ley Porcia y otras en que se permite á los reos que salgan desterrados. Esta razon, Padres conscriptos, es en mi juicio de grandísimo peso para que no se haga novedad. Sin duda los que de tan cortos principios tanto engrandecieron el imperio, tendrian mas caudal de valor y sabiduría que nosotros, que apenas sabemos conservar lo que ellos justamente adquirieron. ¿Pero qué? ¿Pensais por esto que juzgo que se les suelte y que se aumente con ellos el egército de Catilina? De ningun modo; sino que sus bienes se confisquen, sus personas se repartan y aseguren en las cárceles de aquellos municipios que son mas fuertes y poderosos: que nadie proponga al Senado, ni trate con el pueblo acerca de ellos: y si de hecho alguno lo intentare, que el Senado desde luego le declare por enemigo del bien comun y de la república.» (1)

(1) Salust. Conjurat. Catil. Traduccion del Infante D. Gabriel.

Ya hemos dicho el efecto que produjo este discurso en el Senado. Sin embargo, César que clamaba por la observancia de las leyes, iba en contra de ellas con su opinion: si permitian á los reos la eleccion entre la pena ó el destierro, condenándolos á una prision, se infringian lo mismo que condenándolos á muerte. Su discurso por lo demas es sencillo y noble, y la diccion correcta y elegante. No sabemos si será una ficcion del historiador ó una verdadera copia del de César. Nos inclinamos mas bien á lo segundo, no solo por su celebridad en la elocuencia, sino porque tiene mucha semejanza con el estilo de sus Comentarios. Pero aquella grande alma necesitaba un recinto mas estenso que el Senado y el *forum*: la elocuencia sola no podia satisfacer su ambicion y su sed de gloria, y para hacerse árbitro del mundo necesitaba las armas y los campamentos. Su destino fué asombrar al hombre con su inmensa grandeza y con su muerte.

Caton habló despues de César y opinó por la muerte de los conjurados. Caton casi igual en nacimiento, edad y elocuencia á César, igual en grandeza de ánimo y en gloria, pero íntegro, severo, moderado y decoroso, era el terror y la ruina de los malos. Así en aquellas tristes circunstancias no debia estar conforme con la cle-

mencia de César: el delito estaba probado plenamente y Catón no podia transigir con el crímen. Sus primeras palabras anuncian desde luego su opinion.

«Muy de otro modo pienso yo, Padres conscriptos, cuando considero nuestra situacion, y los peligros que nos cercan; y especialmente cuando reflexiono los votos que acabo de oir á algunos. Estos, á mi entender no han tratado sino del castigo de los que han intentado la guerra contra su patria, sus padres, sus aras y sus hogares: pero el caso, mas que consultas sobre la pena de los reos, pide que pensemos el modo de precavernos de ellos. Porque otros delitos no se castigan hasta despues de ejecutados; este, si no se ataja en los principios una vez que suceda no hay adonde apelar: perdida la ciudad ningun recurso queda á los vencidos. Pero por los dioses inmortales, con vosotros hablo que habeis siempre tenido en mas que á la república vuestras casas, heredades, estátuas y pinturas; si quereis mantener tales cuales son estas cosas, á que tan asidos vivis; si quereis gozar tranquilamente de vuestros deleites; dispertad una vez y atended á la defensa de la república. No se trata por cierto ahora de tributos, ni de vengar injurias hechas á nuestros

confederados: trátase de nuestra libertad y nuestra vida que estan á canto de perderse. Muchas veces, Padres conscriptos, hé hablado y largamente en este sitio: muchas hé declamado contra el lujo y la avaricia de nuestros ciudadanos con lo que me hé grangeado hartos desafectos. Como ni á mí mismo me hubiera yo perdonado en caso de haber cometido ó intentado algun exceso, tampoco me acomodaba fácilmente á disculpar los agenos, atribuyéndolos á la ligereza de sus autores.

. . . . . .

«Poco ántes Cayo César habló en este lugar con gran delicadeza y artificio de la vida y de la muerte, y concluyó diciendo *que se les confisquen las haciendas, y sus personas se repartan por las cárceles de los municipios*; no sea que si quedan en Roma los cómplices de la conjuracion, el populacho ganado por dinero los saque por fuerza de la prision: como si solo hubiese gente malvada en Roma, y no sucediera lo mismo en toda Italia; ó no fuese mas de temer una violencia donde hay menores fuerzas para oponerse á ella. Por cuya razon es poco sano este consejo, si César rezela algo de parte de los conjurados; pero si solo él deja de temer cuando estan todos tan poseidos del terror, tanto mas convie-

ne que yo tema; y no solo por mí sino por vosotros. Tened pues por cierto, que lo que resolviereis contra Publio Léntulo y los demas reos, lo resolveis al mismo tiempo contra el egército entero de Catilina, y contra los conjurados: que cuanto con mas calor trateis este negocio, tanto decaerán ellos de ánimo; y que por poco que vean que aflojais os insultarán con mas orgullo.»

Caton comienza razonando con una gran fuerza de lógica. No se trataba solo de castigar un crímen, se trataba sobre todo de precaverse de los malvados y con la muerte de ellos podia renacer la confianza y asegurarse la república. César mismo habia conocido que era forzoso saltar por encima de la ley Porcia encarcelándolos, y no permitiéndoles el destierro para impedirles que fuesen á engrosar las falanges de Catilina. ¿Bastaba esto? ¿No podrian ser escarcelados por sus partidarios? La conspiracion habia cundido mucho entre los patricios y los reos pertenecian á las familias mas ilustres de Roma: alguno de ellos, como Publio Léntulo, habia sido Cónsul, otros eran Senadores y debia esperarse que ó sus amigos ó sus larguezas le abriesen las puertas de las prisiones. Caton en cuya alma no tuvo nunca entrada el temor, ni

ninguna consideracion personal para separarse de la justicia, conocia bien todo esto y fué inalterable en su opinion. Habia reprendido en los Senadores con su severidad acostumbrada, su vida licenciosa, su avaricia, su apego al lujo y los deleites: pero muy pronto deja el papel de censor y se muestra razonador fuerte é irresistible. Se habia apelado por los que querian salvar la vida de los reos á la dignidad de los unos y á la juventud de los otros para escitar la conmiseracion del Senado. Pero Caton que habia combatido victoriosamente todos los argumentos de su preopinante, no deja tampoco sin réplica este que estaba en el corazon de muchos Senadores.

«Tened, tened pues miramiento á la dignidad de Léntulo, si le hubiese él jamás tenido á su honestidad, á su crédito, á los dioses ó á los hombres. Perdonad á los pocos años de Cétego, si fuese esta la vez primera que hace guerra á su patria. ¿Y que diré de Gabinio, Statilio, y Cepario? los cuales si hubiesen alguna vez mirado á su deber seguramente no hubieran pensado como pensaron contra la república. En conclusion, Padres conscriptos, si un delito pudiera permitirse, os juro que dejaria de buena gana que os escarmentase la experiencia puesto

que no haceis caso de mis palabras. Pero nos hallamos sitiados por todas partes. Catilina por un lado nos estrecha con un egército dentro de la ciudad y en su mismo seno se abrigan otros enemigos; ni resolverse nada ni prevenirse puede sin que ellos lo sepan: por lo que importa la brevedad. Y así mi sentir es: que habiendo la república llegado á un peligro extremo por la traicion de estos malvados ciudadanos; los cuales por las deposiciones de Tito Volturcio y de los legados de los Alóbroges se hallan convictos y confesos de haber maquinado incendios, muertes y otras enormes crueldades contra sus conciudadanos y la patria, se les imponga el último suplicio, segun la costumbre de nuestros mayores, como á notorios reos de delitos capitales» (1).

Este discurso hizo el efecto que debia esperarse. Verdad es que Caton trata al Senado en él con suma dureza: mas su noble carácter, la severidad de sus costumbres y sus virtudes hacian disculpable su lenguage que en la boca de otro hubiera sido una falta grave. Los Senado-

(1) Salust. Conjurac. de Catili. Traduccion del Infante D. Gabriel.

res aplaudieron su dictámen, y admiraron su valor que conservó siempre indomable hasta que se dió la muerte en Útica por no sobrevivir á la ruina de la libertad romana. Ciceron habia hablado en el mismo sentido; y el decreto de muerto fué pronunciado casi por unanimidad y ejecutado inmediatamente. Un momento despues halló Ciceron en la plaza á los amigos y los parientes de los conjurados que ignorantes del desenlace lo esperaban con ansiedad. Pregúntanle por ellos y les contestó, *han vivido.* Al oir esta espresion desaparecieron todos como heridos de un rayo.

Por este tiempo habia llegado la elocuencia á su mayor altura. Todos los hombres políticos pretendian apoyarse en ella, porque la juzgaban un verdadero poder, ó cuando ménos necesaria para brillar en las asambleas populares y en el Senado. Hircio y Dolabela (1) yerno de Ciceron iban á recibir sus lecciones y á tomar parte en sus ejercicios oratorios. Mientras César conducia las águilas romanas á la victoria en Besanzon y en las costas de la Bretaña, Pompeyo se dedica-

(1) Hircium et Dolabelam dicendi discipulos habeo. Ad Fam. 9, 16.

ba al estudio de la elocuencia juzgando que aun entre el tumulto de las armas podia auxiliarse de ella para conservar el primer puesto en la república. Vémos á M. Antonio presentarse en la plaza pública despues de la muerte de César, y para decidir al pueblo en contra de sus asesinos enseñarle las vestiduras de aquel grande hombre empapadas en su sangre; vémosle despues esforzándose por sobresalir en la palabra para hacer frente á Ciceron; y á Octavio principiar por la elocuencia para irse conquistando parciales y apoderarse mas tarde del imperio del mundo.

Desde los tiempos de Craso habia principiado á estudiarse la elocuencia con el esmero que en Aténas desde Pericles: los jóvenes no arrostraban el terrible fallo del público hasta despues de haberse ejercitado en las escuelas y en las reuniones discutiendo sobre diferentes asuntos. Ciceron dice en su tratado de los oradores ilustres que llegó al foro, no para formarse en él como lo habian hecho otros muchos ántes, sino llevando ya su talento ejercitado y perfeccionado en cuanto le habia sido posible. Casi lo mismo habia sucedido á Hortensio el orador mas notable de Roma despues de Ciceron á quien disputó la palma en la elocuencia como Esquines á Demóstenes: pero sin encono, conservan-

do los dos amistad y honrándose mútuamente. Ciceron mas jóven que Hortensio comenzó á brillar cuando el astro de la elocuencia de este iba eclipsándose; lo cual fué, tal vez, causa de que el orador anciano envidiara alguna vez los triunfos del jóven y de que su amistad se entiviase alguna cosa. Ciceron se quejó en su destierro de la frialdad de Hortensio; mas esto no impidió que llorára su muerte y que lamentára la pérdida de un ciudadano de gran mérito que aunque no participó con frecuencia de sus opiniones, porque no era partidario de Pompeyo y defendió á Vérres, se le asoció para reprimir á Catilina y sus secuases y al turbulento Clodio.

Hortensio comenzó á los diez y nueve años su carrera oratoria y se estrenó con un discurso en favor de los africanos que escucharon los Cónsules Craso y Scévola y obtuvo la aceptacion no solo del auditorio sino de todos sus jueces. Por aquel tiempo gozaban de gran fama en la elocuencia Cota y Sulpicio, diez años mayores que él; Craso y Antonio que sostenian su gloria á la mayor altura y Filipo y Julio (1): mas su talento le dió un lugar notable al lado de tan ilustres riva-

(1) De Claris Orat. cap. 88.

les. Tenia una memoria tan prodigiosa que habiendo asistido un dia entero á una venta pública de muebles, dijo por la noche el nombre de cada uno de los objetos, mencionando sus defectos, sus precios y el nombre de los compradores. Esta poderosa facultad le hacia recordar fácilmente cuanto habia dicho su adversario. Su actividad era prodigiosa: apenas pasaba un dia sin que fuese al foro, ó se ejercitára en su gabinete: con frecuencia hacía ambas cosas. Sus discursos tenian una forma original, por lo ménos en dos cualidades: á saber, las divisiones por los cuales señalaba los diferentes puntos de su discurso y el resúmen que hacía de los argumentos del contrario y de los suyos. Era feliz en la eleccion de palabras brillantes en la armonia de los periódos, en la inagotable fecundidad, y no dejaba escapar ninguno de los medios que le proporcionára el asunto, ya para las pruebas, ya para la refutacion. Tales eran las cualidades de este genio superior fortificado con el estudio y el ejercicio. Su voz era dulce y sonora; pero su gesto algo estudiado y artificioso para un orador.

Aulo Gelio refiere con este motivo el pasage siguiente. (1) «Se dice que Demóstenes era muy

(1) Aulus Gellius. Noctes atticae. Lib. 1. cap. 5.

esmerado en el vestido y que llevaba el cuidado de su persona hasta una elegancia y una delicadeza amaneradas.... Lo mismo se refiere de Hortensio el mas célebre de los oradores de su tiempo despues de Ciceron. La actitud estudiada siempre, el vestido colocado con arte, los gestos frecuentes y una accion teatral le atrageron una multitud de apóstrofes y sarcasmos ofensivos y fueron causa de que se le tratára de histrion en tribunal pleno. L. Torcuato, hombre grosero y desaliñado hablando contra él delante del mas grave y severo tribunal, en la instruccion de la causa de Sila, no se contentó con llamarle histrion; se atrevió á darle el epíteto de Dionisia cómica y bailarina célebre. Entónces le respondió Hortensio con una voz suave y tranquila. *Torcuato, mejor quiero ser Dionisia que parecerme á tí....* Este defecto que le echaban en cara sus contemporáneos, se hizo mas notable cuando el orador salido de la juventud fué entrando en la edad provecta. Hasta entónces, aun viviendo Cota, siempre conservó el primer lugar y sus triunfos en la elocuencia le llevaron á todos los honores hasta el mismo consulado. Desde esta última dignidad comenzó á debilitarse su fama: y aunque parece estraño que decayese su reputacion cuando su talento habia lle-

gado a toda su fuerza, y la gloria y los honores le rodeaban con todo su prestigio, el fenómeno es muy natural y muy conforme con su carácter y su género de elocuencia. Hortensio sobresalia en los pensamientos vivos y delicados, mas agradables y floridos que necesarios y aun útiles: su estilo animado é impetuoso, era trabajado y asiático, y el gusto de la gente anciana no quedaba satisfecho, aunque los jóvenes le admiraban y la multitud se conmovia: pero si aquel género de elocuencia no era imponente, estaba á lo ménos conforme con su edad. Mas cuando sus dignidades y sus años exigieron un tono mas grave, no varió las formas primitivas como lo exigian las circunstancias y la conveniencia. Por otra parte, como se ejercitaba ménos en la tribuna y el foro no sabia revestir como ántes sus pensamientos ingeniosos con las gracias de un estilo seductor y apasionado. (1)

Nada se conserva de este orador. Los últimos dias de su vida los pasó agradable y apaciblemente al lado de hombres instruidos en una casa de recreo rodeada de magníficos jardines. Fué de buena fé partidario de Sila y se opu-

(1) Cic. de Claris Orat. cap. 95.

so á los que pretendian destruir sus leyes. Floreció desde el consulado de Craso y de Scévola, hasta el de Paulo y Marcelo.

CAPÍTULO DÉCIMO SESTO.

RESÚMEN.

Ciceron: su patria: su orígen.—Dirige el orador Craso sus estudios.—Estado de la república romana.—Defensa de Roscio Amerino por Ciceron: su triunfo.—Su viage á Grecia: sus egercicios.—Es nombrado qüestor en la Sicilia: descubre el sepulcro de Arquímedes.—Vuelto á Roma se encarga de la acusacion contra Vérres.—Análisis de la última verrina llamada de los *suplicios*.—Desempeña Ciceron el cargo de Edil: su pretura.—Su consulado es la época mas notable de su vida.—Sus oraciones contra Catilina.—Su oracion en defensa de Murena.—César se muestra contrario á Ciceron.—Clodio.—Destierro de Ciceron: su triunfo al volver á Roma.—Es nombrado Proconsul de la Cilicia: sus triunfos militares: su administracion.—Rompimiento de César y Pompeyo.—Conducta de Ciceron.

Hémos visto que Ciceron era contemporáneo de casi todos los grandes oradores de que nos hémos ocupado. Nació en Arpino, poblacion municipal del Lacio, patria de Mario, el mismo año que Pompeyo, el 3 de Enero 647 de Roma, y

107 años ántes de la era cristiana: pertenecia á una familia agregada al órden ecuestre, pero retirada de los empleos y de los negocios. Su madre se llamaba Helvia: su padre vivia en el campo dedicado al cultivo de las letras: mantenia relaciones con el orador Craso que quiso dirigir la educacion de Ciceron y de su hermano Quinto, y los confió al cuidado de un maestro griego en su propia casa abierta á todos los eruditos de Grecia y Roma. Sus primeros años los pasó ocupado en el estudio de los escritores griegos, en la poesía, en la retórica y en la filosofía. Se ejercitaba mucho en escribir en griego y en hacer versos latinos que Juvenal juzgó despreciables, y Voltaire de gran mérito. (1) Plutarco afirma que Ciceron no solamente pasó por el primer orador, sino por el poeta mas grande de su tiempo: pero todavia no habian producido nada Lucrecio ni Catulo, ni habian nacido Virgilio y Horacio. Las obras de estos grandes hombres le arrebataron el cetro de la poesía.

Por aquel tiempo habia estallado la guerra social, una de las mas peligrosas para Roma y tuvo que renunciar á sus estudios. Los aliados

(1) Villemain. Notice sur Ciceron.

habian vencido los falanges de la república ; la plaza y los tribunales estaban desiertos: no se pensaba mas que en la guerra. Se confió un egército al padre de Pompeyo, y Caton, Sila y Mario eran sus lugares-tenientes. Hortensio se habia incorporado de voluntario á aquel egército y Ciceron le siguió muy jóven todavia. En esta campaña, que duró un año, tomó parte en las principales acciones, especialmente en la de Nola que proporcionó á los Romanos una completa victoria contra los Samnítes y dió fin á la guerra social. Mas á esta guerra sucedió la de Mitridates; y Sila y Mario que se disputaron el mando de los egércitos, fueron causa con su rivalidad de proscripciones y de crímenes espantosos. Estos tristísimos acontecimientos, que cerraron á Ciceron las escuelas, los tribunales y todos los grandes recursos de instruccion, le redujeron al aislamento, donde se entretuvo en continuar sus estudios filosóficos, oratorios y literarios con el célebre académico Fhilon y con Apolonio Molon el mas famoso orador entónces de la Grecia, que se hallaba en Roma accidentalmente. Estos estudios produjeron la *Retórica á C. Herennio, los* libros de la *república,* los dos de la *invencion oratoria,* un tratado sobre el *arte militar* y las traducciones del *Económico de Xenofonte y del protágo-*

ras de Platon. Despues de las proscripciones de Sila, volvieron á seguir su curso ordinario todos los negocios. En esta época comenzó Ciceron su carrera oratoria, para la cual reunia como abogado y como orador, grandes conocimientos en la jurisprudencia, la política, la filosofía, la retórica y en otras varias ciencias: en fin, esa vasta instruccion que aconseja al orador en sus escritos.

La primera causa pública que defendió fue la de Sexto Roscio (1) En ella manifestó su valor y su gran talento para la elocuencia. Crisógono Liberto de Sila se habia hecho adjudicar por dos mil dracmas (1,707 reales), todos los bienes de un ciudadano muerto en las proscripciones. Roscio hijo y heredero del muerto probó que valian 250 talentos (5.467,654 reales). Convencido Sila de su injusticia se enfureció contra Roscio y le hizo acusar por Crisógono como matador de su propio padre. Amenazado de una manera inicua

(1) Itaque prima causa publica, pro Sext. Roscio dicta, tantum commendationis habuit, ut non ulla esset, quæ non digna nostro patrocinio videretur. Deinceps inde multæ, quas non minus diligenter elaboratas, et tanquam eluenbratas afferebamus. De claris orat. cap. 90.

en su vida, su honra, y su fortuna, no hallaba un abogado para su defensa, porque ninguno quería exponerse al resentimiento del dictador. Pero Ciceron á quien su bello carácter y su juventud le daban generosidad y entereza, se atrevió á defenderle y le salvó. Su discurso le valió muchos aplausos y produjo grande entusiasmo en los jueces: está lleno de energía, de prudencia, y de gran habilidad, mas á veces sobresalen demasiado algunos rasgos de imaginacion y hay en ellos mas poesía que elocuencia. Suponer que los Romanos condenaban á los parricidas á ser metidos vivos en un cuero bien cosido por todas partes y á ser arrojados luego en el Tíber *para que las fieras no se hiciesen mas crueles con su contacto si los exponian á ellas, y si los echaban al rio y los arrastraba hasta el mar la corriente, para que las aguas no se contaminasen con sus cadáveres,* es dejar el terreno de la razon y engolfarse en el de la poesía. Un poeta exaltado por la imaginacion y el sentimiento podria decir eso mismo sin incurrir en censura; mas un orador no debe aventurarse tanto. La razon no puede concebir jamas que las fieras se hagan mas crueles con el contacto de los parricidas, ni que sus cadáveres contaminen mas las aguas que el de otro cualquier

hombre. Ciceron era entónces jóven y no es estraño que abusára algun tanto de su imaginacion: mas adelante lo reconoció así en sus tratados retóricos. No obstante estos pequeños lunares su discurso es bellísimo y por algun tiempo fué obgeto de las conversaciones y de la admiracion de Roma, no solo por su mérito, sino por el triunfo inesperado que alcanzó en una causa tan peligrosa.

Plutarco dice que asustado Ciceron de su propia victoria, porque le exponia al resentimiento de Sila, dejó á Roma, alegando por pretesto que iba á restablecer su salud quebrantada. No sabemos en qué datos pudo apoyarse el célebre biógrafo para esta opinion. Despues de la defensa referida, continuó oyéndose la voz de Ciceron por espacio de dos años en el foro, en el cual volvió á arrostrar la ira de Sila defendiendo los derechos de una muger de Arezzo contra una ley promulgada por el mismo dictador. Extraño es, por cierto, que solo despues de dos años y de haber vuelto á incidir en la misma falta, conociese los peligros á que le habian expuesto sus dos defensas. Ademas en su tratado de los oradores ilustres, (1) dice que estaba entónces

(1) De claris oratoribus cap. 91.

sumamente extenuado, de complexion bastante delicada, con el cuello largo y delgado y con una salud tan débil que hacian temer por su existencia: que sus amigos se alarmaban cuando le oian un discurso pronunciado con toda la fuerza de su voz y de su accion en la cual tomaba parte todo su cuerpo: que sus médicos le aconsejaban que dejase la carrera del foro; y que aun á riesgo de su vida jamás quiso renunciar á la gloria de la elocuencia. Mas persuadido que moderando su voz y cambiando su declamacion podria escapar del peligro, resolvió estudiar otro método, y con este designio partió para el Asia.

Llegado á Aténas, que era todavia el centro de las ciencias y las letras, estuvo seis meses en casa de Antioco, el mas sabio y el mas ilustre de todos los filósofos académicos de entónces, con el cuál continuó con mas afan que ántes el estudio de la filósofía que jamás habia abandonado. Al mismo tiempo no dejaba de ejercitarse en la oratoria con Demetrio de Siria, antiguo y famoso maestro. En seguida recorrió el Asia acompañado de los oradores mas notables que dirigian con placer sus egercicios. El primero entre ellos era Menipe Stratonicense, el mas elocuente en toda el Asia. Tampoco le abandonaron Dionisio de Magnesia, Esquilo de Cnido y Xenicles Adrami-

teno, retóricos célebres de Oriente. Recayó en Ródas, y allí volvió á oir las lecciones de Apolonio Molon, que de vuelta de Roma, se hallaba en aquella isla. Como era gran abogado, escelente escritor y sabia criticar con acierto, su enseñanza era por lo mismo de suma utilidad. Este hizo los mayores esfuerzos para reprimir los extravios á que arrastraba á Ciceron la fogosidad de la juventud, y para contener el desbordado torrente de una elocuencia redundante. Un dia le rogó que declamára en griego delante de una asamblea numerosa: Ciceron acertó á hacerlo tan brillantemente, que fué saludado con estrepitosos aplausos. Mas Apolonio Molon permaneció mudo y pensativo. Inquieto Ciceron por este silencio le preguntó la causa. «*Y yó tambien te elogio y te admiro*, le replicó; *pero lloro por la suerte de la Grecia, porque considero que el saber y la elocuencia, únicos bienes que nos quedaban los has conquistado tú y los trasportas á los Romanos.*»

Volviendo á Roma consultó al oráculo de Delfos á quien preguntó por qué medios podria adquirir mayor gloria. La Pitia le respondió, *siguiendo tus inspiraciones y nó la opinion del pueblo.*» Palabras que segun Plutarco influyeron en su conducta entiviando el calor de su am-

bicion. Ya en Roma, se aplicó á estudiar la declamacion con Roscio y Esopo, (1) grandes cómicos entónces de la escena romana. Defendió á Roscio en una causa, en que se le imputaba haberse apoderado por dolo de una gran suma de dinero. Mas su acreditada virtud rechazaba esta infame calumnia. Quintiliano supone que, Roscio era por su gran talento el único que fuese digno de presentarse en la escena, y por sus virtudes de no aparecer jamas en ella. Estas virtudes eran con efecto tan admiradas, que Ciceron declaró en la misma defensa que era acreedor á formar parte del senado.

Llegado Ciceron al término glorioso de sus estudios oratorios á la edad de treinta años, entró en la carrera de los cargos públicos y solicitó la qüestura, que abria la entrada á la dignidad de Senador, daba el derecho de hacerse preceder de lictores, y el cargo de percibir los fondos públicos para mantener á Roma y sus egércitos. La suerte le asignó la Sicilia

(1) No debe confundirse con el fabulista que vivió en la Córte de Creso, rey de Lidia.

que por su importancia necesitaba dos questores uno en el Lilibeo y otro en Siracusa. La residencia de Ciceron se fijó en el primero. Se necesitaba gran prudencia y habilidad para sacar de aquella infeliz provincia, sin destruirla, una gran parte del trigo que producía para sostener á Roma que comenzaba á padecer escases; pero su dulzura, su desinterés y prudencia vencieron tan graves dificultades y jamás hubo en la Sicilia un questor mas popular y mas desinteresado. Antes de partir para Roma quiso visitar en Siracusa el sepulcro de Arquímedes erigido por Marcelo. Los Siracusanos no conocian este monumento y hasta ignoraban el lugar en que se le hubiese colocado; mas á instancias de Ciceron le condujeron á un sitio lleno de sepulcros arruinados y cubiertos de maleza. Despues de haber registrado largamente vió una columna pequeña, un cilindro y una esfera, y palpitó su pecho de alegría á su vista; hizo cortar la maleza y leyó lo que restaba de una inscripcion antigua, la cual indicaba claramente que era el sepulcro de Arquímedes.

En Roma continuó su carrera forense empleándose en la defensa de los particulares sin mas interés que el de la gloria. Seis años despues de su qüestura, y siendo ya Senador

obtuvo el cargo de Edil que le dió lugar en el Senado entre los cónsules y los pretores: despues de esta eleccion llegaron unos enviados de la Sicilia para demandar justicia contra Vérres último pretor de aquella provincia donde habia cometido crímines horribles. Ciceron fué nombrado para acusarle, y sin duda era digno de la confianza que depositaba en él aquella provincia afligida. Vérres estaba defendido por toda la aristocracia y por la elocuencia de Hortensio, ademas de haberle hecho bastante rico sus rapiñas para comprar su impunidad por el oro. El año estaba muy adelantado y en el siguiente debian ser cónsules Hortensio y Q. Metelo, el uno abogado, y amigo el otro de Vérres: si el proceso se detenia hasta entónces era inevitable su triunfo. Ciceron no desmayó sin embargo; pidió cien dias de término para recoger en la Sicilia pruebas contra el acusado, y á los cincuenta estaba ya en Roma. Renunció en seguida á los trámites ordinarios del proceso, procedió á la prueba testimonial y solo pronunció dos discursos: las pruebas fueron tan claras y convincentes y los murmullos del pueblo tan violentos, que Hortensio no se atrevió á tomar la palabra en contra y permaneció mudo; aterrado Vérres, evitó el castigo por el

destierro voluntario. (1) Las demas arengas que escribió Ciceron sobre este asunto son en sentir de M. Villemain, una obra maestra de la elocuencia judiciaria, ó mas bien el monumento de una venganza ilustre egercida contra el crímen por la indignacion virtuosa del genio. Vérres abandonado de todos sus amigos arrastró una vida miserable en el destierro donde recibió algunos socorros de la generosidad de Ciceron, que compadecido de su infortunio le auxilió tambien para volver á Roma en la época de las proscripciones de Octavio y Antonio. (2) Pero se atrevió á rehusar á este los hermosos vasos de Corinto y las admirables estátuas griegas que le restaban de sus depredaciones y fué condenado á muerte por el Triunviro.

Las dos últimas arengas que escribió Cice-

(1) Vérres habia regalado á Hortensio una magnífica esfinge de acero estimada como un monumento precioso. Ciceron hizo una pregunta no muy clara á un testigo, y Hortensio dijo que no entendia los enigmas. Ciceron le replicó. *Lo estraño, teniendo la esfinge en vuestra casa.*

(2) Séneca.

ron sobre esta célebre causa (1) tienen por objeto una, los robos de Vérres, y la otra sus crueldades y barbarie: ambas han sido juzgadas como una obra maestra en materia judicial. Nosotros solo analizaremos la última, notable por la vehemencia y por el gran acierto en los recursos empleados para mover la piedad en favor de los oprimidos y escitar el odio contra Vérres.

Cuando fué este de pretor á la Sicilia infestaban los piratas aquellos mares; y en vez de preparar una armada para destruirlos, conmutaba por dinero los servicios que debian prestar los soldados. Así es que las galeras apenas tenian hombres y esos extenuados por la hambre. A tanto llegaba la avaricia de aquel hombre mal-

(1) No se conserva la primera arenga. El discurso pronunciado contra Cecilio en este asunto es sobre una cuestion prejudicial. En Roma cualquiera podia ser acusador aun sin aprobacion ni aviso de la parte dañada. Cecilio pretendia estar mas instruido que nadie en las maldades de Vérres y disputó á Ciceron la acusacion. En realidad este era un pretesto para salvarlo. Ciceron se opuso y venció en juicio á Cecilio. Este género de causas se llama *divinatio*, porque se adivinaba en cierto modo cual de los candidatos á la acusacion la sostendria con mas honradez, mas celo, y mas talento.

vado. Para colmo de vergüenza puso al frente de la miserable escuadra que debia hostilizar á los piratas, no á un Romano como se habia hecho siempre, sino á un Siciliano llamado Cleoménes, cuya esposa era públicamente querida suya. A la vista de los piratas, el primero que huyó fué Cleoménes: los otros comandantes que tenian muy pocos soldados no pudieron sostener el choque; siguieron el egemplo de su gefe, y los piratas quemaron las naves abandonadas. Vérres temió que esta afrenta hecha á las armas romanas se le imputára, como debia, y por nó aparecer culpable de aquel desastre meditó un horrible designio. Acusó de traicion á los comandantes Sicilianos, que eran inocentes, y sin pruebas algunas los condenó al último suplicio. La Sicilia horrorizada con tan abominable crímen, resolvió pedir justicia contra el tirano.

Ciceron examina en esta arenga la conducta del Pretor como militar; lo que hizo para asegurar la tranquilidad de Sicilia, su atroz crueldad para ocultar la infamia de su cobardia, dando muerte á los comandantes de las naves y á muchos ciudadanos romanos. Comienza por una ironia fuerte contra los talentos militares de Vérres, manifiesta su apatía, su imprevision y su insa-

ciable codicia. Le hace culpable de la afrenta que recibieron las armas romanas á la vista de Siracusa: detalla admirablemente el horror que produjeron sus disposiciones atroces y le acusa de haber condenado sin delito á los gefes de las naves. Mas no se habia contentado el pretor con derramar la sangre de los Sicilianos; habia mandado tambien arrojar en los calabozos un número considerable de romanos, azotar á otros y hacerlos perecer por el hacha del lictor en la plaza pública. Este era sin duda su mayor crímen y por lo mismo le reservó el orador para la última parte de su discurso. No se trata ya en ella de la defensa de los Sicilianos; sino de las leyes y de la dignidad romanas escarnecidas porVérres, á quien pinta como un mónstruo indigno de misericordia al hablar del suplicio del romano Gavio. El orador se abandona en la descripcion de este suplicio á toda la indignacion que debia escitar en un magistrado el ultrage hecho á Roma, cuyo nombre se escuchaba con respeto en todas las naciones. Tengamos presente que el pueblo romano era muy celoso de su libertad y de sus derechos, y estos habian sido vilipendiados en la persona de Gavio. Ciceron intérprete sublime de estos sentimientos anuncia en seguida que vá á princi-

piar su edilidad y declara que si se absuelve al acusado, usará del derecho que le concede su nueva magistratura, acusando á los jueces y á los que les hayan corrompido ante la asamblea del pueblo romano. El discurso termina por una apóstrofe admirable y patética á las divinidades, cuyos templos habian sido robados por Vérres.

Veamos como le pinta despues de la derrota é incendio de la armada romana.

. . . . . .

«En la misma noche, en el propio instante en que el pretor ardia en una llama criminal, las llamas de los piratas reducian á cenizas la escuadra del pueblo romano. Esta espantosa noticia llega á Siracusa en aquella noche de escándalo: corre la multitud al palacio donde poco ántes habian atraido al pretor á un convite las mugeres al ruido de sus voces y de los instrumentos. Cleoménes no se atrevió á presentarse en público apesar de la oscuridad de la noche y se encerró en su casa; pero no estaba su esposa para consolarle en su desgracia. Admiraos de la severa disciplina que habia establecido Vérres, este ilustre general, en el interior de su palacio: aun para un acontecimiento tan grave y de tanta importancia habia prohibido

que se le despertára si dormia, ó que no se le interrumpiese si estaba despierto. Mas esparcida por todas partes la noticia, circulaba por la ciudad la muchedumbre; porque, como habia sucedido otras veces, no eran fuegos encendidos en las alturas los que anunciaban la presencia de los piratas; sino la llama de las naves abrasadas, que publicaba la pérdida que habian tenido los Sicilianos y los peligros que les amenazaban todavía.

«Búscase al pretor, y cuando se supo que lo ignoraba todo, avanzó el pueblo furioso al palacio: se le despierta entónces; Timarquídes le informa de cuanto pasaba y se vistió en trage de guerra. Comenzaba ya á despuntar el dia, cuando se presentó lánguido y perezoso por el vino, el sueño y la crápula. Se le recibe con gritos de rabia, y los peligros de Lampsaco se presentan á su alma horrorizada. El riesgo le causaba mayor espanto, porque veia que el furor era el mismo y el número de los descontentos mucho mas considerable. Allí hicieron conmemoracion de sus actos y de sus orgias escandalosas: se citaban por sus nombres las queridas que vivian con él; se le preguntaba que habia hecho, donde habia estado en tantos dias que nadie le habia visto, se le exigió que pre-

sentara á Cleoménes nombrado por él comandante de la armada; en fin poco faltó para que se renovára en Siracusa el acto de venganza que egercío Útica contra el pretor Adriano; y así dos sepulcros hubieran sido en dos provincias un testimonio perpétuo de la perversidad de dos pretores romanos. Vérres, sin embargo, debió su salvacion á las circunstancias, al terror de aquellos momentos, á las consideraciones y al respecto del pueblo por el gran número de ciudadanos romanos que no solo en esa provincia, sino en nuestra república son mirados con veneracion.

Como el pretor casi dormido todavia estaba lleno de espanto, los habitantes de Siracusa se armaron y llenaron la plaza y la isla que forma la mayor parte de la ciudad. Los piratas sin detenerse mas de una noche en Eloro, dejan los restos de nuestras naves humeantes, y se acercaron á Siracusa. Habian oido muchas veces que nada igualaba en belleza á sus muros y á su puerto y conocian bien que jamás los verian sino siendo pretor Vérres. Se aproximan á un punto de las orillas donde pocos dias ántes habia levantado este sus tiendas y fijado sus reales de placeres escandalosos; encuentran todo desierto, Vérres habia desaparecido: no se les

opone ninguna resistencia y sin temor alguno penetraron en el puerto. Cuando digo el puerto hablo así para los que no conocen aquellos lugares: mas quiero decir que los piratas entraron en la ciudad en el interior mismo de ella: porque Siracusa no está cerrada por el puerto; ella es la que le cierra y circunda y en vez de bañar el mar el exterior de sus muros entra hasta el centro mismo de la ciudad.

«Estaba reservado á tu pretura que Heracleon gefe de piratas navegase sin obstáculo alguno por ese puerto con solo cuatro pequeñas embarcaciones. ¡Dioses inmortales! la autoridad, el nombre, los haces del pueblo romano estaban enmedio de Siracusa, y un miserable pirata llegó hasta la plaza y se paseó por todas las alturas de la Ciudad. Las armadas triunfantes de Cartago cuando reinaba en todos los mares, á pesar de repetidos esfuerzos en muchas guerras nunca lograron penetrar en ese recinto: nuestras fuerzas navales invencibles ántes de tu pretura jamas pudieron romper esa fortísima barrera enmedio de las guerras contra los Sicilianos y los Cartagineses. Tal es aquel sitio que los Siracusanos verian al enemigo vencedor en sus murallas, en la Ciudad, en la plaza misma ántes que una sola nave suya en el puerto.

«Solo siendo tú pretor podian pasearse las barcas de los piratas con seguridad por el sitio en que en otro tiempo perecieron trescientos bajeles atenienses, única escuadra que desde su fundacion pudo forzar la entrada por la multitud y la fuerza. Pero ese mismo puerto por su situacion y naturaleza los postró y venció, y fué, con el naufragio que allí sufrieron, el primer escollo de la grandeza, del poder y de la gloria de Aténas.»

Ántes de llegar á este pasage se habia burlado Ciceron con una ironia punzante de los talentos militares de Vérres: mas no podia continuar en el mismo tono al entrar en él: la disipacion y el escándalo del pretor, su criminal abandono y su torpeza, y el ultraje vergonzoso que por su causa habian recibido de unos piratas despreciables la gloria y las armas romanas hicieron estallar su indignacion. Con efecto, aun suponiendo que los jueces hubieran podido dispensar al pretor las faltas militares que burlándose le descubre Ciceron, este solo pasage le perderia de todo punto. El nombre romano habia sido escarnecido por su causa y ese crímen no podia perdonarlo ningun juez sin cubrirse de oprobio. ¿Y donde hallaremos una pintura tan sobresa-

liente, sino recurrimos á los grandes poetas? no conocemos ninguna mas dramática. Vémos al pretor sumido en la disipacion, olvidando entre el desórden de un convite, la música y las mugeres el riesgo en que se hallaba Siracusa, en vez de haber salido á mandar la escuadra ó estar prevenido para una desgracia: vémosle despues entregarse al sueño tranquilamente y no despertar hasta que los gritos del pueblo llegaron hasta el fondo de su palacio: vémosle en fin presentarse soñoliento y perezoso mostrando con claridad en su semblante cuales habian sido sus infames ocupaciones en aquella triste noche. La indignacion del orador llega á su colmo al referir la entrada de los piratas en el puerto de Siracusa, donde en otros tiempos no habian podido penetrar las armas cartaginesas ni las romanas: en este periodo verdaderamente sublime desaparece ya el acusador, solo aparece el ciudadano, el senador, el magistrado que vé mancillada la gloria de Roma en el desastre humillante de Siracusa.

Ciceron habia reservado en su discurso para referirlo el último, el mayor de los crímenes de Vérres. Estaba prohibido azotar á un ciudadano romano á no ser por un juicio del pueblo ó un decreto del Senado, y no podia imponersele la muerte sin

la decision del primero; (1) mas no en un suplicio infamante como el de la cruz, sino por el hacha de los lictores. El orador en una narracion brillante y apasionada como convenia al asunto, describe enérgicamente las atrocidades casi innumerables de Vérres y el alma se siente llena de angustia, al considerar que á nombre de la justicia se hubieran podido cometer tan abominables crímenes. Parecia pues, que fatigado el ánimo nada podia producir en él ya mayor amargura, y que la fecundidad del orador debia estar agotada para describir otros delitos, que causasen una sensacion mas profunda; pero su elocuencia crecía en pasion y en sublimidad á medida que los atentados de Vérres eran mas humillantes para el nombre romano. Habla de los cometidos contra varios ciudadanos. Se estiende principalmente sobre el suplicio de Gavio.

(1) Habia una ley que prohibia imponer á las ciudadanos romanos penas infamantes á no haber sido acusados y condenados públicamente. Ciceron pagó con el destierro el haber mandado dar muerte á los compañeros de Catilina que habian sido sentenciados por el Senado solamente y no por el pueblo.

«Mas para que referir uno por uno todos los suplicios impuestos á nuestros conciudadanos? Aquella cárcel construida por el tirano Dionisio vino á ser en tiempo de Vérres el domicilio de los romanos. Cualquiera que tenia la desgracia de ofenderle ó de desagradarle, era arrojado inmediatamente en ella. Jueces, vosotros habeis participado ya de mi justa cólera oyendo en la primera accion los testigos de estas crueldades. Pero juzgais como yo que no basta que los derechos sean respetados en Roma donde tenemos los tribunos de la plebe, los demás magistrados, los tribunales públicos, la autoridad del Senado, la presencia y el nombre augusto del pueblo romano; sino que en todos los pueblos del mundo donde se violen los derechos de un ciudadano, se comete un atentado contra la libertad y la dignidad de los romanos. Nadie mas que tú se hubiera atrevido á encerrar en la prision destinada á los extrangeros, á los malvados, á los malhechores, á los piratas y á los ciudadanos enemigos de la patria. Qué ¿no tuviste presente los tribunales, el concurso inmenso de un pueblo irritado que lanza contra tí miradas de indignacion y de furor? ¿No se representó en tu alma la magestad del pueblo romano que ultrajabas en su ausencia, ni

el espectáculo imponente de esta multitud que te rodea? ¿Pensaste no aparecer jamás delante de tus conciudadanos, no aparecer jamás en el forum de Roma, ni caer jamás en poder de las leyes y de los tribunales?.»

. . . . . .

«Los ciudadanos romanos erán ahogados indignamente en las prisiones: en vano gritaban *soi ciudadano romano.* Este grito punzante que tantos otros no dieron inútilmente en las extremidades de la tierra entre los bárbaros, solo servia entónces para que se apresurára su suplicio y para que su muerte fuera mas cruel. Y bien, Vérres, que repuesta piensas dar ¿dirás que miento? ¿que finjo algunas cosas? ¿que aumento el crímen? ¿es eso lo que piensas decir por boca de tus defensores? Que se lean los registros de los Siracusanos, que tú has redactado conforme á tus deseos, donde constan con exactitud las fechas de la entrada en la prision, de la muerte ó de la ejecucion de cada romano. *Registro de los Siracusanos.*

«Habeis visto una multitud de vuestros conciudadanos arrojados atropelladamente en una mansion de horror: buscad ahora las señales de su salida: no existe ninguna. ¿Han muerto de enfermedad todos? Aunque así lo digera Vérres

no se le creería: porque en los mismos registros hay una palabra griega que ese hombre bárbaro, disipado é incapaz de atencion no há podido comprender; esa palabra significa haber sido muertos en el suplicio.

«Si algun rey, si alguna ciudad extrangera, si alguna nacion hubiera cometido un atentado semejante contra un ciudadano nuestro ¿no le vengaríamos públicamente? no tomaríamos las armas? ¿dejaríamos impune esa injuria, esa afrenta ignominiosa hecha al nombre romano? Recordad las muchas guerras que sostuvieron nuestros mayores para vengar á ciudadanos insultados, á navegantes detenidos y á mercaderes despojados. Pero no me quejo ahora de que hayan sido detenidos, tolero el que hayan sido despojados, denuncio solo el que despues de haber arrebatado sus naves, sus mercancias y sus esclavos á los negociantes, se arrojáran entre hierros, y á los ciudadanos romanos se les diese muerte en las prisiones.

. . . . . .

«¡Y qué diré oh jueces del suplicio de P. Gavio, procedente del Municipio de Cosano! como dar bastante fuerza á mi voz, bastante energía á mis palabras y expresar el dolor de mi alma! Porque aunque no falta dolor en ella; no hallaré

palabras que expresen dignamente la atrocidad de esta accion y la amargura que me há causado. El crímen es tan horrible que cuando se me denunció la vez primera no pensé decir nada, porque aun cuando fuese cierto, me pareció que no sería creible. En fin cediendo á las lágrimas de los ciudadanos romanos que comercian en Sicilia, arrastrado por el testimonio unánime de los Valentinos, de muchos hombres honrados, de todos los habitantes de Rego y de los caballeros romanos que se hallaban entónces en Mesina, presenté en la primera accion un número de testigos tan considerable que no quedó á nadie duda de la veracidad del hecho. ¿Qué haré ahora cuando os hé ocupado tanto tiempo con las crueldades nefandas de Vérres, cuando hé agotado en la narracion de ellas todas las expresiones que podrian pintaros la mas horrible de todas, cuando ni aun hé previsto los esfuerzos que necesitaba para no molestar vuestra atencion con los mismos crímenes? Lo único que me resta es exponer el hecho sencillamente: su gravedad es tal que no necesita de mi débil elocuencia, ni de la de ningun otro orador para inflamar vuestros ánimos con la mas viva indignacion.

«Este Gavio de Cosano, á quien me refiero, habia sido arrojado en las prisiones como otros

muchos, de las cuales logró evadirse no se de qué manera y se fué á Mesina. Allí, ya cerca de Italia y á la vista de los muros de Rego, escapado de las tinieblas y de los terrores de la muerte se sentia como renacer con la luz de de la libertad y con el aire puro de las leyes. Comenzó á hablar en Mesina y á lamentarse de que se le hubiera encerrado en una cárcel siendo ciudadano romano; dijo que iba derecho á Roma y que pronto Vérres le hallaría allí á su vuelta.

«El desgraciado ignoraba que tener ese lenguage en Mesina, era como si hablára con el mismo pretor en su palacio. Antes os lo he dicho; Vérres habia hecho de esta ciudad la cómplice de sus crímenes, la depositaría de sus rapiñas, la compañera de todas sus infamias. Se conduce al instante á Gavio á la presencia del magistrado: la casualidad hizo que aquel dia llegase allí Vérres. Se le dijo que un ciudadano romano se quejaba de que se le hubiera encerrado en las prisiones de Siracusa; que se le habia sorprendido en el momento en que se embarcaba profiriendo horribles amenazas contra él, y que se le habia preso para que resolviera lo que juzgase conveniente.

«Vérres les dió las gracias: elogió su benevolencia y su celo, y se trasladó al forum respiran-

do furor y maldades. Sus ojos arrojaban llamas, y la crueldad estaba impresa en su semblante. Todos esperaban á que esceso le arrastraría la cólera; cuando de repente ordena que se traiga á Gavio, que se le despoje de sus vestidos, que se le ate á la columna, y se le azote con varas. El infeliz exclamaba que era ciudadano romano, vecino de la ciudad municipal de Cosano, que habia servido con L. Precio, caballero romano, entónces en Palermo, y de quien Vérres podia saber la verdad. El pretor le contestó que sabia con certeza habia sido enviado como espion á Sicilia por los gefes fugitivos; pero esta impostura estaba desnuda de indicio, de sospecha y de apariencia. En seguida mandó que le azotasen fuertemente á la vez todos los lictores.

«Jueces, un ciudadano romano era azotado en medio de la plaza de Mesina; ningun gemido salia de sus labios y entre tantos dolores y golpes repetidos solo se oia esta voz, *soy ciudadano romano.* Creia con estas solas palabras separar de su cuerpo tan horribles tormentos, y desarmar á sus verdugos. Mas no solamente no consiguió suspender la fuerza de los azotes, pronunciando repetidamente el nombre de ciudadano, sino que una cruz, sí, una cruz se preparaba para aquel desgraciadísimo que jamás habia visto un

abuso tan escandaloso de la justicia.

«¡Oh dulce nombre de la libertad! ¡oh derechos sagrados de Roma! ¡oh leyes Porcia y Sempronias! ¡oh potestad tribunicia deseada tan vivamente y devuelta al pueblo romano. ¡Ah! Se han restablecido para que en una provincia romana, en una ciudad de nuestros aliados, se ligase á la columna en la plaza pública y se azotase con varas á un ciudadano romano por las órdenes de un hombre á quien Roma confió sus haces y sus segures? ¿Y que Vérres, si cuando te valias del fuego, de las láminas ardientes y de todos los horrores de la tortura eras insensible á sus tristes ruegos y á sus gritos desgarradorres, no te conmovieron tampoco las lágrimas y los gemidos de los romanos testigos de su suplicio? ¡Y te has atrevido á poner en una cruz á un ciudadano romano! No quise entregarme en la primera accion á mi justa cólera, no quise, jueces. Bien visteis hasta que punto irritaron á la multitud contra este hombre el dolor, el odio y el temor de un peligro comun. Moderé mi indignacion y la de C. Numitorio caballero romano mi testigo y aplaudí la sabiduria de Glabrion, que no le permitió acabar su testimonio, porque temia que el pueblo no fiándose bastante en la severidad de las leyes y

en vuestro tribunal castigára él mismo á ese hombre.

«Mas hoy, Vérres, que todos conocen el estado de la causa y saben cual es la suerte que te espera dejaré ya las consideraciones. Yo probaré que ese Gavio á quien de repente transformaste en espion, fué arrojado por órden tuya en las prisiones: y no lo probaré solo por los registros de Siracusa, para que no digas que finjo y le aplico el nombre de otro Gavio, sino que presentaré además testigos á tu eleccion que declaren haber sido encerrado por tí en la cárcel. Yo presentaré á los habitantes de Cosano compatricios suyos y á sus parientes que demasiado tarde para él, pero muy pronto para los jueces, prueben que ese Gavio á quien hiciste expirar en la cruz era un ciudadano de Roma, un vecino de Cosano y no un espion de los esclavos fugitivos.

«Despues que la acumulacion de pruebas que hé ofrecido presentar haya esclarecido el hecho para los que están sentados cerca de tí, yo te confundiré con tu propia confesion: tengo bastante con ella. ¿Qué digiste cuando turbado hace poco por los gritos y la sublevacion del pueblo te levantaste lleno de espanto? Qué por retardar Gavio su suplicio habia gritado que era ciudadano romano, pero que en realidad solo

era un espion. Ya ves como mis testigos son verídicos. ¿Qué há dicho C. Numitorio, qué M. y P. Cotio ciudadanos distinguidos de Taurominio, qué Luccio, rico propietario de Rego, que otros muchos? Los testigos presentados por mí declararon que no conocian á Gavio, pero que habian visto perecer en la Cruz á un hombre que gritaba *soi ciudadano romano.* Tú mismo lo has dicho tambien, tú has confesado que exclamaba *soi ciudadano romano* y que ese título invocado por él no fué bastante para introducir alguna duda en tu alma y retardar por algunos momentos tan cruel y horrible suplicio.

«Jueces, estoi conforme con esta declaracion; me adhiero á ella: ella me basta; omito y abandono lo demás: su confesion le condena y es la sentencia de su muerte. ¿Ignorabas quien fuese? ¿lo juzgabas un espia? no quiero saber por qué motivos. Solo te acuso por tus mismas palabras. Tú has dicho que gritaba *soi ciudadano romano.* Y que ¿si tú te halláras entre los Persas, en los confines de la India, cerca de ser conducido al suplicio, cómo clamarias sino diciendo *soi ciudadano romano*? Y si entre pueblos desconocidos, entre bárbaros, entre hombres relegados á las extremidades del mundo el nombre de Roma ilustre y glorioso para todos, te hubie-

ra salvado la vida; ¿cómo ese hombre cualquiera que fuese, á quien has dado la muerte en una cruz, que decia *soi ciudadano romano*, no pudo con ese título alcanzar de tí, siendo pretor de Roma, no yá la vida, pero ni la dilacion siquiera de su muerte?»

. . . . . .

«Quitad esa esperanza, quitad esa garantía á nuestros conciudadanos: que las palabras *soi ciudadano romano* no tengan fuerza ni poder, que un hombre que reclama ese título pueda ser condenado á muerte por el pretor ó cualquier otro magistrado, bajo el pretesto de ser desconocido; y todas las provincias, todos los reinos, todas las ciudades libres, el orbe entero, abiertos hasta ahora á los romanos, van á serle cerrados en adelante.

. . . . . .

«Mas por que hablar tanto tiempo de Gavio, como si solo hubieras sido su enemigo y no el enemigo del nombre romano, de la nacion entera y de todos los derechos. No has inmolado á él solamente sino á la libertad comun de todos. En efecto cuando los de Mesina, siguiendo su costumbre levantaron la cruz detrás de la ciudad en la via pompeya, ¿por qué la mandaste trasportar á la vista del estrecho? Por qué aña-

dir lo que no puedes negar ahora, lo que has dicho altamente á la vista de un pueblo; que escogias aquel lugar para que ese hombre que se decia ciudadano romano pudiera ver la Italia y reconocer su casa desde lo alto de la cruz. Jueces, ninguna otra se há fijado jamás en aquel sitio desde la fundacion de Mesina. Vérres escogió la vista de Italia para que al espirar aquel desgraciado entre dolores espantosos, pudiera conocer el estrecho espacio que separaba la libertad de la servidumbre; y para que la Italia viese á uno de sus hijos perecer en el mas cruel de los suplicios reservado á los esclavos.

«Delito es encadenar á un ciudadano romano, maldad azotarle, casi un parricidio matarle; qué será pues ponerle en una cruz. Las expresiones faltan para caracterizar una accion tan execrable. Mas no se contentó Vérres con esto. Que mire á su patria dijo, que muera á la vista de la libertad y de las leyes. ¡Ah! no era Gavio solamente, no era solo un hombre, un solo ciudadano romano: eran los derechos comunes de la libertad y de Roma los que hiciste perecer en aquel horrible suplicio. Conoced ahora toda la audacia de este hombre. ¿No juzgais que há sentido no poder levantar esa cruz para todos los romanos en el forum, en los comicios, en la tribuna de las aren-

gas? Ya que no pudo, escogió al ménos en su provincia el sitio mas próximo á Roma y el mas semejante á ella por su celebridad: él quiso que fuese erigido á la vista de Italia, á la entrada de Sicilia, al paso de todos los que navegan por el estrecho, el monumento de su maldad y de su audacia.»

Ciceron no se contentó con describir de un modo que desgarra el corazon el suplicio de Gavio y con probar la certeza de cuanto refiere en este pasage sublime. Conocía bien que á pesar de la verdad de sus palabras, la nobleza estaba en favor de Vérres y podría tal vez ahogar en los jueces el sentimiento de nacionalidad y de justicia. Mas estas consideraciones no solo no debilitaron su defensa, sino que manifestó con la mayor firmeza que llevaría la causa ante la asamblea del pueblo en caso de ser absuelto el acusado. Vérres tuvo la audacia de decir que habia hecho tres partes de sus robos para dividirlas entre él, su defensor y sus jueces: el orador no lo ignoraba y lo indica con bastante claridad al anunciarles que si lo absolvian le darian ocasion para ilustrarse por la pérdida de un gran número de prevaricadores. En seguida varía el tono: bastóle indicar á los jueces su resolucion y los peligros graves á que se exponian si fallaban con injusticia, pero despues por un giro ingenio-

so los lisongea decorosamente, y los escita á la justicia, recomendándoles su augusta mision y el nombre glorioso de Roma. Tampoco se olvida de Hortensio, defensor de Vérres, para prevenirle con severidad cuáles son sus deberes y los riesgos que corria si pensaba alcanzar la victoria por medios reprobados.

«Mas aseguro por el cielo, que vuestro bien y el de la república me son muy caros para desear que este tribunal respetable se deshonre con una mancha tan vergonzosa. No, yo no puedo querer que unos jueces aprobados y escogidos por mí, sean notados salvando á este culpable y y se muestren en Roma cubiertos de oprobio y de infamia. Así pues, Hortensio, si me es permitido darte algun consejo, recíbelo desde este sitio. Considera hasta dónde puedes llegar, qué hombre vás á defender, y con qué razones puedes defenderlo. No pretendo poner obstáculos á tu talento, puedes combatirme por todos los medios que te sugiera tu elocuencia: mas si juzgas poder suplir la debilidad de tu causa por la intriga; si piensas triunfar de mí por la astucia, por tu poder y crédito ó por las riquezas de Vérres, renuncia á ese proyecto. Guárdate de recurrir á esos manejos miserables, que há ensayado ya este hombre y que me son perfectamente

conocidos. Toda infamia en este juicio, solo puede exponerte á grandes peligros, mucho mayores que lo que tú imaginas.»

La peroracion continua con una hermosísima apóstrofe dirigida á todos los dioses, cuyos templos habia despojado el pretor y concluye con otra á los jueces. No la insertarémos íntegra, porque la enumeracion de los templos y los dioses profanados por el robo, no puede ser para nosotros del mismo interés que para los romanos; nos contentaremos por eso con citar los últimos pensamientos.

«Yo apelo á vosotras y os imploro, diosas venerables que habitais las fuentes y los bosques de Enna, que presidis en toda la Sicilia; cuya defensa me há sido confiada; á vosotras, que por haber descubierto y distribuido por todo el universo las mas útiles producciones de la tierra, habeis merecido los homenages religiosos de todas las naciones. ¡Y vosotros dioses y diosas á quienes tambien me dirijo é imploro, vosotros á quienes la audacia y el furor de este malvado declararon siempre una guerra impia y sacrílega: si en esta causa, si contra este reo no hé considerado mas que mi deber, la salud de nuestros aliados y la dignidad del pueblo romano; si todos mis cuidados, si todas mis vigilias y todos

mis pensamientos no han tenido mas objeto que la verdad y la justicia, infundid en los jueces al pronunciar la sentencia esos mismos sentimientos y el interés que me inspiró esta causa al defenderla.

«Y vosotros, jueces, si la maldad, la audacia, la perfidia, la disipacion y la crueldad de C. Vérres son atentados inauditos; que vuestro fallo le haga sufrir la pena que merece una vida tan manchada de crímenes: que la república quede contenta con mi celo en esta acusacion, y que me sea permitido en adelante consagrarme á la defensa de los buenos ciudadanos, mas bien que en perseguir á los malvados.»

Así concluye este discurso que con razon está considerado como uno de los monumentos mas notables de la elocuencia. No hay en él una palabra ni un pensamiento fuera de su verdadero lugar, ni un solo argumento que no esté presentado con maestría y con una gran fuerza de lógica. La movilidad y vehemencia del orador en las pasiones son de un efecto tan maravilloso, que el alma se siente conmovida hondamente y subyugada á su palabra irresistible: no vemos al hombre, vemos solo al orador, al genio que imprime en ella todos los afectos de que la suya estaba poseida. Vérres, sin embargo, solo fué condenado á resti-

tuir á los Sicilianos ménos de la mitad de lo que Ciceron habia pedido. (1) Verdad es que los intereses y los partidos ahogan los sentimientos del corazon y los gritos de la conciencia.

Concluido este célebre asunto entró Ciceron en el egercicio de su edilidad: en esta onerosa magistratura (2) supo conciliarse el favor del pueblo por una magnificencia moderada. Unido á Pompeyo, gefe entónces de la nobleza y el ciudadano mas considerable de Roma, se hizo celoso partidario de su grandeza. Entrado poco despues de dos años en la pretura, se presentó por primera vez en la tribuna de las arengas para sostener una ley presentada por el tribuno C. Manilio que confiaba á Pompeyo la guerra contra

(1) Ciceron pidió la restitucion de doce millones y quinientas mil libras: Vérres solo fué condenado á restituir cinco millones poco mas ó ménos.

(2) Siendo insuficientes los fondos destinados desde los primeros tiempos de la república para la celebracion de los juegos, debian suplir los ediles lo que faltase de su propio peculio y se arruinaban con gastos escesivos. Apio, siendo edil despojó la Grecia y el Asia de todo lo que tenian mas precioso para ornamento de estas fiestas. César quiso que el techo de un teatro edificado á su costa fuese de plata macisa. Cada uno de estos magistrados procuraba oscurecer las profusiones de su predecesor.

Mitridates: el Senado, Q. Cátulo, Hortensio y otros personages ilustres la combatieron con energía; pero la elocuencia de Ciceron obtuvo la victoria, y la ley pasó como la habia presentado el tribuno. Por este tiempo defendió varias causas: una de la mas célebres fué la del caballero romano Aulo Cluencio Avito, acusado de haber envenenado á su padre. El discurso pronunciado con este motivo fué uno de aquellos en que este ilustre orador desplegó con mayor habilidad los recursos de su talento y de su arte: Quintiliano lo cita con frecuencia para apoyar sus preceptos; y el juicioso Blair, que lo analiza detenidamente, dice que es uno de los mas variados por los hechos, de los mas correctos, de mayor fuerza en los argumentos, y de los mas ricos en detalles interesantes. Con efecto, se le puede considerar como un monumento instructivo para la historia de la jurisprudencia y de las costumbres de aquel tiempo: en él se vé cuan impotentes eran las leyes para reprimir los crímenes, y qué tráfico tan escandaloso hacian de ellas los hombres de las clases mas elevadas.

Ciceron no quiso aceptar despues de su pretura el mando de una provincia, y el hombre nuevo como le llamaban algunos por desprecio, fué elegido primer cónsul de la república, no por

escrutinio como se acostumbraba, sino por las aclamaciones unánimes del pueblo romano. Esta fué la época mas gloriosa de su vida. Con su valor prudente, con una actividad y vigilancia infatigables y con la fuerza de su palabra afirmó el ánimo de los débiles, impuso á los sedicioso, hizo renacer la confianza en todas las clases y libró á la república de los horrores que la habian amenazado. (1) Así es que bien puede perdonársele la vanidad que respiran estas palabras ¡*oh Roma afortunada nacida bajo mi consulado*! La alabanza propia que recae sobre grandes acciones es tan disculpable como ridícula, la que es hija de una presuncion miserable.

(1) En la multitud de obligaciones que le imponia su alta magistratura, con especialidad, durante la conspiracion de Catilina, que apenas le permitian algunos instantes de reposo, halló tiempo para salvar á un amigo suyo y para componer una de sus mejores oraciones. Queriendo Caton que se aplicara la ley de Ciceron contra la intriga y la corrupcion en un candidato consular, acusó á Murena general ilustre: Ciceron le defendió y supo sazonar su discurso con una burla y una ironía tan delicadas contra el estoicismo exagerado de Caton, que la asamblea le aplaudió muchas veces, y con sus frecuentes risas, hizo decir á Caton un poco picado: *Tenemos un Cónsul muy gracioso.*

Salustio, que no era virtuoso, no debia ser amigo de Ciceron: en su historia de la conjuracion de Catilina, omite con injusticia el cuarto discurso que pronunció sobre la suerte de los conspiradores presos, y copia íntegros los dos de César y de Caton que son inferiores al del cónsul: si hémos de creer á Quintiliano, la fuerte invectiva que existe contra este, se atribuye á Salustio. Ciceron podia decir con orgullo que habia salvado á Roma; sin él hubiera sucumbido á la furia del incendio y de los puñales, porque hasta el cónsul Antonio su cólega, estaba unido secretamente á los conjurados. (1)

1. ¿Tú alabarte de la conjuracion sofocada? Mas bien deberias avergonzarte de que haya sido trastornada la república bajo tu consulado. Todo lo arreglabas en tu casa con tu muger Terencia: allí decidiais segun os convenia, quien habia de ser condenado á muerte, y quien multado. Un ciudadano te edificaba tu casa, otro tu quinta de recreo de Túsculo, y otro tercero la de Pompeya: estos solos te parecian hombres de bien; los que no querian hacer otro tanto, eran miserables que te tendian lazos en el Senado, iban á asaltar tu casa y amenazaban incendiar la ciudad. A fin de probar que digo verdad pregunto ¿qué patrimonio tenias entónces? ¿qué patrimonio tienes ahora? ¿qué opulencia no has adquirido fomentando procesos? ¿con qué has conseguido tus

No se manifestó durante aquel tiempo ménos atrevido para mantener los verdaderos principios de gobierno y atacó al Tribuno Rulo, que en el proyecto de una nueva ley agraria confiaba á los comisarios un poder alarmante para la libertad. La política de Ciceron para vencerle estuvo toda en su elocuencia llena de habilidad y de talento. La ley fué desechada por el pueblo.

---

ricas casas de campo? Con la sangre y las entrañas de los ciudadanos. Tú, suplicante para con tus enemigos, insolente para con tus amigos é innoble en todos tus actos: y te atreves á decir ¡«oh Roma afortunada nacida bajo mi consulado»! Por el contrario, muy desgraciada por haber sufrido una detestable persecucion, cuando te apoderaste de los juicios y de las leyes. Y sin embargo no cesas de fastidiarnos exclámando «Cedan las armas á la toga, el laurel á la palabra.» Tú que piensas en política, de una manera en pié y sentado de otra, eres una veleta que no sabes fijarte en nada.—Quintiliano, inst. IV.—Tal es el obgeto de la cuarta Catilinaria de la cual no hace mencion Salustio por una injusta reticencia. Cátulo sobre el cual guarda el historiador el mismo silencio opinó tambien por el último suplicio. En fin Caton decidió de la mayoria por la admirable arenga que leemos en la conjuracion de Catilina, la cual contenia contra César fuertes invectivas que Plutarco refiere y Salustio disimula. J. L. Burnouf. argumento de la cuarta Catilinaria.—Tom. prim. de las obras de Ciceron. Ed. Nisard.

Mas la celebridad de su consulado, el título de Padre de la patria que habia recibido, la adoracion casi universal de que se habia hecho objeto y la multitud de enemigos que se habia atraido en los malos ciudadanos, escitaron contra él la envidia y el odio que se reunieron para perderle. Un tribuno sedicioso le impidió dar cuenta de su administracion y solo pudo pronunciar este célebre juramento repetido por todo el pueblo: *juro que hé salvado la república.* Pompeyo se habia unido á Craso y á Cesar, no solo por interes, sino porque temia el celo y el amor á la libertad de Ciceron. César tal vez por reducirlo á su dependencia le ofreció nombrarle para una comision que tenia por objeto la distribucion de algunas tierras de la república: como se negase á admitirla, le brindó con el segundo lugar en el egército de las Galias, que tambien reusó. Ofendido César con este nuevo desaire, le abandonó á todos los furores de su enemigo el turbulento Clodio, que en seguida propuso su destierro por haber quebrantado las leyes, imponiendo la pena de muerte á ciudadanos romanos sin decreto del pueblo. En vano fueron los amigos de Ciceron con todo el Senado á humillarse á los pies de los cónsules, en vano decretó el mismo Senado que todos sus miembros

y Roma entera se vistiesen de luto, sus enemigos no desistian, y Ciceron para evitar á su patria mas horrores y un nuevo trastorno, se decidió por el destierro voluntario. Despues de haber errado algun tiempo por la Italia y otras partes, comenzó á prepararse una feliz revolucion en favor suyo, y á los diez meses volvió á Roma con la misma gloria que en sus tiempos mas dichosos. El senado le esperaba á las puertas de la ciudad, y su entrada en ella fué un verdadero triunfo. La república reedificó sus casas que habian sido destruidas y le reintegró de todos los daños que habia sufrido en sus bienes.

Poco despues le nombró el senado proconsul de la Cilicia. En este cargo tuvo la suerte de conseguir algunas victorias importantes contra los Partos, y fué saludado por sus tropas con el título de *Imperator* que lisongeó su vanidad, y le hizo pretender los honores del triunfo á que se opuso Caton. César le escribió desde las Galias: «*César imperator, Ciceroni imperatori*» mas bien que para felicitarle para indisponerle contra la dureza del senador estóico: el vencedor de los Partos disimuló su descontento. Por este tiempo estalló la enemistad entre César y Pompeyo que tan desastrosa fué á la república; y Ciceron, concluido su cargo de proconsul partió para Roma.

Se lisongeaba con la esperanza de poder reunir á los dos rivales; pero el amor á la patria le hizo concebir una verdadera ilusion: á pesar de los numerosos amigos que tenia en los dos partidos, debió conocer que si la guerra era un mal espantoso, era sin embargo inevitable. Sus consejos de acomodamiento con César no fueron escuchados por Pompeyo que sin tener en cuenta el enemigo con quien iba á combatir, solo pensába en sus pasadas glorias. Retirado Ciceron á su casa de campo en Formio, se paseaba solitario por sus jardines, ocupado tristemente de los males que amenazaban á la república y del partido que seguiria; porque en cualquiera de los dos gefes que triunfase solo miraba un dictador. (1) César entre tanto marchaba hácia Roma con la celeridad del aguila; Pompeyo huyó con los cónsules y el Senado: el primero tuvo una larga entrevista al pasar por Formio con Ciceron y cuando ántes habia instado por la paz constantemente, ya la rechazaba al ver que todo de-

(1) Caton opinaba lo mismo que Ciceron cuando exclamaba: «*Si vence Pompeyo me destierro de Roma: si vence César me suicido.*

saparecia ante sus legiones vencedoras: mas no pudo inclinar á su partido al ilustre consular y se separaron descontentos el uno del otro. Desde entónces solo pensó Ciceron en reunirse con Pompeyo, apesar de haberle escrito César que abrigaba todavía la esperanza de atraerle á su partido. Mas él, aunque conocia su superioridad, creyó hacer este sacrificio á su honor y se decidió á marchar al campo de Pompeyo: *mas quiero* dijo *ser vencido con él, que vencedor con César.* Sin embargo dejó entrever imprudentemente al egército la desconfianza que tenia de la victoria: sus sarcasmos ingeniosos ofendieron á Pompeyo hasta el punto de decirle. *Vete con César y en su campo aprenderás á temerme.*

Ciceron hacia mal: decidióse tarde en favor de Pompeyo y tal vez se arrepintió de haberlo hecho; no admitió con Caton el mando de las legiones que debian pelear en África contra César y se arrepintió tambien. El valor irreflexivo raya en temeridad y la demasiada prudencia suele confundirse con la cobardia: esto último sucedió á Ciceron. El previa grandes crímenes contra la república en el triunfo de cualquiera de los dos partidos, y su alma virtuosa vagó irresoluta entre las dos armadas que iban á desgarrar el co-

razon de la patria. Pudo equivocarse en su conducta, pero sus intenciones eran buenas.

Separado del egército y lleno su corazon de amargura y de temores, volvió á la Italia renunciando á toda esperanza de libertad. Allí, reducido á la vida privada, solo se ocupó de la literatura y la filosofía hasta que la generosidad de César perdonando á Marcelo hizo romper su silencio y pronunció la famosa improvisacion de que yá hemos hablado, y que contiene, como dice M. Villamain, tantas lecciones como elogios.

CAPÍTULO DÉCIMO SEPTIMO.

RESÚMEN.

Análisis de la oracion en defensa de Q. Ligario.—Disgustos de Ciceron.—Muerte de César.—Conducta de Ciceron despues de ella: por qué se adhirió á Octavio.—Muerte de Ciceron: juicio de Plutarco acerca de su muerte y la de Demóstenes.—Doctrina de Platon y de Ciceron sobre el suicidio.—Carácter de Ciceron: su mérito como escritor y como orador.—Opinion de Quintiliano y de Fenelon sobre él y Demostenes: juicio del autor.—Decadencia de la oratoria en Roma: causas de esta decadencia.

Poco tiempo despues defendió Ciceron á Ligario.—Con el perdon de Marcelo concibieron tambien esperanzas los hermanos de Q. Ligario, enemigo de César, que habia sido hecho prisionero en Ádrumeto, pocos dias despues de la batalla de Tapso. El dictador, clemente siempre con los partidarios de Pompeyo

que habian peleado en Farsalia, estaba resentido profundamente de los que se habian unido á Metelo Scipion, á Varo y á Juba, rey de Mauritania para hacerle la guerra en África: Ligario era uno de ellos. Despues de la batalla de Tapso le perdonó la vida, con la condicion de no volver jamas á Roma. Sin embargo, los ruegos de sns hermanos, de Ciceron y de otros senadores habian obtenido una respuesta sino decisiva, que les dejaba concebir al ménos alguna esperanza. Tal era el estado de este asunto, cuando Tuberón, enemigo personal de Ligario, le acusó de haber guerreado contra el dictador en África, denunciándole al propio tiempo como muy obstinado en la prosecucion de esta guerra. Variado César con estas prevenciones animó secretamente al acusador y decidió que se veria la causa en el forum, reservándola á su fallo. Ciceron defendió á Ligario y su elocuencia arrancó al dictador la gracia del enemigo que mas odiaba: el discurso obtuvo tanta celebridad que se publicó y circuló al instante por todas partes y hasta el mismo César quiso conservar una copia.

El orador no niega la falta que se le imputa á Ligario; la confiesa desde luego y su confesion es el principal medio de su defensa, en

la cual aniquila á Tuberón que habia peleado contra César.

Oigámosle. «Tienes ya, Tuberón, lo que mas puede apetecer un acusador; la confesion del acusado. Mas de esa confesion aparece que siguió el partido que tú mismo, y el que habia abrazado tu padre, varon digno de grandes elogios. Así pues, forzoso es que os confeseis uno y otro culpables del mismo delito, ántes de acusar á Ligario».

Despues habla de la clemencia de César: manifiesta que apesar de haber sido tambien su enemigo le permitió que conservára sus haces coronados de laureles, y todos sus honores: todo esto expresado con tanta dignidad, de una manera tan delicada, que lisongeando el alma generosa del dictador, no rebaja en nada el carácter elevado del consular. Puede decirse que esta manifestacion, hija del mas puro reconocimiento, salvaba casi de todo punto á Ligario que habia obrado en contra de César poco mas que Ciceron. Pero á este no le bastó comprometerle para que otorgase el perdon á Ligario recordándole el suyo; quiso humillar al acusador y hacer mas clara la monstruosidad de la acusacion, al presentarle armado contra César en los campos de Farsalia.

«Ya vez Tuberón que no habiendo temido de-

nunciarme á mí propio, bien podia hacer sin recelo la misma confesion respecto á Ligario. Hé hablado de mí de esta manera para que no extrañes que de tí diga lo mismo: porque yo me intereso en tu laboriosidad y en tus adelantos, ya por los vínculos de familia que nos unen, ya porque me encantan tu talento y tu gusto por las letras y ya en fin porque no puede serme indiferente la gloria de un jóven pariente mio. (1)

«Mas yo pregunto ahora: ¿quién imputa á Ligario como un crímen el haber estado en África. Un hombre que quiso entrar en ella para pelear contra César, y se queja de que se lo impidió Ligario. ¿Qué hacias, Tuberón, con la espada en la mano en los campos de Farsalia? ¿qué sangre querias derramar? ¿en qué pecho pretendias clavar tus armas? ¿cuál era tu pensamiento? ¿tus ojos y tus manos, qué enemigo perseguian con aquel ardor? ¿qué deseabas? ¿qué ansiabas? Veo que pregunto demasiado, y este jóven se turba. Recobraré mi tranquilidad: tambien llevé yo allí las armas con el mismo objeto.

«Qué otra cosa pretendimos sino el poder que hoy tiene el vencedor? ¿Y qué, César, aquellos

(1) Tuberón se habia casado con una parienta de Ciceron.

que deben su impunidad á tu clemencia, te escitarán ahora á las crueldades? ¡Ah Tuberón! no reconozco tu prudencia y mucho ménos la de tu padre en esta causa. Me admiro que un hombre tan distinguido por su espíritu y sus conocimientos no haya tenido presente las consecuencias de esta acusacion; si las hubieses pensado otra seria tu conducta. Tú procuras convencer á un hombre que lo confiesa todo: mas aun, acusas á un hombre ménos culpable que tú, y que no há hecho mas que seguir tu mismo partido.

. . . . . .

Pero me contestarás, tal vez: yo no pido la muerte de Ligario. Lo creo, por mi vida, Tuberón; te conozco bien; conozco á tu padre, conozco á tu familia: sé que en todo tiempo fueron sentimientos hereditarios en tu casa la humanidad, el amor á la virtud, y el gusto por las letras y las artes. Estoi convencido de que no deseas que se derrame la sangre de Ligario; pero tu conducta es poco reflexiva, porque haces ver que la pena que Ligario está sufriendo no es bastante. ¿Despues de ella, hay otra que la muerte? ¿Si está desterrado, qué mas deseas? ¿que no se le perdone jamás? Pero esa pretension es aun mas cruel y mas bárbara. ¿La gracia que hémos solicitado en el palacio del César con ruegos y lágri-

mas, prosternados á sus plantas, confiando mas en su humanidad que en la justicia de nuestra causa, harás con tus esfuerzos que nos sea negada? ¿Ahogarás nuestros sollozos? ¿cuando abrazemos sus rodillas nos prohibirás que elevemos nuestra voz suplicante?

«Si cuando rogamos á César en su palacio (y yo me atrevo á asegurar que no le hémos suplicado en vano), te hubieses presentado de repente clamando; César no haya perdon, no haya piedad para estos hermanos que te ruegan por su hermano; seria una accion bárbara. ¡Cuánto mas odioso no será venir delante del tribunal para oponerte á una gracia que hémos solicitado de César, cerrando á tantos desgraciados el asilo de su clemencia!

»Diré francamente lo que pienso C. César. Si tu elevada fortuna no estubiese acompañada de esa dulzura de carácter que te es propia, sí, que á tí solo pertenece; un duelo espantoso hubiera empañado el brillo de tu victoria. Puesto que entre los vencidos hay hombres que te aconsejan la crueldad ¿qué no te aconsejarían los vencedores? ¿Cuantos obstáculos pondrian estos últimos implacables en su cólera á tu clemencia, cuando los que han esperimentado tus bondades pretenden que seas inhumano»?

Al concluir la lectura de estas palabras nos parece que oimos el fallo de César absolviendo á Ligario. Las razones presentadas por Ciceron en favor suyo son tan claras y poderosas que no dejan duda alguna del triunfo. ¡Mas cuanto artificio y talento há empleado para destruir la acusacion de Tuberón sin hacerle odioso! ¡Qué conocimiento tan profundo del corazon humano en la brillante apóstrofe que le dirige al presentarle obrando contra César en Farsalia! Su turbacion es una muestra terminante de su arrepentimiento y ese arrepentimiento prueba la injusticia de su causa. Bien lo conoció así Ciceron que compadecido sin duda de su vergüenza y del desconcierto que mostró al escucharle, procuró tranquilizarlo por una salida tan hábil como ingeniosa.

Todavía encuentra en su fecundidad inagotable mas argumentos sobre este punto que era el capítulo principal de la acusacion: su lógica es cada vez mas sólida, y su elocuencia mas fuerte é irresistible.

«Ya ves, César, cuanto atrevimiento y aun audacia me inspira tu generosidad. Si Tuberón contesta que su padre te hubiera entregado la provincia que el Senado y la suerte le confiaron, no titubearé en condenar en tu misma presencia del modo mas severo un proyecto, cuya

ejecucion habria servido á tus intereses: pero aprovechándote de su traicion hubieras despreciado al traidor. No insisto mas en esto: no porque tema ofender tus oidos indulgentes; sino porque deseo que no se atribuya á Tuberón una intencion que jamás há tenido. Él iba al África, que de todas las provincias era la mas encarnizada contra el partido que hoy está triunfante, donde los ciudadanos romanos eran temibles por su fuerza y su número. ¿Qué ibas á hacer allí Tuberón? Mas por qué preguntarlo cuando vemos lo que hiciste.

«Se os prohibió á tí y á tu padre entrar en vuestra provincia y se os prohibió como tú lo hás referido de una manera ultrajante. ¿Como habeis soportado esta injuria? ¿á quien llevasteis vuestras quejas? á aquel cuyas banderas seguiais. Si hubieseis ido al África para servir á César, rechazados de allí debiais haberos retirado á su campamento: pero fuisteis á reuniros con Pompeyo. ¿Y cómo te atreves á acusar á Ligario, cuando os impidió hacer la guerra contra César? Alabaos, aun á costa de la verdad, de que sin la oposicion de Varo y algunos otros habriais entregado la provincia á César. Yo confesaré la culpa de Ligario por haberos arrebatado la ocasion de alcanzar una gloria tan brillante.»

Ciceron continua estrechando á su adversario hasta dejarlo sin réplica y confundido. La peroracion es una bellísima deprecacion dirigida á César, en la que brillan la gala del lenguage y los sentimientos mas puros.

«Conservando á Ligario llenarás de alegria á un gran número de tus amigos: pero no escuches aquí mas razones que las que siempre escuchó tu corazon generoso. Puedo ofrecer á tu consideracion los Sabinos, cuyo valor há merecido tu afecto; puedo presentarte toda su provincia, la flor de la Italia, el mas firme apoyo de la república. Todos te son perfectamente conocidos. Advierte su dolor y su tristeza. Sé cuánto estimás á T. Brocho y á su hijo: mira sus lágrimas y afliccion. ¿Hablaré de los hermanos de Ligario? ¡Ah Cesar! No pienses que se trata del bien de un hombre solo. Vas á conservar los tres Ligarios ó á desterrar á los tres de Roma. El destierro cualquiera que sea, les será preferible á la patria, á sus hogares, á sus dioses penates, si uno de ellos queda desterrado. Son hermanos sensibles y estan penetrados de dolor: que sus lágrimas, que la ternura fraternal, que los piadosos acentos de la naturaleza te conmuevan. Que se cumplan aquella palabras que salieron de la boca del vencedor. *Mis adversarios*

décias tú *declaran enemigo suyo á cualquiera que no está con ellos; y yo tengo por amigos á todos los que no se declaran en contra mia.* Vé á estos ilustres ciudadanos, la familia entera de los Brochos, á L. Marcio, á C. Casetio, á L. Corfidio, á estos caballeros vestidos de luto, á quienes no solo conoces, sino que estimas por su fidelidad á tu causa. Nosotros nos irritábamos contra ellos; les vituperábamos su ausencia y algunos de nosotros les amenazaban. Conserva á tus amigos el amigo que te piden: muestra que César no ha ofrecido nunca nada en vano.

«Si pudieras conocer, tal cual es, la union que reina entre los Ligarios, juzgarias que todos te han sido fieles. ¿Quién puede dudar que si Ligario se hallára en la Italia hubiera abrazado y seguido la causa de sus hermanos? ¿Hay un hombre que ignore esa conformidad de principios, esa unidad de sentimientos en unos caracteres tan iguales? ¿Uno siquiera que no tenga la conviccion de que todo hubiera sido posible escepto el verlos divididos en interéses y en opiniones? Todos eran tus amigos de corazon; uno solo fué apartado por la tempestad; mas aunque lo hubiera hecho voluntariamente, se parecería en eso á otros muchos que han hallado su absolucion en tu clemencia.»

Hémos visto que aquí no hay parte jurídica. Ciceron principia confesando el crímen de que se habia acusado á su cliente, y desde luego conocemos que no ha de haber interpretacion de leyes, ni negacion de hechos ni otras explicaciones que, si bien prueban la habilidad y el talento del abogado, son la parte mas árida y mas larga del discurso. El asunto no podia ser mas brillante ni mas ventajoso para el antiguo Cónsul. Á la verdad, la conducta de Tuberón es inconcevible. Acusa á Ligario de haber llevado las armas contra César, y se halló él en Farsalia combatiendo por Pompeyo: le imputa como un crímen haber estado en África, y él mismo pretendió desembarcar allí con su padre para hacer la guerra á César en nombre del Senado. La acusacion, pues, se convierte en contra del acusador y Ciceron aprovecha todas estas circunstancias de un modo inmejorable. Un orador regular solo hubiera hallado una razon poderosa, y nada mas, para defender á Ligario: Ciceron insistiendo sobre el punto principal de la acusacion, se vale de giros y de argumentos tan ingeniosos, que la razon queda completamente satisfecha y el espíritu conmovido de la manera mas agradable. Esta sencilla oracion que fué reputada por sus amigos como una de las mas bellas flores de la

corona de su elocuencia, es tambien la que mas claramente descubre sus sentimientos generosos y su tolerancia en materias políticas. César conmovido y cambiando de color dejó escapar los papeles que tenia en la mano al escucharla; y César era juez tan competente que, como dice Quintiliano, hubiera sido el único rival de Ciceron á no haber abandonado el forum por los campos de batalla. (1)

Aunque el dictador perdonó á Ligario, no se engañaba considerándole como un enemigo implacable: su triste fin le hizo conocer aunque tarde la verdad. (2) Apenas habia comenzado á

(1) C. César, si foro, tantum vacasset, non alius ex nostris contra Ciceronem nominaretur. Tanta in eo vis est, id acumen, ea concitatio, ut illum eodem animo dixisse quo bellavit, appareat Quint X, 1.—César en su juventud defendió en el foro muchas causas y á los veinte y un años acusó á Dolabela que habia sido cónsul y obtenido el triunfo.

(2) Llegado Ligario á Roma trabó relaciones íntimas con Bruto que era uno de los agentes principales de la conspiracion contra César. Ligario cayó enfermo al tiempo de la ejecucion del proyecto. Bruto le visitó y deploró tan funesto contratiempo; pero Ligario se levantó sobre el lecho y tomándole la mano le dijo: ***Habla, Bru-***

gozar Ciceron de los nuevos triunfos de su elocuencia, cuando el destino le trajo disgustos muchos mas graves con la muerte de su querida hija Tulia. Para aliviar algun tanto los pesares que amargaban su existencia escribió el tratado de *Consolatione* y se alejó de los negocios y del bullicio, entregándose en la soledad al estudio de las letras. En este tiempo escribió las cuestiones *Tusculanas*, el tratado de las leyes, su *Hortensio* para honrar la memoria de su ilustre amigo muerto cinco años ántes, los libros *Académicos* y *el elogio fúnebre de Porcia* hermana de Caton. Vuelto á Roma pereció por este tiempo César en el Senado. Ciceron le vió con alegria recibir los golpes mortales, aunque ni tuvo parte alguna en la conspiracion ni en aquel terrible acontecimiento. Algunos reprobarán esa alegria que revela ingratitud á su bienhechor; pero él amaba la libertad y la república sobre todo, y juzgaba que ámbas renacerian con la falta de César, por mas que en realidad hubiesen muerto para siempre.

---

to, si tienes que proponerme alguna accion digna de tí, estoi bueno. Correspondió á la confianza de Bruto y fué uno de los asesinos de César.—Appiano. Guerras civiles II, 115.

En esta época, que volvió á resucitar sus inquietudes y disgustos, escribió el tratado de *Natura Deorum* dedicado á Bruto; el de la vejez, y el de la amistad dedicados á Atico. Retirado á una casa de campo cerca de Nápoles principió para instruccion de su hijo el bellísimo tratado de los *Deberes*, uno de las *virtudes* y acabó el de la *Gloria* que se conservaba en el siglo 14 (1). Trasladado á Regio se le manifestó por algunos amigos que su presencia en Roma sería muy conveniente segun el estado que tenian los negocios políticos: Atico era de la misma opinion, y desde entónces no titubeó en decidirse. Cuando llegó á Roma la noticia de su vuelta, salió tanta gente á su encuentro, que empleó cerca de un dia en trasladarse desde las puertas de la ciudad á su casa. A este tiempo pertenecen sus famosas filípicas que son el último monumento de su elocuencia y de su patriotismo. La segunda que es la mas violenta y la mas perfecta de todas no la olvidó jamás M. An-

(1) Petrarca poseia el único manuscrito conocido: lo prestó á un anciano que habia sido su preceptor en otro tiempo, el cual estaba tan pobre que le fué forzoso darlo en prenda de una cantidad que habia pedido en un momento de apuro.

tonio, y fué la principal causa de su muerte. En esta ocasion se mostró enérgico y tan sabio como debia esperarse de un orador eminente y de un gran hombre de estado. Con su conducta infundió valor al Senado á quien inspiró todas las resoluciones vigorosas que se adoptaron contra Antonio. Si se adhirió á Octavio, no fué porque le engañase su afectada moderacion: la culpa no está en su credulidad sino en el estado triste de la república que no podia salvarse de un dictador sin entregarse en los brazos de otro: Ciceron, pues, tenia necesidad de escoger entre los dos triunviros; uno de ellos habia de dominar el mundo y Octavio era el ménos temible.

Cuando vió que no habia ya esperanza de libertad, se retiró á su casa de campo en Túsculo con su hermano y su sobrino: entónces supo que su nombre estaba en la lista de los proscriptos, y marchó al instante á su posesion de Astur cercana al mar, donde halló un vagel y logró embarcarse; pero los vientos contrarios le hicieron tomar tierra en Circeci. Allí pasó la noche en una angustiosa perplejidad, deliberando si buscaría asilo en el egército de Bruto, de Casio ó de Sexto Pompeyo. En fin, cansado de la vida resolvió morir en la patria que habia salvado,

dándose muerte (segun Plutarco) en la misma casa de Octavio, para hacer que su sangre cayera sobre la cabeza de este pérfido. Obligado sin embargo por las instancias de sus servidores, se embarcó segunda vez, y saltó en tierra para descansar en su casa de campo en Formio, situada cerca de la costa. Despues de algunas horas de sueño le colocaron sus esclavos en una litera que procuraron conducir rápidamente á la embarcacion por caminos estraños, para no ser descubiertos por los soldados de aquellas cercanías: pero muy pronto les percibieron los que venian tras sus huellas. Ciceron leia en aquellos momentos la Medea de Eurípides: sus esclavos le rodearon resueltos á hacer resistencia para salvarle la vida; él lo prohibió y saliendo de la litera presentó su cabeza al tribuno Popilio gefe de aquellos asesinos á quien en otro tiempo habia salvado de una acusacion de parricida. Los soldados le cortaron la cabeza y las manos, y volvieron á Roma con tan odioso trofeo. (1) Popilio halló á M. Antonio en el forum rodeado de sus guardias; mostróle su presa, y recibió en premio una corona de oro y una suma considerable. El triunviro ordenó

(1) Murió Ciceron á la edad de sesenta y cuatro años.

que la cabeza fuese clavada entre las dos manos en la tribuna de las arengas desde donde habia hecho oir su voz elocuente y bienhechora. (1)

Plutarco dice que hubo mas firmeza en los últimos momentos del orador ateniense que en los de Ciceron. Cuando aquel es sorprendido por los satélites de Antipatro se envenena sin manifestar debilidad alguna: sus palabras irónicas á Arquias que le aseguraba la vida á nombre de su Rey, prueban con evidencia la tranquilidad de su alma en aquella triste escena. Ciceron detenido por los asesinos, impide á sus esclavos que le defiendan y presenta su cabeza. Plutarco juzga que un gran hombre no debia entregarse á sus verdugos sino muerto, y esos eran los egemplos que la historia presentaba á Ciceron. En la religion gentílica era sin duda mas noble y mas heróico; pero nos parece ver una especie de an-

(1) Antes de egecutarse la órden, mandó la cabeza á Fulvia su esposa, que no tenia de su sexo mas que el cuerpo: arengaba á los soldados, tenia consejo con los gefes, y añadió á la lista de proscripcion nombres desconocidos para su marido. Apoderada de ella la colocó sobre sus rodillas, vomitó contra ella atroces injurias, la escupió, y sacándole la lengua la atravesó muchas veces con la aguja de oro que llevaba en sus cabellos.

ticipacion al evangelio que ya estaba cerca en la conducta del orador romano. Esa humildad, esa resignacion la rechazaban las antiguas creencias; mas no es estraño que el hombre que había concebido la espiritualidad del alma con la perfeccion de un cristiano (1) pudiera vislumbrar tambien que aun bajo el hacha del verdugo no le pertenecia la vida. (2)

El que prefiera la superioridad del talento á una gran fuerza de alma será poco severo con Ciceron: verá en él ademas un buen ciudadano y un

(1) In ánimi autem cognitione dubitare non possumus, nisi plane in physicis plumbei sumus, quin nihil sit animis admixtum, nihil copulatum, nihil coagmentatum, nihil duplex: quod cum ita sit, certe nec secerni, nec dividi, nec distrahí potest: nec interire igitur. Tusc. lib. 1 cap. 29.

(2) Platon condena el suicidio en su Fedon:» El hombre cuerdo, dice jamás debe matarse.... Los dioses velan por nosotros y formamos parte de su propiedad. Si un esclavo nuestro se diera muerte ¿no juzgariais que habia hecho mal? ¿no le castigariais si estuviera en vuestra mano?» Ciceron en su primer libro de las Tusculanas dice: «Dios que domina sobre nosotros, nos prohibe salir de aquí abajo sin su precepto»..... En uno y otro se vislumbra la doctrina evangélica.

hombre virtuoso cuyo corazon se abria fácilmente á los sentimientos mas puros y generosos. Si nos disgustan alguna vez la dibilidad de su carácter y su vanidad, hija quizá de su amor á la gloria, le admiramos siempre como escritor, y nos vemos forzados á amarle por sus máximas llenas de sabiduría, de urbanidad y de filosofía prácticas. Sus consejos son un modelo de gravedad y de dulzura, y abrazan todas las cualidades que deben adornar al hombre público y social. Su diccion rica y suave, y su armonia encantadora despojan su moral de la severidad propia de este género. Tanta cualidad estimable, unida á la variedad y número de sus obras le hán dado como escritor el primer lugar en el mundo: su fama esclarecida há atravesado sin nube alguna que la oscurezca todas las generaciones.

En sus arengas se encuentran la lógica, la fuerza en el razonamiento, la vivacidad en los sentimientos, gran movilidad en las pasiones, una ironía irresistible, y todas las bellezas que constituyen el estilo perfecto y seductor. ¿Le aventajará sin embargo Demóstenes? Muchos escritores notables se han ocupado de esta materia.

Quintiliano que dá la preferencia al orador

latino dice «...Observaré solamente que la mayor parte de las cualidades del orador las poseen los dos en el mismo grado: la sabiduría, el método, el órden de las divisiones, el arte de la preparacion, la division de las pruebas; en fin, todo lo que se llama invencion. En el estilo hay alguna diferencia. El uno ataca mas de cerca á su adversario, el otro toma mas campo para combatir. El uno se sirve siempre de la punta de sus armas, el otro hace sentir tambien su peso con frecuencia. Nada se le puede quitar al uno; nada añadir al otro. Hay mas trabajo en Demóstenes, mas naturalidad en Ciceron. Este le aventaja por el ridículo y el patético, dos grandes resortes del arte oratoria. Se dirá tal vez que las costumbres y las leyes de Aténas no permitian al orador griego las hermosas peroraciones que al nuestro; pero tambien la lengua ática le daba ventajas y bellezas que no tiene la nuestra. De ambos tenemos cartas y no puede formarse comparacion entre ellas. Por otra parte Demóstenes, tiene la ventaja de haber vivido primero, y de formar en gran parte á Ciceron. Este procuró imitar á los griegos, y reunió la fuerza de Demóstenes, la abundancia de Platon y la dulzura de Isócrates. Pero no es el estudio el que le há dado las cualidades que se notan en cada uno de

ellos: las ha sacado de sí mismo y de su genio dichoso nacído para reunir esas perfecciones. Se diria que há sido formado por una disposicion particular de la divinidad, que quiso dar á conocer á los hombres hasta donde podia llegar la elocuencia. En efecto, ¿quien sabe presentar mejor la verdad? ¿quién mover mas poderosamente las pasiones? ¿qué escritor tuvo nunca tanta mágia? Lo que arranca por la fuerza parece que lo obtiene por la voluntad; y cuando nos arrastra con violencia juzgamos seguirlo voluntariamente. En todo lo que dice hay una razon tan poderosa que dá vergüenza no ser de su opinion». (1) Tambien la Harpe le juzga superior á Demóstenes.

No opinaba de la misma manera Tácito; que aunque le supone grandes cualidades, exagera mucho sus defectos. (2) Pero las faltas de un escritor no deben servir de regla para juzgar sus perfecciones: por el contrario, cuando son tan pequeñas como en Ciceron, comparadas con sus innumerables bellezas, mas bien sirven para darles realce que para oscurecerlas. Fenelon dá la preferencia á Demóstenes, sin ser injusto como Tácito.» No te-

(1) Quint. Inst. orat. X. I.

(2) De causis corruptae eloquentiæ, atribuido á Tácito.

mo afirmar, dice, que Demóstènes me parece superior á Ciceron. Protesto que nadie le admira mas que yó. Embellece todo lo que trata, dá honor á la palabra que en él vale mas que en ningun otro. Tiene todos los talentos; es conciso y vehemente siempre que quiere serlo, como contra Catilina, contra Vérres y contra Antonio. Pero noto algun ornato en sus discursos. El arte es maravilloso, pero se advierte. Pensando el orador en la salud de la república, no se olvida ni se deja olvidar. Demóstenes parece salir de sí mismo y no ver mas que la patria. No busca la belleza, pero la encuentra sin pensar en ella: se sirve de la palabra como un hombre modesto de su vestido para cubrirse. Truena, lanza, rayos, es un torrente que lo arrastra todo. No se le puede criticar, porque sobrecoge. Se piensa en las cosas que dice, pero no en sus palabras. Se le pierde de vista y solo podemos ocuparnos de Filipo que lo invade todo. Me encanto con estos dos oradores; mas confieso qne me agrada ménos el arte infinito de la magnífica elocuencia de Ciceron que la sencillez rápida de Demóstenes. (1)

(1) Epist. á la acad. Francesa.

Nosotros juzgamos que los dos oradores obtuvieron de la naturaleza la misma superioridad de talento y el mismo genio para la elocuencia: que sus estudios en este género, eran igualmente profundos y perfectos, y su lógica igualmente poderosa. Mas las sociedades en que vivieron y las ideas eran diversas. Demóstenes que hablaba ante un pueblo apasionado, ligero y versátil, necesitaba valerse con mas frecuencia del patético, para que sus raciocinios causasen mayor impresion.

Filipo amenazaba á Aténas, y el orador amante verdadero de la libertad de su patria debia salvarla de tanto peligro. Para ello no le bastaba convencer al pueblo; era necesario que le conmoviese profundamente, que excitase su entusiasmo y su antiguo heroismo. Así solo podia sacarle de tan criminal letargo, y hacerle que tomara las armas contra el conquistador. De aquí esa rapidez enérgica en los argumentos, que encadenan el alma, no dándole tiempo para pensar de otra manera: de aquí, su concision en la palabra para no distraer á su auditorio ni un solo momento, del asunto que trataba; de aquí en fin, esa vehemencia admirable que á manera de un rio impetuoso todo lo arrebata. Aquellas asambleas populares de Até-

nas inquietas y tumultuosas, como las olas del mar cuando se irrita, permanecian mudas, con el aliento recogido, siguiendo al orador en sus argumentos y pasiones, escuchando con calma ó con agitacion profunda, segun al mismo convenía, y no interrumpiendo su silencio mas que para aplaudirle con un entusiasmo frenético. Demóstenes dominaba en ellas, como segun la mitologia Neptuno en los mares: no necesitaba guardar consideraciones y aun algunas veces las reprendia: bastábale hablar, y en aquellos instantes no tenia su poder límites, era un semidios para los atenienses.

Ciceron, por el contrario, hablaba ante el Senado compuesto de una aristocracia susceptible y orgullosa, que le miraba al principio con desvío porque no contaba en su familia ilustres ascendientes. Allí se reunian los mas nobles de la republica, los mas notables en las letras y las armas y los mas ricos y poderosos. Y estos hombres acostumbrados á todos los placeres del espíritu y del cuerpo querian la perfeccion en la estructura del discurso y que deleitasen sus oidos con la armonia de una elocucion elegante y encantadora. Forzoso era ademas que á la suavidad de los periodos y al artificio en el conjunto reuniese el orador las consideraciones y el res-

petos debido á una asamblea tan circunspecta como sabia. La libertad de Demóstenes no se hubiera tolerado jamás en el Senado romano. (1) Tampoco podia hacerse allí el mismo uso de las pasiones. El saber, la intervencion en los negocios públicos, el conocimiento práctico del mundo y la disipacion, disminuyen la fantasía y aun la sensibilidad, y suelen impedir en el hombre, con el egoismo que ordinariamente engendran, el acceso á las pasiones. Solo en momentos de agitacion y de peligro, cuando el terror ú otras causas dominan los ánimos, porque entónces son iguales todos los hombres, ó cuando el orador mismo está conmovido por algun afecto vehemente, puede apelarse al patético con seguridad de buen resultado. Así lo conoció Ciceron al hablar contra Catilina, contra Vérres en la oracion de los suplicios y contra M. Antonio. El pueblo romano era ademas opuesto en carácter al de Aténas; no tenia tampoco á sus puertas un conquistador que amenazase su nacionalidad y sus instituciones; era por el contrario muy celoso de su gloria, era el dominador del mundo. Los ne-

(1) Tal vez por haber sido Caton demasiado libre y sincero en el Senado no ascendió nunca á la dignidad de cónsul.

gocios que ordinariamente se ventilaban ante su jurisdiccion, siendo de interes particular ó pertenecientes á la administracion pública, exigian mas bien la templanza en la discusion que el calor y la fuerza que prestan las pasiones al raciocinio. Cuando esto no sucedia, tambien Ciceron es rápido y conciso y truena y lanza rayos como Demóstenes. Si alguna vez abusa de su extremada facilidad que lo lleva hasta la redundancia, tambien Demóstenes suele rayar en oscuro por su demasiada concision. Pero en cambio es el romano tan variado en sus medios, tan natural, tan elegante y armonioso, que aun en esos mismos defectos no acertariamos con la palabra que debiera suprimirse. En fin, si hubiese nacido en Aténas habria sido lo que Demóstenes, y este lo que Ciceron si hubiera tenido que dirigirse al Senado y al pueblo de Roma. Ambos son el último suspiro de una libertad expirante: pero las causas mencionadas dieron mas vigor y fuego á la elocuencia parlamentaria de Demóstenes. Sus arengas serian de mayor efecto en las asambleas modernas.

Así como en Aténas se eclipsó el astro de la elocuencia, despues de su muerte, lo mismo aconteció en Roma despues de Ciceron: siempre sigue á la perfeccion la decadencia: pero el

astro no se oculta sin dejar algunos reflejos de su lumbre. Quintiliano, los dos Plinios y Tácito, cierran el periodo brillante de la elocuencia romana, y pueden considerarse como los reflejos de la luz purísima derramada por Ciceron. Verdad es que distan mucho del modelo; pero tampoco tuvieron como él móviles tan poderosos. Con el establecimiento del imperio habia cesado la lucha constante entre el pueblo y el Senado: este habia enmudecido, ó se limitaba á la adulacion y á la bajeza: no existian ya las grandes facciones que se disputaban el mando en tiempo de la república, ni aquellas enemistades hereditarias entre las familias poderosas; la tribuna de las arengas estaba desierta; los tribunales habian perdido su importancia desde que el juez era uno solo y no pertenecian á ellos mas que los negocios privados.—La elocuencia acabó de viciarse, cuando á estas circunstancias se unió el mal método empleado en las escuelas, donde se daba importancia á los falsos adornos, y á la afectacion del estilo, olvidando la verdadera solidez y la lógica en el razonamiento.

Por el contrario, un estado libre es el verdadero recinto de la elocuencia, es el campo donde aparece mas perfecta y mas

lozana: los ataques, los peligros, las violencias y los intereses políticos la sostienen; y cuando falta ese movimiento, esa vida, esa escitacion continúa de las pasiones, perece marchitada. Tal es la condicion del genio: solo le anima el sentimiento, solo el entusiasmo le eleva al sublime. Mas si la agitacion y las pasiones son el principal resorte de la elocuencia, tambien sirve para encadenarlas: su gloria va unida siempre al triunfo de la verdad y de la justicia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Desde la página 198 en que principia la historia de la elocuencia, debió ponerse en el epígrafe parte crítica, lo cual no se verificó por un olvido involuntario.

ÍNDICE.

PARTE FILOSÓFICA

Pág.

Capítulo I. Definicion de la literatura: necesidad de su estudio.—La poesía.—La historia: ventajas de ella. La filosofía: beneficios que han hecho á la Religion Cristiana Platon y Aristóteles.—Estudios de los Santos Padres sobre esta materia. La elocuencia: influencia de esta en los juicios y deliberaciones de los hombres. El aislamiento de los sabios es perjudicial al progreso de la literatura.—Tambien le es perjudicial la publicacion de las obras en lenguas poco conocidas. 1

Capítulo II. El estudio de los escritores no debe ser desordenado; ni puede juzgarse con acierto de su mérito sin el auxilio de las reglas.—En qué consisten las reglas.—Las reglas son principios fundados en la naturaleza de las cosas de donde emanan.—Cuando se desprecian las reglas, desaparece el buen gusto.—Causas de la corrupcion del buen gusto en la literatura española en el siglo 17.—Góngora.—Juicio de este poeta ántes y despues de ser culterano. 13

Capítulo III. Division de la literatura en filosófica, preceptiva é histórico-crítica.—Estética.—Dos sistemas opuestos en esta materia, el de la *realidad* y el del *idealismo*.—Razones que dan los sectarios del uno y del otro.—Ambos sistemas considerados absolutamente son falsos; pruebas de esta opinion.—En qué consiste la imitacion: opiniones acerca de ella.—Juicio erróneo de Blair sobre la imitacion.—El verdadero sistema es elevarnos del conocimiento de la belleza material á la ideal.—Esta operacion se verifica por medio de dos abstracciones: una es *mediata* y la otra *inmediata*.—Cómo esplica Platon esta teoría: egemplos que la esclarecen. 23

Capítulo IV. El estudio de lo bello debe hacerse de dos maneras: en los objetos y en el alma humana.

Pág.

—Debe comenzarse por los objetos.—Exposicion de esta doctrina.—Lo bello no es todo lo que produce una sensacion agradable, ni tampoco las cosas mas agradables son las mas bellas.—La belleza despierta, sin embargo, en nosotros un sentimiento agradable de la misma naturaleza que el placer producido por el descubrimiento de la verdad.—Graves males que resultarian de admitir la sensacion de lo agradable como fundamento de la belleza. Otro argumento en contra de esta doctrina errónea.—En qué consiste la belleza por las ideas y sentimientos que despierta en nuestra alma. —Diferentes opiniones sobre este punto.—Ninguna es verdadera.—La verdadera belleza consiste en la variedad y en la unidad juntas de una manera armónica. 41

Capítulo V. Hay tres clases de belleza: física, intelectual y moral.—En todas ellas existen unos mismos caracteres esenciales, esto es, la variedad y la unidad.—Tambien rije el mismo principio en el sublime.—Las tres clases de belleza mencionadas tienen un vínculo comun: este vínculo es la belleza moral. . 54

Capítulo VI. Definicion de la belleza y del sublime.—No podemos juzgar y sentir la belleza sin la imaginacion.—Definicion de la imaginacion.—Definicion del entusiasmo y de la inspiracion.—La imaginacion no es el sentimiento, pero este es sin duda alguna el orígen de sus inspiraciones.—El gusto es la mezcla del juicio, el sentimiento y la imaginacion: sin estas cualidades es imposible juzgar con acierto las obras del genio.—Hermosilla como crítico.—Boileau como poeta y como crítico.—Sus errores en los juicios del evangelio y del teatro español.—Diversas opiniones sobre la teoría del gusto.—Ciceron, Quintiliano, Batteux, Reynoso.—El genio: acepciones de esta palabra: no debe confundirse con el ingenio: cualidad del genio. 74

Capítulo VII. Las artes: su objeto es producir la belleza por medio de la expresion. Las artes se dividen en dos grandes clases: en artes del oido y de la vista. —La historia, la elocuencia y la filosofía no deben colocarse entre el número de las bellas artes: razones de esta opinion.—La primera de todas las artes es la que sea mas notable en la expresion; por eso corresponde

Pág.

la preeminencia á la poesía.—Juicio sobre la música. la escultura, la pintura y la poesía.—Diferencias entre la pintura y esta última.—Descripcion de Virgilio de la catástrofe de Laocoonte y sus dos hijos.—Análisis del grupo griego sobre el mismo asunto.—Paralelo entre el grupo y la descripcion. . . . 99

PARTE PRECEPTIVA.

Capítulo VIII. La palabra: ventajas de ella.—El lenguage: cuál debió ser su estado en los tiempos primitivos.—Su orígen es divino: no es arbitrario ni destituido de semejanza con las ideas que expresa.—Por qué se conservaron la accion y el gesto en las lenguas griega y latina en toda su fuerza cuando ya se habian enriquecido, siendo así que solo servian ántes para suplir la escasez de las palabras.—Solucion de esta dificultad. En la civilizacion moderna no podian sostenerse de la misma manera la accion y el gesto: razones de esta variacion.—Por qué destruyeron los bárbaros del norte el hipérbaton: por qué le usaron los antiguos.—Por qué se ha conservado el lenguage metafórico entre los modernos: el lenguage filosófico rechaza las metáforas: debe ser natural.—La escritura: su orígen y progresos: invencion de los chinos: invencion de Cadmo.—Ventajas de la escritura. 123

Capítulo IX. Diferencias generales entre la prosa y el verso.—De todos los escritos prosáicos, ningunos son susceptibles de mayor elevacion que los oratorios.—Escollos que debe evitar el orador en el estilo.—La prosa es mas moderada en el uso de voces anticuadas y extrañas que la poesía: por qué se usan con mas sobriedad en la prosa.—Debe evitarse el uso frecuente de versos largos en la prosa al principio y al fin del periodo: razon de esta doctrina. 150

Capítulo X. Clasificacion de los escritos.—La elocuencia: su definicion.—Division que hicieron los antiguos de la elocuencia: sus inconvenientes.—Otra division, defectuosa tambien.—Diferencia entre la oracion fúnebre de los gentiles y la de los cristianos.—Ejemplo del género sencillo de la elocuencia, to-

Pág.

mado de la filípica tercera de Demóstenes, llamado tambien segunda Olyntiaca.=Ejemplo del género florido tomado de la oracion de Ciceron por *Marco Marcelo*.—Ejemplo del género sublime, tomado de la oracion fúnebre de Bossuet por la reina de Inglaterra, esposa de Cárlos primero.=Otras divisiones de la elocuencia 161

Capítulo XI. Historia de la elocuencia: debe limitarse la Grecia desde los tiempos primitivos hasta el establecimiento de la república romana.=Solon, Pisistrato, Pródico de Ceos.=Pericles, su vida: recursos de que se valió para mandar esclusivamente; su elocuencia: medios de que se valieron sus enemigos para derribarle del poder.—Antifon: su vida: influencia en los negocios políticos.=Carácter de su elocuencia: su muerte.—Andócides: su vida, sus discursos 198

Capítulo XII. Lísias: su vida azorosa: sus estudios.—Carácter de su elocuencia.=Su acusacion contra Eratóstenes: motivos de esta acusacion.—Su oracion fúnebre en elogio de los guerreros atenienses muertos por socorrer á los Corintios.—Isócrates.=Paralelo que hace Dionisio de Halicarnaso entre Isócrates y Lisias.—Carácter de Isócrates y de su elocuencia.— Su panegírico de Aténas: análisis. =Muerte de Isócrates.=Iseo: sus discursos forenses: su mérito 227

Capítulo XIII. Partidos políticos de Aténas en tiempo de Demóstenes.—Gefes de ellos.—Focion.= Demóstenes.—Carácter de Focion.—Carácter de Esquines; sus opiniones políticas; sus cualidades como orador.—Opinion política de Demóstenes.—Filipo concurre con Demóstenes á la escuela de Platon.— Cualidades físicas de Demóstenes.—Malos resultados que tuvieron sus primeros ensayos en la elocuencia parlamentaria.—Medios que empleó para destruir sus defectos como orador.=Es dudoso que en su tiempo se le juzgara el primer orador de la Grecia.—Sus discursos: sus exordios suelos.—Opinion sobre estos exordios.—Las oraciones mas notables de Demóstenes y Esquines son las pronunciadas en el célebre proceso de la *corona* 261

Pág.

Capítulo XIV. Causas del proceso de la Corona.—Acusacion de Esquínes: puntos que abraza: medios que emplea para el triunfo de su causa: su injusticia.—Justicia de la de Demóstenes.—Trozos escogidos de la arenga de Esquínes: juicio de ellos.—Plan de defensa adoptado por Demóstenes: grandes recursos de su elocuencia: su triunfo.—Esquínes se retira á Rodas.—Lectura que hizo á sus discípulos de ambas arengas: sus palabras 274

ELOCUENCIA ROMANA.

Capítulo XV. Roma no presenta durante el gobierno de sus reyes ningun vestigio del poder de la palabra. Junio Bruto.—Valerio Publícola, su cólega, dió origen en Roma á la oracion fúnebre.—Constitucion de la república.—Los tribunos: sus atribuciones.—Doble carácter de la elocuencia romana.—Caton el censor.—Tiberio y C. Graco: carácter de su elocuencia.—Carbon.—Craso y Antonio: mérito de estos dos célebres oradores.—Improvisacion de Craso contra Bruto acusador de Planco.—Recuerdos de Ciceron sobre Craso, Antonio, Sulpicio y Cota.—Paralelo entre la república romana y las demas que han participado de los mismos vicios.—Fin prematuro que suelen tener los oradores parlamentarios. Carácter de la elocuencia de Sulpicio y Cota.—Curio: su mérito.—Juicio de César como orador: su oracion pronunciada en el Senado sobre la conjuracion de Catilina.—Mérito de Caton en la elocuencia; juicio de su oracion pronunciada sobre el mismo asunto.—Retrato de Hortensio; sus triunfos en la elocuencia. 324

Capítulo XVI. Ciceron; su patria; su orígen.—Dirige el orador Craso sus estudios.—Estado de la república romana.—Defensa de Roscio Amerino por Ciceron; su triunfo.—Su viage á Grecia; sus egercicios.—Es nombrado qüestor en la Sicilia; descubre el sepulcro de Arquímedes.—Vuelto á Roma se encarga de la acusacion contra Vérres.—Análisis de la última verrina llamada de los *suplicios*.—Desempeña Ciceron el cargo de Edil; su pretura.—Su consulado es la época mas notable de su vida.—Sus oraciones contra Catilina.—Su oracion en defensa de Murena.—César se muestra contrario á Ciceron.—Clodio.—Destierro de

Pág.

Ciceron; su triunfo al volver á *Roma*.—*Es* nombrado Procensul de la Cilicia; sus triunfos militares; su administracion. *Rompimiento* de César y Pompeyo. Conducta de Ciceron. 363

Capítulo XVII. Análisis de la oracion en defensa de Q. Ligario.—Disgustos de Ciceron.—Muerte de César.—Conducta de Ciceron despues de ella; por qué se adhirió á Octavio.—Muerte de Ciceron: juicio de Plutarco acerca de su muerte y la de *Demóstenes*.—*Doctrina* de Platon y de Ciceron sobre el suicidio.—Carácter de Ciceron; su mérito como escritor y como orador.—Opinion de Quintiliano y de Fenelon sobre él y *Demóstenes*; juicio del autor.—*Decadencia* de la oratoria en *Roma*; causas de esta decadencia 416

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
22	8	martirizan á la poesía	martirizan la poesía
29	23	Eneida, canto 3.°	Eneida, libro 3.°
62	1.ª	presentá	presentan
70	8	de	de los
92	1.ª	exitan	excitan
96	8	Platon y aun	Platon,
101	5	inmeso	inmenso
105	18	en	entre
122	14	pero no	pero no son
156	21	tercero	cuarto!
188	3	móbil	móvil
217	8	examinara	exterminara
225	2	queria	querria
230	14	el	el de
529	12	le	la
553	25	le	les

En la pág. 14 de la advertencia, lin. 15, *dice* describir por unos *en vez de* describir unos

UNIVERSIDAD DE NAL. BIBLIOTECA GENERAL